IES Maese Rodrigo (Carmona)
Departamento de Lengua Castellana y Literatura, 2012

El ingenioso caballero Don Quijote de la Mancha

(1616, segunda parte)

Miguel de Cervantes

Selección de capítulos

Edición y notas de Francisco Rico (en Centro Virtual Cervantes)
Resumen de capítulos de Martín de Riquer

ÍNDICE

Capítulo primero…… 89
Capítulo II……96
Resumen de capítulos omitidos (III-IV)……100
Capítulo V……101
Capítulo VI (resumen)……105
Capítulo VII……106
Capítulo VIII……... 111
Capítulo IX…… 116
Capítulo X …….. 119
Resumen de los capítulos omitidos (XI-XVIII)…… 125
Capítulo XIX……... 128
Capítulo XX……133
Capítulo XXI……... 139
Capítulo XXII……..143
Capítulo XXIII…… 148
Capítulo XXIIII…….. 154
Capítulo XXV……..158
Capítulo XXVI…… 164
Capítulo XXVII…….. 169
Resumen de los capítulos omitidos (XXVIII-XXXIX)…… 173
Capítulo XL…….176
Capítulo XLI……180
Capítulo XLII……..186
Capítulo XLIII…… 190
Capítulo XLIIII…….. 194
Capítulo XLV……... 201
Capítulo XLVI…… 206
Capítulo XLVII (resumen).....209
Capítulo XLVIII……..209
Capítulo XLIX……215
Capítulo L (resumen)……222
Capítulo LI ……. 222
Capítulo LII (resumen)…….. 227
Capítulo LIII……... 227
Resumen de capítulos omitidos (capítulos LIIII-LXX)…... 231
Capítulo LXXI……237
Capítulo LXXII……... 241
Capítulo LXXIII……..244
Capítulo LXXIIII…… 247

Segunda parte del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha

Capítulo primero

De lo que el cura y el barbero pasaron con don Quijote cerca de su enfermedad [1]

Cuenta Cide Hamete Benengeli en la segunda parte desta historia y tercera salida de don Quijote que el cura y el barbero se estuvieron casi un mes sin verle[2], por no renovarle y traerle a la memoria las cosas pasadas, pero no por esto dejaron de visitar a su sobrina y a su ama, encargándolas tuviesen cuenta con regalarle[3], dándole a comer cosas confortativas y apropiadas para el corazón y el celebro, de donde procedía, según buen discurso[4], toda su mala ventura. Las cuales dijeron que así lo hacían y lo harían con la voluntad y cuidado posible, porque echaban de ver que su señor por momentos iba dando muestras de estar en su entero juicio[5]. De lo cual recibieron los dos gran contento, por parecerles que habían acertado en haberle traído encantado en el carro de los bueyes, como se contó en la primera parte desta tan grande como puntual historia, en su último capítulo; y, así, determinaron de visitarle y hacer esperiencia de su mejoría, aunque tenían casi por imposible que la tuviese, y acordaron de no tocarle en ningún punto de la andante caballería, por no ponerse a peligro de descoser los de la herida[6], que tan tiernos estaban.

Visitáronle, en fin, y halláronle sentado en la cama, vestida una almilla de bayeta verde[7], con un bonete colorado toledano; y estaba tan seco y amojamado, que no parecía sino hecho de carne momia. Fueron dél muy bien recebidos, preguntáronle por su salud y él dio cuenta de sí y de ella con mucho juicio y con muy elegantes palabras. Y en el discurso de su plática vinieron a tratar en esto que llaman «razón de estado» y modos de gobierno, enmendando este abuso y condenando aquel, reformando una costumbre y desterrando otra, haciéndose cada uno de los tres un nuevo legislador, un Licurgo moderno o un Solón flamante[8], y de tal manera renovaron la república, que no pareció sino que la habían puesto en una fragua y sacado otra de la que pusieron; y habló don Quijote con tanta discreción en todas las materias que se tocaron, que los dos esaminadores creyeron indubitadamente que estaba del todo bueno y en su entero juicio.

Halláronse presentes a la plática la sobrina y ama, y no se hartaban de dar gracias a Dios de ver a su señor con tan buen entendimiento; pero el cura, mudando el propósito primero, que era de no tocarle en cosa de caballerías, quiso hacer de todo en todo[9] esperiencia si la sanidad de don Quijote era falsa o verdadera, y así, de lance en lance[10], vino a contar algunas nuevas que habían venido de la corte, y, entre otras, dijo que se tenía por cierto que el Turco bajaba con una poderosa armada[11], y que no se sabía su designio ni adónde había de descargar tan gran nublado, y con este temor, con que casi cada año nos toca arma[12], estaba puesta en ella toda la cristiandad y Su Majestad había hecho proveer las costas de Nápoles y Sicilia y la isla de Malta[13]. A esto respondió don Quijote:

---

[1] 'trataron con DQ acerca de su enfermedad'.

[2] La referencia a Cide Hamete y su relato sirve para enlazar este segundo tomo con el final del primero, publicado diez años antes, cumpliendo la promesa de «sacar y buscar» otros papeles que completaran la historia. Por primera vez se habla de *segunda parte*, anulando las cuatro en que se dividía el primer tomo y variando la distribución y estructura de la obra.

[3] 'se preocupasen de tratarlo con el máximo cuidado y mimo'

[4] 'en buena lógica'

[5] ***por momentos***: 'progresivamente y con rapidez'

[6] El ***los*** se refiere a ***puntos***: 'temas, asuntos' y también, metafóricamente, 'los que suturaban la herida de su juicio', que todavía no había cicatrizado; es una dilogía en zeugma.

[7] ***almilla***: 'prenda interior de abrigo'; era una especie de camiseta de manga corta que los viejos usaban para dormir. La ***bayeta*** es una tela de lanilla floja, a veces afelpada

[8] Dos legisladores griegos, uno espartano (***Licurgo***) y otro ateniense (***Solón***), según la tradición autores de las primeras constituciones de sus respectivas ciudades. Son figuras emblemáticas –y opuestas– del buen legislador y gobernante.

[9] 'completamente', 'hasta el fondo'

[10] 'de una razón en otra'

[11] 'había salido la armada turca de su base en Constantinopla'. Por el constante miedo a que se hiciese fuerte en África, el posible desembarco del *Turco* se hizo tema de conversación habitual en la corte, y aun después pasó a ser sinónimo de 'plática ociosa'

[12] 'nos previene a la defensa por la proximidad de los enemigos'

[13] Último y significativo enclave de los caballeros de la Orden de San Juan de Jerusalén; su sitio (1565) simbolizó, casi como Lepanto, la defensa de la cristiandad frente al *Turco*, como muestran muchos romances o *La Maltea* (Valencia, 1582) de Hipólito Sans. El cura, por lo tanto, cita *Malta* intencionadamente, para comprobar el estado de DQ.

—Su Majestad ha hecho como prudentísimo guerrero en proveer sus estados con tiempo, porque no le halle desapercebido el enemigo; pero si se tomara mi consejo, aconsejárale yo que usara de una prevención de la cual Su Majestad, la hora de agora[14], debe estar muy ajeno de pensar en ella.

Apenas oyó esto el cura, cuando dijo entre sí: «¡Dios te tenga de su mano, pobre don Quijote, que me parece que te despeñas de la alta cumbre de tu locura hasta el profundo abismo de tu simplicidad!».

Mas el barbero, que ya había dado en el mesmo pensamiento que el cura, preguntó a don Quijote cuál era la advertencia de la prevención que decía era bien se hiciese: quizá podría ser tal, que se pusiese en la lista de los muchos advertimientos impertinentes que se suelen dar a los príncipes.

—El mío, señor rapador —dijo don Quijote—, no será impertinente, sino perteneciente[15].

—No lo digo por tanto —replicó el barbero—, sino porque tiene mostrado la esperiencia que todos o los más arbitrios[16] que se dan a Su Majestad o son imposibles o disparatados o en daño del rey o del reino.

—Pues el mío —respondió don Quijote— ni es imposible ni disparatado, sino el más fácil, el más justo y el más mañero[17] y breve que puede caber en pensamiento de arbitrante alguno.

—Ya tarda en decirle vuestra merced, señor don Quijote[18] —dijo el cura.

—No querría —dijo don Quijote— que le dijese yo aquí agora y amaneciese mañana en los oídos de los señores consejeros, y se llevase otro las gracias y el premio de mi trabajo.

—Por mí —dijo el barbero—, doy la palabra, para aquí y para delante de Dios[19], de no decir lo que vuestra merced dijere a rey ni a roque[20], ni a hombre terrenal, juramento que aprendí del romance del cura que en el prefacio avisó al rey del ladrón que le había robado las cien doblas y la su mula la andariega[21].

—No sé historias —dijo don Quijote—, pero sé que es bueno ese juramento, en fee de que sé que es hombre de bien el señor barbero.

—Cuando no lo fuera —dijo el cura—, yo le abono y salgo por él[22], que en este caso no hablará más que un mudo, so pena de pagar lo juzgado y sentenciado[23].

—Y a vuestra merced, ¿quién le fía, señor cura? —dijo don Quijote.

—Mi profesión —respondió el cura—, que es de guardar secreto[24].

—¡Cuerpo de tal! —dijo a esta sazón don Quijote—. ¿Hay más sino mandar Su Majestad por público pregón que se junten en la corte para un día señalado todos los caballeros andantes que vagan por España, que aunque no viniesen sino media docena, tal podría venir entre ellos, que solo bastase a destruir toda la potestad del Turco[25]? Esténme vuestras mercedes atentos y vayan conmigo[26]. ¿Por ventura es cosa nueva deshacer un solo caballero andante un ejército de docientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta o fueran hechos de alfenique[27]? Si no, díganme cuántas historias están llenas destas maravillas. ¡Había, en hora mala para mí, que no quiero decir para otro, de vivir hoy el famoso don

---

[14] ‘ahora mismo’

[15] ‘pertinente’

[16] Los ***arbitrios*** (‘soluciones a los problemas políticos o económicos del reino’, normalmente descabelladas) fueron plaga en la época; la literatura caricaturizó a los arbitristas como locos e hizo de los *arbitrios* un género burlesco.

[17] ‘sagaz, astuto’

[18] Se ha subrayado el desliz cometido por el cura, quizás premeditadamente, al nombrar al caballero en esta ocasión por su nombre ficticio.

[19] ‘ahora y en el día de mi muerte, ante Dios’; era fórmula de juramento solemne.

[20] ‘absolutamente a nadie’; en el ajedrez, entre el *rey* y el *roque* –la torre– se encuentran todas las piezas importantes.

[21] Se alude a un romance tradicional, hoy perdido en su estado originario, aunque conservado en cuentos populares y en su versión valenciana; en él se contaba la historia del cura que denuncia en el introito de la misa al ladrón que le ha robado y a quien ve entre los fieles.

[22] ‘Aunque no lo fuera..., yo respondo de su credibilidad y salgo fiador de él’.

[23] Es fórmula de escribano, que vale por ‘reparar los gastos y pagar la multa impuesta, además de las costas del juicio’.

[24] El cura bromea con la obligación sacramental del *secreto* de confesión; DQ responde con el eufemismo cuasi blasfemo de la fórmula con la que se da y recibe la comunión.

[25] ***potestad***: ‘poderío’, ‘potencia’.

[26] ‘sigan mi razonamiento’

[27] ‘alfeñique’ (II, 44, 990); ***alfenique*** es la forma etimológica para designar la pasta de azúcar molida, a veces mezclada con un elemento –leche de almendras, clara de huevo– que le dé cuerpo al secarse; con ella se hacen figuritas que se chupan.

Belianís o alguno de los del inumerable linaje de Amadís de Gaula! Que si alguno destos hoy viviera y con el Turco se afrontara, a fe que no le arrendara la ganancia. Pero Dios mirará por su pueblo y deparará alguno que, si no tan bravo como los pasados andantes caballeros, a lo menos no les será inferior en el ánimo; y Dios me entiende[28], y no digo más.

—¡Ay!—; dijo a este punto la sobrina—. ¡Que me maten si no quiere mi señor volver a ser caballero andante!

A lo que dijo don Quijote:

—Caballero andante he de morir, y baje o suba el Turco cuando él quisiere y cuan poderosamente pudiere, que otra vez digo que Dios me entiende.

A esta sazón dijo el barbero:

—Suplico a vuestras mercedes que se me dé licencia para contar un cuento breve que sucedió en Sevilla[29], que, por venir aquí como de molde, me da gana de contarle.

Dio la licencia don Quijote, y el cura y los demás le prestaron atención, y él comenzó desta manera:

—En la casa de los locos de Sevilla[30] estaba un hombre a quien sus parientes habían puesto allí por falto de juicio. Era graduado en cánones por Osuna[31], pero aunque lo fuera por Salamanca, según opinión de muchos, no dejara de ser loco. Este tal graduado, al cabo de algunos años de recogimiento, se dio a entender que estaba cuerdo y en su entero juicio, y con esta imaginación escribió al arzobispo suplicándole encarecidamente y con muy concertadas razones le mandase sacar de aquella miseria en que vivía, pues por la misericordia de Dios había ya cobrado el juicio perdido, pero que sus parientes, por gozar de la parte de su hacienda, le tenían allí, y a pesar de la verdad querían que fuese loco hasta la muerte. El arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados y discretos, mandó a un capellán suyo se informase del retor de la casa si era verdad lo que aquel licenciado le escribía, y que asimesmo hablase con el loco, y que si le pareciese que tenía juicio, le sacase y pusiese en libertad. Hízolo así el capellán, y el retor le dijo que aquel hombre aún se estaba loco, que puesto que[32] hablaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparaba[33] con tantas necedades, que en muchas y en grandes igualaban a sus primeras discreciones, como se podía hacer la esperiencia hablándole. Quiso hacerla el capellán, y, poniéndole con el loco, habló con él una hora y más, y en todo aquel tiempo jamás el loco dijo razón torcida ni disparatada, antes habló tan atentadamente[34], que el capellán fue forzado a creer que el loco estaba cuerdo. Y entre otras cosas que el loco le dijo fue que el retor le tenía ojeriza, por no perder los regalos que sus parientes le hacían porque dijese que aún estaba loco y con lúcidos intervalos; y que el mayor contrario que en su desgracia tenía era su mucha hacienda, pues por gozar della sus enemigos ponían dolo y dudaban de la merced que Nuestro Señor le había hecho en volverle de bestia en hombre[35]. Finalmente, él habló de manera que hizo sospechoso al retor, codiciosos y desalmados a sus parientes, y a él tan discreto, que el capellán se determinó a llevársele consigo a que el arzobispo le viese y tocase con la mano[36] la verdad de aquel negocio. Con esta buena fee, el buen capellán pidió al retor mandase dar los vestidos con que allí había entrado el licenciado. Volvió a decir el retor que mirase lo que hacía, porque sin duda alguna el licenciado aún se estaba loco. No sirvieron de nada para con el capellán las prevenciones y advertimientos del retor para que dejase de llevarle. Obedeció el retor viendo ser orden del arzobispo, pusieron al licenciado sus vestidos, que eran nuevos y decentes, y como él se vio vestido de cuerdo y desnudo de loco[37], suplicó al capellán que por caridad le diese licencia para ir a despedirse de sus compañeros los locos. El capellán dijo que él le quería acompañar y ver los locos que en la casa había. Subieron, en efeto, y con ellos algunos que se hallaron presentes; y llegado el licenciado a una jaula adonde estaba un loco

---

[28] 'y Dios sabe a quién me refiero' (es decir, a sí mismo)

[29] El término *cuento* se usa con su sentido original: 'narración oral, popular o folclórica'.

[30] 'manicomio de Sevilla'; su nombre oficial era Hospital de los Inocentes.

[31] Esta localidad era la sede de una universidad menor, que, como tal, fue frecuente objeto de sátira

[32] 'aunque'

[33] ***disparaba***: 'disparataba'; sin embargo, no es impensable la dilogía.

[34] 'discretamente', 'prudentemente', 'con tiento'.

[35] ***ponían dolo***: 'hacían fraude', 'interpretaban fraudulentamente'; ***de bestia en hombre***: posible reminiscencia de Daniel, IV, 29-30.

[36] ***tocase con la mano***: 'comprobase'.

[37] A los locos se les hacía llevar una vestidura especial que avisaba de su estado.

furioso, aunque entonces sosegado y quieto, le dijo: «Hermano mío, mire si me manda algo, que me voy a mi casa, que ya Dios ha sido servido, por su infinita bondad y misericordia, sin yo merecerlo, de volverme mi juicio: ya estoy sano y cuerdo, que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible. Tenga grande esperanza y confianza en Él, que pues a mí me ha vuelto a mi primero estado, también le volverá a él, si en Él confía. Yo tendré cuidado de enviarle algunos regalos que coma, y cómalos en todo caso, que le hago saber que imagino, como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacíos y los celebros llenos de aire[38]. Esfuércese, esfuércese, que el descaecimiento[39] en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte». Todas estas razones del licenciado escuchó otro loco que estaba en otra jaula, frontero de la del furioso, y, levantándose de una estera vieja donde estaba echado y desnudo en cueros, preguntó a grandes voces quién era el que se iba sano y cuerdo. El licenciado respondió: «Yo soy, hermano, el que me voy, que ya no tengo necesidad de estar más aquí, por lo que doy infinitas gracias a los cielos, que tan grande merced me han hecho». «Mirad lo que decís, licenciado, no os engañe el diablo —replicó el loco—; sosegad el pie y estaos quedito en vuestra casa, y ahorraréis la vuelta». «Yo sé que estoy bueno —replicó el licenciado—, y no habrá para qué tornar a andar estaciones[40]». «¿Vos bueno? —dijo el loco—. Agora bien, ello dirá[41], andad con Dios; pero yo os voto a Júpiter, cuya majestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado que hoy comete Sevilla en sacaros desta casa y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria dél por todos los siglos de los siglos, amén. ¿No sabes tú, licenciadillo menguado, que lo podré hacer, pues, como digo, soy Júpiter Tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores con que puedo y suelo amenazar y destruir el mundo? Pero con sola una cosa quiero castigar a este ignorante pueblo, y es con no llover en él ni en todo su distrito y contorno por tres enteros años, que se han de contar desde el día y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. ¿Tú libre, tú sano, tú cuerdo, y yo loco, y yo enfermo, y yo atado? Así pienso llover como pensar ahorcarme.» A las voces y a las razones del loco estuvieron los circustantes atentos, pero nuestro licenciado, volviéndose a nuestro capellán y asiéndole de las manos, le dijo: «No tenga vuestra merced pena, señor mío, ni haga caso de lo que este loco ha dicho, que si él es Júpiter y no quisiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre y el dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare y fuere menester». A lo que respondió el capellán: «Con todo eso, señor Neptuno, no será bien enojar al señor Júpiter: vuestra merced se quede en su casa, que otro día, cuando haya más comodidad y más espacio[42], volveremos por vuestra merced». Rióse el retor y los presentes, por cuya risa se medio corrió el capellán[43]; desnudaron al licenciado, quedóse en casa, y acabóse el cuento[44].

—Pues ¿este es el cuento, señor barbero —dijo don Quijote—, que por venir aquí como de molde no podía dejar de contarle? ¡Ah, señor rapista[45], señor rapista, y cuán ciego es aquel que no vee por tela de cedazo[46]! Y ¿es posible que vuestra merced no sabe que las comparaciones que se hacen de ingenio a ingenio, de valor a valor, de hermosura a hermosura y de linaje a linaje son siempre odiosas y mal recebidas[47]? Yo, señor barbero, no soy Neptuno, el dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto no lo siendo: solo me fatigo por dar a entender al mundo en el error en que está en no renovar en sí el felicísimo tiempo donde campeaba la orden de la andante caballería. Pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron a su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. Los más de los caballeros que agora se usan, antes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman[48]; ya no hay caballero que duerma en los campos, sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas

---

[38] ***tener la cabeza llena de aire*** vale por 'ser vano o presuntuoso', pero aquí C. devuelve al giro el sentido que literalmente le corresponde.

[39] ***descaecimiento***: 'debilidad', 'flaqueza'

[40] 'no habrá necesidad de revivir el pasado'.

[41] 'ya se verá'.

[42] 'mejor oportunidad y más tiempo'.

[43] ***corrió***: 'avergonzó'.

[44] El cuento es popular, aunque en la mayoría de variantes el loco, en lugar de con los dioses mitológicos, se identifica con Dios, con el Papa o con el arcángel Gabriel. Todavía hoy se cuentan chistes con argumentos similares.

[45] 'señor barbero', pero con matiz irónico o peyorativo; tanto, que puede traslucirse el significado de 'ladrón'.

[46] 'no se hace cargo de lo que es evidente'; frase proverbial que aún se utiliza hoy.

[47] Se amplifica el adagio «Las comparaciones siempre son odiosas».

[48] ***malla***: 'armadura de tejido metálico eslabonado, que servía de defensa contra las armas blancas'.

desde los pies a la cabeza[49]; y ya no hay quien, sin sacar los pies de los estribos, arrimado a su lanza, solo procure descabezar, como dicen, el sueño, como lo hacían los caballeros andantes. Ya no hay ninguno que saliendo deste bosque entre en aquella montaña, y de allí pise una estéril y desierta playa del mar, las más veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil ni jarcia alguna[50], con intrépido corazón se arroje en él, entregándose a las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo y ya le bajan al abismo, y él, puesto el pecho a la incontrastable borrasca, cuando menos se cata[51], se halla tres mil y más leguas distante del lugar donde se embarcó, y saltando en tierra remota y no conocida, le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en bronces[52]. Mas agora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo[53], el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía y la teórica de la práctica de las armas, que solo vivieron y resplandecieron en las edades del oro y en los andantes caballeros[54]. Si no, díganme quién más honesto y más valiente que el famoso Amadís de Gaula. ¿Quién más discreto que Palmerín de Inglaterra? ¿Quién más acomodado y manual que Tirante el Blanco[55]? ¿Quién más galán que Lisuarte de Grecia? ¿Quién más acuchillado ni acuchillador que don Belianís? ¿Quién más intrépido que Perión de Gaula, o quién más acometedor de peligros que Felixmarte de Hircania, o quién más sincero que Esplandián? ¿Quién más arrojado que don Cirongilio de Tracia? ¿Quién más bravo que Rodamonte? ¿Quién más prudente que el rey Sobrino? ¿Quién más atrevido que Reinaldos? ¿Quién más invencible que Roldán[56]? Y ¿quién más gallardo y más cortés que Rugero, de quien decienden hoy los duques de Ferrara, según Turpín en su cosmografía? Todos estos caballeros y otros muchos que pudiera decir, señor cura, fueron caballeros andantes, luz y gloria de la caballería. Destos o tales como estos quisiera yo que fueran los de mi arbitrio, que, a serlo, Su Majestad se hallara bien servido y ahorrara de mucho gasto, y el Turco se quedara pelando las barbas[57]; y con esto no quiero quedar en mi casa, pues no me saca el capellán della, y si su Júpiter, como ha dicho el barbero, no lloviere, aquí estoy yo, que lloveré cuando se me antojare. Digo esto porque sepa el señor bacía[58] que le entiendo.

—En verdad, señor don Quijote —dijo el barbero—, que no lo dije por tanto, y así me ayude Dios como fue buena mi intención y que no debe vuestra merced sentirse[59].

—Si puedo sentirme o no —respondió don Quijote—, yo me lo sé.

A esto dijo el cura:

—Aun bien que yo casi no he hablado palabra hasta ahora y no quisiera quedar con un escrúpulo que me roe y escarba la conciencia, nacido de lo que aquí el señor don Quijote ha dicho.

—Para otras cosas más —respondió don Quijote— tiene licencia el señor cura y, así, puede decir su escrúpulo, porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa[60].

—Pues con ese beneplácito —respondió el cura—, digo que mi escrúpulo es que no me puedo persuadir en ninguna manera a que toda la caterva de caballeros andantes que vuestra merced, señor don Quijote, ha

---

[49] Se plantea la oposición, repetida en la época, entre la nobleza antigua y la moderna, apoyándose en el romance «Mis arreos son las armas» (I, 2, 51); C. alude a tal oposición en varias ocasiones

[50] ***batel***: 'barca pequeña de doble proa que se emplea para ir de un barco a otro, para embarcarse desde puerto o para cortas travesías'; ***jarcia***: 'cordaje de un navío'. No es extraño que el batel no tuviera *vela ni mástil*, pues para DQ son sólo palabras que crean la imaginería de magia caballeresca con que informa el pasaje. Se anuncia aquí el episodio del barco encantado –común en muchas novelas del ciclo artúrico– que se desarrolla en II, 29.

[51] 'cuando menos se lo espera'; ***incontrastable***: 'invencible'.

[52] La comparación, de origen clásico, opone aquí la hazaña personal, digna de recuerdo permanente y público –*en bronce*–, a las de los antepasados, expuestas en las cartas ejecutorias de hidalguía, copiadas y a veces impresas en pergamino.

[53] 'el ocio sobre el trabajo'. Quizá C. recordaba el *Apólogo de la ociosidad y el trabajo* (Alcalá, 1546), de Luis Mexía.

[54] Antes y después de la publicación del *Q.* son abundantísimos tanto los libros sobre el manejo de las armas como las reflexiones en torno al arte militar: así, las de Justo Lipsio sobre las enseñanzas que el soldado debía extraer de la lectura de los clásicos. El contraste entre la teoría y la práctica de las armas sirve a C. para engarzar de nuevo con el tema, anunciado un poco más arriba, del presente visto como edad de hierro, frente a *las edades del oro* de la caballería andante

[55] ***acomodado*** *y* ***manual***: 'fácil de contentar y convencer'.

[56] Renunciamos a enumerar la procedencia de cada uno de los caballeros mencionados. Queda claro que son todos personajes destacados de relatos caballerescos de más o menos popularidad y de más o menos calidad.

[57] 'arrancándose las barbas de rabia y vergüenza', 'tirándose de los pelos'; pero también hecho barbero y vencido, como el interlocutor.

[58] ***señor bacía***: metonimia despectiva; no era raro menospreciar a una persona dándole el nombre de uno de sus instrumentos de trabajo.

[59] 'ofenderse, resentirse'.

[60] Posible dilogía, pues ***escrúpulo*** es también la piedrecilla que entra en el zapato y molesta al *andar*.

referido, hayan sido real y verdaderamente personas de carne y hueso en el mundo, antes imagino que todo es ficción, fábula y mentira y sueños contados por hombres despiertos, o, por mejor decir, medio dormidos.

—Ese es otro error —respondió don Quijote— en que han caído muchos que no creen que haya habido tales caballeros en el mundo, y yo muchas veces con diversas gentes y ocasiones he procurado sacar a la luz de la verdad este casi común engaño; pero algunas veces no he salido con mi intención, y otras sí, sustentándola sobre los hombros de la verdad. La cual verdad es tan cierta, que estoy por decir que con mis propios ojos vi a Amadís de Gaula[61], que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra[62], de vista entre blanda y rigurosa, corto de razones[63], tardo en airarse y presto en deponer la ira; y del modo que he delineado a Amadís pudiera, a mi parecer, pintar y describir todos cuantos caballeros andantes andan en las historias en el orbe, que por la aprehensión que tengo[64] de que fueron como sus historias cuentan, y por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron, se pueden sacar por buena fisonomía sus faciones, sus colores y estaturas[65].

—¿Qué tan grande le parece a vuestra merced, mi señor don Quijote —preguntó el barbero—, debía de ser el gigante Morgante?

—En esto de gigantes —respondió don Quijote— hay diferentes opiniones, si los ha habido o no en el mundo[66], pero la Santa Escritura, que no puede faltar un átomo en la verdad, nos muestra que los hubo, contándonos la historia de aquel filisteazo de Golías, que tenía siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza[67]. También en la isla de Sicilia se han hallado canillas y espaldas tan grandes, que su grandeza manifiesta que fueron gigantes sus dueños, y tan grandes como grandes torres, que la geometría saca esta verdad de duda[68]. Pero, con todo esto, no sabré decir con certidumbre qué tamaño tuviese Morgante[69], aunque imagino que no debió de ser muy alto; y muéveme a ser deste parecer hallar en la historia donde se hace mención particular de sus hazañas que muchas veces dormía debajo de techado: y pues hallaba casa donde cupiese, claro está que no era desmesurada su grandeza.

—Así es —dijo el cura.

El cual, gustando de oírle decir tan grandes disparates, le preguntó que qué sentía acerca de los rostros de Reinaldos de Montalbán y de don Roldán y de los demás Doce Pares de Francia, pues todos habían sido caballeros andantes.

—De Reinaldos —respondió don Quijote— me atrevo a decir que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bailadores y algo saltados[70], puntoso y colérico en demasía[71], amigo de ladrones y de gente perdida. De Roldán, o Rotolando, o Orlando, que con todos estos nombres le nombran las historias, soy de parecer y me afirmo[72] que fue de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado[73], moreno de rostro y barbitaheño[74], velloso en el cuerpo y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido y bien criado.

---

[61] El testimonio ocular es de regla para fortalecer la veracidad del relato e, indirectamente, permite introducir el retrato del caballero.

[62] ***bien puesto de barba***: ‘con barba larga y espesa’; sin embargo, el canon de la belleza y de la inteligencia exigía la barba rubia.

[63] ‘de pocas palabras’

[64] ‘por el conocimiento que tengo’, ‘por lo que he aprendido’.

[65] Como indicamos ya en la Primera Parte, era creencia general, desarrollada en el Renacimiento, que existía una relación entre los rasgos físicos de la persona y los caracteriológicos.

[66] La discusión sobre la existencia de gigantes aún estaba viva. Frente a la certeza y resolución de DQ en la Primera parte, cuando se enfrenta a los molinos de viento (I, 8) o a los cueros de vino (I, 35), aquí el protagonista empieza a dudar de una de sus convicciones fundamentales y, a renglón seguido, cree necesario probarla mediante ejemplos y argumentos.

[67] ***Golías*** era la forma corriente de ‘Goliat’; *filisteazo*, porque *filisteo*, además de gentilicio, significa también ‘hombre de elevadísima estatura’ y, ocasionalmente, ‘orgulloso’.

[68] La ***geometría*** (‘arte de medir y calcular dimensiones y distancias’) se usaba también para establecer las proporciones entre los diferentes miembros del cuerpo humano.

[69] Se refiere al poema *Morgante maggiore* de Luigi Pulci, que se puede leer como una especie de novela picaresca.

[70] ‘ojos incapaces de mantener la mirada y saltones’; se atribuían a los traicioneros.

[71] ***puntoso***: ‘suspicaz’.

[72] Fórmula jurídica con que se concluía un dictamen.

[73] ‘con las piernas cóncavas’.

[74] ‘de barba roja’

—Si no fue Roldán más gentilhombre que vuestra merced ha dicho —replicó el cura—, no fue maravilla que la señora Angélica la Bella le desdeñase y dejase por la gala, brío y donaire que debía de tener el morillo barbiponiente[75] a quien ella se entregó; y anduvo discreta de adamar[76] antes la blandura de Medoro que la aspereza de Roldán.

—Esa Angélica —respondió don Quijote—, señor cura, fue una doncella destraída, andariega y algo antojadiza[77], y tan lleno dejó el mundo de sus impertinencias como de la fama de su hermosura: despreció mil señores, mil valientes y mil discretos, y contentóse con un pajecillo barbilucio[78], sin otra hacienda ni nombre que el que le pudo dar de agradecido la amistad que guardó a su amigo[79]. El gran cantor de su belleza, el famoso Ariosto, por no atreverse o por no querer cantar lo que a esta señora le sucedió después de su ruin entrego, que no debieron ser cosas demasiadamente honestas, la dejó donde dijo:

Y cómo del Catay recibió el cetro
quizá otro cantará con mejor plectro[80].

Y sin duda que esto fue como profecía, que los poetas también se llaman *vates*, que quiere decir 'adivinos'. Véese esta verdad clara, porque después acá un famoso poeta andaluz lloró y cantó sus lágrimas, y otro famoso y único poeta castellano cantó su hermosura[81].

—Dígame, señor don Quijote —dijo a esta sazón el barbero—, ¿no ha habido algún poeta que haya hecho alguna sátira a esa señora Angélica, entre tantos como la han alabado?

—Bien creo yo —respondió don Quijote— que si Sacripante o Roldán fueran poetas[82], que ya me hubieran jabonado a la doncella, porque es propio y natural de los poetas desdeñados y no admitidos de sus damas (fingidas, o fingidas en efeto de aquellos)[83], a quien ellos escogieron por señoras de sus pensamientos, vengarse con sátiras y libelos, venganza por cierto indigna de pechos generosos; pero hasta agora no ha llegado a mi noticia ningún verso infamatorio contra la señora Angélica, que trujo revuelto el mundo[84].

—¡Milagro! —dijo el cura.

Y en esto oyeron que la ama y la sobrina, que ya habían dejado la conversación, daban grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruido.

---

[75] ***barbiponiente***: 'muchacho al que empieza a despuntarle la barba'.

[76] ***adamar*** «es amar mucho; es más que amar simplemente; es amar duplicadamente» (San Juan de la Cruz).

[77] Los adjetivos pueden tener un doble sentido sexual, pues ***destraída*** se usa en I, 2, 49, para calificar a las mozas de la venta; ***andariega***, 'trotera', está ligado al sentido obsceno de *andar*, 'fornicar', y ***antojadiza*** tiene el significado de 'liviana, deshonesta' (II, 44, 986). Los equívocos son inevitables porque DQ, sometiéndose a las leyes y votos de la caballería, no puede hablar mal de una señora.

[78] 'sin pelo en la barba'; por extensión, 'galancete'.

[79] Dardinello d'Almonte, del que Medoro rescató el cadáver jugándose la vida; o, acaso, Cloridano, que murió por salvar la vida de Medoro.

[80] Se traducen aquí los versos de Ariosto que cerraban la primera parte del *Orlando furioso*. *Catay* 'China', de donde era princesa Angélica, sustituye a la India del *Orlando*.

[81] Se refiere a Luis Barahona de Soto y sus *Lágrimas de Angélica* (1586), y a *La hermosura de Angélica* (1602) de Lope de Vega.

[82] Los dos tienen en común haber sido rechazados por Angélica.

[83] 'ficticias o de hecho tratadas por ellos como si fueran ficticias'. El sentido de la frase (y aun del pasaje) es sumamente dudoso, quizá por corrupción del texto.

[84] En algunos poemas hay pasajes en que se bromea, sin demasiada gracia, sobre el comportamiento de Angélica.

Capítulo II

Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y ama de don Quijote, con otros sujetos graciosos.

Cuenta la historia[1] que las voces que oyeron don Quijote, el cura y el barbero eran de la sobrina y ama, que las daban diciendo a Sancho Panza, que pugnaba por entrar a ver a don Quijote, y ellas le defendían la puerta[2]:

—¿Qué quiere este mostrenco en esta casa? Idos a la vuestra, hermano, que vos sois, y no otro, el que destrae[3] y sonsaca a mi señor y le lleva por esos andurriales.

A lo que Sancho respondió:

—Ama de Satanás, el sonsacado y el destraído y el llevado por esos andurriales soy yo, que no tu amo: él me llevó por esos mundos, y vosotras os engañáis en la mitad del justo precio[4]; él me sacó de mi casa con engañifas, prometiéndome una ínsula que hasta agora la espero.

—Malas ínsulas te ahoguen —respondió la sobrina—, Sancho maldito. ¿Y qué son ínsulas? ¿Es alguna cosa de comer, golosazo, comilón que tú eres?

—No es de comer —replicó Sancho—, sino de gobernar y regir mejor que cuatro ciudades y que cuatro alcaldes de corte[5].

—Con todo eso —dijo el ama—, no entraréis acá, saco de maldades y costal de malicias. Id a gobernar vuestra casa y a labrar vuestros pegujares[6], y dejaos de pretender ínsulas ni ínsulos.

Grande gusto recebían el cura y el barbero de oír el coloquio de los tres, pero don Quijote, temeroso que Sancho se descosiese y desbuchase algún montón de maliciosas necedades[7] y tocase en puntos que no le estarían bien a su crédito, le llamó, y hizo a las dos que callasen y le dejasen entrar. Entró Sancho, y el cura y el barbero se despidieron de don Quijote, de cuya salud desesperaron, viendo cuán puesto estaba en sus desvariados pensamientos y cuán embebido en la simplicidad de sus malandantes caballerías[8]; y, así, dijo el cura al barbero:

—Vos veréis, compadre, como cuando menos lo pensemos nuestro hidalgo sale otra vez a volar la ribera[9].

—No pongo yo duda en eso —respondió el barbero—, pero no me maravillo tanto de la locura del caballero como de la simplicidad del escudero, que tan creído tiene aquello de la ínsula, que creo que no se lo sacarán del casco cuantos desengaños pueden imaginarse.

—Dios los remedie —dijo el cura—, y estemos a la mira[10]: veremos en lo que para esta máquina de disparates de tal caballero y de tal escudero, que parece que los forjaron a los dos en una mesma turquesa[11] y que las locuras del señor sin las necedades del criado no valían un ardite.

—Así es —dijo el barbero—, y holgara mucho saber qué tratarán ahora los dos.

---

[1] Fórmula narrativa tradicional tanto en las crónicas como en los libros de caballerías; sin embargo, con *historia* puede referirse también a la escrita sobre DQ

[2] 'le prohibían la entrada'; es posible que C. le dé un sentido irónico, pues *defender* pertenece al código de la caballería.

[3] ***destrae***: 'aparta, desvía', del buen camino.

[4] 'no os ajustáis a la verdad', 'exageráis'. La norma legal del ***justo precio*** permitía anular cualquier compraventa cambio o préstamo que se efectuase rebasando la mitad del precio tasado; coloquialmente, se usaba para desmentir o minimizar algún asunto.

[5] 'jueces que tenían como misión mantener el orden en el lugar en que residía el Rey o su Consejo'; constituían Sala de Tribunal Supremo en lo tocante a la jurisdicción penal (II, 66, 1171). La frase es compleja, pero se puede leer como un zeugma (pues *gobernar* va con *ciudades*, y *regir* con *alcaldes*) ligado a una especie de anacoluto: 'regirla es más provechoso que regir cuatro ciudades y de más mérito e importancia que lo que corresponde a cuatro alcaldes de corte'.

[6] 'parcelas de tierra que se daban a un colono como parte de su salario para que las cultivase en beneficio propio'; por extensión, 'pequeñas parcelas'.

[7] ***se descosiese y desbuchase***: 'empezase a hablar y desembuchase'.

[8] ***malandantes***: 'desafortunadas', 'desgraciadas'; en dilogía con *andantes*.

[9] 'levantar el vuelo', 'lanzarse en búsqueda de aventuras'; el giro procede del léxico de la cetrería.

[10] 'observemos atentamente'

[11] ***turquesa***: 'molde para hacer balas o bodoques de ballesta'. Se ha visto en este pasaje un indicio de la progresiva quijotización de Sancho y, complementariamente, de la sanchificación de DQ.

—Yo seguro —respondió el cura— que la sobrina o el ama nos lo cuenta después, que no son de condición que dejarán de escucharlo.

En tanto, don Quijote se encerró con Sancho en su aposento y, estando solos, le dijo:

—Mucho me pesa, Sancho, que hayas dicho y digas que yo fui el que te saqué de tus casillas, sabiendo que yo no me quedé en mis casas[12]: juntos salimos, juntos fuimos y juntos peregrinamos; una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos: si a ti te mantearon una vez, a mí me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja.

—Eso estaba puesto en razón —respondió Sancho—, porque, según vuestra merced dice, más anejas son a los caballeros andantes las desgracias que a sus escuderos.

—Engáñaste, Sancho —dijo don Quijote—, según aquello «quando caput dolet», etcétera[13].

—No entiendo otra lengua que la mía —respondió Sancho.

—Quiero decir —dijo don Quijote— que cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen; y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza, y tú mi parte, pues eres mi criado; y por esta razón el mal que a mí me toca, o tocare, a ti te ha de doler, y a mí el tuyo.

—Así había de ser —dijo Sancho—, pero cuando a mí me manteaban como a miembro, se estaba mi cabeza detrás de las bardas[14], mirándome volar por los aires, sin sentir dolor alguno; y pues los miembros están obligados a dolerse del mal de la cabeza, había de estar obligada ella a dolerse dellos.

—¿Querrás tú decir agora, Sancho —respondió don Quijote—, que no me dolía yo cuando a ti te manteaban? Y si lo dices, no lo digas, ni lo pienses, pues más dolor sentía yo entonces en mi espíritu que tú en tu cuerpo. Pero dejemos esto aparte por agora, que tiempo habrá donde lo ponderemos y pongamos en su punto, y dime, Sancho amigo, qué es lo que dicen de mí por ese lugar. ¿En qué opinión me tiene el vulgo, en qué los hidalgos y en qué los caballeros? ¿Qué dicen de mi valentía, qué de mis hazañas y qué de mi cortesía[15]? ¿Qué se platica del asumpto que he tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada orden caballeresca? Finalmente, quiero, Sancho, me digas lo que acerca desto ha llegado a tus oídos, y esto me has de decir sin añadir al bien ni quitar al mal cosa alguna, que de los vasallos leales es decir la verdad a sus señores en su ser y figura propia[16], sin que la adulación la acreciente o otro vano respeto la disminuya; y quiero que sepas, Sancho, que si a los oídos de los príncipes llegase la verdad desnuda, sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrían, otras edades serían tenidas por más de hierro que la nuestra, que entiendo que de las que ahora se usan es la dorada[17]. Sírvate este advertimiento, Sancho, para que discreta y bienintencionadamente pongas en mis oídos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado.

—Eso haré yo de muy buena gana, señor mío —respondió Sancho—, con condición que vuestra merced no se ha de enojar de lo que dijere, pues quiere que lo diga en cueros[18], sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que llegaron a mi noticia.

—En ninguna manera me enojaré —respondió don Quijote—. Bien puedes, Sancho, hablar libremente y sin rodeo alguno.

—Pues lo primero que digo —dijo—; es que el vulgo tiene a vuestra merced por grandísimo loco, y a mí por no menos mentecato. Los hidalgos dicen que, no conteniéndose vuestra merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto *don* y se ha arremetido a caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra, y con

---

[12] Se juega con la frase hecha *te saqué de tus casillas*: 'te cambié el modo de vida' o 'te enloquecí'; pero también 'te saqué de tus pequeñas posesiones', y *no me quedé en mis casas*: 'no dejé de participar en lo mismo que tú, y aun en mayor medida'.

[13] «...caetera membra dolent»; aforismo que DQ traduce en seguida.

[14] 'cubiertas de ramaje, espinos, etc., que se ponen sobre las tapias de los corrales o huertos para su resguardo'.

[15] ***opinión***: 'honra', 'fama en boca de la gente'. La medieval estratificación de la sociedad que establece DQ se ajusta a la de los libros de caballerías, cuyo código de valores se basa precisamente en la *valentía*, *hazañas* y *cortesía*

[16] 'desnuda, sin ningún disfraz o adorno'

[17] DQ se refiere a la idea anteriormente expuesta del presente visto como *edad de hierro* frente a la antigua *edad de oro*, pero lo matiza al indicar que entre las actuales naciones *de hierro*, la nuestra es la mejor, *la dorada*.

[18] Sinónimo literal de la *verdad desnuda* que le ha requerido DQ.

un trapo atrás y otro adelante[19]. Dicen los caballeros que no querrían que los hidalgos se opusiesen a ellos[20], especialmente aquellos hidalgos escuderiles que dan humo a los zapatos[21] y toman los puntos de las medias negras con seda verde[22].

—Eso —dijo don Quijote— no tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido, y jamás remendado: roto, bien podría ser[23], y el roto, más de las armas que del tiempo.

—En lo que toca —prosiguió Sancho— a la valentía, cortesía, hazañas y asumpto de vuestra merced, hay diferentes opiniones. Unos dicen: «loco, pero gracioso»; otros, «valiente, pero desgraciado»; otros, «cortés, pero impertinente»; y por aquí van discurriendo en tantas cosas, que ni a vuestra merced ni a mí nos dejan hueso sano.

—Mira, Sancho —dijo don Quijote—: dondequiera que está la virtud en eminente grado, es perseguida[24]. Pocos o ninguno de los famosos varones que pasaron dejó de ser calumniado de la malicia[25]. Julio César, animosísimo, prudentísimo y valentísimo capitán, fue notado de ambicioso y algún tanto no limpio, ni en sus vestidos ni en sus costumbres[26]. Alejandro, a quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno, dicen dél que tuvo sus ciertos puntos de borracho. De Hércules, el de los muchos trabajos, se cuenta que fue lascivo y muelle[27]. De don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, se murmura que fue más que demasiadamente rijoso; y de su hermano, que fue llorón[28]. Así que, ¡oh Sancho!, entre las tantas calumnias de buenos bien pueden pasar las mías, como no sean más de las que has dicho.

—¡Ahí está el toque, cuerpo de mi padre[29]! —replicó Sancho.

—Pues ¿hay más? —preguntó don Quijote.

—Aún la cola falta por desollar[30] —dijo Sancho—: lo de hasta aquí son tortas y pan pintado[31]; mas si vuestra merced quiere saber todo lo que hay acerca de las caloñas[32] que le ponen, yo le traeré aquí luego al momento quien se las diga todas, sin que les falte una meaja[33], que anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca, hecho bachiller[34], y yéndole yo a dar la bienvenida me dijo que andaba ya en libros la historia de vuestra merced, con nombre del *Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha* [35]; y dice que me mientan a mí en ella con mi mesmo nombre de Sancho Panza, y a la señora

---

[19] Se alude a las escasas propiedades de DQ, insuficientes para alcanzar la categoría de caballero, que *se ha arremetido* ('se ha arrogado sin corresponderle'), junto con el tratamiento de *don*, teniendo apenas dos *yugadas de tierra* ('medidas de superficie que corresponden a lo que una yunta de bueyes puede arar en una jornada') y estando como está 'en tan miserable estado': *con un trapo atrás y otro adelante*.

[20] 'se comparasen con ellos, creyendo que eran iguales o superiores'.

[21] ***hidalgos escuderiles***: 'hidalgos pobres, que no tienen renta y se ven obligados a servir en casa rica, o aquellos que se hacen pasar por hidalgos, sin poder presentar ejecutoria de hidalguía'. Con el ***humo de los zapatos***, se disimulaban las rozaduras y desperfectos del uso.

[22] 'arreglan las carreras de las medias con seda de color diferente', porque carecen del hilo preciso y no pueden pagar a la *maestra de coger puntos*.

[23] DQ glosa el refrán «El hidalgo antes roto que no remendado», porque los remiendos son propios de gente de baja condición. En su sentido figurado, *remendado* se refiere al linaje manchado por alguna indignidad posteriormente reparada, lo que explica la respuesta airada de DQ. Tiene mucho que ver con el famosos "sostenella y no enmendalla", ese punto de orgullo que impide reconocer los propios errores, con el que, satírica y tópicamente, se caracterizó a este sector de la pequeña nobleza (e incluso de toda la sociedad española), obsesionada por la limpieza de sangre y picajosa de su prestigio social, cuyo concepto del honor les impide, entre otras cosas, pedir excusas o trabajar en oficios productivos. Será una crítica subyacente en buena parte de la obra de Cervantes y, por ejemplo, en el teatro o en la picaresca.

[24] El aforismo fue popularizado por San Jerónimo.

[25] 'por los maliciosos'

[26] Se juega aquí también con el doble valor del adjetivo ***limpio***, en su sentido material (higiene corporal) y espiritual (puro y libre de pecado). De la escasa higiene y desaliño en el vestido de Julio César se hacen eco varios historiadores y su desenfrenado apetito sexual, en el que no distinguía sexos ni conveniencias sociales, llegaron a ser proverbiales.

[27] 'amigo de placeres y comodón'

[28] El contraste entre el ***rijoso*** ('pendenciero y lujurioso') Galaor y su cortesano y delicado hermano ya se subraya en el *Amadís de Gaula*.

[29] Blasfemia atenuada con un eufemismo, por no decir «... de Dios!

[30] 'falta lo último y más duro', frase hecha usual, con variantes, aún hoy.

[31] Con esta frase hecha se indica que algún mal es pequeño comparado con otro mayor.

[32] *caloñas*: 'calumnias', 'tachas'; era ya voz rústica.

[33] 'ni el menor detalle'. La *meaja* era una moneda, ya fuera de uso, de ínfimo valor; por su parecido, se cruzó su significado con el de *migaja*.

[34] El primer grado universitario, el más básico por tanto. Es una referencia irónica, ya que en la inculta España rural de la época, como hasta bien entrado el siglo XX, este título era un llamativo distintivo de calidad e incluso prestigio social, a veces no muy justificado.

[35] Hay un desajuste entre el tiempo real y el narrativo: en el espacio de un mes hubiera sido imposible la composición e impresión del libro. En la narración, la incongruencia consiste en que se le pueda decir a DQ que había salido el libro, pues la Primera parte se cierra con los epitafios

Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros a solas, que me hice cruces de espantado cómo las pudo saber el historiador que las escribió.

—Yo te aseguro, Sancho —dijo don Quijote—, que debe de ser algún sabio encantador el autor de nuestra historia, que a los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir.

—¡Y cómo —dijo Sancho— si era sabio y encantador, pues, según dice el bachiller Sansón Carrasco, que así se llama el que dicho tengo, que el autor de la historia se llama Cide Hamete Berenjena[36]!

—Ese nombre es de moro —respondió don Quijote.

—Así será —respondió Sancho—, porque por la mayor parte he oído decir que los moros son amigos de berenjenas.

—Tú debes, Sancho —dijo don Quijote—, errarte en el sobrenombre de ese Cide, que en arábigo quiere decir 'señor'.

—Bien podría ser —replicó Sancho—; mas si vuestra merced gusta que yo le haga venir aquí, iré por él en volandas.

—Harásme mucho placer, amigo —dijo don Quijote—, que me tiene suspenso lo que me has dicho y no comeré bocado que bien me sepa hasta ser informado de todo.

—Pues yo voy por él —respondió Sancho.

Y, dejando a su señor, se fue a buscar al bachiller, con el cual volvió de allí a poco espacio, y entre los tres pasaron un graciosísimo coloquio.[37]

---

que suponen la muerte de los personajes más importantes, incluido el protagonista; se crea, por lo tanto, una situación literariamente genial, pues la Primera parte se integra en la Segunda como un elemento más del relato, pero literalmente absurda.

[36] *pues... que*: 'porque, puesto que'; *Berenjena* es una deformación, por etimología popular, del apellido *Benengeli*, de acuerdo con el conocido gusto de los moriscos por los platos a base de berenjenas, como el propio Sancho recuerda en seguida.

[37] Incluimos aquí una nota, quizás más extensa de la cuenta, para resaltar la importancia de la revelación que el bachiller a Sancho y de este a su señor. Señor y escudero saben desde ahora que su historia es conocida y famosa y que el retrato que de ellos se hace no es precisamente halagüeño. A partir de ahora, ambos van a tener siempre en mente lo que de ellos se decía en el relato de sus anteriores salidas, y actuarán en consecuencia con ese referente. También se encontrarán continuamente con personajes que la han leído y que también actuarán en consecuencia.

No se puede olvidar tampoco que la mayoría de los lectores (u oyentes, que también eran frecuentes las lecturas grupales en voz alta) de esta segunda parte conocerían también la primera, y también ellos tendrían en mente los episodios que se irán aludiendo a partir de ahora. Además, en el tiempo literario sólo ha pasado un mes, pero habían transcurrido más de diez años entre la publicación de las dos partes y, aunque Cervantes apenas se beneficiase de ella, la edición de 1605 había adquirido una rápida celebridad y había dado origen a varias reediciones e incluso traducciones. Algunos episodios eran conocidos por la práctica totalidad de los españoles y, con el tiempo trascurrido, habían adquirido una aureola casi legendaria o de cuento tradicional. Muchas frases extraídas del *Q* se habían convertido ya en coletillas populares y frases proverbiales. Además, en la época de Cervantes, los lectores apreciaban algunos aspectos cómicos que nosotros hoy apenas disfrutamos. Algunos lances de caballero o escudero, que a nosotros apenas nos hacen sonreír, o incluso sentir cierta piedad, en la época podían provocar oleadas de carcajadas, especialmente si la lectura era en grupo, cosa bastante frecuente, ya que poca gente sabía leer. En concreto, los frecuentes mamporros recibidos por ambos, y el frecuente recuento de muelas perdidas, podían provocar que más de un oyente se revolcase de risa. Escuchar el relato de las nuevas aventuras, teniendo como referencia el recuerdo de las antiguas, aumentaba aún más esta comicidad.

En este marco de referencias, tanto sociales como literarias, este juego de espejos ideados por Cervantes entre las dos partes de su historia es, sin duda, un hallazgo genial, quizás nunca superado, aunque resulte absurdo desde el punto de vista estrictamente realista, como señalaba Rico en una nota anterior. Es uno de los muchos caminos literarios abiertos en esta obra que muchos escritores posteriores han continuado, quizás inconscientemente. Y cada vez que se lee el *Q* se descubre alguno de estos hallazgos geniales de Cervantes.

Me atrevo a dar mi opinión personalísima sobre la grandeza histórica y literaria de esta obra. Sin duda, el *Q* no es una obra perfecta. Son conocidos y muy comentados los numerosos errores y "descuidos" cometidos por el autor. Para nuestra mentalidad actual, puede resultar a menudo excesivamente retórica y algunas partes algo aburridas y superfluas; incluso nos puede ofender la excesiva crueldad en el escarnio tanto físico (el constante apaleamiento de amo y señor) como moral (las crueles bromas de las que son objeto). Desde el punto de vista estrictamente "crítico", si juzgamos "rigurosamente", la estructura de la obra está llena de "errores". Por todas partes se aprecian los cambios de opinión, la falta de un plan global inicial de lo que quería contar, la frecuente apariencia de improvisación, los bruscos giros en el relato, que suelen dar lugar a frecuentes incoherencias cronológicas. Pero es que cada uno de esos bruscos giros, de esas incoherencias, de esos cambios de opinión, esconde uno de esos hallazgos geniales.

Parece claro que Cervantes, en principio, sólo pretendía escribir otro relato corto, seguramente al modo de sus demás *Novelas Ejemplares*, quizás inspirado por el popular *Entremés de los Romances*. Por alguna razón, le vio posibilidades de continuación, añadiéndole al ascético y serio caballero un contrapunto rústico y cómico (en un sentido distinto a la cómica locura de DQ). Después, se le ocurrió introducir un segundo narrador, y un traductor, además. Ahora se le ha ocurrido que sus personajes conozcan el relato de sus anteriores aventuras. Más tarde, Cervantes se enterará de la publicación de la falsa continuación, el famoso *Quijote de Avellaneda* que, aunque hoy casi nadie lo lea (resulta insufrible la comparación) en su época sí gozó de cierta popularidad. Cervantes decide que desde ese momento sus personajes también conocerán esa falsa continuación y tomarán todas sus decisiones futuras con el propósito de contradecirla. Y cada una de estas decisiones es una decisión genial, quizás una intuición genial, incluso una "casualidad" genial; pero que abría un sinfín de nuevas vías narrativas y expresivas, y da la impresión como si Cervantes hubiera querido explorarlas todas y, cada una de ellas le abriera otras a su vez. El *Q* es una obra viva en todo momento, que crece a golpes, a impulsos, como la vida del propio Cervantes, que da también para mucho que contar. Recuerdo haber leído en algún comentario sobre el *Q*, no recuerdo de quién, que si DQ era el caballero andante. Cervantes bien podría ser "el

RESUMEN DE CAPÍTULOS OMITIDOS (III-IV)[38]

En el Capítulo III, el bachiller acude al llamado de don Quijote y, junto con Sancho, conversan largamente sobre el relato impreso de las pasadas aventuras. El propio DQ ya se ha dado a sí mismo un explicación acorde a su mentalidad, para la rapidez de su aparición (la mano de algún "sabio encantador"): Fundamentalmente, el bachiller informa a DQ de cómo han sido narrados los principales lances y de la aceptación que la obra está teniendo entre el público.

Pese a que el bachiller le hace una primera semblanza en general halagüeña de lo que allí se contaba, a medida que va desgranando determinados detalles y episodios, va quedando claro el aspecto cómico, incluso ridículo, de la maniática locura de DQ y de la rusticidad de Sancho. Esto, a medida que avanza la conversación, hace enfurecer a don Quijote y lo determina a emprender una nueva salida.

En el Capítulo IIII, Sancho responde a algunas dudas del bachiller sobre aspectos oscuros de la *Primera Parte*. Es una referencia a algunos de esos famosos "descuidos" de Cervantes: el burro robado que aparece y desaparece, unos dineros misteriosamente desaparecidos…

Al final del capítulo, DQ comunica a ambos su decisión de partir por tercera vez en busca de aventuras, y es ardientemente animado a ello por el bachiller. Como se verá poco después, el bachiller ha elaborado sus propios planes para "curar" a DQ de su locura. El capítulo finaliza con el anuncio de la fecha de la nueva salida.

---

escritor andante", en todos los sentidos de la palabra *andante*, desde el idealismo caballeresco, hasta el sentido más literal, de "andar", recorrer muchos caminos, casi nunca cómodos ni venturosos.

.

Esto no quiere decir que todos los recursos de Cervantes sean completamente nuevos. Muchos de ellos están ya en Homero, la épica medieval, la tradición narrativa árabe o las propias novelas de caballerías y pastoriles. Pero Cervantes, al combinarlos, los hace nuevos y los dota de nueva significación y posibilidades. Este es el peligro de muchas ediciones excesivamente adaptadas: esta riqueza de vías narrativas e interpretativas se pierden, en beneficio de un relato más "entretenido". Así, queriendo hacerlo "más accesible", se le priva de su mayor virtud y, por tanto, siempre resulta empobrecido, privándole en gran medida de su mayor virtud y su mayor capacidad de atracción, privándolo de buena parte de la riqueza de su compleja red de significados.

No disponemos aquí de espacio para extendernos más sobre esta cuestión, ni quizás sea una nota a pie de página el mejor lugar para ello. El tema ha dado y da para mucho más. Esto, al principio, sólo iba a ser una nota al pie sobre la relevancia de una determinada técnica literaria.

[38] El libro de Martín de Ríquer, usado hasta ahora, apenas se refiere por separado a estos capítulos, aunque cita algunos pasajes. Los resumimos nosotros brevemente.

Capítulo V

De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer Teresa Panza[1], y otros sucesos dignos de felice recordación

Llegando a escribir el traductor desta historia este quinto capítulo, dice que le tiene por apócrifo[2], porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podía prometer de su corto ingenio[3] y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible que él las supiese, pero que no quiso dejar de traducirlo, por cumplir con lo que a su oficio debía; y, así, prosiguió diciendo:

Llegó Sancho a su casa tan regocijado y alegre, que su mujer conoció su alegría a tiro de ballesta; tanto, que la obligó a preguntarle:

—¿Qué traés, Sancho amigo, que tan alegre venís?

A lo que él respondió:

—Mujer mía, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar tan contento como muestro.

—No os entiendo, marido —replicó ella—, y no sé qué queréis decir en eso de que os holgárades, si Dios quisiera, de no estar contento; que, maguer tonta[4], no sé yo quién recibe gusto de no tenerle.

—Mirad, Teresa —respondió Sancho—, yo estoy alegre porque tengo determinado de volver a servir a mi amo don Quijote, el cual quiere la vez tercera salir a buscar las aventuras; y yo vuelvo a salir con él, porque lo quiere así mi necesidad[5], junto con la esperanza que me alegra de pensar si podré hallar otros cien escudos como los ya gastados, puesto que me entristece el haberme de apartar de ti y de mis hijos; y si Dios quisiera darme de comer a pie enjuto y en mi casa[6], sin traerme por vericuetos y encrucijadas, pues lo podía hacer a poca costa y no más de quererlo[7], claro está que mi alegría fuera más firme y valedera, pues que la que tengo va mezclada con la tristeza del dejarte. Así que dije bien que holgara, si Dios quisiera, de no estar contento.

—Mirad, Sancho —replicó Teresa—, después que os hicistes miembro de caballero andante, habláis de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda[8].

—Basta que me entienda Dios, mujer —respondió Sancho—, que Él es el entendedor de todas las cosas, y quédese esto aquí. Y advertid, hermana, que os conviene tener cuenta estos tres días con el rucio, de manera que esté para armas tomar[9]: dobladle los piensos, requerid la albarda y las demás jarcias[10], porque no vamos a bodas, sino a rodear el mundo y a tener dares y tomares[11] con gigantes, con endriagos y con vestiglos, y a oír silbos, rugidos, bramidos y baladros; y aun todo esto fuera flores de cantueso[12], si no tuviéramos que entender con yangüeses y con moros encantados.

—Bien creo yo, marido —replicó Teresa—, que los escuderos andantes no comen el pan de balde, y, así, quedaré rogando a Nuestro Señor os saque presto de tanta mala ventura.

---

[1] La mujer de Sancho, que se había llamado Juana Gutiérrez o Panza en la Primera parte, pasa a llamarse a partir de ahora *Teresa*.

[2] 'falso', 'no incluido entre los textos canónicos'. Cervantes se vale de la figura del traductor (un narrador interpuesto) para crear distintos niveles de realidad y veracidad.

[3] Muchos críticos han interpretado este pasaje como el momento en que Cervantes descubre la maduración que ha alcanzado el personaje de Sancho y decide explorar narrativamente este proceso evolutivo.

[4] 'aunque tonta'. En el *Q.*, acaso por influjo del sayagués teatral, el arcaísmo aparece siempre ligado a la idea de poca inteligencia.

[5] Es una dilogía, 'mi pobreza y mi obligación', que remite a la seguidilla popular que se cantará en II, 24.

[6] ***a pie enjuto***: 'sin trabajos'; en sentido recto, 'sin mojarme'. Remite al refrán «A pie enjuto no se cogen peces».

[7] 'sólo con quererlo'

[8] Tal como dice Teresa, en su parlamento Sancho echa mano de una paradoja conceptista propia del lenguaje cortesano, o sea, del propio de DQ: *holgara... de no estar contento*; *os hicistes miembro de caballero andante*: 'te uniste al caballero hasta parecer parte suya y no poder obrar por ti mismo'.

[9] 'preparado para llevar las armas en cuanto sea preciso'; la frase y la actitud responden a la obligación antigua de estar prevenido por si en el pueblo se tocaba a rebato. En los libros de caballerías y en los romances, el cuidado de la cabalgadura correspondía a las damas importantes e incluso a las reinas y princesas.

[10] 'aparejos de un animal'

[11] ***dares y tomares***: 'pleitos o reyertas'. Estilísticamente, la elección de estas palabras constituye una lítote.

[12] ***flores de cantueso***: 'fruslerías, insignificancias'. El *cantueso* es una casia aromática cuyo olor recuerda al del espliego que se emplea para perfumar la ropa en los armarios; en medicina, para purgar la melancolía. En esta última cualidad puede residir el chiste.

—Yo os digo, mujer —respondió Sancho—, que si no pensase antes de mucho tiempo verme gobernador de una ínsula, aquí me caería muerto.

—Eso no, marido mío —dijo Teresa—, viva la gallina, aunque sea con su pepita[13]: vivid vos, y llévese el diablo cuantos gobiernos hay en el mundo; sin gobierno salistes del vientre de vuestra madre, sin gobierno habéis vivido hasta ahora y sin gobierno os iréis[14], o os llevarán, a la sepultura cuando Dios fuere servido. Como esos hay en el mundo que viven sin gobierno[15], y no por eso dejan de vivir y de ser contados en el número de las gentes. La mejor salsa del mundo es la hambre; y como esta no falta a los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad, Sancho, si por ventura os viéredes con algún gobierno, no os olvidéis de mí y de vuestros hijos. Advertid que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razón que vaya a la escuela, si es que su tío el abad le ha de dejar hecho de la Iglesia[16]. Mirad también que Mari Sancha, vuestra hija, no se morirá si la casamos: que me va dando barruntos que desea tanto tener marido como vos deseáis veros con gobierno, y en fin, en fin, mejor parece la hija mal casada que bien abarraganada[17].

—A buena fe —respondió Sancho— que si Dios me llega a tener algo qué de gobierno[18], que tengo de casar, mujer mía, a Mari Sancha tan altamente, que no la alcancen sino con llamarla «señoría».

—Eso no, Sancho —respondió Teresa—: casadla con su igual, que es lo más acertado; que si de los zuecos la sacáis a chapines[19], y de saya parda de catorceno a verdugado y saboyanas de seda[20], y de una *Marica* y un *tú* a una *doña tal* y *señoría*, no se ha de hallar la mochacha, y a cada paso ha de caer en mil faltas, descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera.

—Calla, boba —dijo Sancho—, que todo será usarlo dos o tres años, que después le vendrá el señorío y la gravedad como de molde; y cuando no, ¿qué importa? Séase ella señoría, y venga lo que viniere.

—Medíos, Sancho, con vuestro estado[21] —respondió Teresa—, no os queráis alzar a mayores y advertid al refrán que dice: «Al hijo de tu vecino, límpiale las narices y métele en tu casa[22]». ¡Por cierto que sería gentil cosa casar a nuestra María con un condazo, o con caballerote que cuando se le antojase la pusiese como nueva[23], llamándola de villana, hija del destripaterrones y de la pelarruecas[24]! ¡No en mis días[25], marido! ¡Para eso, por cierto, he criado yo a mi hija! Traed vos dineros, Sancho, y el casarla dejadlo a mi cargo, que ahí está Lope Tocho[26], el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y sano, y que le conocemos y sé que no mira de mal ojo[27] a la mochacha; y con este, que es nuestro igual, estará bien casada, y le tendremos siempre a nuestros ojos, y seremos todos unos, padres y hijos, nietos y yernos, y andará la paz y la bendición de Dios entre todos nosotros; y no casármela vos ahora en esas cortes y en esos palacios grandes, adonde ni a ella la entiendan ni ella se entienda.

---

[13] 'lo primero es vivir, aunque sea con incomodidades', pues *pepita* es el 'tumorcillo bajo la lengua de la gallina que le dificulta comer, cacarear y poner huevos'

[14] *sin gobierno*: 'sin juicio'; es la base del equívoco que se extiende a lo largo de todo el parlamento de Teresa Panza.

[15] *Como esos*: 'muchísimos'; la frase se acompaña con el gesto de rozar los dedos de las manos con el pulgar.

[16] *abad*: 'cura'. Ser *de la Iglesia* no implica necesariamente 'ser clérigo', pues mucho más probablemente puede referirse a alguno de los cargos que se comprendían bajo el denominativo genérico de *sacristán*. Obsérvese también que Sanchico ha llegado a los quince años y todavía no ha ido a la escuela.

[17] 'amancebada', 'unida a un hombre sin matrimonio'. Aquí *mal casada* vale por 'casada con quien le es inferior en bienes de fortuna'; en el refrán primitivo tiene el mismo sentido que en la canción tradicional.

[18] 'me hace llegar a tener algún tanto de gobierno'

[19] *zuecos*: 'especie de botas de badana con suela de madera'; *chapines*: 'calzado femenino muy alto, con varias capas de cuero'; *sacáis* es una dilogía, pues vale por 'subís' de altura (los chapines eran más altos) y de condición. Con esta frase y las siguientes, Teresa ilustra significativamente la forzada ascensión a una clase superior a la suya.

[20] La *saya parda de catorceno* era vestido propio de labradores, por lo que el paño *catorceno*, 'tejido basto', se opone al *verdugado*, 'enagua armada con aros de mimbre de tamaño progresivo'; la *saboyana* era también un 'vestido completo: falda, cuerpo y mangas de la misma tela'; el género o tela de las *saboyanas* era lo que distinguía a una clase de otra.

[21] 'Comportaos, Sancho, como conviene a vuestra condición'.

[22] El refrán vale por 'relaciónate y emparienta con quien sea tu igual y conozcas desde niño'.

[23] 'la maltratase'

[24] Despectivos por 'labriego' e 'hilandera'

[25] 'no mientras yo viva'

[26] 'torpe, palurdo'

[27] 'que le gusta, que estaría dispuesto a casarse con ella'; la contraposición de las aspiraciones de Sancho y de su esposa supone, por sí misma, una ironía de efecto cómico.

—Ven acá, bestia y mujer de Barrabás[28] —replicó Sancho—: ¿por qué quieres tú ahora, sin qué ni para qué, estorbarme que no case a mi hija con quien me dé nietos que se llamen «señoría»? Mira, Teresa, siempre he oído decir a mis mayores que el que no sabe gozar de la ventura cuando le viene, que no se debe quejar si se le pasa; y no sería bien que ahora que está llamando a nuestra puerta se la cerremos: dejémonos llevar deste viento favorable que nos sopla.

Por este modo de hablar, y por lo que más abajo dice Sancho, dijo el tradutor desta historia que tenía por apócrifo este capítulo.

—¿No te parece, animalia —prosiguió Sancho—, que será bien dar con mi cuerpo en algún gobierno provechoso que nos saque el pie del lodo[29]? Y cásese a Mari Sancha con quien yo quisiere, y verás como te llaman a ti «doña Teresa Panza» y te sientas en la iglesia sobre alcatifa, almohadas y arambeles[30], a pesar y despecho de las hidalgas del pueblo. ¡No, sino estaos siempre en un ser[31], sin crecer ni menguar, como figura de paramento[32]! Y en esto no hablemos más, que Sanchica ha de ser condesa, aunque tú más me digas.

—¿Veis cuanto decís, marido? —respondió Teresa—. Pues, con todo eso, temo que este condado de mi hija ha de ser su perdición. Vos haced lo que quisiéredes, ora la hagáis duquesa o princesa, pero séos decir que no será ello con voluntad ni consentimiento mío. Siempre, hermano, fui amiga de la igualdad[33], y no puedo ver entonos sin fundamentos[34]. «Teresa» me pusieron en el bautismo, nombre mondo y escueto, sin añadiduras ni cortapisas, ni arrequives de *dones* ni *donas*[35]; «Cascajo» se llamó mi padre; y a mí, por ser vuestra mujer, me llaman «Teresa Panza» (que a buena razón me habían de llamar «Teresa Cascajo», pero allá van reyes do quieren leyes[36], y con este nombre me contento, sin que me le pongan un *don* encima que pese tanto, que no le pueda llevar, y no quiero dar que decir a los que me vieren andar vestida a lo condesil o a lo de gobernadora, que luego dirán: «¡Mirad qué entonada va la pazpuerca[37]! Ayer no se hartaba de estirar de un copo de estopa[38], y iba a misa cubierta la cabeza con la falda de la saya, en lugar de manto[39], y ya hoy va con verdugado, con broches y con entono, como si no la conociésemos». Si Dios me guarda mis siete, o mis cinco sentidos, o los que tengo[40], no pienso dar ocasión de verme en tal aprieto. Vos, hermano, idos a ser gobierno o ínsulo, y entonaos[41] a vuestro gusto, que mi hija ni yo por el siglo[42] de mi madre que no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea: la mujer honrada, la pierna quebrada, y en casa; y la doncella honesta, el hacer algo es su fiesta[43]. Idos con vuestro don Quijote a vuestras aventuras y dejadnos a nosotras con nuestras malas venturas, que Dios nos las mejorará como seamos buenas; y yo no sé, por cierto, quién le puso a él *don* que no tuvieron sus padres ni sus agüelos[44].

---

[28]En principio, el malhechor que fue cambiado por Cristo, y por tanto 'capaz de cualquier perversidad'; pero *mujer* es también 'esposa', con lo que Sancho se califica a sí mismo y la acción que quiere emprender.

[29] 'nos ayude a medrar'

[30] *alcatifa*: 'alfombra de pelo hecha con seda'; *arambeles*: 'alfombras finas y listadas'.

[31] *estaos siempre en un ser*: 'no mudéis de naturaleza'; es una aplicación al estado social de una de las reglas básicas de amor cortés.

[32] 'imágenes bordadas, tejidas o pintadas en los tapices', con que se adornaban, sobre todo, las paredes de las habitaciones de las mujeres; se citaban como paradigma de la inmovilidad.

[33] 'fui partidaria de los matrimonios entre iguales'; era idea extendida en tiempos de C.

[34] *entonos*: 'arrogancias, engreimientos'

[35] *arrequives*: 'adornos'. Literalmente, *cortapisa* es el 'galón de pasamanería bordada que se cose, como adorno y refuerzo, en el borde de la falda'; *arrequive*, la 'aplicación bordada que se añade como adorno en un vestido'.

[36] Teresa trastrueca el refrán «Allá van leyes do quieren reyes» (II, 37, 936); sin embargo, no es seguro que la variación sea un error inocente o donairoso, dado que Teresa quiere oponerse a la voluntad o capricho del marido.

[37] Palabra de significado incierto; parece ser creación expresiva del autor.

[38] 'no cesaba de hilar el copo de cáñamo basto puesto en la rueca'.

[39] 'por no tener *manto*, ha de cubrirse la cabeza con el trozo de paño con que se cubre el vestido entero, la *saya*'. El *manto* era propio de las ciudades o de las clases principales, no de los lugares ni del pueblo llano. Recuérdese que al entrar en el templo, las mujeres debían cubrirse la cabeza.

[40] Tradicionalmente, a los cinco sentidos exteriores se sumaban, por lo menos, dos interiores: la memoria y la capacidad de discernir, el llamado sentido común.

[41] *entonaos*: 'presumid'

[42] 'vida (eterna)'

[43] Son dos refranes.

[44] Teresa reitera que DQ no tiene derecho al uso de *don.*

—Ahora digo —replicó Sancho— que tienes algún familiar en ese cuerpo[45]. ¡Válate Dios, la mujer, y qué de cosas has ensartado unas en otras, sin tener pies ni cabeza! ¿Qué tiene que ver el cascajo, los broches, los refranes y el entono con lo que yo digo? Ven acá, mentecata e ignorante, que así te puedo llamar, pues no entiendes mis razones y vas huyendo de la dicha: si yo dijera que mi hija se arrojara de una torre abajo, o que se fuera por esos mundos como se quiso ir la infanta doña Urraca[46], tenías razón de no venir con mi gusto[47]; pero si en dos paletas y en menos de un abrir y cerrar de ojos te la chanto un *don* y una *señoría* a cuestas y te la saco de los rastrojos y te la pongo en toldo y en peana[48] y en un estrado de más almohadas de velludo que tuvieron moros en su linaje los Almohadas de Marruecos[49], ¿por qué no has de consentir y querer lo que yo quiero?

—¿Sabéis por qué, marido? —respondió Teresa—. Por el refrán que dice: «¡Quien te cubre, te descubre[50]!». Por el pobre todos pasan los ojos como de corrida[51], y en el rico los detienen; y si el tal rico fue un tiempo pobre, allí es el murmurar y el maldecir y el peor perseverar de los maldicientes, que los hay por esas calles a montones, como enjambres de abejas.

—Mira, Teresa —respondió Sancho—, y escucha lo que agora quiero decirte: quizá no lo habrás oído en todos los días de tu vida, y yo agora no hablo de mío[52], que todo lo que pienso decir son sentencias del padre predicador que la cuaresma pasada predicó en este pueblo; el cual, si mal no me acuerdo, dijo que todas las cosas presentes que los ojos están mirando se presentan, están y asisten en nuestra memoria mucho mejor y con más vehemencia que las cosas pasadas.

Todas estas razones que aquí va diciendo Sancho son las segundas por quien[53] dice el tradutor que tiene por apócrifo este capítulo, que exceden a la capacidad de Sancho. El cual prosiguió diciendo:

—De donde nace que cuando vemos alguna persona bien aderezada y con ricos vestidos compuesta y con pompa de criados, parece que por fuerza nos mueve y convida a que la tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos represente alguna bajeza en que vimos a la tal persona; la cual inominia, ahora sea de pobreza o de linaje, como ya pasó, no es, y solo es lo que vemos presente. Y si este a quien la fortuna sacó del borrador de su bajeza[54] (que por estas mesmas razones lo dijo el padre) a la alteza de su prosperidad fuere bien criado, liberal y cortés con todos, y no se pusiere en cuentos con aquellos que por antigüedad son nobles[55], ten por cierto, Teresa, que no habrá quien se acuerde de lo que fue, sino que reverencien lo que es, si no fueren los invidiosos, de quien ninguna próspera fortuna está segura.

—Yo no os entiendo, marido —replicó Teresa—: haced lo que quisiéredes y no me quebréis más la cabeza con vuestras arengas y retóricas. Y si estáis revuelto en hacer lo que decís...

—*Resuelto* has de decir, mujer —dijo Sancho—, y no *revuelto*[56].

—No os pongáis a disputar, marido, conmigo —respondió Teresa—: yo hablo como Dios es servido y no me meto en más dibujos[57]. Y digo que si estáis porfiando en tener gobierno, que llevéis con vos a vuestro hijo Sancho, para que desde agora le enseñéis a tener gobierno, que bien es que los hijos hereden y aprendan los oficios de sus padres.

---

[45] ‘estás endemoniada’; *familiar*: ‘diablo’.

[46] Alusión al romance «Morir vos queredes padre».

[47] ‘en no estar de acuerdo con mi opinión’.

[48] ‘la saco de las labores del campo y la pongo en el estado más alto’. Con la primera frase alude al trabajo de las campesinas, que, a la zaga de los segadores, recogen las espigas que caen entre el rastrojo.

[49] Es un juego de palabras: *almohadas* está por ‘almohades’, que invadieron Al Ándalus en el siglo XII; *velludo*: ‘terciopelo’.

[50] El refrán significa ‘quien te hace caballero cubierto hace más ostensibles tus deficiencias’; pues sólo los pertenecientes a la más alta nobleza tenían el privilegio de estar con la cabeza cubierta en presencia de los reyes

[51] ‘nadie presta atención al pobre’

[52] ‘no hablo por mí mismo’

[53] *por quien*: ‘por las que’

[54] ‘del bosquejo de su baja condición’

[55] ‘no se pusiese a discutir asuntos de honra y linaje con los miembros de la nobleza antigua’.

[56] ‘trastornado, atarugado’. Sancho lleva a su molino lo que quiere suponer equivocación de su mujer.

[57] ‘no quiero buscarme más problemas’

—En teniendo gobierno —dijo Sancho— enviaré por él por la posta[58] y te enviaré dineros, que no me faltarán, pues nunca falta quien se los preste a los gobernadores cuando no los tienen[59]; y vístele de modo que disimule lo que es y parezca lo que ha de ser.

—Enviad vos dinero —dijo Teresa—, que yo os lo vistiré como un palmito[60].

—En efecto, quedamos de acuerdo —dijo Sancho— de que ha de ser condesa nuestra hija.

—El día que yo la viere condesa —respondió Teresa—, ese haré cuenta que la entierro; pero otra vez os digo que hagáis lo que os diere gusto, que con esta carga nacemos las mujeres, de estar obedientes a sus maridos, aunque sean unos porros[61].

Y en esto comenzó a llorar tan de veras como si ya viera muerta y enterrada a Sanchica. Sancho la consoló diciéndole que ya que la hubiese de hacer condesa, la haría todo lo más tarde que ser pudiese. Con esto se acabó su plática, y Sancho volvió a ver a don Quijote para dar orden en su partida.

Capítulo VI (resumen)

De lo que le pasó a don Quijote con su sobrina y con su ama, y es uno de los importantes capítulos de toda la historia

Pese a la importancia enunciada en el título del capítulo, en este capítulo no se narra más que una conversación, sin más trascendencia, entre DQ y su sobrina, en la que ambos expresan con relativo sosiego y buen juicio general, cada uno según su mentalidad, sobre la caballería y sobre los planes de DQ de una posible nueva salida.

[58] ‘deprisa, rápidamente’

[59] Es posible que Sancho se refiera a los empréstitos a la monarquía española, aunque una parte de la crítica ha visto aquí una muestra de la frecuente sátira del cohecho.

[60] ‘lo cargaré de vestidos’

[61] ‘tontos, zotes’; Teresa recuerda la Epístola de San Pablo que se lee en las bodas.

Capítulo VII

De lo que pasó don Quijote con su escudero, con otros sucesos famosísimos

Apenas vio el ama que Sancho Panza se encerraba con su señor, cuando dio en la cuenta de sus tratos; y imaginando que de aquella consulta había de salir la resolución de su tercera salida, y tomando su manto, toda llena de congoja y pesadumbre se fue a buscar al bachiller Sansón Carrasco, pareciéndole que por ser bien hablado y amigo fresco de su señor[1] le podría persuadir a que dejase tan desvariado propósito.

Hallóle paseándose por el patio de su casa, y, viéndole, se dejó caer ante sus pies, trasudando y congojosa. Cuando la vio Carrasco con muestras tan doloridas y sobresaltadas, le dijo:

—¿Qué es esto, señora ama? ¿Qué le ha acontecido, que parece que se le quiere arrancar el alma[2]?

—No es nada, señor Sansón mío, sino que mi amo se sale, ¡sálese sin duda!

—¿Y por dónde se sale, señora? —preguntó Sansón—. ¿Hásele roto alguna parte de su cuerpo[3]?

—No se sale —respondió ella— sino por la puerta de su locura. Quiero decir, señor bachiller de mi ánima, que quiere salir otra vez, que con esta será la tercera, a buscar por ese mundo lo que él llama venturas, que yo no puedo entender cómo les da este nombre[4]. La vez primera nos le volvieron atravesado sobre un jumento, molido a palos. La segunda vino en un carro de bueyes, metido y encerrado en una jaula, adonde él se daba a entender que estaba encantado; y venía tal el triste, que no le conociera la madre que le parió, flaco, amarillo, los ojos hundidos en los últimos camaranchones del celebro[5], que para haberle de volver algún tanto en sí gasté más de seiscientos huevos, como lo sabe Dios y todo el mundo, y mis gallinas, que no me dejarán mentir.

—Eso creo yo muy bien —respondió el bachiller—, que ellas son tan buenas, tan gordas y tan bien criadas, que no dirán una cosa por otra, si reventasen[6]. En efecto, señora ama, ¿no hay otra cosa, ni ha sucedido otro desmán alguno sino el que se teme que quiere hacer el señor don Quijote?

—No, señor —respondió ella.

—Pues no tenga pena —respondió el bachiller—, sino váyase enhorabuena a su casa y téngame aderezado de almorzar alguna cosa caliente, y de camino vaya rezando la oración de Santa Apolonia, si es que la sabe, que yo iré luego allá y verá maravillas[7].

—¡Cuitada de mí! —replicó el ama—. ¿La oración de Santa Apolonia dice vuestra merced que rece? Eso fuera si mi amo lo hubiera de las muelas, pero no lo ha sino de los cascos[8].

—Yo sé lo que digo, señora ama: váyase y no se ponga a disputar conmigo, pues sabe que soy bachiller por Salamanca, que no hay más que bachillear[9] —respondió Carrasco.

Y con esto se fue el ama, y el bachiller fue luego a buscar al cura, a comunicar con él lo que se dirá a su tiempo[10].

En el que estuvieron encerrados[11], don Quijote y Sancho pasaron las razones que con mucha puntualidad y verdadera relación cuenta la historia.

Dijo Sancho a su amo:

---

[1] *fresco*: 'reciente'

[2] 'está a punto de morir de angustia'

[3] Juega burlonamente con la triple acepción de *salirse*: 'marcharse', 'derramarse' y 'desvariar'.

[4] El ama confunde *aventura* con *ventura* ('buena fortuna')

[5] *camaranchones*: figuradamente, 'cavidades, celdillas'

[6] *si*: 'así, aunque'; *criadas* se utiliza en el doble sentido de 'cuidadas' y 'educadas'.

[7] 'sucesos extraordinarios'

[8] *Santa Apolonia* es abogada de dientes y muelas; su oración aparece ya citada en *La Celestina*, IV. El chiste tiene varios sentidos: Sansón Carrasco alude a sus propios dientes, que piensa utilizar para comer; el ama cree que la oración es por DQ, enfermo de los *cascos* ('la cabeza'), cuyo dios protector es Apolo, que ella entiende como masculino de Apolonia; *lo hubiera*: 'tuviera dolor'.

[9] 'ser muy bachiller', por serlo de la más importante de las universidades mayores; pero también 'hablar mucho' e incluso 'mentir con aplomo'.

[10] Esta anticipación narrativa se resuelve en II, 14-15.

[11] *el* se refiere a *tiempo*.

—Señor, ya yo tengo relucida a mi mujer a que me deje ir con vuestra merced adonde quisiere llevarme.

—*Reducida* has de decir[12], Sancho —dijo don Quijote—, que no *relucida*.

—Una o dos veces —respondió Sancho—, si mal no me acuerdo, he suplicado a vuestra merced que no me emiende los vocablos, si es que entiende lo que quiero decir en ellos, y que cuando no los entienda, diga: «Sancho, o diablo, no te entiendo»; y si yo no me declarare[13], entonces podrá emendarme, que yo soy tan fócil[14].

—No te entiendo, Sancho —dijo luego don Quijote—, pues no sé qué quiere decir *soy tan fócil*.

—*Tan fócil* quiere decir —respondió Sancho— 'soy *tan así*'.

—Menos te entiendo agora —replicó don Quijote.

—Pues si no me puede entender —respondió Sancho—, no sé cómo lo diga: no sé más, y Dios sea conmigo.

—Ya, ya caigo —respondió don Quijote— en ello: tú quieres decir que eres *tan dócil*, blando y mañero[15], que tomarás lo que yo te dijere[16] y pasarás por lo que te enseñare.

—Apostaré yo —dijo Sancho— que desde el emprincipio me caló y me entendió, sino que quiso turbarme, por oírme decir otras docientas patochadas.

—Podrá ser —replicó don Quijote—. Y en efecto ¿qué dice Teresa?

—Teresa dice —dijo Sancho— que ate bien mi dedo con vuestra merced[17], y que hablen cartas y callen barbas[18], porque quien destaja no baraja[19], pues más vale un toma que dos te daré. Y yo digo que el consejo de la mujer es poco[20], y el que no le toma es loco.

—Y yo lo digo también —respondió don Quijote—. Decid, Sancho amigo, pasad adelante, que habláis hoy de perlas.

—Es el caso —replicó Sancho— que, como vuestra merced mejor sabe, todos estamos sujetos a la muerte, y que hoy somos y mañana no, y que tan presto se va el cordero como el carnero[21], y que nadie puede prometerse en este mundo más horas de vida de las que Dios quisiere darle; porque la muerte es sorda, y, cuando llega a llamar a las puertas de nuestra vida, siempre va de priesa, y no la harán detener ni ruegos, ni fuerzas, ni ceptros, ni mitras, según es pública voz y fama, y según nos lo dicen por esos púlpitos[22].

—Todo eso es verdad —dijo don Quijote—, pero no sé dónde vas a parar.

—Voy a parar —dijo Sancho— en que vuesa merced me señale salario conocido de lo que me ha de dar cada mes el tiempo que le sirviere, y que el tal salario se me pague de su hacienda, que no quiero estar a mercedes[23], que llegan tarde o mal o nunca; con lo mío me ayude Dios[24]. En fin, yo quiero saber lo que gano, poco o mucho que sea, que sobre un huevo pone la gallina[25], y muchos pocos hacen un mucho, y mientras se gana algo no se pierde nada. Verdad sea que si sucediese, lo cual ni lo creo ni lo espero, que vuesa merced me diese la ínsula que me tiene prometida, no soy tan ingrato, ni llevo las cosas tan por los

---

[12] *reducida*: 'convencida'; pero *lucir* –de donde se derivaría irónicamente *relucida*– significa también 'azotar'.

[13] 'explicase'

[14] Podría también entenderse *focil*, palabra aguda: 'de carácter inflamable, polvorilla'.

[15] 'manejable', 'obediente', pero también 'ladino, astuto'; por eso Sancho puede decir, más abajo, que lo entendió *emprincipio*, 'a la primera'.

[16] *tomarás*: 'aceptarás'

[17] 'que me asegure en el trato que hago con vuestra merced'

[18] 'merecen más respeto los escritos que las palabras'

[19] 'uno solo no debe decidirlo todo'; *destajar* es 'cortar en los juegos de naipes'.

[20] 'la mujer aconseja pocas veces o en pocos asuntos'

[21] 'todos somos iguales ante la muerte'

[22] Observa que este y otros muchos largos parlamentos de Sancho serán una serie ininterrumpida de dichos y refranes enhebrados, unas veces de manera oportuna y otras, no tanto.

[23] 'no quiero depender del pago que se me quiera dar (*mercedes*), sin salario fijo'; Sancho reclama el sueldo que se le había asignado en I, 20, e incluso lo exige como disposición testamentaria de su amo.

[24] 'no quiero deber nada a nadie'

[25] 'por poco se empieza'. En el nidal de la gallina es costumbre poner un huevo de alabastro o madera pintada para animarla a poner.

cabos[26], que no querré que se aprecie lo que montare la renta de la tal ínsula[27] y se descuente de mi salario gata por cantidad.

—Sancho amigo —respondió don Quijote—, a las veces tan buena suele ser una gata como una rata[28].

—Ya entiendo —dijo Sancho—: yo apostaré que había de decir *rata*, y no *gata*; pero no importa nada, pues vuesa merced me ha entendido.

—Y tan entendido —respondió don Quijote—, que he penetrado lo último de tus pensamientos y sé al blanco que tiras con las inumerables saetas de tus refranes. Mira, Sancho, yo bien te señalaría salario, si hubiera hallado en alguna de las historias de los caballeros andantes ejemplo que me descubriese y mostrase por algún pequeño resquicio qué es lo que solían ganar cada mes o cada año; pero yo he leído todas o las más de sus historias y no me acuerdo haber leído que ningún caballero andante haya señalado conocido salario a su escudero. Solo sé que todos servían a merced, y que cuando menos se lo pensaban, si a sus señores les había corrido bien la suerte, se hallaban premiados con una ínsula o con otra cosa equivalente, y, por lo menos, quedaban con título y señoría. Si con estas esperanzas y aditamentos vos, Sancho, gustáis de volver a servirme, sea en buena hora, que pensar que yo he de sacar de sus términos y quicios la antigua usanza de la caballería andante es pensar en lo escusado[29]. Así que, Sancho mío, volveos a vuestra casa y declarad a vuestra Teresa mi intención; y si ella gustare y vos gustáredes de estar a merced conmigo, *bene quidem*[30], y si no, tan amigos como de antes: que si al palomar no le falta cebo, no le faltarán palomas[31]. Y advertid, hijo, que vale más buena esperanza que ruin posesión, y buena queja que mala paga[32]. Hablo de esta manera, Sancho, por daros a entender que también como vos sé yo arrojar refranes como llovidos. Y, finalmente, quiero decir y os digo que si no queréis venir a merced conmigo y correr la suerte que yo corriere, que Dios quede con vos y os haga un santo, que a mí no me faltarán escuderos más obedientes, más solícitos, y no tan empachados[33] ni tan habladores como vos.

Cuando Sancho oyó la firme resolución de su amo, se le anubló el cielo y se le cayeron las alas del corazón[34], porque tenía creído que su señor no se iría sin él por todos los haberes del mundo; y, así estando suspenso y pensativo, entró Sansón Carrasco con el ama y la sobrina, deseosas de oír con qué razones persuadía a su señor que no tornase a buscar las aventuras. Llegó Sansón, socarrón famoso, y abrazándole como la vez primera, y con voz levantada, le dijo:

—¡Oh flor de la andante caballería! ¡Oh luz resplandeciente de las armas! ¡Oh honor y espejo de la nación española! Plega a Dios todopoderoso, donde más largamente se contiene[35], que la persona o personas que pusieren impedimento y estorbaren tu tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus deseos, ni jamás se les cumpla lo que mal desearen.

Y volviéndose al ama le dijo:

—Bien puede la señora ama no rezar más la oración de Santa Apolonia, que yo sé que es determinación precisa de las esferas[36] que el señor don Quijote vuelva a ejecutar sus altos y nuevos pensamientos, y yo encargaría mucho mi conciencia si no intimase y persuadiese a este caballero que no tenga más tiempo encogida y detenida la fuerza de su valeroso brazo y la bondad de su ánimo valentísimo, porque defrauda con su tardanza el derecho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de

---

[26] 'a tales extremos'

[27] *aprecie*: 'ponga precio'; *montare*: 'sumase', 'importase'

[28] La frase correcta es *rata por cantidad*, 'a prorrata'; pero *gata* lleva implícita la idea de latrocinio, apropiación no debida, acaso porque DQ recuerde el botín obtenido en I, 22, muy superior al salario que Sancho podría haber cobrado; de ahí el tono humorístico de la corrección de DQ.

[29] 'es pensar en vano', 'intentar una cosa difícil o imposible'

[30] 'muy bien, de acuerdo'

[31] 'si hay dinero, acudirán criados'; DQ modifica el refrán «Cebo tenga el palomar, que palomas no han de faltar». Obsérvese también que DQ, como hidalgo, se refiere al *palomar*, mientras que Sancho, villano, había hablado de gallinas.

[32] 'es preferible pleito con buena esperanza que una mala compensación'; otro aforismo jurídico transformado en refrán.

[33] *empachados*: 'simples, lerdos'

[34] 'se le fueron todas las esperanzas', 'se quedó alicaído, desalado'

[35] Fórmula de escribano para remitir al texto donde *se contiene* lo alegado; se usaba para magnificar el asunto de que se habla. En este caso Sansón, rozando la blasfemia, remite a Dios

[36] 'de los cielos, de las estrellas y los planetas'

las viudas y el arrimo de las casadas, y otras cosas deste jaez[37], que tocan, atañen, dependen y son anejas a la orden de la caballería andante. Ea, señor don Quijote mío, hermoso y bravo, antes hoy que mañana se ponga vuestra merced y su grandeza en camino; y si alguna cosa faltare para ponerle en ejecución, aquí estoy yo para suplirla con mi persona y hacienda; y si fuere necesidad servir a tu magnificencia de escudero[38], lo tendré a felicísima ventura.

A esta sazón dijo don Quijote, volviéndose a Sancho:

—¿No te dije yo, Sancho, que me habían de sobrar escuderos? Mira quién se ofrece a serlo, sino el inaudito bachiller Sansón Carrasco, perpetuo trastulo[39] y regocijador de los patios de las escuelas salmanticenses, sano de su persona, ágil de sus miembros, callado, sufridor así del calor como del frío, así de la hambre como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de un caballero andante[40]. Pero no permita el cielo que por seguir mi gusto desjarrete y quiebre la coluna de las letras y el vaso de las ciencias[41], y tronque la palma eminente de las buenas y liberales artes. Quédese el nuevo Sansón en su patria y, honrándola, honre juntamente las canas de sus ancianos padres, que yo con cualquier escudero estaré contento, ya que Sancho no se digna de venir conmigo.

—Sí digno —respondió Sancho, enternecido y llenos de lágrimas los ojos, y prosiguió—: No se dirá por mí, señor mío, el pan comido, y la compañía deshecha[42]; sí, que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida, que ya sabe todo el mundo, y especialmente mi pueblo, quién fueron los Panzas, de quien yo deciendo; y más, que tengo conocido y calado por muchas buenas obras, y por más buenas palabras, el deseo que vuestra merced tiene de hacerme merced, y si me he puesto en cuentas de tanto más cuanto acerca de mi salario[43], ha sido por complacer a mi mujer, la cual cuando toma la mano a persuadir una cosa, no hay mazo que tanto apriete los aros de una cuba como ella aprieta a que se haga lo que quiere; pero, en efeto, el hombre ha de ser hombre, y la mujer, mujer, y pues yo soy hombre dondequiera, que no lo puedo negar, también lo quiero ser en mi casa, pese a quien pesare. Y, así, no hay más que hacer sino que vuestra merced ordene su testamento, con su codicilo[44], en modo que no se pueda revolcar[45], y pongámonos luego en camino, porque no padezca el alma del señor Sansón, que dice que su conciencia le lita[46] que persuada a vuestra merced a salir vez tercera por ese mundo; y yo de nuevo me ofrezco a servir a vuestra merced fiel y legalmente, tan bien y mejor que cuantos escuderos han servido a caballeros andantes en los pasados y presentes tiempos.

Admirado quedó el bachiller de oír el término y modo de hablar de Sancho Panza[47], que, puesto que había leído la primera historia de su señor, nunca creyó que era tan gracioso como allí le pintan; pero oyéndole decir ahora «testamento y codicilo que no se pueda *revolcar*», en lugar de «testamento y codicilo que no se pueda *revocar*», creyó todo lo que dél había leído y confirmólo por uno de los más solenes mentecatos de nuestros siglos, y dijo entre sí que tales dos locos como amo y mozo no se habrían visto en el mundo.

Finalmente, don Quijote y Sancho se abrazaron y quedaron amigos[48], y con parecer y beneplácito del gran Carrasco, que por entonces era su oráculo, se ordenó que de allí a tres días fuese su partida, en los cuales habría lugar de aderezar lo necesario para el viaje, y de buscar una celada de encaje, que en todas maneras dijo don Quijote que la había de llevar. Ofreciósela Sansón, porque sabía no se la negaría un amigo suyo que la tenía, puesto que estaba más escura por el orín y el moho que clara y limpia por el terso acero.

---

[37] Sansón Carrasco parodia, con equívocos picarescos, la meditación de DQ expuesta en I, 2

[38] Sansón usa socarronamente el tratamiento *tu magnificencia*, fórmula propia de Dios y de los altos señores, para darle énfasis retórico a su parlamento. De paso, C. parece reírse de la inflación de fórmulas de tratamiento y cortesía a comienzos del siglo XVII.

[39] Italianismo que vale 'solaz, pasatiempo' y, por metonimia, 'bufón'; por lo tanto, la respuesta de DQ también es claramente burlesca.

[40] *partes*: 'cualidades, aptitudes'

[41] Es evidente la ironía de Cervantes en estas hiperbólicas alabanzas al bachiller. Más difícil es afirmar si el propio DQ es también consciente de esa ironía.

[42] Frase proverbial que vale 'no se dirá que soy ingrato'

[43] 'si me he parado en regateos sobre mi salario'

[44] En el *codicilo* se podía modificar el testamento o declararlo irrevocable.

[45] Vulgarismo por 'revocar'; pero *revolcar* es también 'arrastrar por el suelo o por el cieno', por lo que es posible que se trate de un equívoco.

[46] *lita*, por 'dicta'

[47] *término y modo*: 'el momento y la forma precisas'; eran requisitos necesarios para que un documento legal tuviese efecto.

[48] Hay paralelos en los libros de caballerías.

Las maldiciones que las dos, ama y sobrina, echaron al bachiller no tuvieron cuento: mesaron sus cabellos, arañaron sus rostros, y al modo de las endechaderas[49] que se usaban lamentaban la partida como si fuera la muerte de su señor. El designio que tuvo Sansón para persuadirle a que otra vez saliese fue hacer lo que adelante cuenta la historia, todo por consejo del cura y del barbero, con quien él antes lo había comunicado.

En resolución, en aquellos tres días don Quijote y Sancho se acomodaron[50] de lo que les pareció convenirles; y habiendo aplacado Sancho a su mujer, y don Quijote a su sobrina y a su ama, al anochecer, sin que nadie lo viese, sino el bachiller, que quiso acompañarles media legua del lugar, se pusieron en camino del Toboso, don Quijote sobre su buen Rocinante, y Sancho sobre su antiguo rucio, proveídas las alforjas de cosas tocantes a la bucólica[51], y la bolsa, de dineros que le dio don Quijote para lo que se ofreciese. Abrazóle Sansón, y suplicóle le avisase de su buena o mala suerte, para alegrarse con esta o entristecerse con aquella, como las leyes de su amistad pedían. Prometióselo don Quijote, dio Sansón la vuelta a su lugar, y los dos tomaron la de la gran ciudad del Toboso.

[49] *endechaderas*: 'plañideras o lloronas', o sea, mujeres que por cierta paga lloraban y gritaban las virtudes del difunto en entierros, velatorios e incluso en los funerales de cuerpo presente.

[50] *se acomodaron*: 'se proveyeron'

[51] 'la comida'; es un derivado vulgar del latino *bucca* ('boca'), interpretación cómica, que nada tiene que ver con el bucolismo estilístico, y que debió de estar de moda en la época.

Capítulo VIII

Donde se cuenta lo que le sucedió a don Quijote yendo a ver su señora Dulcinea del Toboso

«¡Bendito sea el poderoso Alá[1]!», dice Hamete Benengeli al comienzo deste octavo capítulo. «¡Bendito sea Alá!», repite tres veces, y dice que da estas bendiciones por ver que tiene ya en campaña a don Quijote y a Sancho, y que los letores de su agradable historia pueden hacer cuenta que desde este punto comienzan las hazañas y donaires de don Quijote y de su escudero[2]; persuádeles que se les olviden las pasadas caballerías del ingenioso hidalgo y pongan los ojos en las que están por venir, que desde agora en el camino del Toboso comienzan, como las otras comenzaron en los campos de Montiel[3], y no es mucho lo que pide para tanto como él promete; y, así, prosigue, diciendo:

Solos quedaron don Quijote y Sancho, y apenas se hubo apartado Sansón, cuando comenzó a relinchar Rocinante y a sospirar[4] el rucio, que de entrambos, caballero y escudero, fue tenido a buena señal y por felicísimo agüero; aunque, si se ha de contar la verdad, más fueron los sospiros y rebuznos del rucio que los relinchos del rocín, de donde coligió Sancho que su ventura había de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor, fundándose no sé si en astrología judiciaria que él se sabía[5], puesto que la historia no lo declara: solo le oyeron decir que cuando tropezaba o caía se holgara no haber salido de casa, porque del tropezar o caer no se sacaba otra cosa sino el zapato roto o las costillas quebradas[6]; y aunque tonto, no andaba en esto muy fuera de camino. Díjole don Quijote:

—Sancho amigo, la noche se nos va entrando a más andar[7], y con más escuridad de la que habíamos menester para alcanzar a ver con el día al Toboso, adonde tengo determinado de ir antes que en otra aventura me ponga, y allí tomaré la bendición y buena licencia de la sin par Dulcinea; con la cual licencia pienso y tengo por cierto de acabar y dar felice cima a toda peligrosa aventura, porque ninguna cosa desta vida hace más valientes a los caballeros andantes que verse favorecidos de sus damas[8].

—Yo así lo creo —respondió Sancho—, pero tengo por dificultoso que vuestra merced pueda hablarla ni verse con ella, en parte a lo menos que pueda recebir su bendición, si ya no se la echa desde las bardas del corral, por donde yo la vi la vez primera, cuando le llevé la carta donde iban las nuevas de las sandeces y locuras que vuestra merced quedaba haciendo en el corazón de Sierra Morena.

—¿Bardas de corral se te antojaron aquellas, Sancho —dijo don Quijote—, adonde o por donde viste aquella jamás bastantemente alabada gentileza y hermosura? No debían de ser sino galerías, o corredores, o lonjas o como las llaman[9], de ricos y reales palacios.

—Todo pudo ser —respondió Sancho—, pero a mí bardas me parecieron, si no es que soy falto de memoria.

—Con todo eso, vamos allá, Sancho —replicó don Quijote—, que, como yo la vea, eso se me da[10] que sea por bardas que por ventanas, o por resquicios, o verjas de jardines, que cualquier rayo que del sol de su belleza llegue a mis ojos alumbrará mi entendimiento y fortalecerá mi corazón, de modo que quede único y sin igual en la discreción y en la valentía[11].

---

[1] Es el principio de la azora I del *Corán* («Alabado sea Dios, señor del universo»), que, como Cide Hamete, los moriscos decían tres veces en la oración de la puesta del sol; y hacia la noche, precisamente, se inicia la última salida de DQ. También era corriente en la narrativa árabe iniciar el relato con invocaciones a Alá.

[2] La minuciosa preparación de la tercera salida indica, entre otras cosas, que la locura de DQ ha sido asumida universalmente y que el plan narrativo de C. es más preciso que en la Primera parte; por eso Cide Hamete puede prometer al lector que va a entretenerse

[3] Cervantes establece un paralelismo con la ya lejana primera salida de DQ: aquella, al amanecer y por los Campos de Montiel; esta, al anochecer y hacia El Toboso.

[4] Eufemismo por 'peerse'; la interpretación de los pedos del asno como buenos agüeros es muy antigua.

[5] La *astrología judiciaria* era la que, basándose en el estudio de los astros, podía responder a preguntas sobre el porvenir de las personas

[6] Tropezar al comenzar un camino es señal de mal final.

[7] 'se está haciendo de noche muy deprisa'

[8] DQ insiste en este tema central de la caballería cortesana: la correspondencia amorosa de la dama como fuente de la *virtus* del caballero.

[9] 'balcones corridos que dan a la fachada o patio de una casa'; los tres términos enumerados (*galerías*, *corredores*, *lonjas*) son sinónimos.

[10] *eso se me da*: 'me da igual, no me importa'

[11] La *discreción* y la *valentía*, referidas respectivamente al *entendimiento* y al *corazón*, son los principales beneficios y virtudes que adquiere el caballero por ceñirse a las convenciones del amor cortés.

—Pues en verdad, señor —respondió Sancho—, que cuando yo vi ese sol de la señora Dulcinea del Toboso, que no estaba tan claro, que pudiese echar de sí rayos algunos; y debió de ser que como su merced estaba ahechando aquel trigo que dije[12], el mucho polvo que sacaba se le puso como nube ante el rostro y se le escureció.

—¡Que todavía das, Sancho —dijo don Quijote—, en decir, en pensar, en creer y en porfiar que mi señora Dulcinea ahechaba trigo, siendo eso un menester y ejercicio que va desviado de todo lo que hacen y deben hacer las personas principales, que están constituidas y guardadas para otros ejercicios y entretenimientos, que muestran a tiro de ballesta su principalidad[13]! Mal se te acuerdan a ti, ¡oh Sancho!, aquellos versos de nuestro poeta donde nos pinta las labores que hacían allá en sus moradas de cristal aquellas cuatro ninfas que del Tajo amado sacaron las cabezas[14] y se sentaron a labrar en el prado verde aquellas ricas telas que allí el ingenioso poeta nos describe, que todas eran de oro, sirgo y perlas contestas y tejidas[15]. Y desta manera debía de ser el de mi señora cuando tú la viste[16], sino que la envidia que algún mal encantador debe de tener a mis cosas, todas las que me han de dar gusto trueca y vuelve en diferentes figuras que ellas tienen; y, así, temo que en aquella historia que dicen que anda impresa de mis hazañas, si por ventura ha sido su autor algún sabio mi enemigo, habrá puesto unas cosas por otras, mezclando con una verdad mil mentiras, divertiéndose[17] a contar otras acciones fuera de lo que requiere la continuación de una verdadera historia. ¡Oh envidia, raíz de infinitos males y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no sé qué de deleite consigo, pero el de la envidia no trae sino disgustos, rancores y rabias.

—Eso es lo que yo digo también —respondió Sancho—, y pienso que en esa leyenda o historia que nos dijo el bachiller Carrasco que de nosotros había visto debe de andar mi honra a coche acá, cinchado[18], y, como dicen, al estricote, aquí y allí, barriendo las calles[19]. Pues a fe de bueno que no he dicho yo mal de ningún encantador, ni tengo tantos bienes que pueda ser envidiado; bien es verdad que soy algo malicioso y que tengo mis ciertos asomos de bellaco, pero todo lo cubre y tapa la gran capa de la simpleza mía, siempre natural y nunca artificiosa; y cuando otra cosa no tuviese sino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la santa Iglesia Católica Romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los judíos[20], debían los historiadores tener misericordia de mí y tratarme bien en sus escritos. Pero digan lo que quisieren, que desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano[21]; aunque por verme puesto en libros y andar por ese mundo de mano en mano, no se me da un higo que digan de mí todo lo que quisieren[22].

—Eso me parece, Sancho —dijo don Quijote—, a lo que sucedió a un famoso poeta destos tiempos, el cual, habiendo hecho una maliciosa sátira contra todas las damas cortesanas[23], no puso ni nombró en ella a una dama que se podía dudar si lo era o no; la cual, viendo que no estaba en la lista de las demás, se quejó al poeta diciéndole que qué había visto en ella para no ponerla en el número de las otras, y que alargase la sátira y la pusiese en el ensanche[24]: si no, que mirase para lo que había nacido[25]. Hízolo así el poeta, y púsola cual no digan dueñas[26], y ella quedó satisfecha, por verse con fama, aunque infame. También viene con esto lo que cuentan de aquel pastor que puso fuego y abrasó el templo famoso de Diana, contado por una de las siete maravillas del mundo, solo porque quedase vivo su nombre en los siglos venideros; y

---

[12] *ahechando*: 'cribando'. Se refiere a I, 25

[13] *constituidas y guardadas*: 'educadas y reservadas'; *a tiro de ballesta*: 'desde muy lejos'.

[14] Por antonomasia, *nuestro poeta* es Garcilaso de la Vega; se refiere a la égloga III, vv. 53 ss.

[15] *sirgo*: 'hilo de cordoncillo de seda' (véase I, 11, 127, n. 70); *contestas*: 'entrelazadas'.

[16] *el de mi señora*: 'el menester y ejercicio de mi señora'; las labores de aguja también pueden ser interpretadas en sentido obsceno, lo que explicaría la confusión de DQ entre *ahechar* y *bordar*.

[17] *divertiéndose*: 'desviándose'

[18] Frase proverbial que vale por 'despreciada', 'desdeñada', 'a mal traer'

[19] 'a mal traer, aquí y allí, arrastrándola por el suelo'

[20] Aparte de la verdad que puede haber en esta afirmación, tanto en Sancho como en toda la sociedad española en general, la expresión de odio a los judíos era una forma de alejar las sospechas sobre la propia limpieza de sangre.

[21] 'no debo nada a nadie, ni de nadie me he aprovechado'; Sancho lo dice con cierta frecuencia

[22] 'con tal de ver mi nombre en los libros y circular de mano en mano, no me importa nada que digan de mí lo que quieran'.

[23] Eufemismo por 'prostitutas de cierta categoría'. El poema a que se refiere se ha querido identificar con la *Sátira contra las damas de Sevilla* (alrededor de 1578) de Vicente Espinel

[24] 'en la continuación' que hiciese de su sátira

[25] *mirase*: 'considerase'; es decir, había nacido para morir; la frase encierra una fuerte amenaza.

[26] 'la puso verde, como ni siquiera serían capaces de hacerlo las dueñas', que arrastraban la fama de murmurar de la honra ajena.

aunque se mandó que nadie le nombrase, ni hiciese por palabra o por escrito mención de su nombre, porque no consiguiese el fin de su deseo, todavía se supo que se llamaba Eróstrato[27]. También alude a esto lo que sucedió al grande emperador Carlo Quinto con un caballero en Roma. Quiso ver el Emperador aquel famoso templo de la Rotunda[28], que en la antigüedad se llamó el templo de todos los dioses, y ahora con mejor vocación[29] se llama de todos los santos, y es el edificio que más entero ha quedado de los que alzó la gentilidad en Roma, y es el que más conserva la fama de la grandiosidad y magnificencia de sus fundadores: él es de hechura de una media naranja, grandísimo en estremo, y está muy claro, sin entrarle otra luz que la que le concede una ventana, o, por mejor decir, claraboya redonda, que está en su cima; desde la cual mirando el Emperador el edificio, estaba con él y a su lado un caballero romano, declarándole los primores y sutilezas de aquella gran máquina[30] y memorable arquitetura; y habiéndose quitado de la claraboya, dijo al Emperador: «Mil veces, Sacra Majestad, me vino deseo de abrazarme con vuestra majestad y arrojarme de aquella claraboya abajo, por dejar de mí fama eterna en el mundo». «Yo os agradezco —respondió el Emperador— el no haber puesto tan mal pensamiento en efeto, y de aquí adelante no os pondré yo en ocasión que volváis a hacer prueba de vuestra lealtad; y, así, os mando que jamás me habléis, ni estéis donde yo estuviere.» Y tras estas palabras le hizo una gran merced. Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. ¿Quién piensas tú que arrojó a Horacio del puente abajo, armado de todas armas, en la profundidad del Tibre[31]? ¿Quién abrasó el brazo y la mano a Mucio[32]? ¿Quién impelió a Curcio a lanzarse en la profunda sima ardiente que apareció en la mitad de Roma[33]? ¿Quién, contra todos los agüeros que en contra se le habían mostrado, hizo pasar el Rubicón a César[34]? Y, con ejemplos más modernos, ¿quién barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo[35]? Todas estas y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premios y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen, puesto que los cristianos, católicos y andantes caballeros más habemos de atender a la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que a la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza[36]; la cual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mesmo mundo, que tiene su fin señalado[37]. Así, ¡oh Sancho!, que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos. Hemos de matar en los gigantes a la soberbia; a la envidia, en la generosidad y buen pecho; a la ira, en el reposado continente y quietud del ánimo; a la gula y al sueño, en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; a la lujuria y lascivia, en la lealtad que guardamos a las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; a la pereza, con andar por todas las partes del mundo, buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos[38], famosos caballeros. Ves aquí, Sancho, los medios por donde se alcanzan los estremos de alabanzas que consigo trae la buena fama.

—Todo lo que vuestra merced hasta aquí me ha dicho —dijo Sancho— lo he entendido muy bien, pero, con todo eso, querría que vuestra merced me sorbiese una duda que agora en este punto me ha venido a la memoria.

---

[27] Teopompo es el primer autor que trae su nombre, cuya mención prohibieron sus contemporáneos.

[28] Es el antiguo Panteón romano, después consagrado con el nombre de Santa Maria della Rotonda. La visita del Emperador comenzó el 5 de abril de 1536, cuando cerró con su triunfo y reconciliación el suceso del Saco de Roma.

[29] 'con mejor advocación, mejor dedicado'

[30] *máquina*: 'construcción grande y suntuosa'

[31] Se trata de Horacio Cocles, que defendió la entrada del puente sobre el Tíber de los ataques de los etruscos, dirigidos por Porsena, hasta que pudo ser cortado; sólo entonces se arrojó al agua y cruzó el río, sin abandonar sus armas. La serie de interrogaciones que introducen personajes ejemplares es una práctica retórica frecuente.

[32] Cayo Mucio Escévola, el Zurdo, amenazado de tortura por Porsena, metió voluntariamente la mano en un brasero para mostrar lo poco que le importaba el dolor y lo mucho que anhelaba la gloria (Tito Livio, *Ab urbe condita*, II, 12-14).

[33] Marco Curcio, montado en su caballo, se arrojó a una sima que se abrió en medio del Foro romano, para obligar a que los dioses la cerrasen

[34] Cuando dejó las Galias para volver a Roma, desobedeciendo al Senado, Julio César atravesó el río Rubicón.

[35] La paronomástica cortesía de Hernán Cortés se pone de relieve en muchos textos del Siglo de Oro, al igual que la historia de los navíos que embarrancó (*barrenó*) para evitar la tentación del regreso a Cuba o la sedición.

[36] 'se logra en este mundo efímero'. Compárense estas ideas con las de Jorge Manrique en las *Coplas a la muerte de su padre*, XXXV-XXXVIII.

[37] La idea de que la caducidad del mundo arrastra la de la fama procede en especial del *Sueño de Escipión* ciceroniano y de los *Triunfos* de Petrarca.

[38] 'además de cristianos'

—*Asolviese* quieres decir[39], Sancho —dijo don Quijote—. Di en buen hora, que yo responderé lo que supiere.

—Dígame, señor —prosiguió Sancho—: esos Julios o Agostos[40], y todos esos caballeros hazañosos que ha dicho, que ya son muertos, ¿dónde están agora?

—Los gentiles —respondió don Quijote— sin duda están en el infierno; los cristianos, si fueron buenos cristianos, o están en el purgatorio, o en el cielo[41].

—Está bien —dijo Sancho—, pero sepamos ahora: esas sepulturas donde están los cuerpos desos señorazos ¿tienen delante de sí lámparas de plata, o están adornadas las paredes de sus capillas de muletas, de mortajas, de cabelleras, de piernas y de ojos de cera[42]? Y si desto no, ¿de qué están adornadas?

A lo que respondió don Quijote:

—Los sepulcros de los gentiles fueron por la mayor parte suntuosos templos[43]: las cenizas del cuerpo de Julio César se pusieron sobre una pirámide de piedra de desmesurada grandeza[44], a quien hoy llaman en Roma «la aguja de San Pedro»; al emperador Adriano le sirvió de sepultura un castillo tan grande como una buena aldea, a quien llamaron *moles Hadriani*, que agora es el castillo de Santángel en Roma[45]; la reina Artemisa sepultó a su marido Mausoleo en un sepulcro que se tuvo por una de las siete maravillas del mundo[46]. Pero ninguna destas sepulturas ni otras muchas que tuvieron los gentiles se adornaron con mortajas, ni con otras ofrendas y señales que mostrasen ser santos los que en ellas estaban sepultados.

—A eso voy —replicó Sancho—. Y dígame agora: ¿cuál es más, resucitar a un muerto o matar a un gigante?

—La respuesta está en la mano —respondió don Quijote—: más es resucitar a un muerto.

—Cogido le tengo —dijo Sancho—. Luego la fama del que resucita muertos, da vista a los ciegos, endereza los cojos y da salud a los enfermos, y delante de sus sepulturas arden lámparas, y están llenas sus capillas de gentes devotas que de rodillas adoran sus reliquias, mejor fama será, para este y para el otro siglo[47], que la que dejaron y dejaren cuantos emperadores gentiles y caballeros andantes ha habido en el mundo.

—También confieso esa verdad —respondió don Quijote.

—Pues esta fama, estas gracias, estas prerrogativas, como llaman a esto —respondió Sancho—, tienen los cuerpos y las reliquias de los santos, que con aprobación y licencia de nuestra santa madre Iglesia tienen lámparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelleras, ojos, piernas, con que aumentan la devoción y engrandecen su cristiana fama. Los cuerpos de los santos, o sus reliquias, llevan los reyes sobre sus hombros, besan los pedazos de sus huesos, adornan y enriquecen con ellos sus oratorios y sus más preciados altares.

—¿Qué quieres que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? —dijo don Quijote.

—Quiero decir —dijo Sancho— que nos demos a ser santos y alcanzaremos más brevemente la buena fama que pretendemos; y advierta, señor, que ayer o antes de ayer (que, según ha poco, se puede decir desta manera[48]) canonizaron o beatificaron dos frailecitos descalzos, cuyas cadenas de hierro con que

---

[39] *asolviese*: 'resolviese, aclarase'

[40] Aunque en II, 2, DQ había mencionado a Julio César, ahora dice simplemente *César*; puede entenderse que Sancho conoce el nombre de los dos más importantes, *Julio* y *Augusto*, y juega con ellos y los de los homónimos meses del año, quizá apoyándose en el concepto de la huida irreparable del tiempo que ha expuesto DQ

[41] Alude al debatido tema de la eventual salvación de los paganos.

[42] Los objetos mencionados son exvotos en agradecimiento por curaciones.

[43] 'monumentos funerarios'

[44] *pirámide*: 'obelisco' que hoy se levanta en la plaza de San Pedro del Vaticano. El monolito tiene unos epígrafes en los que figura la dedicatoria a César y Tiberio.

[45] El hoy *castillo de Santángel*, en tiempo de C. prisión vaticana, fue construido como mausoleo de Adriano y sirvió de refugio a Clemente VII cuando el Saco de Roma.

[46] *Artemisa* y *Mausoleo*: 'Artemisia' y 'Mausolo'; las versiones de los nombres que ofrece DQ son las populares, por contaminación respectiva con los nombres de la diosa y del monumento, mucho más frecuentes.

[47] 'para esta vida y la otra'

[48] *según ha poco*: 'por el poco tiempo que hace'

ceñían y atormentaban sus cuerpos se tiene ahora a gran ventura el besarlas y tocarlas, y están en más veneración que está, según dicen, la espada de Roldán en la armería del Rey nuestro Señor, que Dios guarde[49]. Así que, señor mío, más vale ser humilde frailecito, de cualquier orden que sea, que valiente y andante caballero; más alcanzan con Dios dos docenas de diciplinas[50] que dos mil lanzadas, ora las den a gigantes, ora a vestiglos o a endriagos[51].

—Todo eso es así —respondió don Quijote—, pero no todos podemos ser frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios a los suyos al cielo: religión es la caballería, caballeros santos hay en la gloria.

—Sí —respondió Sancho—, pero yo he oído decir que hay más frailes en el cielo que caballeros andantes.

—Eso es —respondió don Quijote— porque es mayor el número de los religiosos que el de los caballeros.

—Muchos son los andantes —dijo Sancho.

—Muchos —respondió don Quijote—, pero pocos los que merecen nombre de caballeros.

En estas y otras semejantes pláticas se les pasó aquella noche y el día siguiente, sin acontecerles cosa que de contar fuese, de que no poco le pesó a don Quijote. En fin, otro día al anochecer, descubrieron la gran ciudad del Toboso[52], con cuya vista se le alegraron los espíritus a don Quijote y se le entristecieron a Sancho, porque no sabía la casa de Dulcinea, ni en su vida la había visto, como no la había visto su señor; de modo que el uno por verla y el otro por no haberla visto estaban alborotados, y no imaginaba Sancho qué había de hacer cuando su dueño le enviase al Toboso. Finalmente, ordenó don Quijote entrar en la ciudad entrada la noche, y en tanto que la hora se llegaba se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban, y llegado el determinado punto[53], entraron en la ciudad, donde les sucedió cosas que a cosas llegan[54].

---

[49] En la Real Armería existía y existe, en efecto, una espada que en el siglo XVI se creía «que fue de Roldán».

[50] *diciplinas*: ‘azotes que se da uno mismo, como penitencia o sacrificio’

[51] *vestiglo*: ‘monstruo extraordinario, horrible’; *endriago*: ‘monstruo resultante de la mezcla de la figura humana con la de otras fieras mitológicas, como la hidra o el dragón’

[52] Tenía unos novecientos vecinos; pero, por ser la residencia de Dulcinea y contemplarla con los ojos de DQ, ha de ser una *gran ciudad*, para ser digna de ella.

[53] *el determinado punto*: ‘el momento preciso’

[54] ‘muchas y muy importantes cosas’

Capítulo IX

Donde se cuenta lo que en él se verá

Media noche era por filo, poco más a menos[1], cuando don Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en el Toboso. Estaba el pueblo en un sosegado silencio, porque todos sus vecinos dormían y reposaban a pierna tendida, como suele decirse. Era la noche entreclara[2], puesto que quisiera Sancho que fuera del todo escura, por hallar en su escuridad disculpa de su sandez. No se oía en todo el lugar sino ladridos de perros[3], que atronaban los oídos de don Quijote y turbaban el corazón de Sancho. De cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñían puercos, mayaban gatos, cuyas voces, de diferentes sonidos, se aumentaban con el silencio de la noche, todo lo cual tuvo el enamorado caballero a mal agüero; pero, con todo esto, dijo a Sancho:

—Sancho hijo, guía al palacio de Dulcinea: quizá podrá ser que la hallemos despierta.

—¿A qué palacio tengo de guiar, cuerpo del sol[4] —respondió Sancho—, que en el que yo vi a su grandeza no era sino casa muy pequeña?

—Debía de estar retirada entonces —respondió don Quijote— en algún pequeño apartamiento de su alcázar[5], solazándose a solas con sus doncellas, como es uso y costumbre de las altas señoras y princesas.

—Señor —dijo Sancho—, ya que vuestra merced quiere, a pesar mío, que sea alcázar la casa de mi señora Dulcinea, ¿es hora esta por ventura de hallar la puerta abierta? ¿Y será bien que demos aldabazos para que nos oyan y nos abran[6], metiendo en alboroto y rumor toda la gente[7]? ¿Vamos por dicha a llamar a la casa de nuestras mancebas, como hacen los abarraganados, que llegan y llaman y entran a cualquier hora, por tarde que sea?

—Hallemos primero una por una[8] el alcázar —replicó don Quijote—, que entonces yo te diré, Sancho, lo que será bien que hagamos. Y advierte, Sancho, o que yo veo poco o que aquel bulto grande y sombra que desde aquí se descubre la debe de hacer el palacio de Dulcinea.

—Pues guíe vuestra merced —respondió Sancho—: quizá será así; aunque yo lo veré con los ojos y lo tocaré con las manos[9], y así lo creeré yo como creer que es ahora de día.

Guió don Quijote, y habiendo andado como doscientos pasos, dio con el bulto que hacía la sombra, y vio una gran torre, y luego conoció que el tal edificio no era alcázar, sino la iglesia principal del pueblo. Y dijo:

—Con la iglesia hemos dado, Sancho[10].

—Ya lo veo —respondió Sancho—, y plega a Dios que no demos con nuestra sepultura, que no es buena señal andar por los cimenterios a tales horas[11], y más habiendo yo dicho a vuestra merced, si mal no me acuerdo, que la casa desta señora ha de estar en una callejuela sin salida[12].

—¡Maldito seas de Dios, mentecato! —dijo don Quijote—. ¿Adónde has tú hallado que los alcázares y palacios reales estén edificados en callejuelas sin salida?

---

[1] 'Era la media noche en punto, poco más o menos'; el impreciso giro *poco más a menos* se opone cómicamente a *por filo*, de «Media noche era por filo», primer verso del «Romance del Conde Claros».

[2] 'alumbrada por la luna'

[3] Son un mal augurio para cualquier empresa, sobre todo a la luz de la luna, representada míticamente por Diana, la diosa de la noche, cazadora y virgen. Dichos malos agüeros se incrementan con las voces de los otros animales.

[4]] Fórmula eufemística de juramento; además, la elección del *sol* se opone y contrarresta el posible influjo de la luna.

[5] 'casita retirada, separada del cuerpo principal del alcázar'

[6] *aldabazos*: 'aldabonazos, golpes de aldaba', es decir, el aro de hierro o metal que se pone en los portales para llamar con un golpe o para ayudarse al cerrarlos; *oyan*: 'oigan'.

[7] 'provocando alboroto y murmuraciones de toda la gente'

[8] *una por una*: 'de una vez por todas'

[9] Recuerdo del episodio evangélico de la aparición de Cristo a los Apóstoles.

[10] 'Hemos tropezado con el edificio de la iglesia', el mayor del pueblo y, por eso, de fácil confusión con el imaginado alcázar de Dulcinea. Con la variante *topado* por *dado*, se ha convertido en frase proverbial para indicar un enfrentamiento con una autoridad a la que puede resultar problemático contradecir.

[11] *cimenterios*: 'cementerios', pues estaban contiguos a las iglesias. Era general la creencia de que por ellos vagaban las almas en pena.

[12] Suponía un agravio para Dulcinea, porque en ellas habitaban las gentes de mal vivir y fugitivos de la justicia. Nada dijo Sancho, por otra parte, sobre esta calle durante su embajada en I, 31.

—Señor —respondió Sancho—, en cada tierra su uso[13]: quizá se usa aquí en el Toboso edificar en callejuelas los palacios y edificios grandes; y, así, suplico a vuestra merced me deje buscar por estas calles o callejuelas que se me ofrecen: podría ser que en algún rincón topase con ese alcázar, que le vea yo comido de perros, que así nos trae corridos y asendereados[14].

—Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi señora —dijo don Quijote—, y tengamos la fiesta en paz, y no arrojemos la soga tras el caldero[15].

—Yo me reportaré —respondió Sancho—, pero ¿con qué paciencia podré llevar que quiera vuestra merced que de sola una vez que vi la casa de nuestra ama la haya de saber siempre y hallarla a media noche, no hallándola vuestra merced, que la debe de haber visto millares de veces?

—Tú me harás desesperar, Sancho —dijo don Quijote—. Ven acá, hereje: ¿no te he dicho mil veces que en todos los días de mi vida no he visto a la sin par Dulcinea, ni jamás atravesé los umbrales de su palacio, y que solo estoy enamorado de oídas y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta[16]?

—Ahora lo oigo —respondió Sancho—; y digo que pues vuestra merced no la ha visto, ni yo tampoco.

—Eso no puede ser —replicó don Quijote—, que por lo menos ya me has dicho tú que la viste ahechando trigo, cuando me trujiste la respuesta de la carta que le envié contigo.

—No se atenga a eso, señor —respondió Sancho—, porque le hago saber que también fue de oídas la vista[17] y la respuesta que le truje; porque así sé yo quién es la señora Dulcinea como dar un puño en el cielo[18].

—Sancho, Sancho —respondió don Quijote—, tiempos hay de burlar y tiempos donde caen y parecen mal las burlas. No porque yo diga que ni he visto ni hablado a la señora de mi alma has tú de decir también que ni la has hablado ni visto, siendo tan al revés como sabes.

Estando los dos en estas pláticas, vieron que venía a pasar por donde estaban uno con dos mulas, que por el ruido que hacía el arado, que arrastraba por el suelo, juzgaron que debía de ser labrador, que habría madrugado antes del día a ir a su labranza[19], y así fue la verdad. Venía el labrador cantando aquel romance que dicen:

Mala la hubistes, franceses,
en esa de Roncesvalles[20].

—Que me maten, Sancho —dijo en oyéndole don Quijote—, si nos ha de suceder cosa buena esta noche. ¿No oyes lo que viene cantando ese villano[21]?

—Sí oigo —respondió Sancho—, pero ¿qué hace a nuestro propósito la caza de Roncesvalles[22]? Así pudiera cantar el romance de Calaínos[23], que todo fuera uno para sucedernos bien o mal en nuestro negocio.

Llegó en esto el labrador, a quien don Quijote preguntó:

—¿Sabréisme decir, buen amigo, que buena ventura os dé Dios, dónde son por aquí los palacios de la sin par princesa doña Dulcinea del Toboso?

—Señor —respondió el mozo—, yo soy forastero y ha pocos días que estoy en este pueblo sirviendo a un labrador rico en la labranza del campo. En esa casa frontera viven el cura y el sacristán del lugar; entrambos o cualquier dellos sabrá dar a vuestra merced razón desa señora princesa, porque tienen la lista

---

[13] Es un refrán que continúa: «y en cada rueca su huso».

[14] ‘ojalá le vea ahorcado y descuartizado’, es decir, ‘convertido en comida para los perros, que así nos afrenta y persigue’.

[15] Son dos frases hechas: ‘dejemos la discusión antes de que pase a mayores, y no llevemos las cosas al extremo, sin posibilidad de remedio’.

[16]] Estar *enamorado de oídas* o *de la gran fama* de la dama es motivo frecuente y actitud extrema del amor cortés.

[17] *la vista*: ‘el conocimiento, el encuentro’; con este juego de palabras, Sancho convierte en paradoja burlesca el concepto cortés.

[18] Frase proverbial que vale por ‘querer lo imposible’; *puño*: ‘puñetazo’

[19] ‘se había levantado antes del amanecer para ir a su campo’

[20] Son los primeros versos del romance de Guarinos.

[21] El augurio por palabras oídas corresponde a una tradición antigua

[22] *caza*: ‘batalla’. Sancho recuerda la versión del romance impresa en los pliegos sueltos.

[23] Se refiere al «Romance del moro Calaínos y de la infanta Sevilla», que comienza «Ya cabalga Calaínos / a la sombra de una oliva».

de todos los vecinos del Toboso[24], aunque para mí tengo que en todo él no vive princesa alguna: muchas señoras, sí, principales, que cada una en su casa puede ser princesa.

—Pues entre esas —dijo don Quijote— debe de estar, amigo, esta por quien te pregunto.

—Podría ser —respondió el mozo—; y adiós, que ya viene el alba.

Y dando a sus mulas, no atendió a más preguntas. Sancho, que vio suspenso a su señor y asaz mal contento, le dijo:

—Señor, ya se viene a más andar el día y no será acertado dejar que nos halle el sol en la calle: mejor será que nos salgamos fuera de la ciudad y que vuestra merced se embosque en alguna floresta[25] aquí cercana, y yo volveré de día, y no dejaré ostugo en todo este lugar donde no busque la casa, alcázar o palacio de mi señora[26], y asaz sería de desdichado si no le hallase; y hallándole, hablaré con su merced y le diré dónde y cómo queda vuestra merced esperando que le dé orden y traza para verla, sin menoscabo de su honra y fama.

—Has dicho, Sancho —dijo don Quijote—, mil sentencias encerradas en el círculo de breves palabras: el consejo que ahora me has dado le apetezco y recibo de bonísima gana[27]. Ven, hijo, y vamos a buscar donde me embosque, que tú volverás, como dices, a buscar, a ver y hablar a mi señora, de cuya discreción y cortesía espero más que milagrosos favores.

Rabiaba Sancho por sacar a su amo del pueblo, porque no averiguase la mentira de la respuesta que de parte de Dulcinea le había llevado a Sierra Morena, y, así, dio priesa a la salida, que fue luego, y a dos millas del lugar hallaron una floresta o bosque, donde don Quijote se emboscó en tanto que Sancho volvía a la ciudad a hablar a Dulcinea, en cuya embajada le sucedieron cosas que piden nueva atención y nuevo crédito[28].

---

[24] ‘el padrón de feligreses’

[25] *floresta*: ‘arboleda’, ‘monte espeso’

[26] *ostugo*: ‘brizna’, ‘lo más pequeño’; funciona como ponderativo

[27] *le apetezco*: ‘me gusta’

[28] ‘credulidad’, por parte del lector.

Capítulo X

Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar a la señora Dulcinea[1], y de otros sucesos tan ridículos como verdaderos

Llegando el autor desta grande historia a contar lo que en este capítulo cuenta, dice que quisiera pasarle en silencio, temeroso de que no había de ser creído, porque las locuras de don Quijote llegaron aquí al término y raya de las mayores que pueden imaginarse, y aun pasaron dos tiros de ballesta más allá de las mayores. Finalmente, aunque con este miedo y recelo, las escribió de la misma manera que él las hizo, sin añadir ni quitar a la historia un átomo de la verdad, sin dársele nada por objeciones que podían ponerle de mentiroso; y tuvo razón, porque la verdad adelgaza y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira, como el aceite sobre el agua.

Y así, prosiguiendo su historia, dice que así como don Quijote se emboscó en la floresta, encinar o selva junto al gran Toboso, mandó a Sancho volver a la ciudad y que no volviese a su presencia sin haber primero hablado de su parte a su señora, pidiéndola fuese servida de dejarse ver de su cautivo caballero[2] y se dignase de echarle su bendición, para que pudiese esperar por ella felicísimos sucesos de todos sus acometimientos y dificultosas empresas. Encargóse Sancho de hacerlo así como se le mandaba y de traerle tan buena respuesta como le trujo la vez primera.

—Anda, hijo —replicó don Quijote—, y no te turbes cuando te vieres ante la luz del sol de hermosura que vas a buscar. ¡Dichoso tú sobre todos los escuderos del mundo! Ten memoria, y no se te pase della cómo te recibe: si muda las colores el tiempo que la estuvieres dando mi embajada[3]; si se desasosiega y turba oyendo mi nombre; si no cabe en la almohada[4], si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad; y si está en pie, mírala si se pone ahora sobre el uno, ahora sobre el otro pie; si te repite la respuesta que te diere dos o tres veces; si la muda de blanda en áspera, de aceda[5] en amorosa; si levanta la mano al cabello para componerle, aunque no esté desordenado... Finalmente, hijo, mira todas sus acciones y movimientos, porque si tú me los relatares como ellos fueron, sacaré yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazón acerca de lo que al fecho de mis amores toca: que has de saber, Sancho, si no lo sabes, que entre los amantes las acciones y movimientos exteriores que muestran cuando de sus amores se trata son certísimos correos que traen las nuevas de lo que allá en lo interior del alma pasa. Ve, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mía, y vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dejas[6].

—Yo iré y volveré presto —dijo Sancho—; y ensanche vuestra merced, señor mío, ese corazoncillo, que le debe de tener agora no mayor que una avellana, y considere que se suele decir que buen corazón quebranta mala ventura, y que donde no hay tocinos, no hay estacas[7]; y también se dice: «Donde no piensa, salta la liebre[8]». Dígolo porque si esta noche no hallamos los palacios o alcázares de mi señora, agora que es de día los pienso hallar, cuando menos los piense; y hallados, déjenme a mí con ella.

—Por cierto, Sancho —dijo don Quijote—, que siempre traes tus refranes tan a pelo de lo que tratamos cuanto me dé Dios mejor ventura en lo que deseo.

Esto dicho, volvió Sancho las espaldas y vareó su rucio[9], y don Quijote se quedó a caballo descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza[10], lleno de tristes y confusas imaginaciones, donde le

---

[1] El choque entre realidad e ilusión verbal en la presentación que Sancho hace de Dulcinea ha motivado que este capítulo haya solido considerarse esencial para la evolución de la novela y para la visión de la figura de Dulcinea.

[2] ‘desdichado caballero’, pero también ‘preso de amor’

[3] Empalidecer o ruborizarse al recibir un mensaje es una señal convencional de amor, como todas las siguientes, de origen ovidiano o trovadoresco.

[4] ‘si se mueve mucho en su asiento por el desasosiego’

[5] *aceda*: ‘áspera’, ‘desapacible’

[6] La voz *soledad* puede ser tomada en las dos acepciones: como ‘falta de compañía’ y como sinónimo de la *floresta, encinar o selva* en la que queda el caballero. Se ha subrayado el tono de tristeza y desamparo que reflejan las palabras de DQ, que no parecen ser un mero trasunto de la convención libresca correspondiente

[7] *buen corazón quebranta mala ventura* es una frase proverbial que vale por ‘la fortuna ampara a los virtuosos’. La segunda frase resulta de la adaptación del refrán «Donde pensáis que hay tocinos, no hay estacas», que Sancho traerá a cuento varias veces para dar ánimos a su señor.

[8] Este refrán, casi literalmente, sigue siendo muy usado hoy.

[9] ‘arreó a su asno con la vara’

dejaremos, yéndonos con Sancho Panza, que no menos confuso y pensativo se apartó de su señor que él quedaba; y tanto, que apenas hubo salido del bosque, cuando, volviendo la cabeza, y viendo que don Quijote no parecía[11], se apeó del jumento y, sentándose al pie de un árbol, comenzó a hablar consigo mesmo y a decirse[12]:

—Sepamos agora, Sancho hermano, adónde va vuesa merced. ¿Va a buscar algún jumento que se le haya perdido? —No, por cierto. —Pues ¿qué va a buscar? —Voy a buscar, como quien no dice nada, a una princesa, y en ella al sol de la hermosura y a todo el cielo junto. —¿Y adónde pensáis hallar eso que decís, Sancho? —¿Adónde? En la gran ciudad del Toboso. —Y bien, ¿y de parte de quién la vais a buscar? —De parte del famoso caballero don Quijote de la Mancha, que desface los tuertos y da de comer al que ha sed y de beber al que ha hambre[13]. —Todo eso está muy bien. ¿Y sabéis su casa, Sancho? —Mi amo dice que han de ser unos reales palacios o unos soberbios alcázares. —¿Y habéisla visto algún día por ventura? —Ni yo ni mi amo la habemos visto jamás. —¿Y paréceos que fuera acertado y bien hecho que si los del Toboso supiesen que estáis vos aquí con intención de ir a sonsacarles sus princesas[14] y a desasosegarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas a puros palos y no os dejasen hueso sano? —En verdad que tendrían mucha razón, cuando no considerasen que soy mandado, y que

Mensajero sois, amigo,
no merecéis culpa, non[15].

—No os fiéis en eso, Sancho, porque la gente manchega es tan colérica como honrada y no consiente cosquillas de nadie[16]. Vive Dios que si os huele, que os mando mala ventura[17]. — ¡Oxte, puto! ¡Allá darás, rayo[18]! ¡No, sino ándeme yo buscando tres pies al gato por el gusto ajeno! Y más, que así será buscar a Dulcinea por el Toboso como a Marica por Ravena o al bachiller en Salamanca[19]. ¡El diablo, el diablo me ha metido a mí en esto, que otro no!

Este soliloquio pasó consigo Sancho, y lo que sacó dél fue que volvió a decirse:

—Ahora bien, todas las cosas tienen remedio, si no es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun también yo no le quedo en zaga[20], pues soy más mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refrán que dice: «Dime con quién andas, decirte he quién eres», y el otro de «No con quien naces, sino con quien paces[21]». Siendo, pues, loco, como lo es, y de locura que las más veces toma unas cosas por otras y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios[22], y las manadas de carneros ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas a este tono, no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea; y cuando él no lo crea, juraré yo, y si él jurare, tornaré yo a jurar, y si porfiare, porfiaré yo más, y de manera que tengo de tener la mía siempre sobre el hito, venga lo que viniere[23]. Quizá con esta porfía acabaré con él[24] que no me envíe otra vez a

---

[10] *arrimo*: 'apoyo, báculo'

[11] 'no se veía'

[12] El soliloquio del escudero es uno de los fundamentos de la nueva imagen de Sancho en la Segunda parte, mucho más consciente de sus facultades y de su capacidad para manejar a DQ.

[13] Sancho combina y trastrueca como burla los términos de dos obras de misericordia.

[14] *sonsacarles*: 'hurtarles'

[15] Estos versos figuran en un romance de Fernán González y en otro de Bernardo del Carpio, y acabaron siendo proverbiales.

[16] 'no soporta bromas de nadie'

[17] 'si sospecha algo de ti, te auguro mala fortuna'

[18] *Oxte, puto*: 'Aléjate, demonio'; es giro frecuente para conjurar la mala suerte (la *x* se pronunciaba como palatal). *Allá darás, rayo* es la primera parte de un refrán que continúa *en cas de Tamayo*, o *que no en mi sayo*; se trae para pedir que se desvíe algo que se presenta amenazador.

[19] 'como buscar una aguja en un pajar'; pero los refranes que aduce Sancho se usan para aludir a la inmensidad, muchedumbre o gentío entre los que hay que buscar.

[20] 'y yo tampoco me quedo atrás'

[21] Continúa Sancho enhebrando refranes, incluso para sí mismo.

[22] Se refiere a los frailes benitos de I, 8, justo antes del encuentro con el vizcaíno; el lector, sin duda, también recordaría estos episodios.

[23] 'no cederé', 'mantendré siempre mi opinión sobre la suya, pase lo que pase'. Sancho alude figuradamente al juego del *hito*, que consiste en lanzar tejos sobre un clavo, procurando acercársele lo más posible.

[24] *acabaré con él*: 'conseguiré de él', 'le convenceré'

semejantes mensajerías, viendo cuán mal recado le traigo dellas, o quizá pensará, como yo imagino, que algún mal encantador de estos que él dice que le quieren mal la habrá mudado la figura, por hacerle mal y daño.

Con esto que pensó Sancho Panza quedó sosegado su espíritu y tuvo por bien acabado su negocio, y deteniéndose allí hasta la tarde, por dar lugar a que don Quijote pensase que le había tenido para ir y volver del Toboso[25]. Y sucedióle todo tan bien, que cuando se levantó para subir en el rucio vio que del Toboso hacia donde él estaba venían tres labradoras sobre tres pollinos, o pollinas, que el autor no lo declara, aunque más se puede creer que eran borricas[26], por ser ordinaria caballería de las aldeanas; pero como no va mucho en esto, no hay para qué detenernos en averiguarlo. En resolución, así como Sancho vio a las labradoras, a paso tirado volvió a buscar a su señor don Quijote, y hallóle suspirando y diciendo mil amorosas lamentaciones. Como don Quijote le vio, le dijo:

—¿Qué hay, Sancho amigo? ¿Podré señalar este día con piedra blanca o con negra[27]?

—Mejor será —respondió Sancho— que vuesa merced la señale con almagre, como rétulos de cátedras[28], porque le echen bien de ver los que le vieren.

—De ese modo —replicó don Quijote—, buenas nuevas traes.

—Tan buenas —respondió Sancho—, que no tiene más que hacer vuesa merced sino picar a Rocinante y salir a lo raso a ver a la señora Dulcinea del Toboso[29], que con otras dos doncellas suyas viene a ver a vuesa merced.

—¡Santo Dios! ¿Qué es lo que dices, Sancho amigo? —dijo don Quijote—. Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas.

—¿Qué sacaría yo de engañar a vuesa merced —respondió Sancho—, y más estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, señor, y venga, y verá venir a la princesa nuestra ama vestida y adornada, en fin, como quien ella es. Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro[30], todas mazorcas de perlas[31], todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de más de diez altos[32]; los cabellos, sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol que andan jugando con el viento[33]; y, sobre todo[34], vienen a caballo sobre tres cananeas remendadas[35], que no hay más que ver[36].

—*Hacaneas* querrás decir, Sancho.

—Poca diferencia hay —respondió Sancho—; de *cananeas* a *hacaneas*; pero, vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las más galanas señoras que se puedan desear, especialmente la princesa Dulcinea mi señora, que pasma los sentidos.

—Vamos, Sancho hijo —respondió don Quijote—, y en albricias[37] destas no esperadas como buenas nuevas te mando[38] el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere, y si esto no te contenta,

---

[25] El pronombre *le* se refiere a *lugar*, que aquí vale por 'tiempo', 'ocasión'.

[26] Parece una trasposición cómica de la discusión sobre el sexo de los ángeles. La elección posterior de *borricas* se debe a que estas, por razón de celo, son menos alterables que los machos y, por lo tanto, monturas más fiables.

[27] Entre los romanos, la *piedra blanca* indicaba que el día había sido feliz; la *negra*, aciago. La costumbre se convirtió en frase hecha.

[28] 'monogramas del *Victor* o *vítor* con el nombre del ganador de una oposición a cátedra o de un doctorado'; se pintaba con *almagre*, 'arcilla de color rojo por el óxido de hierro', en la pared de la facultad o el colegio.

[29] *a lo raso*: 'a campo abierto', dejando el bosque donde se había refugiado.

[30] Lo son tanto por lo bien adornadas como por ir cubiertas de joyas, que se enumerarán inmediatamente.

[31] *mazorcas*: 'hilo aovillado en el huso'; en la metáfora, el hilo se sustituye por sartas de *perlas*.

[32] Hipérbole de Sancho, pues el brocado podía ser de dos o tres *altos* o 'niveles de bordado': el primero, el fondo de la tela, de seda; el segundo, el realce de seda que lo caracteriza; el tercero, el posible adorno bordado de hilo de oro, plata o torzal. Era la tela más cara y lujosa.

[33] Se ha señalado que el origen de esta imagen está en Petrarca, que quedaría un poco alejado del rústico Sancho; pero, sin embargo, tiene también muchos análogos en la poesía tradicional.

[34] 'además de todo eso'

[35] *cananea* es error por *hacanea*: 'jaca robusta apreciada por su paso tranquilo', que facilitaba que la montasen las damas con jamugas. Un caballo *remendado* es el que tiene manchas recortadas

[36] 'como no se ven otras iguales'

[37] *albricias*: 'regalo como celebración de algo'

[38] 'te prometo'

te mando las crías que este año me dieren las tres yeguas mías, que tú sabes que quedan para parir en el prado concejil de nuestro pueblo[39].

—A las crías me atengo —respondió Sancho—, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto.

Ya en esto salieron de la selva y descubrieron cerca a las tres aldeanas. Tendió don Quijote los ojos por todo el camino del Toboso, y como no vio sino a las tres labradoras, turbóse todo y preguntó a Sancho si las había dejado fuera de la ciudad.

—¿Cómo fuera de la ciudad? —respondió—. ¿Por ventura tiene vuesa merced los ojos en el colodrillo[40], que no vee que son estas las que aquí vienen, resplandecientes como el mismo sol a medio día?

—Yo no veo, Sancho —dijo don Quijote—, sino a tres labradoras sobre tres borricos.

—¡Agora me libre Dios del diablo! —respondió Sancho—. ¿Y es posible que tres hacaneas, o como se llaman, blancas como el ampo de la nieve[41], le parezcan a vuesa merced borricos? ¡Vive el Señor que me pele estas barbas si tal fuese verdad!

—Pues yo te digo, Sancho amigo —dijo don Quijote—, que es tan verdad que son borricos, o borricas, como yo soy don Quijote y tú Sancho Panza; a lo menos, a mí tales me parecen.

—Calle, señor —dijo Sancho—, no diga la tal palabra[42], sino despabile esos ojos y venga a hacer reverencia a la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca.

Y, diciendo esto, se adelantó a recebir a las tres aldeanas y, apeándose del rucio, tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras y, hincando ambas rodillas en el suelo, dijo:

—Reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recebir en su gracia y buen talente al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulsos, de verse ante vuestra magnífica presencia. Yo soy Sancho Panza, su escudero, y él es el asendereado caballero don Quijote de la Mancha[43], llamado por otro nombre el Caballero de la Triste Figura.

A esta sazón ya se había puesto don Quijote de hinojos junto a Sancho y miraba con ojos desencajados y vista turbada a la que Sancho llamaba reina y señora; y como no descubría en ella sino una moza aldeana, y no de muy buen rostro, porque era carirredonda y chata, estaba suspenso y admirado[44], sin osar desplegar los labios. Las labradoras estaban asimismo atónitas, viendo aquellos dos hombres tan diferentes hincados de rodillas, que no dejaban pasar adelante a su compañera; pero rompiendo el silencio la detenida, toda desgraciada y mohína[45], dijo:

—Apártense nora en tal del camino, y déjenmos pasar[46], que vamos depriesa.

A lo que respondió Sancho:

—¡Oh princesa y señora universal del Toboso! ¿Cómo vuestro magnánimo corazón no se enternece viendo arrodillado ante vuestra sublimada[47] presencia a la coluna y sustento de la andante caballería?

Oyendo lo cual otra de las dos, dijo:

---

[39] *prado concejil*: 'prado perteneciente al concejo, al conjunto de los vecinos'.

[40] 'en el cogote'; es frase hecha.

[41] *ampo*: 'blancura resplandeciente', 'copo'

[42] 'no diga barbaridades de que pueda arrepentirse'; Sancho continúa el romance de doña Urraca aludido en II, 5.

[43] *asendereado*: 'afligido', pero también 'perseguido por los senderos'. El chiste surge al superponer este segundo sentido a la denominación «caballero andante».

[44] Los rasgos faciales de la *aldeana* se interpretan popularmente como señales de lubricidad, además del cómico contraste entre la rústica cara redonda y la espiritual estilización del rostro de las damas del amor cortés.

[45] 'sin gracia y con mal humor'

[46] *nora en tal*: 'en hora mala' (II, 62, 1138); *déjenmos*: 'déjennos'. Las labradoras hablan en sayagués, el lenguaje convencionalmente tosco con que se expresan los rústicos en el teatro.

[47] *sublimada*: 'elevada'

—Mas ¡jo, que te estrego, burra de mi suegro[48]! ¡Mirad con qué se vienen los señoritos ahora a hacer burla de las aldeanas, como si aquí no supiésemos echar pullas como ellos[49]! Vayan su camino e déjenmos hacer el nueso, y serles ha sano[50].

—Levántate, Sancho —dijo a este punto don Quijote—, que ya veo que la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algún contento a esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Y tú, ¡oh estremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio deste afligido corazón que te adora!, ya que el maligno encantador me persigue y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para solo ellos y no para otros ha mudado y transformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre, si ya también el mío no le ha cambiado en el de algún vestiglo, para hacerle aborrecible a tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumisión y arrodillamiento que a tu contrahecha hermosura hago la humildad con que mi alma te adora[51].

—¡Tomá que mi agüelo[52]! —respondió la aldeana—. ¡Amiguita soy yo de oír resquebrajos[53]! Apártense y déjenmos ir, y agradecérselo hemos.

Apartóse Sancho y dejóla ir, contentísimo de haber salido bien de su enredo.

Apenas se vio libre la aldeana que había hecho la figura[54] de Dulcinea, cuando, picando a su *cananea* con un aguijón que en un palo traía, dio a correr por el prado adelante; y como la borrica sentía la punta del aguijón, que le fatigaba más de lo ordinario, comenzó a dar corcovos, de manera que dio con la señora Dulcinea en tierra; lo cual visto por don Quijote, acudió a levantarla, y Sancho a componer y cinchar el albarda, que también vino a la barriga de la pollina. Acomodada, pues, la albarda, y quiriendo don Quijote levantar a su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora, levantándose del suelo, le quitó de aquel trabajo, porque, haciéndose algún tanto atrás, tomó una corridica[55] y, puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, dio con su cuerpo, más ligero que un halcón, sobre la albarda, y quedó a horcajadas, como si fuera hombre; y entonces dijo Sancho:

—¡Vive Roque que es la señora nuestra ama más ligera que un alcotán[56] y que puede enseñar a subir a la jineta al más diestro cordobés o mexicano! El arzón trasero de la silla pasó de un salto, y sin espuelas hace correr la hacanea como una cebra. Y no le van en zaga sus doncellas, que todas corren como el viento.

Y así era la verdad, porque, en viéndose a caballo Dulcinea, todas picaron tras ella y dispararon a correr, sin volver la cabeza atrás por espacio de más de media legua. Siguiólas don Quijote con la vista, y cuando vio que no parecían, volviéndose a Sancho, le dijo:

—Sancho, ¿qué te parece cuán mal quisto soy de encantadores[57]? Y mira hasta dónde se estiende su malicia y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su ser a mi señora. En efecto, yo nací para ejemplo de desdichados y para ser blanco y terrero donde tomen la mira y asiesten las flechas de la mala fortuna[58]. Y has también de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traidores de haber vuelto y transformado a mi Dulcinea, sino que la transformaron y volvieron en una figura tan baja y tan fea como la de aquella aldeana, y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras[59], que es el buen olor, por andar siempre entre ámbares y entre flores. Porque te hago

---

[48] '¡No me convencen las palabras bonitas!'; es un refrán usado, casi siempre, irónicamente (*jo*: 'so', voz para detener a las caballerías; *estregar*, referido a animales, 'cepillarles la capa para limpiarla').

[49] *señoritos*: 'los que se creen superiores sin serlo', forma despectiva de *señor*; *pullas*: 'expresiones agudas y rápidas, muchas veces dichas con intención de burla; otras, grosera u obscenamente'

[50] 'Sigan su camino, no estorben el nuestro y les irá bien'; el último es un dicho rústico que esconde una amenaza.

[51] *que a tu contrahecha hermosura hago*: 'que hago a tu hermosura oculta bajo disfraz'.

[52] Exclamación de asombro

[53] Cruce entre *requiebro*, con sufijo despectivo, y *resquebrajo* 'grieta en la pared', aunque esta voz acabó significando específicamente 'requiebro tosco'.

[54] 'el papel, el personaje'

[55] 'cogió carrerilla' para saltar sobre la pollina.

[56] 'ave de cetrería parecida al milano'

[57] *mal quisto*: 'mal querido, odiado'; participio de *malquerer*.

[58] *terrero*: 'montón de tierra sobre el que se coloca la diana, y por extensión el mismo blanco'; *tomen la mira y asiesten*: 'apunten con las armas y dirijan las flechas'.

[59] *lo que es tan suyo*: 'lo que es tan propio, tan peculiar'

saber, Sancho, que cuando llegué a subir a Dulcinea sobre su hacanea, según tú dices, que a mí me pareció borrica, me dio un olor de ajos crudos[60], que me encalabrinó y atosigó el alma[61].

—¡Oh canalla! —gritó a esta sazón Sancho—. ¡Oh encantadores aciagos y malintencionados, y quién os viera a todos ensartados por las agallas, como sardinas en lercha[62]! Mucho sabéis, mucho podéis y mucho más hacéis. Bastaros debiera, bellacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcornoqueñas[63], y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey bermejo, y, finalmente, todas sus faciones de buenas en malas, sin que le tocárades en el olor, que por él siquiera sacáramos lo que estaba encubierto debajo de aquella fea corteza; aunque, para decir verdad, nunca yo vi su fealdad, sino su hermosura, a la cual subía de punto y quilates un lunar que tenía sobre el labio derecho, a manera de bigote[64], con siete o ocho cabellos rubios como hebras de oro y largos de más de un palmo.

—A ese lunar —dijo don Quijote—, según la correspondencia que tienen entre sí los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo que corresponde al lado donde tiene el del rostro[65]; pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado.

—Pues yo sé decir a vuestra merced —respondió Sancho— que le parecían allí como nacidos[66].

—Yo lo creo, amigo —replicó don Quijote—, porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea que no fuese perfecta y bien acabada; y así, si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho: aquella que a mí me pareció albarda que tú aderezaste, ¿era silla rasa o sillón?

—No era —respondió Sancho— sino silla a la jineta[67], con una cubierta de campo[68] que vale la mitad de un reino, según es de rica.

—¡Y que no viese yo todo eso, Sancho! —dijo don Quijote—. Ahora torno a decir y diré mil veces que soy el más desdichado de los hombres.

Harto tenía que hacer el socarrón de Sancho en disimular la risa, oyendo las sandeces de su amo, tan delicadamente engañado. Finalmente, después de otras muchas razones que entre los dos pasaron, volvieron a subir en sus bestias y siguieron el camino de Zaragoza, adonde pensaban llegar a tiempo que pudiesen hallarse en unas solemnes fiestas que en aquella insigne ciudad cada año suelen hacerse[69]. Pero antes que allá llegasen les sucedieron cosas que, por muchas, grandes y nuevas, merecen ser escritas y leídas, como se verá adelante.

---

[60] El ajo era comida propia de villanos.

[61] ‘me atufó y me envenenó el alma’

[62] ‘junquillo o tira de corteza de árbol con que se ensartan pájaros o peces muertos, para transportarlos’

[63] ‘cecidias’, ‘bultos esféricos que se forman en la corteza de algunos árboles’

[64] El *lunar sobre el labio* se consideraba un rasgo embellecedor, pero la mujer con *bigote* era tenida por cruel y peligrosa.

[65] *tabla del muslo*: ‘cara interior del muslo’. Se creía que en las partes que se podían ver de la persona se anunciaba lo que se había de tapar con la ropa; también era creencia corriente entre fisiognomistas que existía una *correspondencia* entre los *lunares* de diversas partes del cuerpo.

[66] ‘le quedaban perfectamente’; se puede pensar, sin embargo, en un juego con los lunares postizos con que se adornaban las damas.

[67] *silla rasa*: ‘silla de montar sin adornos, a ras del lomo’; el *sillón* se colocaba sobre unos bastes y se elevaba sobre el lomo de la montura; la *silla a la jineta*, con estribos altos, era propia para correr, y no para pelear.

[68] *cubierta de campo*: ‘arnés de paño, gualdrapa’

[69] Tal como se anunciaba arriba (II, 4), Zaragoza tendría que haber sido la primera etapa del itinerario.

RESUMEN DE LOS CAPÍTULOS OMITIDOS (XI-XVIII)[1]

Evolución de la locura de don Quijote.

El episodio de las tres labradoras señala una nueva evolución en la locura de don Quijote. La situación es exactamente contraria a las que se nos han ofrecido en la primera parte, donde don Quijote, ante la realidad vulgar y corriente, se imaginaba un mundo ideal y caballeresco. Hasta ahora lo normal ha sido que don Quijote sublime en valores de belleza y heroísmo lo que es corriente, anodino e incluso vil y bajo, y cuantos le rodeaban, en primer lugar Sancho, han hecho todo lo posible para desengañarle de su error y para hacerle ver que aquello que toma por gigantes, por ejércitos, por castillos o por un rico yelmo no son sino molinos de viento, rebaños, ventas y una vulgar bacía de barbero. Y ante esta disparidad don Quijote ha respondido que los malignos encantadores, envidiosos de su gloria y obstinados en dañarle, le transforman lo noble y elevado en vulgar y bajo. Pero ahora, al iniciarse la tercera salida de don Quijote, observamos que este aspecto se ha invertido. Sancho, que antes se afanaba en hacerle ver que no había tales gigantes ni tales ejércitos, sino molinos de viento y rebaños, ahora le pone ante tres feas aldeanas y sostiene que él «está viendo» a tres encumbradas damas, y ahora, precisamente, los sentidos no engañan a don Quijote, que ve la realidad tal cual es: tres zafias labradoras. Y naturalmente, la culpa la tendrán los encantadores, que sólo para don Quijote han mudado la realidad, pero ahora inversamente a cómo ocurría en la primera parte.

La diferencia entre un tipo de aventura y otro, o sea entre las de la primera parte y las de la segunda, se advierte en dos frases paralelas. Cuando don Quijote afirmó que veía dos inmensos ejércitos a punto de entrar en batalla y que oía relinchar los caballos y sonar los clarines, Sancho respondió: «*No oigo otra cosa sino muchos balidos de ovejas y carneros*» (1, 18). Ahora, cuando Sancho le insiste en que avanzan por el camino Dulcinea y sus dos doncellas, don Quijote afirma: «*Yo no veo sino a tres labradoras sobre tres borricos*» (11, 10). Los papeles se han invertido.

La carreta de las Cortes de la Muerte.

Siguiendo su camino don Quijote y Sancho topan con un carro en el que van extraños e insólitos personajes: guía las mulas un demonio y dentro viajan la Muerte, un ángel, un emperador, Cupido, un caballero y otras personas, todo lo cual sobresalta a don Quijote, que amenazadoramente exige que digan qué gente es y adónde van. El diablo explica que son una compañía de cómicos que van de pueblo en pueblo ofreciendo el auto sacramental de *Las Cortes de la Muerte*, que aquella mañana han representado en un lugar próximo, y como por la tarde lo tienen que volver a representar en otra aldea muy cercana, no se han quitado los disfraces. Don Quijote platica con los cómicos, pero Rocinante, espantado por una burla que hace un mamarracho con unas vejigas, echa a correr y derriba a su dueño. Otro de la compañía la emprende con el asno de Sancho. Don Quijote estaba dispuesto a acometer a los cómicos, que con piedras en la mano lo esperaban, pero Sancho le hizo ver que se trataba de una temeridad luchar contra un escuadrón en el que figuraban la Muerte, emperadores y ángeles buenos y malos y ningún caballero andante (II, 11). Y adviértase que Lope de Vega escribió un *Auto sacramental de las Cortes de la Muerte*, varios de cuyos personajes corresponden a los que aparecen en este episodio del Quijote, que termina sin más complicaciones, y da lugar a una ingeniosa conversación entre amo y criado.

El Caballero de los Espejos o del Bosque.

Todas las personas sensatas han estado diciendo y repitiendo a don Quijote que en el mundo no existen caballeros andantes, por lo menos en tiempos modernos, y que no son más que fantasías de los autores de libros vanos y mentirosos. Pero he aquí que la noche siguiente con gran sorpresa de don Quijote y de Sancho - y mucho más del lector - encuentran en despoblado a un caballero andante, armado de todas sus armas, melanc6lico y enamorado de una dama llamada Casildea de Vandalia, a la que canta un enternecedor soneto. Va, además, acompañado de un escudero. Se trata del Caballero de los Espejos, que pronto traba conversación con don Quijote, mientras Sancho departe amigablemente con el escudero, en uno de los capítulos más graciosos de la novela (11, 13). Los caballeros discuten sobre la belleza de las

[1] Aunque ya ha pasado antes, empezamos este resumen con el comentario de Martín de Riquer sobre la capital importancia que tendrá el encantamiento de Dulcinea, que acabamos de leer, en el desarrollo posterior de la novela. Volvemos desde ahora, siempre que sea posible, a la *Aproximación al Quijote*.

respectivas damas y, como era de esperar, deciden zanjar el problema mediante una batalla singular que deberá celebrarse en cuanto amanezca.

Al clarear Sancho se sorprende por la extraordinaria desmesura de las narices del escudero. El Caballero del Bosque, por su parte, lleva el rostro cubierto con la celada, y se niega a mostrarlo cuando don Quijote se lo pide, Luchan ambos y don Quijote derriba por el suelo a su adversario. Entonces ocurre algo sorprendente: cuando don Quijote le quita el yelmo para ver si estaba muerto y le descubre la cara, se encuentra con el rostro del bachiller Sansón Carrasco. Ello sorprende también a Sancho, que se queda estupefacto cuando ve al otro escudero sin narices y que, sin tan desmesurado aditamento, no es otro que Tomé Cecial, su compadre y vecino.

Don Quijote llega a la conclusión de que se trata de una nueva jugarreta de los encantadores que le persiguen, que para quitarle la gloria de la batalla ganada han convertido al Caballero de los Espejos en el bachiller y a su escudero en Tomé Cecial. A pesar de ello impone a su adversario que confiese que Dulcinea es más hermosa que Casildea de Vandalia y que se encamine hacia el Toboso para ponerse a la voluntad de aquélla.

A continuación inserta Cervantes un brevísimo capítulo (11, 15) para aclarar al lector la aventura pasada. Sansón Carrasco, de acuerdo con el cura y el barbero, se había disfrazado de caballero andante con la intención de buscar a don Quijote, obligarle a combatir, vencerle y exigirle que se volviera a su pueblo y no saliera de él en dos años, con lo que se contaba que el hidalgo podría sanar de su locura. Tomó como escudero al vecino y compadre de Sancho Panza, desfigurado con unas narices postizas, y salió en busca de don Quijote. Pero sucedió al revés de como se imaginaba, y él fue el vencido. Como consecuencia de ello Sansón Carrasco, irritado por su fracaso, se propuso volver a buscar a don Quijote, ahora ya no sólo para hacerle entrar en juicio, sino también para vengarse de él.

La consecuencia de esta aventura fue que don Quijote quedó convencido de que existían caballeros andantes, de que se daban en realidad lances como los de los libros de caballerías y de que los malignos encantadores seguían deformándole lo que percibía con los sentidos, ahora cuando éstos no le engañaban.

En este episodio quien parodia los libros de caballería es Sansón Carrasco, que hace cuanto puede por amoldarse a los trances de la lectura predilecta de don Quijote. Cuando se da cuenta de que está cerca de éste ordena a su escudero quite los frenos a los caballos y los deje pacer y, «*el decir esto y el tenderse en el suelo todo fue a un mesmo tiempo; y al arrojarse hicieron ruido las armas, manifiesta señal por donde conoció don Quijote que debía de ser caballero andante*» (1, 12) ; y acto seguido se pone a cantar el soneto amoroso: «Dadme, señora, un término que siga... » En el libro de Lisuarte de Grecia, estando el protagonista a medianoche en un bosque «*oyó pisadas de caballo, y estuvo quedo por ver qué sería; y vio que era un caballero armado que, apeándose del caballo, le quitó el freno y le dejó pacer; y no tardó mucho que, dando un suspiro, dijo: -¡Oh, amor, cuán alto me pusiste haciéndome tan bienaventurado que amé a la que en el mundo par no tiene!*» Y también Lisuarte y el desconocido, que resulta ser Perión de Gaula, discuten sobre la belleza de sus respectivas señoras, aunque no llegan a luchar.

Con el Caballero del Verde Gabán y la aventura de los leones.

Comentando Sancho y don Quijote la transformación del Caballero de los Espejos y su escudero en Sansón Carrasco y Tomé Cecial, son alcanzados por un hombre montado en una yegua, vestido de un gabán de paño verde fino, con quien deciden hacer la ruta y con quien departen reposadamente. Se trata de don Diego de Miranda, a quien Cervantes llama el Caballero del verde gabán, prototipo de persona discreta, instruida, acomodada, de buenas y sanas costumbres, que se admira de la locura de don Quijote, aunque quede prendado de su ingenio y oponga al afán de aventuras de nuestro hidalgo, su vida plácida, ordenada y libre de sobresaltos. Luego invitará a don Quijote a su casa, en una aldea próxima, donde su hijo, joven dado a la poesía, mantiene pláticas literarias con el hidalgo manchego, quien así pone de manifiesto una vez más su agudo criterio, siempre tan sensato y tan culto mientras no se toque su manía caballeresca.

Pero mientras viajan con el Caballero del verde gabán acaece la aventura de los leones. Se encuentran con un carro en el que son conducidos dos bravos leones de Orán, que son llevados a la corte para ser ofrecidos al Rey. Con gran espanto de Sancho y de don Diego de Miranda, y a pesar de las

amonestaciones y súplicas del leonero, don Quijote se hace abrir la jaula del león macho, y espera valientemente que salga para luchar con él. Don Quijote recordaba episodios de los libros de caballerías en los que sus héroes habían vencido a fuertes y temibles leones. Palmerín de Oliva, Palmerín de Inglaterra, Primaleón, Policisne, Florambel de Lucea y otros muchos habían salido victoriosos en espantosas batallas contra tan feroces animales. Pero hasta los leones de la realidad han perdido aquella fiereza de los leones de los libros de caballerías. El feliz final de esta aventura es el siguiente

> *Visto el leonero ya puesto en postura a don Quijote, y que no podía dejar de soltar al león macho, so pena de caer en la desgracia del indignado y atrevido caballero, abrió de par en par la primera jaula, donde estaba, como se ha dicho, el león, el cual pareció de grandeza extraordinaria y de espantable y fea catadura. Lo primero que hizo fue revolverse en la jaula, donde venía echado, y tender la garra, y desperezarse todo; abrió luego la boca y bostezó muy despacio, y con casi dos palmos de lengua que sacó fuera se despolvoreó los ojos y se lavó el rostro; hecho esto, sacó la cabeza fuera de la jaula y miró a todas partes con los ojos hechos brasas, vista y ademán para poner espanto a la misma temeridad. Sólo don Quijote lo miraba atentamente, deseando que saltase ya del carro y viniese con él a las manos, entre las cuales pensaba hacerle pedazos. Hasta aquí llegó el estremo de su jamás vista 1ocura. Pero el generoso león, más comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de bravatas, después de haber mirado a una y otra parte, como -se ha dicho, volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes a don Quijote, y con gran flema y remanso se volvió a echar en la jaula (11, 17).*

Capítulo XIX

Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos

Poco trecho se había alongado don Quijote del lugar de don Diego, cuando encontró con dos como clérigos o como estudiantes[1] y con dos labradores que sobre cuatro bestias asnales venían caballeros. El uno de los estudiantes traía, como en portamanteo[2], en un lienzo de bocací verde envuelto, al parecer, un poco de grana blanca y dos pares de medias de cordellate[3]; el otro no traía otra cosa que dos espadas negras de esgrima, nuevas y con sus zapatillas[4]. Los labradores traían otras cosas, que daban indicio y señal que venían de alguna villa grande donde las habían comprado y las llevaban a su aldea. Y así estudiantes como labradores cayeron en la misma admiración en que caían todos aquellos que la vez primera veían a don Quijote, y morían por saber qué hombre fuese aquel tan fuera del uso de los otros hombres.

Saludóles don Quijote, y después de saber el camino que llevaban, que era el mesmo que él hacía, les ofreció su compañía y les pidió detuviesen el paso, porque caminaban más sus pollinas que su caballo; y, para obligarlos, en breves razones les dijo quién era, y su oficio y profesión, que era de caballero andante que iba a buscar las aventuras por todas las partes del mundo. Díjoles que se llamaba de nombre propio «don Quijote de la Mancha» y por el apelativo «el Caballero de los Leones». Todo esto para los labradores era hablarles en griego o en jerigonza, pero no para los estudiantes, que luego entendieron la flaqueza del celebro de don Quijote, pero con todo eso le miraban con admiración y con respecto, y uno dellos le dijo:

—Si vuestra merced, señor caballero, no lleva camino determinado, como no le suelen llevar los que buscan las aventuras, vuesa merced se venga con nosotros: verá una de las mejores bodas y más ricas que hasta el día de hoy se habrán celebrado en la Mancha, ni en otras muchas leguas a la redonda.

Preguntóle don Quijote si eran de algún príncipe, que así las ponderaba.

—No son —respondió el estudiante— sino de un labrador y una labradora: él, el más rico de toda esta tierra, y ella, la más hermosa que han visto los hombres. El aparato[5] con que se han de hacer es estraordinario y nuevo, porque se han de celebrar en un prado que está junto al pueblo de la novia, a quien por excelencia llaman Quiteria «la hermosa», y el desposado se llama Camacho «el rico», ella de edad de diez y ocho años, y él de veinte y dos, ambos para en uno[6], aunque algunos curiosos que tienen de memoria los linajes de todo el mundo quieren decir que el de la hermosa Quiteria se aventaja al de Camacho; pero ya no se mira en esto, que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras[7]. En efecto, el tal Camacho es liberal y hásele antojado de enramar y cubrir todo el prado por arriba[8], de tal suerte, que el sol se ha de ver en trabajo si quiere entrar a visitar las yerbas verdes de que está cubierto el suelo. Tiene asimesmo maheridas danzas[9], así de espadas como de cascabel menudo[10], que hay en su pueblo quien los repique y sacuda por estremo; de zapateadores no digo nada, que es un juicio los que tiene muñidos[11]; pero ninguna de las cosas referidas, ni otras muchas que he dejado de referir, ha de hacer más memorables estas bodas, sino las que imagino que hará en ellas el despechado Basilio. Es este Basilio un zagal vecino del mesmo

---

[1] 'dos que no distinguía si eran clérigos o estudiantes', porque vestían muy parecido.

[2] 'portamantas', travesaño con un asidero y dos correas con que se puede sujetar un envoltorio o un paquete.

[3] *bocací*: 'tarlatana', 'tela fina de lino, a veces encerada para impermeabilizarla'; *grana*: 'tejido fino de alta calidad', parecido al gro; *cordellate*: 'paño delgado de lana', similar a la estameña o a la sarga, que se usaba para medias y calzas; era sucedáneo de la seda, más elegante.

[4] '*espadas de esgrima*, sin filo ni punta, con una *zapatilla* o botón de cuero en la punta para que no hieran'.

[5] *aparato*: 'suntuosidad, lujo, esplendor'.

[6] 'hechos el uno para el otro'; era fórmula fija.

[7] No es imposible que aluda a la existencia de algún antepasado converso por parte de Camacho.

[8] 'cubrir el prado con un entretejido de ramas, flores y hierbas olorosas'; *enramar* es señal de declaración de amor, pues normalmente se enramaba la entrada de la casa; hacerlo con todo un prado es un detalle de ricachón *liberal* ('generoso').

[9] 'danzas compuestas, preparadas de antemano'.

[10] Las *danzas de espadas* son las que hacen los danzantes golpeando espadas a compás de la música; *de cascabel* pueden ser tanto las que se hacen con aros, arcos o palos con cascabeles en orificios hechos en la madera, como aquellas en que los danzantes llevan sujetos cascabeles en polainas de cuero.

[11] 'tiene contratados *un* gran *juicio*, una multitud semejante a la que se reunirá en el Juicio Final, de bailarines especializados en las danzas por alto' (II, 52, 1058).

lugar de Quiteria, el cual tenía su casa pared y medio de la de los padres de Quiteria[12], de donde tomó ocasión el amor de renovar al mundo los ya olvidados amores de Píramo y Tisbe[13]; porque Basilio se enamoró de Quiteria desde sus tiernos y primeros años, y ella fue correspondiendo a su deseo con mil honestos favores, tanto, que se contaban por entretenimiento en el pueblo los amores de los dos niños Basilio y Quiteria. Fue creciendo la edad, y acordó el padre de Quiteria de estorbar a Basilio la ordinaria entrada que en su casa tenía; y por quitarse de andar receloso y lleno de sospechas, ordenó de casar a su hija con el rico Camacho, no pareciéndole ser bien casarla con Basilio, que no tenía tantos bienes de fortuna como de naturaleza. Pues, si va a decir las verdades sin invidia, él es el más ágil mancebo que conocemos, gran tirador de barra, luchador estremado y gran jugador de pelota; corre como un gamo, salta más que una cabra, y birla a los bolos[14] como por encantamento; canta como una calandria, y toca una guitarra, que la hace hablar, y, sobre todo, juega una espada como el más pintado[15].

—Por esa sola gracia —dijo a esta sazón don Quijote— merecía ese mancebo no solo casarse con la hermosa Quiteria, sino con la mesma reina Ginebra, si fuera hoy viva, a pesar de Lanzarote y de todos aquellos que estorbarlo quisieran.

—¡A mi mujer con eso! —dijo Sancho Panza, que hasta entonces había ido callando y escuchando—, la cual no quiere sino que cada uno case con su igual, ateniéndose al refrán que dicen «cada oveja con su pareja». Lo que yo quisiera es que ese buen Basilio, que ya me le voy aficionando[16], se casara con esa señora Quiteria, que buen siglo hayan y buen poso (iba a decir al revés[17]) los que estorban que se casen los que bien se quieren.

—Si todos los que bien se quieren se hubiesen de casar —dijo don Quijote—, quitaríase la eleción y juridición a los padres de casar sus hijos con quien y cuando deben, y si a la voluntad de las hijas quedase escoger los maridos, tal habría que escogiese al criado de su padre, y tal al que vio pasar por la calle, a su parecer, bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachín[18]: que el amor y la afición con facilidad ciegan los ojos del entendimiento, tan necesarios para escoger estado, y el del matrimonio está muy a peligro de errarse, y es menester gran tiento y particular favor del cielo para acertarle. Quiere hacer uno un viaje largo, y si es prudente, antes de ponerse en camino busca alguna compañía segura y apacible con quien acompañarse; pues ¿por qué no hará lo mesmo el que ha de caminar toda la vida, hasta el paradero de la muerte, y más si la compañía le ha de acompañar en la cama, en la mesa y en todas partes, como es la de la mujer con su marido? La de la propia mujer no es mercaduría que una vez comprada se vuelve o se trueca o cambia, porque es accidente inseparable[19], que dura lo que dura la vida: es un lazo que, si una vez le echáis al cuello, se vuelve en el nudo gordiano[20], que, si no le corta la guadaña de la muerte, no hay desatarle. Muchas más cosas pudiera decir en esta materia, si no lo estorbara el deseo que tengo de saber si le queda más que decir al señor licenciado acerca de la historia de Basilio.

A lo que respondió el estudiante bachiller, o licenciado, como le llamó don Quijote, que:

—De todo no me queda más que decir sino que desde el punto que Basilio supo que la hermosa Quiteria se casaba con Camacho el rico, nunca más le han visto reír ni hablar razón concertada[21], y siempre anda pensativo y triste, hablando entre sí mismo, con que da ciertas y claras señales de que se le ha vuelto el juicio[22]: come poco y duerme poco, y lo que come son frutas, y en lo que duerme, si duerme, es en el

---

[12] *pared y medio*: ‘pared por medio’, ‘paredes colindantes’.

[13] Se alude aquí al mito clásico –usado también, entre otros muchos por Shakespeare– de los amantes Píramo y Tisbe vecinos enamorados que hablan a través de un agujero en la pared. Sus planes de fuga tendrán un final trágico, con la muerte de los dos amantes, a causa de una infortunada sucesión de equívocos.

[14] *birla a los bolos*: ‘cuando juega a los bolos, deja muy bien colocada la bola para el segundo tiro’; son diversiones de pueblo.

[15] ‘maneja la espada como el mejor’; la enumeración de cualidades del mancebo puede tener doble sentido.

[16] ‘que ya me va gustando’.

[17] ‘tengan buen descanso eterno y buena muerte’; *iba a decir al revés*, entre paréntesis, significa que Sancho habla por antífrasis y la frase quiere ser una maldición: ‘que se mueran’ o ‘que se condenen’.

[18] ‘valentón irreflexivo’.

[19] ‘cualidad no necesaria, pero que, una vez que se produce, queda unida ineludiblemente al ser’; es término escolástico.

[20] ‘el que no se puede desatar, sólo cortar’; alusión a la célebre anécdota protagonizada por Alejandro Magno.

[21] ‘razonamiento sensato’.

[22] *vuelto*: ‘trastornado’; Basilio presenta todos los síntomas de la melancolía (enfermedad que hoy tenderíamos a interpretar como una «depresión»).

campo, sobre la dura tierra, como animal bruto; mira de cuando en cuando al cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra, con tal embelesamiento, que no parece sino estatua vestida que el aire le mueve la ropa[23]. En fin, él da tales muestras de tener apasionado el corazón, que tememos todos los que le conocemos que el dar el sí mañana la hermosa Quiteria ha de ser la sentencia de su muerte.

—Dios lo hará mejor[24] —dijo Sancho—, que Dios, que da la llaga, da la medicina[25]. Nadie sabe lo que está por venir: de aquí a mañana muchas horas hay, y en una, y aun en un momento, se cae la casa; yo he visto llover y hacer sol, todo a un mesmo punto; tal se acuesta sano la noche, que no se puede mover otro día. Y díganme: ¿por ventura habrá quien se alabe que tiene echado un clavo a la rodaja de la fortuna[26]? No, por cierto; y entre el *sí* y el *no* de la mujer no me atrevería yo a poner una punta de alfiler, porque no cabría. Denme a mí que Quiteria quiera de buen corazón y de buena voluntad a Basilio, que yo le daré a él un saco de buena ventura: que el amor, según yo he oído decir, mira con unos antojos[27] que hacen parecer oro al cobre, a la pobreza, riqueza, y a las lagañas, perlas.

—¿Adónde vas a parar, Sancho, que seas maldito? —dijo don Quijote—. Que cuando comienzas a ensartar refranes y cuentos, no te puede esperar sino el mesmo Judas que te lleve[28]. Dime, animal, ¿qué sabes tú de clavos, ni de rodajas, ni de otra cosa ninguna?

—¡Oh! Pues si no me entienden —respondió Sancho—, no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por disparates. Pero no importa: yo me entiendo, y sé que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho, sino que vuesa merced, señor mío, siempre es friscal de mis dichos, y aun de mis hechos.

—*Fiscal* has de decir —dijo don Quijote—, que no *friscal*, prevaricador del buen lenguaje, que Dios te confunda.

—No se apunte vuestra merced conmigo[29] —respondió Sancho—, pues sabe que no me he criado en la corte, ni he estudiado en Salamanca, para saber si añado o quito alguna letra a mis vocablos. Sí, que, ¡válgame Dios!, no hay para qué obligar al sayagués a que hable como el toledano[30], y toledanos puede haber que no las corten en el aire en esto del hablar polido[31].

—Así es —dijo el licenciado—, porque no pueden hablar tan bien los que se crían en las Tenerías y en Zocodover[32] como los que se pasean casi todo el día por el claustro de la Iglesia Mayor[33], y todos son toledanos. El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro, está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda[34]: dije *discretos* porque hay muchos que no lo son, y la discreción es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso[35]. Yo, señores, por mis pecados, he estudiado cánones en Salamanca, y pícome algún tanto de decir mi razón con palabras claras, llanas y significantes[36].

—Si no os picáredes más de saber más menear las negras que lleváis que la lengua[37] —dijo el otro estudiante—, vos llevárades el primero en licencias, como llevastes cola[38].

---

[23] *estatua vestida*: ‘imagen con cabeza, manos y pies montada sobre un armazón, que disimula la ausencia de cuerpo con un vestido’.

[24] ‘Dios lo solucionará’.

[25] ‘Dios nunca deja sin remedio’; es refrán.

[26] ‘sujetarla en el mejor momento para que no sea inconstante’; *rodaja*: ‘rueda’, acaso con matiz despectivo. Quizá se cierre la enumeración con esta imagen para aludir, indirectamente, a la inconstancia «natural» de la mujer.

[27] ‘anteojos’, pero también ‘caprichos’, en juego de sentidos.

[28] ‘que sólo Judas, el desesperado por antonomasia, y que te lleve al infierno, puede aguantar sin desesperarse’.

[29] *no se apunte*: ‘no se avinagre’, ‘no se enfade’.

[30] El *sayagués*, dialecto del Sayago, comarca entre Zamora y Salamanca, fue usado por Juan del Encina para hacer hablar a sus pastores; más tarde se convirtió en el lenguaje convencionalmente tosco con que se expresaban los rústicos en el teatro (véase II, 10, 707, n. 57). El *toledano* se empleó como lengua literaria y poco menos que oficial.

[31] *que no las corten en el aire*: ‘que no sean muy agudos’; el filo de espadas y navajas se prueba cortando una vedija de lana o pelo lanzados al aire.

[32] Barrios del mal vivir en Toledo; *tenería*: ‘taller de curtido de cueros’.

[33] ‘catedral’; en el *claustro* o en los coros de las catedrales solían reunirse damas, galanes y ociosos en general.

[34] ‘Majadahonda’, poblado cercano a Madrid.

[35] La equilibrada combinación de *ratio* y *usus* es uno de los ideales lingüísticos renacentistas y fundamento de la *discreción*.

[36] *pícome algún tanto*: ‘me enorgullezco un poquito’; los tres adjetivos caben dentro del concepto de *perspicuitas*.

[37] *las negras*: ‘las espadas de esgrima’ a que se ha aludido más arriba, 782, n. 5. La comparación de la lengua con la espada, además de bíblica (Proverbios, XII, 18), era tópica y emblemática.

[38] ‘quedasteis el último de la promoción en los exámenes de grado’.

—Mirad, bachiller —respondió el licenciado—, vos estáis en la más errada opinión del mundo acerca de la destreza de la espada[39], teniéndola por vana.

—Para mí no es opinión, sino verdad asentada —replicó Corchuelo—; y si queréis que os lo muestre con la experiencia, espadas traéis, comodidad hay, yo pulsos y fuerzas tengo, que acompañadas de mi ánimo, que no es poco, os harán confesar que yo no me engaño. Apeaos y usad de vuestro compás de pies, de vuestros círculos y vuestros ángulos y ciencia[40], que yo espero de haceros ver estrellas a medio día con mi destreza moderna y zafia, en quien espero, después de Dios, que está por nacer hombre que me haga volver las espaldas, y que no le hay en el mundo a quien yo no le haga perder tierra[41].

—En eso de volver o no las espaldas no me meto —replicó el diestro—, aunque podría ser que en la parte donde la vez primera clavásedes el pie, allí os abriesen la sepultura: quiero decir, que allí quedásedes muerto por la despreciada destreza.

—Ahora se verá —respondió Corchuelo.

Y apeándose con gran presteza de su jumento, tiró con furia de una de las espadas que llevaba el licenciado en el suyo.

—No ha de ser así —dijo a este instante don Quijote—, que yo quiero ser el maestro desta esgrima y el juez desta muchas veces no averiguada cuestión[42].

Y apeándose de Rocinante y asiendo de su lanza, se puso en la mitad del camino, a tiempo que ya el licenciado, con gentil donaire de cuerpo y compás de pies, se iba contra Corchuelo, que contra él se vino, lanzando, como decirse suele, fuego por los ojos. Los otros dos labradores del acompañamiento, sin apearse de sus pollinas, sirvieron de espectatores en la mortal tragedia. Las cuchilladas, estocadas, altibajos, reveses y mandobles que tiraba Corchuelo eran sin número[43], más espesas que hígado[44] y más menudas que granizo[45]. Arremetía como un león irritado; pero salíale al encuentro un tapaboca de la zapatilla de la espada del licenciado[46], que en mitad de su furia le detenía y se la hacía besar como si fuera reliquia, aunque no con tanta devoción como las reliquias deben y suelen besarse.

Finalmente, el licenciado le contó a estocadas todos los botones de una media sotanilla que traía vestida[47], haciéndole tiras los faldamentos, como colas de pulpo[48]; derribóle el sombrero dos veces y cansóle de manera que de despecho, cólera y rabia asió la espada por la empuñadura y arrojóla por el aire con tanta fuerza, que uno de los labradores asistentes, que era escribano, que fue por ella, dio después por testimonio que la alongó de sí casi tres cuartos de legua, el cual testimonio sirve y ha servido para que se conozca y vea con toda verdad cómo la fuerza es vencida del arte.

Sentóse cansado Corchuelo, y llegándose a él Sancho le dijo:

—Mía fe, señor bachiller, si vuesa merced toma mi consejo, de aquí adelante no ha de desafiar a nadie a esgrimir, sino a luchar o a tirar la barra, pues tiene edad y fuerzas para ello; que destos a quien llaman diestros he oído decir que meten una punta de una espada por el ojo de una aguja.

---

[39] ‘arte o ciencia de la esgrima’.

[40] *compás de pies*: ‘movimiento y cambios de posición de los pies que se hacen al esgrimir’, en relación a dos círculos: uno el que es tangente a los talones de los dos esgrimidores, y otro, concéntrico del primero, de dos pies más de diámetro; los *ángulos* los forma el brazo con respecto a la vertical del cuerpo.

[41] ‘perder terreno, retroceder’.

[42] *maestro desta esgrima*: ‘árbitro de este combate’; con la *no averiguada cuestión* se refiere a la polémica, desatada y viva en la época, acerca de la consideración de la esgrima como ciencia geométrica, casi exacta.

[43] *cuchillada*: ‘golpe dado con el filo de la espada, de derecha a izquierda’; *estocada*: ‘ataque con la punta’; *altibajo*: ‘golpe dado de arriba abajo’ (véase II, 26, 850); *revés*: ‘cuchillada de izquierda a derecha’; *mandoble*: ‘golpe dado sólo con un movimiento de muñeca, manteniendo el brazo inmóvil’.

[44] Comparación de sentido poco claro.

[45] *menudas*: ‘menudeadas, seguidas’.

[46] *tapaboca*: ‘golpe de parada dirigido a la cara, con la punta o zapatilla de la espada de esgrima, para impedir el avance del contrario’.

[47] *le contó todos los botones*: ‘le marcó en el pecho con la zapatilla de la espada cuantas veces quiso’; *media sotanilla:* ‘sotana corta, con poco vuelo’, propia de estudiantes y sacristanes.

[48] ‘absolutamente destrozado’.

—Yo me contento —respondió Corchuelo— de haber caído de mi burra[49] y de que me haya mostrado la experiencia la verdad de quien tan lejos estaba.

Y, levantándose, abrazó al licenciado, y quedaron más amigos que de antes, y no queriendo esperar al escribano que había ido por la espada, por parecerle que tardaría mucho, y, así, determinaron seguir, por llegar temprano a la aldea de Quiteria, de donde todos eran.

En lo que faltaba del camino, les fue contando el licenciado las excelencias de la espada, con tantas razones demostrativas y con tantas figuras y demostraciones matemáticas, que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia, y Corchuelo, reducido de su pertinacia[50].

Era anochecido, pero antes que llegasen les pareció a todos que estaba delante del pueblo un cielo lleno de inumerables y resplandecientes estrellas; oyeron asimismo confusos y suaves sonidos de diversos instrumentos, como de flautas, tamborinos, salterios, albogues, panderos y sonajas[51]; y cuando llegaron cerca vieron que los árboles de una enramada que a mano habían puesto a la entrada del pueblo estaban todos llenos de luminarias, a quien no ofendía el viento, que entonces no soplaba sino tan manso, que no tenía fuerza para mover las hojas de los árboles. Los músicos eran los regocijadores de la boda, que en diversas cuadrillas por aquel agradable sitio andaban, unos bailando y otros cantando, y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos. En efecto, no parecía sino que por todo aquel prado andaba corriendo la alegría y saltando el contento.

Otros muchos andaban ocupados en levantar andamios, de donde con comodidad pudiesen ver otro día[52] las representaciones y danzas que se habían de hacer en aquel lugar dedicado para solenizar las bodas del rico Camacho y las exequias de Basilio. No quiso entrar en el lugar don Quijote, aunque se lo pidieron así el labrador como el bachiller, pero él dio por disculpa, bastantísima a su parecer, ser costumbre de los caballeros andantes dormir por los campos y florestas antes que en los poblados, aunque fuese debajo de dorados techos; y con esto se desvió un poco del camino, bien contra la voluntad de Sancho, viniéndosele a la memoria el buen alojamiento que había tenido en el castillo o casa de don Diego.

---

[49] ‘de haber salido de mi error’.

[50] ‘convencido de su error’; la frase está sacada del lenguaje inquisitorial.

[51] Instrumentos musicales rústicos; *tamborino*: ‘tamboril, tambor pequeño que se toca con un solo palillo’; *salterio*: ‘especie de clavicordio de varias cuerdas, que se toca con púa’; *albogues*: ‘instrumento de viento compuesto de dos cañas paralelas y un cuerno en cada extremo, uno que produce la melodía y otro mayor que hace de resonador’; *sonajas*: ‘aro de madera que sostiene pares de chapitas que golpean una contra otra’.

[52] ‘al otro día’

Capítulo XX

Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre

Apenas la blanca aurora había dado lugar a que el luciente Febo con el ardor de sus calientes rayos las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase[1], cuando don Quijote, sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pie y llamó a su escudero Sancho, que aún todavía roncaba; lo cual visto por don Quijote, antes que le despertase, le dijo:

—¡Oh tú, bienaventurado sobre cuantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tener invidia ni ser invidiado duermes con sosegado espíritu, ni te persiguen encantadores ni sobresaltan encantamentos! Duermes, digo otra vez, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia celos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer otro día tú y tu pequeña y angustiada familia. Ni la ambición te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los límites de tus deseos no se estienden a más que a pensar tu jumento, que el de tu persona sobre mis hombros le tienes puesto[2], contrapeso y carga que puso la naturaleza y la costumbre a los señores. Duerme el criado, y está velando el señor, pensando cómo le ha de sustentar, mejorar y hacer mercedes. La congoja de ver que el cielo se hace de bronce sin acudir a la tierra con el conveniente rocío no aflige al criado, sino al señor, que ha de sustentar en la esterilidad y hambre al que le sirvió en la fertilidad y abundancia.

A todo esto no respondió Sancho, porque dormía, ni despertara tan presto si don Quijote con el cuento de la lanza no le hiciere volver en sí[3]. Despertó, en fin, soñoliento y perezoso, y volviendo el rostro a todas partes dijo:

—De la parte desta enramada, si no me engaño, sale un tufo y olor harto más de torreznos asados que de juncos y tomillos[4]: bodas que por tales olores comienzan, para mi santiguada[5] que deben de ser abundantes y generosas.

—Acaba, glotón —dijo don Quijote—: ven, iremos a ver estos desposorios, por ver lo que hace el desdeñado Basilio.

—Mas que haga lo que quisiere —respondió Sancho—: no fuera él pobre, y casárase con Quiteria. ¿No hay más sino no tener un cuarto y querer casarse por las nubes? A la fe, señor, yo soy de parecer que el pobre debe de contentarse con lo que hallare y no pedir cotufas en el golfo[6]. Yo apostaré un brazo que puede Camacho envolver en reales a Basilio; y si esto es así, como debe de ser, bien boba fuera Quiteria en desechar las galas y las joyas que le debe de haber dado y le puede dar Camacho, por escoger el tirar de la barra y el jugar de la negra de Basilio. Sobre un buen tiro de barra o sobre una gentil treta de espada no dan un cuartillo de vino en la taberna[7]. Habilidades y gracias que no son vendibles, mas que las tenga el conde Dirlos[8]; pero cuando las tales gracias caen sobre quien tiene buen dinero, tal sea mi vida como ellas parecen. Sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio, y el mejor cimiento y zanja del mundo es el dinero.

—Por quien Dios es, Sancho —dijo a esta sazón don Quijote—, que concluyas con tu arenga, que tengo para mí que si te dejasen seguir en las que a cada paso comienzas, no te quedaría tiempo para comer ni para dormir, que todo le gastarías en hablar.

—Si vuestra merced tuviera buena memoria —replicó Sancho—, debiérase acordar de los capítulos de nuestro concierto[9] antes que esta última vez saliésemos de casa: uno dellos fue que me había de dejar

---

[1] *líquidas perlas*: 'rocío'. El amanecer mitológico sirve, como en otras ocasiones, de elemento liminar del episodio

[2] 'a dar pienso a tu jumento, que el cuidado de tu persona lo delegas en mí'; juego de palabras en una elipsis zeugmática con el doble sentido de *pensar* ('discurrir' y 'dar pienso'); ambos se unifican si tenemos en cuenta que *pensamiento* también vale *cibus animi* ('alimento del alma').

[3] *cuento*: 'contera, el extremo opuesto a la punta de la lanza'.

[4] *torreznos*: 'trozos de tocino fritos o asados'; *juncos*: 'juncos de olor, junquillos'.

[5] 'por la cruz con que me santiguo'

[6] 'no pedir imposibles'

[7] *cuartillo*: 'medida de capacidad', la cuarta parte de un azumbre; es poco menos de medio litro y era lo que se bebía normalmente en una comida.

[8] Personaje del ciclo carolingio del romancero viejo, hermano de Durandarte; el romance termina cuando Dirlos llega a tiempo de impedir que su mujer, que se creía viuda, se case con el infante Celinos.

[9] 'los artículos de nuestro contrato'; nunca se cita esa capitulación entre Sancho y DQ.

hablar todo aquello que quisiese, con que no fuese contra el prójimo ni contra la autoridad de vuesa merced; y hasta agora me parece que no he contravenido contra el tal capítulo.

—Yo no me acuerdo, Sancho —respondió don Quijote—, del tal capítulo; y, puesto que sea así, quiero que calles y vengas, que ya los instrumentos que anoche oímos vuelven a alegrar los valles, y sin duda los desposorios se celebrarán en el frescor de la mañana, y no en el calor de la tarde.

Hizo Sancho lo que su señor le mandaba, y poniendo la silla a Rocinante y la albarda al rucio, subieron los dos, y paso ante paso se fueron entrando por la enramada.

Lo primero que se le ofreció a la vista de Sancho fue, espetado en un asador de un olmo entero[10], un entero novillo; y en el fuego donde se había de asar ardía un mediano monte de leña, y seis ollas que alrededor de la hoguera estaban no se habían hecho en la común turquesa[11] de las demás ollas, porque eran seis medias tinajas, que cada una cabía un rastro de carne[12]: así embebían y encerraban en sí carneros enteros, sin echarse de ver[13], como si fueran palominos; las liebres ya sin pellejo y las gallinas sin pluma que estaban colgadas por los árboles para sepultarlas en las ollas no tenían número; los pájaros y caza de diversos géneros eran infinitos, colgados de los árboles para que el aire los enfriase[14].

Contó Sancho más de sesenta zaques de más de a dos arrobas cada uno[15], y todos llenos, según después pareció, de generosos vinos; así había rimeros de pan blanquísimo como los suele haber de montones de trigo en las eras; los quesos, puestos como ladrillos enrejados[16], formaban una muralla, y dos calderas de aceite mayores que las de un tinte[17] servían de freír cosas de masa, que con dos valientes palas las sacaban fritas[18] y las zabullían en otra caldera de preparada miel que allí junto estaba[19].

Los cocineros y cocineras pasaban de cincuenta, todos limpios, todos diligentes y todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos y pequeños lechones que, cosidos por encima, servían de darle sabor y enternecerle[20]. Las especias de diversas suertes[21] no parecía haberlas comprado por libras, sino por arrobas, y todas estaban de manifiesto en una grande arca. Finalmente, el aparato de la boda era rústico, pero tan abundante, que podía sustentar a un ejército.

Todo lo miraba Sancho Panza, y todo lo contemplaba y de todo se aficionaba. Primero le cautivaron y rindieron el deseo las ollas, de quien él tomara de bonísima gana un mediano puchero; luego le aficionaron la voluntad los zaques, y últimamente las frutas de sartén[22], si es que se podían llamar sartenes las tan orondas calderas; y así, sin poderlo sufrir ni ser en su mano hacer otra cosa, se llegó a uno de los solícitos cocineros, y con corteses y hambrientas razones le rogó le dejase mojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas. A lo que el cocinero respondió:

—Hermano, este día no es de aquellos sobre quien tiene juridición la hambre, merced al rico Camacho. Apeaos y mirad si hay por ahí un cucharón, y espumad una gallina o dos[23], y buen provecho os hagan.

—No veo ninguno —respondió Sancho.

—Esperad —dijo el cocinero—. ¡Pecador de mí, y qué melindroso y para poco debéis de ser[24]!

---

[10] ‘atravesado para asarlo por una barra hecha con el tronco de un olmo’.

[11] *turquesa*: ‘molde’.

[12] ‘podía contener la carne que consume una ciudad’; *rastro*: ‘establecimiento donde se vende la carne al por mayor a las carnicerías o tajos’, o, también, ‘matadero’.

[13] ‘sin hacerse notar’.

[14] ‘asentase la carne, se ablandase por oreo’.

[15] *zaques*: ‘odres hechos con el cuero de un buey’.

[16] ‘entrecruzados, en forma de reja’.

[17] ‘mayores que las cazuelas que se usaban para teñir piezas enteras de hilo crudo o lana, tal como salían del telar’.

[18] *valientes*: ‘grandes, capaces’.

[19] *preparada miel*: ‘almíbar de miel’, a veces destemplado con agua de olor –de rosas o de azahar– y aromatizado con canela o jengibre.

[20] ‘albardado con lechones enteros, en lugar de con lonjas de tocino’; la hipérbole es evidente.

[21] ‘distintas mezclas de especias’; las más corrientes para cocinar eran la llamada *especia basta*, la *especia fina* o la *pólvora del duque*.

[22] ‘diferentes pastas de harina que se fríen y se endulzan con azúcar o miel’.

[23] *espumad*: ‘quitad’; *espumar* es ‘sacar la espuma que se forma encima de un caldo, al cocerse, para que quede claro’. La jactancia del cocinero, y por ende de su dueño, está en lo que constituye la sustancia de la espuma.

[24] *para poco*: ‘apocado, pusilánime’.

Y diciendo esto asió de un caldero y, encajándole en una de las medias tinajas, sacó en él tres gallinas y dos gansos, y dijo a Sancho:

—Comed, amigo, y desayunaos con esta espuma, en tanto que se llega la hora del yantar.

—No tengo en qué echarla —respondió Sancho.

—Pues llevaos —dijo el cocinero— la cuchara y todo, que la riqueza y el contento de Camacho todo lo suple.

En tanto, pues, que esto pasaba Sancho, estaba don Quijote mirando como por una parte de la enramada entraban hasta doce labradores sobre doce hermosísimas yeguas, con ricos y vistosos jaeces de campo y con muchos cascabeles en los petrales[25], y todos vestidos de regocijo y fiestas[26], los cuales en concertado tropel corrieron no una, sino muchas carreras por el prado, con regocijada algazara y grita[27], diciendo:

—¡Vivan Camacho y Quiteria, él tan rico como ella hermosa, y ella la más hermosa del mundo!

Oyendo lo cual don Quijote, dijo entre sí:

—Bien parece que estos no han visto a mi Dulcinea del Toboso, que si la hubieran visto, ellos se fueran a la mano en las alabanzas desta su Quiteria[28].

De allí a poco comenzaron a entrar por diversas partes de la enramada muchas y diferentes danzas, entre las cuales venía una de espadas, de hasta veinte y cuatro zagales de gallardo parecer y brío, todos vestidos de delgado y blanquísimo lienzo, con sus paños de tocar[29], labrados de varias colores de fina seda; y al que los guiaba, que era un ligero mancebo, preguntó uno de los de las yeguas si se había herido alguno de los danzantes.

—Por ahora, bendito sea Dios, no se ha herido nadie: todos vamos sanos.

Y luego comenzó a enredarse con los demás compañeros, con tantas vueltas y con tanta destreza, que aunque don Quijote estaba hecho a ver semejantes danzas, ninguna le había parecido tan bien como aquella.

También le pareció bien otra que entró de doncellas hermosísimas, tan mozas, que al parecer ninguna bajaba de catorce ni llegaba a diez y ocho años, vestidas todas de palmilla verde[30], los cabellos parte tranzados y parte sueltos[31], pero todos tan rubios, que con los del sol podían tener competencia; sobre los cuales traían guirnaldas de jazmines, rosas, amaranto y madreselva compuestas[32]. Guiábalas un venerable viejo y una anciana matrona, pero más ligeros y sueltos que sus años prometían. Hacíales el son una gaita zamorana[33], y ellas, llevando en los rostros y en los ojos a la honestidad y en los pies a la ligereza, se mostraban las mejores bailadoras del mundo.

Tras esta entró otra danza de artificio y de las que llaman habladas[34]. Era de ocho ninfas, repartidas en dos hileras: de la una hilera era guía el dios Cupido, y de la otra, el Interés; aquel, adornado de alas, arco, aljaba y saetas; este, vestido de ricas y diversas colores de oro y seda. Las ninfas que al Amor seguían traían a las espaldas en pargamino blanco y letras grandes escritos sus nombres. *Poesía* era el título de la primera; el de la segunda, *Discreción*; el de la tercera, *Buen linaje*; el de la cuarta, *Valentía*. Del modo mesmo venían señaladas las que al Interés seguían: decía *Liberalidad* el título de la primera; *Dádiva* el de la segunda; *Tesoro* el de la tercera, y el de la cuarta *Posesión pacífica*. Delante de todos venía un castillo de madera, a

---

[25] ‘correa ancha que pasa por delante del pecho de la caballería’; se sujeta a la cincha y a la silla para evitar que estas se escurran.

[26] ‘con sus mejores galas, como para día grande; endomingados’.

[27] ‘clamor alegre y gritos’; la fiesta recuerda a las zambras descritas en los romances moriscos del romancero nuevo.

[28] *se fueran a la mano*: ‘se contuvieran’.

[29] ‘pañuelos con que se cubre la cabeza, tocas’.

[30] ‘paño de vestidos lujosos campesinos’, sobre todo en color verde.

[31] Trenzados en la parte delantera, con trenzas pequeñas anudadas, para dejar la frente y cara despejadas; el pelo, suelto en melena. No llevan toca, es decir, son «niñas en cabello».

[32] Son frecuentes las descripciones de fiestas en que intervienen doncellas con *guirnaldas*, *compuestas* de jazmines; *amaranto*: ‘guirnalda, manzanilla bastarda’.

[33] ‘flauta de doble tubo, parecida al oboe’.

[34] ‘danza que desarrolla un argumento e injerta parlamentos dentro de la acción’.

quien tiraban cuatro salvajes, todos vestidos de yedra y de cáñamo teñido de verde[35], tan al natural, que por poco espantaran a Sancho. En la frontera del castillo y en todas cuatro partes de sus cuadros traía escrito[36]: *Castillo del buen recato*. Hacíanles el son cuatro diestros tañedores de tamboril y flauta.

Comenzaba la danza Cupido, y, habiendo hecho dos mudanzas[37], alzaba los ojos y flechaba el arco contra una doncella que se ponía entre las almenas del castillo, a la cual desta suerte dijo:

—Yo soy el dios poderoso
en el aire y en la tierra
y en el ancho mar undoso
y en cuanto el abismo encierra
en su báratro[38] espantoso.
Nunca conocí qué es miedo;
todo cuanto quiero puedo,
aunque quiera lo imposible,
y en todo lo que es posible
mando, quito, pongo y vedo[39].

Acabó la copla, disparó una flecha por lo alto del castillo y retiróse a su puesto. Salió luego el Interés y hizo otras dos mudanzas; callaron los tamborinos y él dijo:

—Soy quien puede más que Amor,
y es Amor el que me guía;
soy de la estirpe mejor
que el cielo en la tierra cría,
más conocida y mayor.
Soy el Interés, en quien
pocos suelen obrar bien,
y obrar sin mí es gran milagro;
y cual soy te me consagro,
por siempre jamás, amén.

Retiróse el Interés y hízose adelante la Poesía, la cual, después de haber hecho sus mudanzas como los demás, puestos los ojos en la doncella del castillo, dijo:

—En dulcísimos concetos,
la dulcísima Poesía,
altos, graves y discretos,
señora, el alma te envía
envuelta entre mil sonetos.
Si acaso no te importuna
mi porfía, tu fortuna,
de otras muchas invidiada,
será por mí levantada
sobre el cerco de la luna[40].

Desvióse la Poesía, y de la parte del Interés salió la Liberalidad y, después de hechas sus mudanzas, dijo:

—Llaman Liberalidad
al dar que el estremo huye

---

[35] El *salvaje* era una figura casi necesaria en las representaciones de momos, donde entraba arrastrando las piezas del decorado; aún aparece en algunas obras de Gil Vicente. El vestido de hiedra y hierba, *el cáñamo teñido de verde*, era el que habitualmente llevaba en la representación

[36] ‘en la fachada del castillo y en sus cuatro paredes figuraba la inscripción’.

[37] ‘cada una de las evoluciones de la danza’; está compuesta por varios pasos y corresponde, en el canto, a una estrofa.

[38] *báratro*: propiamente ‘sima muy profunda en el Ática’; en ella se precipitaba a los condenados.

[39] Esta construcción en quiasmo, posiblemente lexicalizada, es la expresión del poder absoluto y tiránico.

[40] ‘más alta que el cielo presidido por la luna’.

de la prodigalidad
y del contrario[41], que arguye
tibia y floja voluntad.
Mas yo, por te engrandecer,
de hoy más pródiga he de ser[42]:
que aunque es vicio, es vicio honrado
y de pecho enamorado,
que en el dar se echa de ver[43].

Deste modo salieron y se retiraron todas las figuras de las dos escuadras, y cada uno hizo sus mudanzas y dijo sus versos, algunos elegantes y algunos ridículos, y solo tomó de memoria don Quijote, que la tenía grande, los ya referidos; y luego se mezclaron todos, haciendo y deshaciendo lazos con gentil donaire y desenvoltura, y cuando pasaba el Amor por delante del castillo, disparaba por alto sus flechas, pero el Interés quebraba en él alcancías doradas[44].

Finalmente, después de haber bailado un buen espacio, el Interés sacó un bolsón, que le formaba el pellejo de un gran gato romano[45], que parecía estar lleno de dineros, y arrojándole al castillo, con el golpe se desencajaron las tablas y se cayeron, dejando a la doncella descubierta y sin defensa alguna.

Llegó el Interés con las figuras de su valía[46], y echándola una gran cadena de oro al cuello, mostraron prenderla, rendirla y cautivarla; lo cual visto por el Amor y sus valedores, hicieron ademán de quitársela; y todas las demostraciones que hacían eran al son de los tamborinos, bailando y danzando concertadamente. Pusiéronlos en paz los salvajes, los cuales con mucha presteza volvieron a armar y a encajar las tablas del castillo, y la doncella se encerró en él como de nuevo[47], y con esto se acabó la danza, con gran contento de los que la miraban.

Preguntó don Quijote a una de las ninfas que quién la había compuesto y ordenado. Respondióle que un beneficiado de aquel pueblo, que tenía gentil caletre para semejantes invenciones.

—Yo apostaré —dijo don Quijote— que debe de ser más amigo de Camacho que de Basilio el tal bachiller o beneficiado, y que debe de tener más de satírico que de vísperas[48]: ¡bien ha encajado en la danza las habilidades de Basilio y las riquezas de Camacho!

Sancho Panza, que lo escuchaba todo, dijo:

—El rey es mi gallo[49]: a Camacho me atengo.

—En fin —dijo don Quijote—, bien se parece, Sancho, que eres villano y de aquellos que dicen: «¡Viva quien vence!».

—No sé de los que soy —respondió Sancho—, pero bien sé que nunca de ollas de Basilio sacaré yo tan elegante espuma como es esta que he sacado de las de Camacho.

Y enseñóle el caldero lleno de gansos y de gallinas, y, asiendo de una, comenzó a comer con mucho donaire y gana, y dijo:

—¡A la barba de las habilidades de Basilio[50]!, que tanto vales cuanto tienes, y tanto tienes cuanto vales. Dos linajes solos hay en el mundo, como decía una agüela mía, que son el tener y el no tener, aunque ella

---

[41] ‘la avaricia o mezquindad’; de modo que el liberal no es pródigo ni avaro, sino que se halla en el justo medio

[42] *de hoy más*: ‘de hoy en adelante’

[43] ‘demuestra lo enamorado que está en lo que da y se da’.

[44] ‘bolas huecas de barro’ que se podían rellenar de regalos y aguas olorosas cuando se usaban para juegos; como armas, se llenaban con pólvora o brea ardiente; con una ranura, son la hucha más popular. Aquí se cruzan los tres sentidos.

[45] ‘gato rayado de mayor tamaño que el normal’; con el pellejo curtido de gato se fabricaban bolsones donde guardar el dinero.

[46] ‘los actores y danzantes de su bando’.

[47] ‘como al principio’; un sector de la crítica interpreta que el significado último de la danza es que el dios Amor ya no allana todos los obstáculos; también en esta función lo ha reemplazado el dinero, que lo somete todo a su ley.

[48] ‘debe ser más inclinado a decir sátiras que a rezar la hora de vísperas’; en esta hora se rezaban los Salmos que comenzaban con *Laudate* y los feriales.

[49] ‘apuesto por el poderoso’; es frase hecha.

[50] ‘¡Que carguen el gasto en la cuenta de las habilidades de Basilio!’.

al del tener se atenía; y el día de hoy, mi señor don Quijote, antes se toma el pulso al haber que al saber: un asno cubierto de oro parece mejor que un caballo enalbardado. Así que vuelvo a decir que a Camacho me atengo, de cuyas ollas son abundantes espumas gansos y gallinas, liebres y conejos; y de las de Basilio serán, si viene a mano, y aunque no venga sino al pie, aguachirle[51].

—¿Has acabado tu arenga, Sancho? —dijo don Quijote.

—Habréla acabado —respondió Sancho—, porque veo que vuestra merced recibe pesadumbre con ella; que si esto no se pusiera de por medio, obra había cortada para tres días[52].

—Plega a Dios, Sancho —replicó don Quijote—, que yo te vea mudo antes que me muera.

—Al paso que llevamos —respondió Sancho—, antes que vuestra merced se muera estaré yo mascando barro[53], y entonces podrá ser que esté tan mudo, que no hable palabra hasta la fin del mundo, o por lo menos hasta el día del juicio.

—Aunque eso así suceda, ¡oh Sancho! —respondió don Quijote—, nunca llegará tu silencio a do ha llegado lo que has hablado, hablas y tienes de hablar en tu vida; y más, que está muy puesto en razón natural que primero llegue el día de mi muerte que el de la tuya, y, así, jamás pienso verte mudo, ni aun cuando estés bebiendo o durmiendo, que es lo que puedo encarecer.

—A buena fe, señor —respondió Sancho—, que no hay que fiar en la descarnada, digo, en la muerte, la cual tan bien come cordero como carnero[54]; y a nuestro cura he oído decir que con igual pie pisaba las altas torres de los reyes como las humildes chozas de los pobres. Tiene esta señora más de poder que de melindre; no es nada asquerosa: de todo come y a todo hace[55], y de toda suerte de gentes, edades y preeminencias hinche sus alforjas. No es segador que duerme las siestas, que a todas horas siega, y corta así la seca como la verde yerba; y no parece que masca, sino que engulle y traga cuanto se le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca se harta; y aunque no tiene barriga, da a entender que está hidrópica y sedienta de beber solas las vidas[56] de cuantos viven, como quien se bebe un jarro de agua fría.

—No más, Sancho —dijo a este punto don Quijote—. Tente en buenas, y no te dejes caer[57], que en verdad que lo que has dicho de la muerte por tus rústicos términos es lo que pudiera decir un buen predicador. Dígote, Sancho, que si como tienes buen natural y discreción, pudieras tomar un púlpito en la mano y irte por ese mundo predicando lindezas.

—Bien predica quien bien vive —respondió Sancho—, y yo no sé otras tologías[58].

—Ni las has menester —dijo don Quijote—. Pero yo no acabo de entender ni alcanzar cómo siendo el principio de la sabiduría el temor de Dios[59], tú, que temes más a un lagarto que a Él[60], sabes tanto.

—Juzgue vuesa merced, señor, de sus caballerías —respondió Sancho—, y no se meta en juzgar de los temores o valentías ajenas, que tan gentil temeroso soy yo de Dios como cada hijo de vecino. Y déjeme vuestra merced despabilar esta espuma[61], que lo demás todas son palabras ociosas, de que nos han de pedir cuenta en la otra vida[62].

Y diciendo esto comenzó de nuevo a dar asalto a su caldero, con tan buenos alientos, que despertó los de don Quijote, y sin duda le ayudara, si no lo impidiera lo que es fuerza se diga adelante.

---

[51] ‘si hay ocasión y aunque sea traído por los pelos, agua sucia’; *venir al pie* es ‘servir para completar el verso o la copla, ser puro ripio’ (se aprovecha el juego de palabras).

[52] *obra cortada*: ‘materia para murmurar’.

[53] ‘muerto y enterrado’.

[54] ‘tanto mata a los jóvenes como a los viejos’; otra forma del refrán en II, 7.

[55] ‘a todo se acomoda’; *no es nada asquerosa*: ‘no le hace ascos a nada’.

[56] ‘únicamente las vidas’.

[57] ‘Anímate y no te dejes vencer’.

[58] ‘teologías’, ‘sutilezas’; es vulgarismo.

[59] Sentencia que aparece repetidamente en la Biblia.

[60] El *lagarto* es figura alegórica de la cobardía.

[61] *despabilar*: ‘acabar rápidamente’.

[62] La frase procede del Evangelio de San Mateo, y se ha hecho proverbial.

Capítulo XXI

Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos

Cuando estaban don Quijote y Sancho en las razones referidas en el capítulo antecedente, se oyeron grandes voces y gran ruido, y dábanlas y causábanle los de las yeguas, que con larga carrera y grita iban a recebir a los novios, que, rodeados de mil géneros de instrumentos y de invenciones[1], venían compañados del cura y de la parentela de entrambos y de toda la gente más lucida de los lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta. Y como Sancho vio a la novia, dijo:

—A buena fe que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega[2]. ¡Pardiez que según diviso, que las patenas que había de traer son ricos corales[3], y la palmilla verde de Cuenca es terciopelo de treinta pelos[4]! ¡Y montas que la guarnición es de tiras de lienzo blanco[5]! ¡Voto a mí que es de raso! Pues ¡tomadme las manos, adornadas con sortijas de azabache! No medre yo si no son anillos de oro, y muy de oro, y empedrados con pelras blancas como una cuajada[6], que cada una debe de valer un ojo de la cara. ¡Oh, hideputa, y qué cabellos, que, si no son postizos, no los he visto más luengos ni más rubios en toda mi vida! ¡No, sino ponedla tacha en el brío y en el talle, y no la comparéis a una palma que se mueve cargada de racimos de dátiles[7], que lo mesmo parecen los dijes que trae pendientes de los cabellos y de la garganta! Juro en mi ánima que ella es una chapada moza[8], y que puede pasar por los bancos de Flandes[9].

Rióse don Quijote de las rústicas alabanzas de Sancho Panza; parecióle que fuera de su señora Dulcinea del Toboso no había visto mujer más hermosa jamás. Venía la hermosa Quiteria algo descolorida, y debía de ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el día venidero de sus bodas. Íbanse acercando a un teatro[10] que a un lado del prado estaba, adornado de alfombras y ramos, adonde se habían de hacer los desposorios y de donde habían de mirar las danzas y las invenciones; y a la sazón que llegaban al puesto, oyeron a sus espaldas grandes voces, y una que decía:

—Esperaos un poco, gente tan inconsiderada como presurosa.

A cuyas voces y palabras todos volvieron la cabeza, y vieron que las daba un hombre vestido, al parecer, de un sayo negro jironado de carmesí a llamas[11]. Venía coronado, como se vio luego, con una corona de funesto ciprés[12]; en las manos traía un bastón grande. En llegando más cerca, fue conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos, esperando en qué habían de parar sus voces y sus palabras, temiendo algún mal suceso de su venida en sazón semejante.

Llegó, en fin, cansado y sin aliento, y puesto delante de los desposados, hincando el bastón en el suelo, que tenía el cuento de una punta de acero[13], mudada la color, puestos los ojos en Quiteria, con voz tremente[14] y ronca, estas razones dijo:

---

[1] 'letras y empresas alegóricas, disfraces, mascaradas' y, por metonimia, los que las llevaban.

[2] 'hermosa, elegante, gallarda palaciega'.

[3] *patenas*: 'medallones, generalmente de plata'; usados por las damas a principios del XVI, en este momento ya sólo lo llevaban las labradoras; el *coral* rojo, tallado y ensartado en forma de collar, estaba de moda.

[4] De hecho, el *terciopelo* más lujoso era de tres *pelos*, es decir, de dos fondos formando dibujo.

[5] *Y montas*: 'A fe mía que'; *guarnición*: 'adorno'.

[6] *no medre yo*: 'no pueda vivir', fórmula enfática; *pelras*: 'perlas', con metátesis; *cuajada*: 'leche que se deja al calor suave con un poquito de cuajo o hierba de cuajar, hasta que adquiere una consistencia pastosa sin soltar suero'; en esto se diferencia del requesón; era postre de pastores.

[7] La comparación, de origen bíblico, es tradicional, hasta el punto de hacerse sinónimos *palmito* y *talle*; aún se dice, aunque ya es raro "lucir palmito".

[8] 'juro por mi alma que es moza de chapa'

[9] Se juega, como otras veces y en otros autores, con tres significados posibles que se entrecruzan: 'las mayores dificultades', por alusión a los bajíos o *bancos* de arena que se encontraban en Flandes, peligrosos para la navegación; 'casas de crédito de Flandes', prestamistas frecuentes de los reyes de España, donde puede ser empeñada por ser *chapada* ('adornada y rica'); 'cama construida con el pino de Flandes', el más común en las sierras de la España central. Al conjugarse los tres valores, el sentido general sería algo como 'una moza de tal valía puede sortear los peligros del matrimonio y casarse con alguien tan rico como los banqueros flamencos'.

[10] *teatro*: 'tarima elevada, preparada para presentar o presenciar un acontecimiento'

[11] 'con adornos de seda roja largos y estrechos, que representan llamaradas'; era ornamento frecuente.

[12] El *ciprés* es el árbol de la muerte, dedicado a Plutón; *funesto* ('fúnebre') era su epíteto usual. El pastor coronado de una planta simbólica es tópico en la literatura renacentista.

[13] 'una punta de acero en la contera'.

[14] *tremente*: 'temblorosa', 'trémula'.

—Bien sabes, desconocida Quiteria[15], que conforme a la santa ley que profesamos, que viviendo yo tú no puedes tomar esposo[16], y juntamente no ignoras que por esperar yo que el tiempo y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido dejar de guardar el decoro que a tu honra convenía. Pero tú, echando a las espaldas[17] todas las obligaciones que debes a mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mío a otro cuyas riquezas le sirven no solo de buena fortuna, sino de bonísima ventura. Y para que la tenga colmada, y no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los cielos, yo por mis manos desharé el imposible o el inconveniente que puede estorbársela, quitándome a mí de por medio. ¡Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices siglos, y muera, muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha y le puso en la sepultura!

Y diciendo esto asió del bastón que tenía hincado en el suelo, y, quedándose la mitad dél en la tierra, mostró que servía de vaina a un mediano estoque que en él se ocultaba[18]; y puesta la que se podía llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado y determinado propósito se arrojó sobre él, y en un punto mostró la punta sangrienta a las espaldas, con la mitad del acerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado.

Acudieron luego sus amigos a favorecerle[19], condolidos de su miseria y lastimosa desgracia; y dejando don Quijote a Rocinante, acudió a favorecerle y le tomó en sus brazos, y halló que aún no había espirado. Quisiéronle sacar el estoque, pero el cura, que estaba presente, fue de parecer que no se le sacasen antes de confesarle, porque el sacársele y el espirar sería todo a un tiempo[20]. Pero volviendo un poco en sí Basilio, con voz doliente y desmayada dijo:

—Si quisieses, cruel Quiteria, darme en este último y forzoso trance la mano de esposa, aún pensaría que mi temeridad tendría desculpa, pues en ella alcancé el bien de ser tuyo.

El cura oyendo lo cual, le dijo que atendiese a la salud del alma antes que a los gustos del cuerpo y que pidiese muy de veras a Dios perdón de sus pecados y de su desesperada determinación[21]. A lo cual replicó Basilio que en ninguna manera se confesaría si primero Quiteria no le daba la mano de ser su esposa, que aquel contento le adobaría la voluntad y le daría aliento para confesarse.

En oyendo don Quijote la petición del herido, en altas voces dijo[22] que Basilio pedía una cosa muy justa y puesta en razón, y además muy hacedera, y que el señor Camacho quedaría tan honrado recibiendo a la señora Quiteria viuda del valeroso Basilio como si la recibiera del lado de su padre:

—Aquí no ha de haber más de un sí, que no tenga otro efecto que el pronunciarle, pues el tálamo de estas bodas ha de ser la sepultura.

Todo lo oía Camacho, y todo le tenía suspenso y confuso, sin saber qué hacer ni qué decir; pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas, pidiéndole que consintiese que Quiteria le diese la mano de esposa, porque su alma no se perdiese partiendo desesperado desta vida[23], que le movieron y aun forzaron a decir que si Quiteria quería dársela, que él se contentaba, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos.

Luego acudieron todos a Quiteria, y unos con ruegos, y otros con lágrimas, y otros con eficaces razones, la persuadían que diese la mano al pobre Basilio, y ella, más dura que un mármol y más sesga que una estatua[24], mostraba que ni sabía ni podía ni quería responder palabra: ni la respondiera si el cura no la

---

[15] *desconocida*: 'ingrata'. Basilio se presenta, teatralmente, como un nuevo Cardenio (I, 27-28) y con un futuro tan funesto como el de Grisóstomo (I, 13-14)

[16] De estas palabras se puede inducir que Basilio y Quiteria habían contraído un previo matrimonio clandestino; *santa ley* sería entonces la ley religiosa, y no la del amor. En este caso se podría pensar en el cura como cómplice del engaño para evitar la bigamia, que era uno de los peligros que se consideraron al prohibir esta clase de matrimonios.

[17] 'haciendo caso omiso', 'olvidando'.

[18] *estoque*: 'espada larga de hoja estrecha y cuadrangular con empuñadura y punta aguzada, que carece de corte y filo'.

[19] 'a socorrerlo'.

[20] La extracción de la hoja favorecería la hemorragia y aceleraría la muerte, por lo que moriría sin confesar; por otra parte, era creencia popular que al arrancar un arma de la herida salía por ella el alma.

[21] 'su decisión de suicidarse'.

[22] *en altas voces dijo*: 'dijo con nobles y hermosas palabras, en estilo elevado'.

[23] El suicidio es causa de condenación eterna

[24] *sesga*: 'tranquila', 'calmosa'; *más dura que un mármol*, en este contexto, puede ser una reminiscencia de Garcilaso.

dijera que se determinase presto en lo que había de hacer, porque tenía Basilio ya el alma en los dientes[25], y no daba lugar a esperar inresolutas determinaciones.

Entonces la hermosa Quiteria, sin responder palabra alguna, turbada, al parecer triste y pesarosa, llegó donde Basilio estaba ya los ojos vueltos, el aliento corto y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como gentil, y no como cristiano. Llegó, en fin, Quiteria y, puesta de rodillas, le pidió la mano por señas, y no por palabras[26]. Desencajó los ojos Basilio y, mirándola atentamente, le dijo:

—¡Oh Quiteria, que has venido a ser piadosa a tiempo cuando tu piedad ha de servir de cuchillo que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogerme por tuyo, ni para suspender el dolor que tan apriesa me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte! Lo que te suplico es, ¡oh fatal estrella mía!, que la mano que me pides y quieres darme no sea por cumplimiento, ni para engañarme de nuevo, sino que confieses y digas que, sin hacer fuerza a tu voluntad, me la entregas y me la das como a tu legítimo esposo; pues no es razón que en un trance como este me engañes, ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado contigo.

Entre estas razones, se desmayaba, de modo que todos los presentes pensaban que cada desmayo se había de llevar el alma consigo. Quiteria, toda honesta y toda vergonzosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dijo:

—Ninguna fuerza fuera bastante a torcer mi voluntad; y, así, con la más libre que tengo te doy la mano de legítima esposa y recibo la tuya, si es que me la das de tu libre albedrío, sin que la turbe ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto[27].

—Sí doy —respondió Basilio—, no turbado ni confuso, sino con el claro entendimiento que el cielo quiso darme, y así me doy y me entrego por tu esposo.

—Y yo por tu esposa —respondió Quiteria—, ahora vivas largos años, ahora te lleven de mis brazos a la sepultura.

—Para estar tan herido este mancebo —dijo a este punto Sancho Panza—, mucho habla: háganle que se deje de requiebros y que atienda a su alma, que a mi parecer más la tiene en la lengua que en los dientes.

Estando, pues, asidos de las manos Basilio y Quiteria, el cura, tierno y lloroso, los echó la bendición y pidió al cielo diese buen poso al alma del nuevo desposado[28]. El cual, así como recibió la bendición, con presta ligereza se levantó en pie, y con no vista desenvoltura se sacó el estoque, a quien servía de vaina su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos dellos, más simples que curiosos, en altas voces comenzaron a decir:

—¡Milagro, milagro!

Pero Basilio replicó:

—¡No milagro, milagro, sino industria, industria[29]!

El cura, desatentado y atónito[30], acudió con ambas manos a tentar la herida, y halló que la cuchilla había pasado, no por la carne y costillas de Basilio, sino por un cañón hueco de hierro[31] que, lleno de sangre, en aquel lugar bien acomodado tenía, preparada la sangre, según después se supo, de modo que no se helase[32].

Finalmente, el cura y Camacho con todos los más circunstantes se tuvieron por burlados y escarnidos[33]. La esposa no dio muestras de pesarle de la burla, antes oyendo decir que aquel casamiento, por haber sido engañoso, no había de ser valedero, dijo que ella le confirmaba de nuevo, de lo cual coligieron todos que de

---

[25] ‘a punto de escapársele’.

[26] C. recoge y toma partido en una disputa sobre cuál era la forma precisa de celebración del sacramento.

[27] ‘te ha puesto tu loco razonamiento’.

[28] *poso*: ‘reposo’.

[29] ‘ingenio’, ‘habilidad’. Finalmente parece haber triunfado el amor sobre el interés, única causa que justifica el engaño utilizado por Basilio.

[30] *desatentado*: ‘azorado, turbado’.

[31] *cañón*: ‘tubo’.

[32] ‘no se coagulase’

[33] ‘escarnecidos’.

consentimiento y sabiduría de los dos se había trazado aquel caso[34]; de lo que quedó Camacho y sus valedores tan corridos, que remitieron su venganza a las manos, y desenvainando muchas espadas arremetieron a Basilio, en cuyo favor en un instante se desenvainaron casi otras tantas, y tomando la delantera a caballo don Quijote, con la lanza sobre el brazo y bien cubierto de su escudo, se hacía dar lugar de todos[35]. Sancho, a quien jamás pluguieron ni solazaron semejantes fechurías, se acogió a las tinajas[36] donde había sacado su agradable espuma, pareciéndole aquel lugar como sagrado, que había de ser tenido en respeto. Don Quijote a grandes voces decía:

—Teneos, señores, teneos, que no es razón toméis venganza de los agravios que el amor nos hace, y advertid que el amor y la guerra son una misma cosa[37], y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardides y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonra de la cosa amada. Quiteria era de Basilio, y Basilio de Quiteria, por justa y favorable disposición de los cielos. Camacho es rico y podrá comprar su gusto cuando, donde y como quisiere[38]. Basilio no tiene más desta oveja[39], y no se la ha de quitar alguno, por poderoso que sea, que a los dos que Dios junta no podrá separar el hombre[40], y el que lo intentare, primero ha de pasar por la punta desta lanza.

Y en esto la blandió tan fuerte y tan diestramente, que puso pavor en todos los que no le conocían. Y tan intensamente se fijó en la imaginación de Camacho el desdén de Quiteria, que se la borró de la memoria en un instante[41], y así tuvieron lugar con él las persuasiones del cura, que era varón prudente y bienintencionado, con las cuales quedó Camacho y los de su parcialidad pacíficos y sosegados, en señal de lo cual volvieron las espadas a sus lugares, culpando más a la facilidad de Quiteria que a la industria de Basilio, haciendo discurso Camacho que si Quiteria quería bien a Basilio doncella[42], también le quisiera casada, y que debía de dar gracias al cielo más por habérsela quitado que por habérsela dado.

Consolado, pues, y pacífico Camacho y los de su mesnada[43], todos los de la de Basilio se sosegaron, y el rico Camacho, por mostrar que no sentía la burla ni la estimaba en nada, quiso que las fiestas pasasen adelante como si realmente se desposara; pero no quisieron asistir a ellas Basilio ni su esposa ni secuaces, y, así, se fueron a la aldea de Basilio, que también los pobres virtuosos y discretos tienen quien los siga, honre y ampare como los ricos tienen quien los lisonjee y acompañe.

Lleváronse consigo a don Quijote, estimándole por hombre de valor y de pelo en pecho. A solo Sancho se le escureció el alma, por verse imposibilitado de aguardar[44] la espléndida comida y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche; y así, asendereado y triste, siguió a su señor, que con la cuadrilla de Basilio iba, y así se dejó atrás las ollas de Egipto[45], aunque las llevaba en el alma, cuya ya casi consumida y acabada espuma, que en el caldero llevaba, le representaba la gloria y la abundancia del bien que perdía; y así, congojado y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del rucio, siguió las huellas de Rocinante.

---

[34] *sabiduría*: 'conocimiento'

[35] 'forzaba a que todos le hiciesen sitio'.

[36] 'se refugió en las ollas'; como si fuera *en sagrado*, donde nadie podía hacerle daño, por ser lugar que goza de inmunidad.

[37] Posible eco de dos lugares ovidianos muy conocidos: «Militat omnis amans» (*Amores*, I, 9); «Militiae species amor est» (*Ars amatoria*, II, 233).

[38] Frase equívoca, pues tanto puede significar 'casarse con quien quisiere en virtud de su dinero' como 'buscar una mujer pública', cuyo trato, en la mentalidad popular de la época, tendía a no considerarse ni siquiera fornicación simple, de soltero con soltera.

[39] Referencia a la reconvención de Natán a David por su adulterio y homicidio

[40] Palabras del Evangelio de San Mateo.

[41] Los dos sentidos interiores, *imaginación* y *memoria*, ocupaban, según la medicina de la época, ventrículos contiguos y exigían operaciones mentales distintas, por lo que, aparte el *desdén*, es verosímil que la imagen de Quiteria se le *borre* de la memoria.

[42] *haciendo discurso*: 'razonando'; *doncella*: 'siendo soltera', acaso con cierto deje de burla.

[43] 'bandería, compañía de hombres de armas'.

[44] 'mirar, considerar'.

[45] Alegorema de la abundancia.

Capítulo XXII

Donde se da cuenta de la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazón de la Mancha, a quien dio felice cima el valeroso don Quijote de la Mancha

Grandes fueron y muchos los regalos[1] que los desposados hicieron a don Quijote, obligados de las muestras que había dado defendiendo su causa, y al par de la valentía le graduaron la discreción[2], teniéndole por un Cid en las armas y por un Cicerón en la elocuencia. El buen Sancho se refociló tres días a costa de los novios, de los cuales se supo que no fue traza comunicada[3] con la hermosa Quiteria el herirse fingidamente, sino industria de Basilio, esperando della el mesmo suceso que se había visto: bien es verdad que confesó que había dado parte de su pensamiento a algunos de sus amigos, para que al tiempo necesario favoreciesen su intención y abonasen su engaño.

—No se pueden ni deben llamar engaños —dijo don Quijote— los que ponen la mira en virtuosos fines[4].

Y que el de casarse los enamorados era el fin de más excelencia, advirtiendo que el mayor contrario que el amor tiene es la hambre y la continua necesidad[5], porque el amor es todo alegría, regocijo y contento, y más cuando el amante está en posesión de la cosa amada, contra quien son enemigos opuestos y declarados la necesidad y la pobreza; y que todo esto decía con intención de que se dejase el señor Basilio de ejercitar las habilidades que sabe, que aunque le daban fama, no le daban dineros, y que atendiese a granjear hacienda por medios lícitos e industriosos, que nunca faltan a los prudentes y aplicados.

—El pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre[6]) tiene prenda en tener mujer hermosa, que cuando se la quitan, le quitan la honra y se la matan. La mujer hermosa y honrada cuyo marido es pobre merece ser coronada con laureles y palmas de vencimiento y triunfo. La hermosura por sí sola atrae las voluntades de cuantos la miran y conocen[7], y como a señuelo gustoso se le abaten las águilas reales y los pájaros altaneros[8]; pero si a la tal hermosura se le junta la necesidad y estrecheza, también la embisten los cuervos, los milanos y las otras aves de rapiña: y la que está a tantos encuentros firme bien merece llamarse corona de su marido[9]. Mirad, discreto Basilio —añadió don Quijote—: opinión fue de no sé qué sabio que no había en todo el mundo sino una sola mujer buena, y daba por consejo que cada uno pensase y creyese que aquella sola buena era la suya, y así viviría contento. Yo no soy casado, ni hasta agora me ha venido en pensamiento serlo[10], y, con todo esto, me atrevería a dar consejo al que me lo pidiese del modo que había de buscar la mujer con quien se quisiese casar. Lo primero, le aconsejaría que mirase más a la fama que a la hacienda, porque la buena mujer no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo[11], que mucho más dañan a las honras de las mujeres las desenvolturas y libertades públicas que las maldades secretas. Si traes buena mujer a tu casa, fácil cosa sería conservarla y aun mejorarla en aquella bondad; pero si la traes mala, en trabajo te pondrá el enmendarla, que no es muy hacedero pasar de un estremo a otro. Yo no digo que sea imposible, pero téngolo por dificultoso.

Oía todo esto Sancho y dijo entre sí:

—Este mi amo, cuando yo hablo cosas de meollo y de sustancia[12] suele decir que podría yo tomar un púlpito en las manos y irme por ese mundo adelante predicando lindezas; y yo digo dél que cuando comienza a enhilar sentencias y a dar consejos, no solo puede tomar un púlpito en las manos, sino dos en

---

[1] *regalos*: 'agasajos'.

[2] 'le dieron grado y título en la asignatura de discreción', como se concedía en las universidades.

[3] 'plan trazado de mutuo acuerdo'; pero la exculpación subraya la sospecha del lector y la supuesta de los asistentes: es decir, que los contrayentes, e incluso el cura, estaban al corriente y conformes con lo que iba a pasar.

[4] Versión del adagio «el fin justifica los medios», que se corresponde con el concepto de *mendacium officiosum* en la teología moral.

[5] Era tópica la oposición entre amor y necesidad, que aquí funciona como prolongación de la disputa entre amor e interés del capítulo anterior: aunque allí triunfó el amor, el interés impone su ley; además, en la próxima aventura la necesidad enturbiará los ideales amorosos de DQ.

[6] En el doble sentido de 'que obra con honradez' y 'que es honrado por los demás'.

[7] Es de nuevo la concepción platónica de la belleza

[8] 'aves de presa que se emplean en la caza de altanería'; sin embargo, cabe la interpretación metafórica: 'personas ricas u orgullosas'.

[9] La metáfora procede de los Proverbios bíblicos.

[10] El matrimonio había entrado en las miras de DQ en I, 46.

[11] El pensamiento, atribuido a César y muy repetido, lo hizo célebre Plutarco.

[12] 'de asuntos profundos'.

cada dedo, y andarse por esas plazas a ¿qué quieres, boca[13]? ¡Válate el diablo por caballero andante, que tantas cosas sabes! Yo pensaba en mi ánima que solo podía saber aquello que tocaba a sus caballerías, pero no hay cosa donde no pique y deje de meter su cucharada[14].

Murmuraba esto algo Sancho[15], y entreoyóle su señor y preguntóle:

—¿Qué murmuras, Sancho?

—No digo nada, ni murmuro de nada —respondió Sancho—; solo estaba diciendo entre mí que quisiera haber oído lo que vuesa merced aquí ha dicho antes que me casara, que quizá dijera yo agora: «El buey suelto bien se lame[16]».

—¿Tan mala es tu Teresa, Sancho? —dijo don Quijote.

—No es muy mala —respondió Sancho—, pero no es muy buena: a lo menos, no es tan buena como yo quisiera.

—Mal haces, Sancho —dijo don Quijote—, en decir mal de tu mujer, que en efecto es madre de tus hijos.

—No nos debemos nada —respondió Sancho—, que también ella dice mal de mí cuando se le antoja, especialmente cuando está celosa, que entonces súfrala el mesmo Satanás.

Finalmente, tres días estuvieron con los novios, donde fueron regalados y servidos como cuerpos de rey. Pidió don Quijote al diestro licenciado[17] le diese una guía que le encaminase a la cueva de Montesinos, porque tenía gran deseo de entrar en ella y ver a ojos vistas si eran verdaderas las maravillas que de ella se decían por todos aquellos contornos[18]. El licenciado le dijo que le daría a un primo suyo, famoso estudiante[19] y muy aficionado a leer libros de caballerías, el cual con mucha voluntad le pondría a la boca de la mesma cueva y le enseñaría las lagunas de Ruidera, famosas ansimismo en toda la Mancha, y aun en toda España; y díjole que llevaría con él gustoso entretenimiento, a causa que era mozo que sabía hacer libros para imprimir y para dirigirlos a príncipes[20]. Finalmente, el primo vino con una pollina preñada, cuya albarda cubría un gayado tapete o arpillera[21]. Ensilló Sancho a Rocinante y aderezó al rucio, proveyó sus alforjas, a las cuales acompañaron las del primo, asimismo bien proveídas, y encomendándose a Dios y despediéndose de todos, se pusieron en camino, tomando la derrota de la famosa cueva de Montesinos.

En el camino preguntó don Quijote al primo de qué género y calidad eran sus ejercicios[22], su profesión y estudios, a lo que él respondió que su profesión era ser humanista[23]; sus ejercicios y estudios, componer libros para dar a la estampa, todos de gran provecho y no menos entretenimiento para la república[24], que el uno se intitulaba el *de las libreas*, donde pinta setecientas y tres libreas, con sus colores, motes y cifras[25], de donde podían sacar y tomar las que quisiesen en tiempo de fiestas y regocijos los caballeros cortesanos, sin andarlas mendigando de nadie, ni lambicando, como dicen, el cerbelo[26], por sacarlas conformes a sus deseos e intenciones.

---

[13] ‘siendo muy bien tratado’.

[14] ‘no hay asunto de que no sepa y opine’.

[15] Es decir, ‘*murmuraba* un poco *esto*’, de modo que se le oía; pero la lectura de la primera edición no es del todo segura.

[16] ‘el hombre que es libre puede hacer su voluntad’. Refrán que se aplica especialmente al soltero.

[17] ‘al estudiante que manejaba la espada’, al que C. se ha referido en II, 19.

[18] La *cueva* está en el término de Ossa de Montiel (Albacete), cerca de la ermita de San Pedro de Sahelices, que da nombre a una de las lagunas de Ruidera. Se ha estudiado prolijamente el posible valor simbólico de este viaje y del descenso del caballero a su interior.

[19] ‘estudioso digno de fama’; el personaje, al que no se da nombre propio, ha suscitado el interés de la crítica.

[20] ‘dedicarlos a personas importantes’, gesto con el que el autor espera ganarse su favor.

[21] ‘una estera o arpillera de colorines’.

[22] ‘ocupaciones’, ‘quehaceres’.

[23] ‘especialista en filología e historia antigua’, y, en especial, ‘profesor de humanidades’; el término tenía a esas alturas connotaciones poco favorables.

[24] ‘el conjunto de los habitantes de una nación’. El principio horaciano del «enseñar deleitando» era un lugar común en la época, particularmente repetido en las aprobaciones de los libros.

[25] Las *libreas* (‘trajes que se vestían en las fiestas cortesanas’) eran de *colores*, que tenían un valor simbólico, y llevaban *motes* (‘versillos alusivos’) y *cifras* (‘dibujos alegóricos’), que a veces había que descifrar como jeroglíficos.

[26] ‘devanándose los sesos’, pues *lambicando* vale ‘destilando’ y *cerbelo* ‘cerebro’.

—Porque doy al celoso, al desdeñado, al olvidado y al ausente las que les convienen, que les vendrán más justas que pecadoras[27]. Otro libro tengo también, a quien he de llamar *Metamorfóseos, o Ovidio español*, de invención nueva y rara[28], porque en él, imitando a Ovidio a lo burlesco, pinto quién fue la Giralda de Sevilla y el Ángel de la Madalena[29], quién el Caño de Vecinguerra de Córdoba[30], quiénes los Toros de Guisando, la Sierra Morena, las fuentes de Leganitos y Lavapiés en Madrid, no olvidándome de la del Piojo, de la del Caño Dorado y de la Priora[31]; y esto, con sus alegorías, metáforas y translaciones, de modo que alegran, suspenden y enseñan a un mismo punto[32]. Otro libro tengo, que le llamo *Suplemento a Virgilio Polidoro, que trata de la invención de las cosas*[33], que es de grande erudición y estudio, a causa que las cosas que se dejó de decir Polidoro de gran sustancia las averiguo yo y las declaro por gentil estilo. Olvidósele a Virgilio de declararnos quién fue el primero que tuvo catarro en el mundo, y el primero que tomó las unciones para curarse del morbo gálico[34], y yo lo declaro al pie de la letra, y lo autorizo con más de veinte y cinco autores, porque vea vuesa merced si he trabajado bien y si ha de ser útil el tal libro a todo el mundo.

Sancho, que había estado muy atento a la narración del primo, le dijo:

—Dígame, señor, así Dios le dé buena manderecha[35] en la impresión de sus libros: ¿sabríame decir, que sí sabrá, pues todo lo sabe, quién fue el primero que se rascó en la cabeza, que yo para mí tengo que debió de ser nuestro padre Adán?

—Sí sería —respondió el primo—, porque Adán no hay duda sino que tuvo cabeza y cabellos, y siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaría.

—Así lo creo yo —respondió Sancho—; pero dígame ahora: ¿quién fue el primer volteador del mundo[36]?

—En verdad, hermano —respondió el primo—, que no me sabré determinar por ahora, hasta que lo estudie. Yo lo estudiaré en volviendo adonde tengo mis libros y yo os satisfaré cuando otra vez nos veamos, que no ha de ser esta la postrera.

—Pues mire, señor —replicó Sancho—, no tome trabajo en esto, que ahora he caído en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa que el primer volteador del mundo fue Lucifer, cuando le echaron o arrojaron del cielo, que vino volteando hasta los abismos.

—Tienes razón, amigo —dijo el primo.

Y dijo don Quijote:

—Esa pregunta y respuesta no es tuya, Sancho: a alguno las has oído decir.

—Calle, señor —replicó Sancho—, que a buena fe que si me doy a preguntar y a responder, que no acabe de aquí a mañana. Sí, que para preguntar necedades y responder disparates no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos[37].

---

[27] *justas*: 'apropiadas, pintiparadas' para los que están *celosos*, *olvidados*, etc., que eran situaciones tópicas de los amantes literarios; se juega con el refrán «Pagar justos por pecadores» y con *justas* caballerescas.

[28] *Metamorfóseos*: 'Transformaciones'; es el genitivo de *Metamorfosis.*

[29] Veleta de la iglesia de la Magdalena de Salamanca, cuya disformidad llamaba la atención; para la *Giralda* y los *Toros de Guisando*, abajo citados, véase II, 14.

[30] Cloaca abierta del barrio del Potro.

[31] Fuentes de Madrid, donde se surtían los aguadores.

[32] Cumplen de este modo con los tres requisitos de la retórica, correspondientes a los tres géneros (demostrativo, judicial y deliberativo): «delectare, movere et prodesse».

[33] El libro (1499) que el primo completa lo tradujo al castellano Francisco Thámara con el título *Libro de Polidoro Virgilio que tracta de la invención y principio de todas las cosas* (Amberes, 1550), y posteriormente (1584) se editó en la Península la versión de Vicente de Millis Godínez. Sufrió variadas imitaciones y prolongaciones, y de él sacaron datos, confesándolo o no, multitud de escritores y predicadores del Siglo de Oro.

[34] 'sífilis'; se medicaba con *unciones*: 'pomada de un compuesto de mercurio'. El nombre primitivo de la sífilis, plaga en aquel tiempo, se refirió en cada lengua europea a distintos países, de donde se la creía originaria.

[35] *manderecha*: 'suerte'

[36] *volteador*: 'volatinero', 'acróbata'.

[37] 'colaboración'; es frase hecha. En este caso, C. está parodiando el sin fin de *quaestiones finitae* de raíz escolástica.

—Más has dicho, Sancho, de lo que sabes —dijo don Quijote—, que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que después de sabidas y averiguadas no importan un ardite al entendimiento ni a la memoria[38].

En estas y otras gustosas pláticas se les pasó aquel día, y a la noche se albergaron en una pequeña aldea, adonde el primo dijo a don Quijote que desde allí a la cueva de Montesinos no había más de dos leguas, y que si llevaba determinado de entrar en ella, era menester proveerse de sogas, para atarse y descolgarse en su profundidad.

Don Quijote dijo que aunque llegase al abismo, había de ver dónde paraba; y, así, compraron casi cien brazas de soga[39], y otro día a las dos de la tarde llegaron a la cueva, cuya boca es espaciosa y ancha, pero llena de cambroneras y cabrahígos[40], de zarzas y malezas, tan espesas y intricadas, que de todo en todo la ciegan y encubren. En viéndola, se apearon el primo, Sancho y don Quijote, al cual los dos le ataron luego fortísimamente con las sogas; y en tanto que le fajaban y ceñían, le dijo Sancho:

—Mire vuestra merced, señor mío, lo que hace: no se quiera sepultar en vida, ni se ponga adonde parezca frasco que le ponen a enfriar en algún pozo. Sí, que a vuestra merced no le toca ni atañe ser el escudriñador desta que debe de ser peor que mazmorra.

—Ata y calla —respondió don Quijote—, que tal empresa como aquesta, Sancho amigo, para mí estaba guardada[41].

Y entonces dijo la guía:

—Suplico a vuesa merced, señor don Quijote, que mire bien y especule con cien ojos lo que hay allá dentro: quizá habrá cosas que las ponga yo en el libro de mis *Transformaciones*.

—En manos está el pandero que le sabrá bien tañer[42] —respondió Sancho Panza.

Dicho esto, y acabada la ligadura de don Quijote —que no fue sobre el arnés, sino sobre el jubón de armar[43]—, dijo don Quijote:

—Inadvertidos hemos andado en no habernos proveído de algún esquilón pequeño[44] que fuera atado junto a mí en esta mesma soga, con cuyo sonido se entendiera que todavía bajaba y estaba vivo; pero pues ya no es posible, a la mano de Dios, que me guíe.

Y luego se hincó de rodillas y hizo una oración en voz baja al cielo, pidiendo a Dios le ayudase y le diese buen suceso en aquella, al parecer, peligrosa y nueva aventura, y en voz alta dijo luego:

—¡Oh señora de mis acciones y movimientos, clarísima y sin par Dulcinea del Toboso[45]! Si es posible que lleguen a tus oídos las plegarias y rogaciones deste tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches, que no son otras que rogarte no me niegues tu favor y amparo, ahora que tanto le he menester. Yo voy a despeñarme, a empozarme y a hundirme en el abismo que aquí se me representa, solo porque conozca el mundo que si tú me favoreces no habrá imposible a quien yo no acometa y acabe.

Y en diciendo esto se acercó a la sima, vio no ser posible descolgarse ni hacer lugar a la entrada, si no era a fuerza de brazos o a cuchilladas, y, así, poniendo mano a la espada comenzó a derribar y a cortar de aquellas malezas que a la boca de la cueva estaban, por cuyo ruido y estruendo salieron por ella una infinidad de grandísimos cuervos y grajos[46], tan espesos y con tanta priesa, que dieron con don Quijote en el suelo; y si él fuera tan agorero como católico cristiano, lo tuviera a mala señal y escusara de encerrarse en lugar semejante.

---

[38] *ardite*: 'moneda de poco valor'; figuradamente, 'nada', 'una insignificancia'

[39] *braza*: 'medida de longitud, equivalente a dos varas o seis pies', aproximadamente 1,70 metros.

[40] *cambroneras*: nombre que se da a varios arbustos espinosos; *cabrahígos*: 'higuera silvestre macho'. Las dos plantas son corrientes en la maleza del monte bajo.

[41] Remite a un romance del cerco de Granada, al que ya se había aludido en la Primera parte (I, 43) y que se volverá a evocar al final de la Segunda (II, 74)

[42] Refrán antiguo; *que*: 'de quien'.

[43] 'jubón de gamuza o acolchado' sobre el que se ponía el *arnés* 'coraza'.

[44] 'campanilla'.

[45] DQ sigue la convención caballeresca de encomendarse primero a Dios y luego a su señora; *movimientos*: 'hechos y emociones'.

[46] Son aves de mal agüero.

Finalmente, se levantó y viendo que no salían más cuervos ni otras aves noturnas, como fueron murciélagos, que asimismo entre los cuervos salieron, dándole soga el primo y Sancho, y se dejó calar al fondo de la caverna espantosa[47]; y al entrar, echándole Sancho su bendición y haciendo sobre él mil cruces, dijo:

—¡Dios te guíe y la Peña de Francia, junto con la Trinidad de Gaeta[48], flor, nata y espuma de los caballeros andantes! ¡Allá vas, valentón del mundo[49], corazón de acero, brazos de bronce! ¡Dios te guíe, otra vez, y te vuelva libre, sano y sin cautela[50] a la luz desta vida que dejas por enterrarte en esta escuridad que buscas!

Casi las mismas plegarias y deprecaciones hizo el primo.

Iba don Quijote dando voces que le diesen soga y más soga, y ellos se la daban poco a poco; y cuando las voces, que acanaladas por la cueva salían, dejaron de oírse, ya ellos tenían descolgadas las cien brazas de soga y fueron de parecer de volver a subir a don Quijote, pues no le podían dar más cuerda. Con todo eso, se detuvieron como media hora, al cabo del cual espacio volvieron a recoger la soga con mucha facilidad y sin peso alguno, señal que les hizo imaginar que don Quijote se quedaba dentro, y creyéndolo así Sancho, lloraba amargamente y tiraba con mucha priesa por desengañarse; pero llegando, a su parecer, a poco más de las ochenta brazas, sintieron peso, de que en estremo se alegraron. Finalmente, a las diez vieron distintamente a don Quijote, a quien dio voces Sancho, diciéndole:

—Sea vuestra merced muy bien vuelto, señor mío, que ya pensábamos que se quedaba allá para casta[51].

Pero no respondía palabra don Quijote; y sacándole del todo, vieron que traía cerrados los ojos, con muestras de estar dormido. Tendiéronle en el suelo y desliáronle, y, con todo esto, no despertaba; pero tanto le volvieron y revolvieron, sacudieron y menearon, que al cabo de un buen espacio volvió en sí, desperezándose, bien como si de algún grave y profundo sueño despertara; y mirando a una y otra parte, como espantado, dijo:

—Dios os lo perdone, amigos, que me habéis quitado de la más sabrosa y agradable vida y vista que ningún humano ha visto ni pasado. En efecto, ahora acabo de conocer que todos los contentos desta vida pasan como sombra y sueño o se marchitan como la flor del campo[52]. ¡Oh desdichado Montesinos! ¡Oh malferido Durandarte! ¡Oh sin ventura Belerma! ¡Oh lloroso Guadiana, y vosotras sin dicha hijas de Ruidera, que mostráis en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos[53]!

Con mucha atención escuchaban el primo y Sancho las palabras de don Quijote, que las decía como si con dolor inmenso las sacara de las entrañas. Suplicáronle les diese a entender lo que decía y les dijese lo que en aquel infierno había visto[54].

—¿Infierno le llamáis? —dijo don Quijote—. Pues no le llaméis ansí, porque no lo merece, como luego veréis.

Pidió que le diesen algo de comer, que traía grandísima hambre. Tendieron la arpillera del primo sobre la verde yerba, acudieron a la despensa de sus alforjas, y sentados todos tres en buen amor y compaña, merendaron y cenaron todo junto. Levantada la arpillera, dijo don Quijote de la Mancha:

—No se levante nadie, y estadme, hijos, todos atentos.

---

[47] Entiéndase como si faltara la *y*: 'se dejó calar...' (véase II, 10, 704, n. 31). El verbo *calar* valía 'meterse por un agujero' o simplemente 'meterse hasta el fondo'.

[48] Oración jocosa dirigida a la Virgen que se venera en la ermita de la Peña de Francia, en la región de La Alberca (Salamanca), y a la Trinidad, de la que eran muy devotos los navegantes, a la que está dedicada un templo en Gaeta.

[49] 'el más valiente del mundo'; aunque Sancho lo use como aumentativo, el sentido más habitual es 'fanfarrón, matón', ligado a la lengua del hampa.

[50] 'sin obligación de pagar rescate' (véase I, 20 y II, 29).

[51] 'para siempre', 'para simiente'.

[52] Para esta imagen se han señalado reminiscencias bíblicas.

[53] Se presentan así los personajes que intervendrán en el episodio relatado en el capítulo siguiente.

[54] *infierno*: 'lugar subterráneo, lleno de cosas terribles' y 'morada de los condenados'; se combinan los dos sentidos.

Capítulo XXIII

De las admirables cosas que el estremado[1] don Quijote contó que había visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa.

Las cuatro de la tarde serían, cuando el sol, entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos dio lugar a don Quijote para que sin calor y pesadumbre contase a sus dos clarísimos oyentes[2] lo que en la cueva de Montesinos había visto; y comenzó en el modo siguiente:

—A obra de doce o catorce estados de la profundidad desta mazmorra[3], a la derecha mano, se hace una concavidad y espacio capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas. Éntrale una pequeña luz por unos resquicios o agujeros, que lejos le responden[4], abiertos en la superficie de la tierra. Esta concavidad y espacio vi yo a tiempo cuando ya iba cansado y mohíno de verme, pendiente y colgado de la soga, caminar por aquella escura región abajo sin llevar cierto ni determinado camino[5], y, así, determiné entrarme en ella y descansar un poco. Di voces pidiéndoos que no descolgásedes más soga hasta que yo os lo dijese, pero no debistes de oírme. Fui recogiendo la soga que enviábades, y, haciendo della una rosca o rimero, me senté sobre él pensativo además[6], considerando lo que hacer debía para calar al fondo, no teniendo quién me sustentase; y estando en este pensamiento y confusión, de repente y sin procurarlo, me salteó un sueño profundísimo, y cuando menos lo pensaba, sin saber cómo ni cómo no, desperté dél y me hallé en la mitad del más bello, ameno y deleitoso prado que puede criar la naturaleza, ni imaginar la más discreta imaginación humana. Despabilé los ojos, limpiémelos, y vi que no dormía, sino que realmente estaba despierto. Con todo esto, me tenté la cabeza y los pechos, por certificarme si era yo mismo el que allí estaba o alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacía, me certificaron que yo era allí entonces el que soy aquí ahora. Ofrecióseme luego a la vista un real y suntuoso palacio o alcázar, cuyos muros y paredes parecían de transparente y claro cristal fabricados[7]; del cual abriéndose dos grandes puertas, vi que por ellas salía y hacia mí se venía un venerable anciano, vestido con un capuz de bayeta morada[8] que por el suelo le arrastraba. Ceñíale los hombros y los pechos una beca de colegial[9], de raso verde; cubríale la cabeza una gorra milanesa negra[10], y la barba, canísima, le pasaba de la cintura; no traía arma ninguna, sino un rosario de cuentas en la mano, mayores que medianas nueces, y los dieces asimismo como huevos medianos de avestruz[11]. El continente, el paso, la gravedad y la anchísima presencia[12], cada cosa de por sí y todas juntas, me suspendieron y admiraron. Llegóse a mí, y lo primero que hizo fue abrazarme estrechamente, y luego decirme: «Luengos tiempos ha, valeroso caballero don Quijote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados esperamos verte, para que des noticia al mundo de lo que encierra y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesinos: hazaña solo guardada para ser acometida de tu invencible corazón y de tu ánimo estupendo[13]. Ven conmigo, señor clarísimo, que te quiero mostrar las maravillas que este transparente alcázar solapa[14], de quien yo soy alcaide y guarda mayor[15] perpetua, porque soy el mismo

---

[1] 'cabal', 'perfecto'

[2] Con el adjetivo *clarísimos* alude burlescamente a los discursos académicos en latín, en que a menudo se trataba de tales a los *oyentes*.

[3] *estado*: 'medida de longitud que equivale a la altura de un hombre', aproximadamente 1,70 metros (II, 55, 1077, n. 4); *mazmorra*: 'sima'.

[4] Probablemente, 'desde *lejos* la proyectan'.

[5] 'camino decidido'. Podría haber aquí una reminiscencia de Dante en el inicio del «Infierno» en la *Divina Commedia*. DQ cae en la contradicción propia del género de los sueños: asegura haberse dormido y trata de demostrar lo contrario dando cuenta de todo lo que ha visto y oído.

[6] 'muy pensativo'

[7] *cristal*: 'cristal de roca', considerado piedra semipreciosa.

[8] *capuz*: 'capa cerrada o túnica talar, a veces con orificios para sacar los brazos, con *capilla* en forma de capuchón'; en el siglo XVII era una prenda anticuada, usada para vestir de duelo, y en ese caso se hacía de bayeta.

[9] 'faja de una cuarta de ancho y de unas cuatro varas de largo; se llevaba sobre los hombros y ceñida al pecho'; el color era divisa del colegio o facultad a que pertenecía el estudiante.

[10] 'gorra redonda de lana fina, con un cerquillo de hierro para mantener el ruedo'.

[11] Los *dieces* eran 'las cuentas que corresponden al Padre Nuestro'. El *rosario*, como complemento del vestuario, no era extraño en la España del siglo XVI.

[12] 'majestuosa, noble presencia'.

[13] 'admirable', 'asombroso'; italianismo.

[14] 'encubre', 'encierra'.

[15] 'tesorero'.

Montesinos, de quien la cueva toma nombre». Apenas me dijo que era Montesinos[16], cuando le pregunté si fue verdad lo que en el mundo de acá arriba se contaba, que él había sacado de la mitad del pecho, con una pequeña daga, el corazón de su grande amigo Durandarte y llevádole a la señora Belerma, como él se lo mandó al punto de su muerte[17]. Respondióme que en todo decían verdad, sino en la daga, porque no fue daga, ni pequeña, sino un puñal buido, más agudo que una lezna[18].

—Debía de ser —dijo a este punto Sancho— el tal puñal de Ramón de Hoces, el sevillano[19].

—No sé —prosiguió don Quijote—, pero no sería dese puñalero, porque Ramón de Hoces fue ayer, y lo de Roncesvalles, donde aconteció esta desgracia, ha muchos años; y esta averiguación no es de importancia, ni turba ni altera la verdad y contesto de la historia.

—Así es —respondió el primo—: prosiga vuestra merced, señor don Quijote, que le escucho con el mayor gusto del mundo.

—No con menor lo cuento yo —respondió don Quijote—, y, así, digo que el venerable Montesinos me metió en el cristalino palacio, donde en una sala baja, fresquísima sobremodo y toda de alabastro[20], estaba un sepulcro de mármol con gran maestría fabricado, sobre el cual vi a un caballero tendido de largo a largo, no de bronce, ni de mármol, ni de jaspe hecho, como los suele haber en otros sepulcros, sino de pura carne y de puros huesos. Tenía la mano derecha (que a mi parecer es algo peluda y nervosa, señal de tener muchas fuerzas su dueño) puesta sobre el lado del corazón; y antes que preguntase nada a Montesinos, viéndome suspenso mirando al del sepulcro, me dijo: «Este es mi amigo Durandarte, flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de su tiempo. Tiénele aquí encantado, como me tiene a mí y a otros muchos y muchas, Merlín, aquel francés encantador que dicen que fue hijo del diablo[21]; y lo que yo creo es que no fue hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto más que el diablo[22]. El cómo o para qué nos encantó nadie lo sabe, y ello dirá andando los tiempos, que no están muy lejos, según imagino. Lo que a mí me admira es que sé, tan cierto como ahora es de día, que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos, y que después de muerto le saqué el corazón con mis propias manos; y en verdad que debía de pesar dos libras, porque, según los naturales[23], el que tiene mayor corazón es dotado de mayor valentía del que le tiene pequeño. Pues siendo esto así, y que realmente murió este caballero, ¿cómo ahora se queja y sospira de cuando en cuando como si estuviese vivo?». Esto dicho, el mísero Durandarte, dando una gran voz, dijo:

«¡Oh, mi primo Montesinos!
Lo postrero que os rogaba,
que cuando yo fuere muerto
y mi ánima arrancada,
que llevéis mi corazón
adonde Belerma estaba,
sacándomele del pecho,
ya con puñal, ya con daga»[24].

---

[16] Aunque pertenece al ciclo carolingio, la literatura francesa no recoge como suyo a este personaje del romancero castellano, pues en realidad es una derivación del protagonista del cantar de gesta francés de finales del siglo XII *Aïol et Mirabel*. Así llamado por haber nacido en un monte despoblado, donde fue llevado a causa de falsas acusaciones; ya hombre volvió a la corte de París y mató al traidor (lo recoge el célebre romance «Cata Francia, Montesinos, cata París la ciudad»). Se casó con la dama Rosaflorida, señora del castillo de Rocafrida, conocido por los romances, que se acabó identificando con unas ruinas próximas a la cueva de Montesinos. En algunos romances, es primo de Durandarte (nombre que en la épica francesa recibe la espada de Roldán), también exclusivo del romancero castellano a pesar de su ascendiente carolingio.

[17] Aquella arma y su calificativo, *pequeña daga*, proceden del romancero, donde también se recoge que Durandarte amaba tan profundamente a Belerma, que en el momento de su muerte en Roncesvalles pidió a su primo Montesinos que le arrancara el corazón y se lo llevara a ella como muestra de amor.

[18] 'punzón de acero', y sobre todo el que usan zapateros y cesteros; *buido* vale probablemente 'con la punta estriada en tres canales' o 'aguzado'.

[19] Cuchillero del que por hoy se carece de noticias.

[20] *sobremodo* es un italianismo que vale 'sobremanera'.

[21] *Merlín* es el sabio encantador de las leyendas artúricas; tuvo también fama literaria de profeta. Como personaje, es el único del capítulo que pertenece a los libros de caballerías. No era *francés*, de Galia, sino de la legendaria Gaula.

[22] 'era muy agudo'; es frase proverbial.

[23] 'los filósofos que estudian la naturaleza o naturalistas'; por extensión, los estudiosos empíricos de los fenómenos físicos en general.

[24] Parece ser una contaminación de dos romances diversos («¡Oh, Belerma! ¡Oh, Belerma!», y «Por el rastro de la sangre») con un tratamiento burlesco forzado por los dos últimos versos, añadidos por C.

Oyendo lo cual el venerable Montesinos se puso de rodillas ante el lastimado caballero, y, con lágrimas en los ojos, le dijo: «Ya, señor Durandarte, carísimo primo mío, ya hice lo que me mandastes en el aciago día de nuestra pérdida: yo os saqué el corazón lo mejor que pude, sin que os dejase una mínima parte en el pecho; yo le limpié con un pañizuelo de puntas[25]; yo partí con él de carrera para Francia, habiéndoos primero puesto en el seno de la tierra, con tantas lágrimas, que fueron bastantes a lavarme las manos y limpiarme con ellas la sangre que tenían de haberos andado en las entrañas. Y por más señas, primo de mi alma, en el primero lugar que topé saliendo de Roncesvalles eché un poco de sal en vuestro corazón, porque no oliese mal y fuese, si no fresco, a lo menos amojamado[26] a la presencia de la señora Belerma, la cual, con vos y conmigo, y con Guadiana, vuestro escudero, y con la dueña Ruidera y sus siete hijas y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos y amigos, nos tiene aquí encantados el sabio Merlín ha muchos años; y aunque pasan de quinientos, no se ha muerto ninguno de nosotros. Solamente faltan Ruidera y sus hijas y sobrinas, las cuales llorando, por compasión que debió de tener Merlín dellas, las convirtió en otras tantas lagunas, que ahora en el mundo de los vivos y en la provincia de la Mancha las llaman las lagunas de Ruidera[27]; las siete son de los reyes de España, y las dos sobrinas, de los caballeros de una orden santísima que llaman de San Juan. Guadiana, vuestro escudero, plañendo asimesmo vuestra desgracia, fue convertido en un río llamado de su mesmo nombre, el cual cuando llegó a la superficie de la tierra y vio el sol del otro cielo, fue tanto el pesar que sintió de ver que os dejaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra; pero, como no es posible dejar de acudir a su natural corriente, de cuando en cuando sale y se muestra donde el sol y las gentes le vean. Vanle administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las cuales y con otras muchas que se llegan entra pomposo y grande en Portugal. Pero, con todo esto, por dondequiera que va muestra su tristeza y melancolía, y no se precia de criar en sus aguas peces regalados y de estima, sino burdos y desabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado; y esto que agora os digo, ¡oh primo mío!, os lo he dicho muchas veces, y como no me respondéis, imagino que no me dais crédito o no me oís, de lo que yo recibo tanta pena cual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar ahora, las cuales, ya que no sirvan de alivio a vuestro dolor, no os le aumentarán en ninguna manera. Sabed que tenéis aquí en vuestra presencia, y abrid los ojos y veréislo, aquel gran caballero de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlín, aquel don Quijote de la Mancha, digo, que de nuevo y con mayores ventajas que en los pasados siglos ha resucitado en los presentes la ya olvidada andante caballería, por cuyo medio y favor podría ser que nosotros fuésemos desencantados, que las grandes hazañas para los grandes hombres están guardadas». «Y cuando así no sea —respondió el lastimado Durandarte con voz desmayada y baja—, cuando así no sea, ¡oh primo!, digo, paciencia y barajar[28].» Y volviéndose de lado tornó a su acostumbrado silencio, sin hablar más palabra. Oyéronse en esto grandes alaridos y llantos, acompañados de profundos gemidos y angustiados sollozos; volví la cabeza, y vi por las paredes de cristal que por otra sala pasaba una procesión de dos hileras de hermosísimas doncellas, todas vestidas de luto, con turbantes blancos sobre las cabezas, al modo turquesco. Al cabo y fin de las hileras venía una señora, que en la gravedad lo parecía, asimismo vestida de negro, con tocas blancas tan tendidas y largas, que besaban la tierra. Su turbante era mayor dos veces que el mayor de alguna de las otras; era cejijunta, y la nariz algo chata; la boca grande, pero colorados los labios; los dientes, que tal vez los descubría, mostraban ser ralos y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras; traía en las manos un lienzo delgado, y entre él, a lo que pude divisar, un corazón de carne momia, según venía seco y amojamado. Díjome Montesinos como toda aquella gente de la procesión eran sirvientes de Durandarte y de Belerma, que allí con sus dos señores estaban encantados, y que la última, que traía el corazón entre el lienzo y en las manos, era la señora Belerma, la cual con sus doncellas cuatro días en la semana hacían aquella procesión y cantaban o, por mejor decir, lloraban endechas sobre el cuerpo y sobre el lastimado corazón de su primo[29]; y que si me había parecido algo fea, o no tan hermosa como tenía la fama, era la causa las malas noches y peores días

[25] 'pañuelo de encaje'; sustituye, parodiándolo y modernizándolo, al *cendal* del romance: «Por el costado siniestro / el corazón le sacara /... Envolvióle en un cendal / y consigo lo llevaba».

[26] 'hecho cecina'.

[27] Lagunas en la Mancha, entre Argamasilla y el campo de Montiel; se creía que en ellas se hundía el Guadiana, para reaparecer, tras un largo recorrido subterráneo, en los Ojos del Guadiana. Al Rey pertenecían todas las lagunas, excepto dos, que eran propiedad de la orden de San Juan de Jerusalén. La conversión de la geografía en fábula probablemente es idea de C.

[28] Frase de consuelo, animando a perseverar; procede del lenguaje de los jugadores. Con el cambio brusco de registro, unido al escepticismo de Durandarte, C. pretende lograr un efecto de extrañamiento.

[29] *endechas*: 'canciones funerales'; *cuatro días en la semana* es una hipérbole sobre el tenor del romance: «que tenga de mí memoria / una vez en la semana».

que en aquel encantamento pasaba, como lo podía ver en sus grandes ojeras y en su color quebradiza[30]. «Y no toma ocasión su amarillez y sus ojeras de estar con el mal mensil ordinario en las mujeres, porque ha muchos meses y aun años que no le tiene ni asoma por sus puertas, sino del dolor que siente su corazón por el que de contino tiene en las manos, que le renueva y trae a la memoria la desgracia de su mal logrado amante[31]; que si esto no fuera, apenas la igualara en hermosura, donaire y brío la gran Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos, y aun en todo el mundo.» «Cepos quedos[32] —dije yo entonces—, señor don Montesinos: cuente vuesa merced su historia como debe, que ya sabe que toda comparación es odiosa, y, así, no hay para qué comparar a nadie con nadie. La sin par Dulcinea del Toboso es quien es, y la señora doña Belerma es quien es y quien ha sido, y quédese aquí.» A lo que él me respondió: «Señor don Quijote, perdóneme vuesa merced, que yo confieso que anduve mal y no dije bien en decir que apenas igualara la señora Dulcinea a la señora Belerma, pues me bastaba a mí haber entendido por no sé qué barruntos que vuesa merced es su caballero, para que me mordiera la lengua antes de compararla sino con el mismo cielo». Con esta satisfación que me dio el gran Montesinos se quietó mi corazón del sobresalto que recebí en oír que a mi señora la comparaban con Belerma.

—Y aun me maravillo yo —dijo Sancho— de como vuestra merced no se subió sobre el vejote y le molió a coces todos los huesos y le peló las barbas, sin dejarle pelo en ellas.

—No, Sancho amigo —respondió don Quijote—, no me estaba a mí bien hacer eso, porque estamos todos obligados a tener respeto a los ancianos, aunque no sean caballeros, y principalmente a los que lo son y están encantados. Yo sé bien que no nos quedamos a deber nada en otras muchas demandas y respuestas que entre los dos pasamos.

A esta sazón dijo el primo:

—Yo no sé, señor don Quijote, cómo vuestra merced en tan poco espacio de tiempo como ha que está allá bajo haya visto tantas cosas y hablado y respondido tanto.

—¿Cuánto ha que bajé? —preguntó don Quijote.

—Poco más de una hora —respondió Sancho.

—Eso no puede ser —replicó don Quijote—, porque allá me anocheció y amaneció y tornó a anochecer y amanecer tres veces, de modo que a mi cuenta tres días he estado en aquellas partes remotas y escondidas a la vista nuestra.

—Verdad debe de decir mi señor —dijo Sancho—, que como todas las cosas que le han sucedido son por encantamento, quizá lo que a nosotros nos parece un hora debe de parecer allá tres días con sus noches[33].

—Así será —respondió don Quijote.

—¿Y ha comido vuestra merced en todo este tiempo, señor mío? —preguntó el primo.

—No me he desayunado de bocado[34] —respondió don Quijote—, ni aun he tenido hambre ni por pensamiento.

—¿Y los encantados comen? —dijo el primo.

—No comen —respondió don Quijote—, ni tienen escrementos mayores, aunque es opinión que les crecen las uñas, las barbas y los cabellos.

—¿Y duermen por ventura los encantados, señor? —preguntó Sancho.

—No, por cierto —respondió don Quijote—; a lo menos, en estos tres días que yo he estado con ellos, ninguno ha pegado el ojo, ni yo tampoco.

---

[30] ‘pálida’; *quebradiza* sustituye burlescamente *quebrado*, color que se asociaba a la niña enamorada. El *mal mensil* al que se alude en lo que sigue es la menstruación

[31] *mal logrado* porque murió joven, pero también ‘amante no logrado, no conseguido’.

[32] ‘quieto, alto ahí’; expresión de origen incierto. Se usa para producir un efecto similar que *paciencia y barajar*.

[33] *nos parece* y *debe parecer allá* suponen una separación de los dos tiempos de desarrollo de la historia con respecto al tiempo cronológico.

[34] ‘no he probado ni un bocado’.

—Aquí encaja bien el refrán —dijo Sancho— de «dime con quién andas: decirte he quién eres». Ándase vuestra merced con encantados ayunos y vigilantes[35]: mirad si es mucho que ni coma ni duerma mientras con ellos anduviere. Pero perdóneme vuestra merced, señor mío, si le digo que de todo cuanto aquí ha dicho, lléveme Dios, que iba a decir el diablo, si le creo cosa alguna.

—¿Cómo no? —dijo el primo—. Pues ¿había de mentir el señor don Quijote, que, aunque quisiera, no ha tenido lugar para componer e imaginar tanto millón de mentiras?

—Yo no creo que mi señor miente —respondió Sancho.

—Si no, ¿qué crees[36]? —le preguntó don Quijote.

—Creo —respondió Sancho— que aquel Merlín o aquellos encantadores que encantaron a toda la chusma que vuestra merced dice que ha visto y comunicado allá bajo le encajaron en el magín o la memoria toda esa máquina que nos ha contado y todo aquello que por contar le queda.

—Todo eso pudiera ser, Sancho —replicó don Quijote—, pero no es así, porque lo que he contado lo vi por mis propios ojos y lo toqué con mis mismas manos. Pero ¿qué dirás cuando te diga yo ahora como, entre otras infinitas cosas y maravillas que me mostró Montesinos, las cuales despacio y a sus tiempos te las iré contando en el discurso de nuestro viaje, por no ser todas deste lugar, me mostró tres labradoras que por aquellos amenísimos campos iban saltando y brincando como cabras[37], y apenas las hube visto, cuando conocí ser la una la sin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos aquellas mismas labradoras que venían con ella, que hallamos a la salida del Toboso? Pregunté a Montesinos si las conocía; respondióme que no, pero que él imaginaba que debían de ser algunas señoras principales encantadas, que pocos días había que en aquellos prados habían parecido, y que no me maravillase desto, porque allí estaban otras muchas señoras de los pasados y presentes siglos encantadas en diferentes y estrañas figuras, entre las cuales conocía él a la reina Ginebra y su dueña Quintañona, escanciando el vino a Lanzarote «cuando de Bretaña vino[38]».

Cuando Sancho Panza oyó decir esto a su amo, pensó perder el juicio o morirse de risa; que como él sabía la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien él había sido el encantador y el levantador de tal testimonio, acabó de conocer indubitablemente que su señor estaba fuera de juicio y loco de todo punto, y, así, le dijo:

—En mala coyuntura y en peor sazón y en aciago día bajó vuestra merced, caro patrón mío[39], al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montesinos, que tal nos le ha vuelto. Bien se estaba vuestra merced acá arriba con su entero juicio, tal cual Dios se le había dado, hablando sentencias y dando consejos a cada paso, y no agora, contando los mayores disparates que pueden imaginarse.

—Como te conozco, Sancho —respondió don Quijote—, no hago caso de tus palabras.

—Ni yo tampoco de las de vuestra merced —replicó Sancho—, siquiera me hiera, siquiera me mate por las que le he dicho, o por las que le pienso decir si en las suyas no se corrige y enmienda. Pero dígame vuestra merced, ahora que estamos en paz: ¿cómo o en qué conoció a la señora nuestra ama? Y si la habló, ¿qué dijo y qué le respondió?

—Conocíla —respondió don Quijote— en que trae los mesmos vestidos que traía cuando tú me la mostraste. Habléla, pero no me respondió palabra, antes me volvió las espaldas y se fue huyendo con tanta priesa, que no la alcanzara una jara[40]. Quise seguirla, y lo hiciera si no me aconsejara Montesinos que no me cansase en ello, porque sería en balde, y más porque se llegaba la hora donde me convenía volver a salir de la sima. Díjome asimesmo que andando el tiempo se me daría aviso cómo habían de ser desencantados él y Belerma y Durandarte, con todos los que allí estaban[41]; pero lo que más pena me dio de las que allí vi

---

[35] ‘en vela’, ‘despiertos’.

[36] ‘Entonces, ¿qué crees?’. C. combina dos famosas paradojas: la del mentiroso o cretense («Los cretenses mentimos siempre»), y la antinomia del tercio excluso, que entonces eran bien conocidas.

[37] Podría ser una representación burlesca de las tres Gracias, tal como se presentan en la iconografía y en la literatura renacentista.

[38] Se evoca el romance de Lanzarote, que ya había aparecido en I, 2, 52, y 13, 137. Se volverá a recurrir a él en II, 31, 881-882.

[39] Es italianismo, probablemente habitual en los soldados que habían servido en Italia. Es posible que Sancho lo use maliciosamente.

[40] ‘saeta, dardo, con la punta de madera endurecida por fuego’.

[41] En las *Sergas de Esplandián* se cuenta un sueño semejante al de DQ.

y noté[42], fue que, estándome diciendo Montesinos estas razones, se llegó a mí por un lado, sin que yo la viese venir, una de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea, y llenos los ojos de lágrimas, con turbada y baja voz, me dijo: «Mi señora Dulcinea del Toboso besa a vuestra merced las manos y suplica a vuestra merced se la haga de hacerla saber cómo está[43], y que, por estar en una gran necesidad, asimismo suplica a vuestra merced cuan encarecidamente puede sea servido de prestarle sobre este faldellín que aquí traigo de cotonia nuevo media docena de reales[44], o los que vuestra merced tuviere, que ella da su palabra de volvérselos con mucha brevedad». Suspendióme y admiróme el tal recado, y volviéndome al señor Montesinos, le pregunté: «¿Es posible, señor Montesinos, que los encantados principales padecen necesidad?». A lo que él me respondió: «Créame vuestra merced, señor don Quijote de la Mancha, que esta que llaman necesidad adondequiera se usa y por todo se estiende y a todos alcanza, y aun hasta los encantados no perdona; y pues la señora Dulcinea del Toboso envía a pedir esos seis reales, y la prenda es buena, según parece, no hay sino dárselos, que sin duda debe de estar puesta en algún grande aprieto». «Prenda, no la tomaré yo —le respondí—, ni menos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos cuatro reales.» Los cuales le di, que fueron los que tú, Sancho, me diste el otro día para dar limosna a los pobres que topase por los caminos, y le dije: «Decid, amiga mía, a vuesa señora que a mí me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisiera ser un Fúcar para remediarlos[45], y que le hago saber que yo no puedo ni debo tener salud careciendo de su agradable vista y discreta conversación, y que le suplico cuan encarecidamente puedo sea servida su merced de dejarse ver y tratar deste su cautivo servidor y asendereado caballero. Diréisle también que cuando menos se lo piense oirá decir como yo he hecho un juramento y voto a modo de aquel que hizo el marqués de Mantua de vengar a su sobrino Baldovinos, cuando le halló para espirar en mitad de la montiña, que fue de no comer pan a manteles, con las otras zarandajas que allí añadió[46], hasta vengarle; y así le haré yo de no sosegar y de andar las siete partidas del mundo, con más puntualidad que las anduvo el infante don Pedro de Portugal, hasta desencantarla». «Todo eso y más debe vuestra merced a mi señora», me respondió la doncella. Y tomando los cuatro reales, en lugar de hacerme una reverencia, hizo una cabriola, que se levantó dos varas de medir en el aire.

—¡Oh, santo Dios! —dijo a este tiempo dando una gran voz Sancho—, ¿es posible que tal hay en el mundo y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamentos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura? ¡Oh señor, señor, por quien Dios es, que vuestra merced mire por sí y vuelva por su honra, y no dé crédito a esas vaciedades que le tienen menguado y descabalado el sentido[47]!

—Como me quieres bien, Sancho, hablas desa manera —dijo don Quijote—, y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles; pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá abajo he visto, que te harán creer las que aquí he contado, cuya verdad ni admite réplica ni disputa.

---

[42] '*de las* penas *que allí*...'.

[43] Con *se la haga* se refiere, en zeugma, a *merced*; la fórmula era tópica.

[44] *cotonia*: 'tela que tiene la urdimbre de hilo y la trama de algodón, piqué blanco'; *faldellín*: 'falda interior que montaba sobre sí misma'. Que se ponga precio de seis reales a una prenda íntima de Dulcinea supone una quiebra definitiva del ideal amoroso de DQ.

[45] *ser un Fúcar*: 'ser multimillonario'; *Fúcar* es castellanización de Fugger, apellido de una célebre familia de banqueros, que se había convertido en sinónimo de riqueza.

[46] *zarandajas*: 'menudencias', 'cosas sin importancia'. Para el romance del Marqués de Mantua y las condiciones aludidas, véase I, 10.

[47] 'el juicio disminuido y fuera de sus cabales'.

Capítulo XXIIII

Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento desta grande historia

Dice el que tradujo esta grande historia del original de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli[1], que llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesinos, en el margen dél estaban escritas de mano del mesmo Hamete estas mismas razones:

«No me puedo dar a entender ni me puedo persuadir que al valeroso don Quijote le pasase puntualmente todo lo que en el antecedente capítulo queda escrito. La razón es que todas las aventuras hasta aquí sucedidas han sido contingibles y verisímiles[2], pero esta desta cueva no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera, por ir tan fuera de los términos razonables. Pues pensar yo que don Quijote mintiese, siendo el más verdadero hidalgo y el más noble caballero de sus tiempos, no es posible, que no dijera él una mentira así le asaetearan. Por otra parte, considero que él la contó y la dijo con todas las circunstancias dichas, y que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran máquina de disparates; y si esta aventura parece apócrifa, yo no tengo la culpa, y, así, sin afirmarla por falsa o verdadera, la escribo. Tú, letor, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere, que yo no debo ni puedo más, puesto que se tiene por cierto que al tiempo de su fin y muerte dicen que se retractó della y dijo que él la había inventado, por parecerle que convenía y cuadraba bien con las aventuras que había leído en sus historias.»

Y luego prosigue diciendo:

Espantóse el primo, así del atrevimiento de Sancho Panza como de la paciencia de su amo, y juzgó que del contento que tenía de haber visto a su señora Dulcinea del Toboso, aunque encantada, le nacía aquella condición blanda que entonces mostraba; porque si así no fuera, palabras y razones le dijo Sancho que merecían molerle a palos, porque realmente le pareció que había andado atrevidillo con su señor, a quien le dijo:

—Yo, señor don Quijote de la Mancha, doy por bien empleadísima la jornada que con vuestra merced he hecho, porque en ella he granjeado cuatro cosas. La primera, haber conocido a vuestra merced, que lo tengo a gran felicidad. La segunda, haber sabido lo que se encierra en esta cueva de Montesinos, con las mutaciones de Guadiana y de las lagunas de Ruidera, que me servirán para el *Ovidio español* que traigo entre manos. La tercera, entender la antigüedad de los naipes[3], que por lo menos ya se usaban en tiempo del emperador Carlomagno, según puede colegirse de las palabras que vuesa merced dice que dijo Durandarte, cuando, al cabo de aquel grande espacio que estuvo hablando con él Montesinos, él despertó diciendo: «Paciencia y barajar»; y esta razón y modo de hablar no la pudo aprender encantado, sino cuando no lo estaba, en Francia y en tiempo del referido emperador Carlomagno, y esta averiguación me viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo, que es *Suplemento de Virgilio Polidoro en la invención de las antigüedades*, y creo que en el suyo no se acordó de poner la de los naipes, como la pondré yo ahora, que será de mucha importancia, y más alegando autor tan grave y tan verdadero como es el señor Durandarte. La cuarta es haber sabido con certidumbre el nacimiento del río Guadiana, hasta ahora ignorado de las gentes.

—Vuestra merced tiene razón —dijo don Quijote—, pero querría yo saber, ya que Dios le haga merced de que se le dé licencia para imprimir esos sus libros, que lo dudo, a quién piensa dirigirlos[4].

—Señores y grandes hay en España a quien puedan dirigirse —dijo el primo.

—No muchos —respondió don Quijote—, y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos, por no obligarse a la satisfación que parece se debe al trabajo y cortesía de sus autores. Un príncipe conozco yo que puede suplir la falta de los demás con tantas ventajas, que si me atreviere a decirlas, quizá despertara la

---

[1] 'a partir *del* manuscrito *original de la* historia *que escribió...*'

[2] 'posibles y verosímiles'; con estas palabras marginales, Cide Hamete requiere al lector a intervenir como si fuera el juez del comportamiento de los personajes y el que sopesara la autenticidad de la narración, uno de los principios fundamentales de la novela moderna.

[3] En la época de C. habían tratado de la invención de los naipes Luque Fajardo, en su *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos*, y Juan de la Cueva en el poema «De los inventores de las cosas», pero ni C. ni Lope se refirieron nunca a este poeta y autor teatral.

[4] 'dedicarlos'.

invidia en más de cuatro generosos pechos[5]; pero quédese esto aquí para otro tiempo más cómodo, y vamos a buscar a donde recogernos esta noche.

—No lejos de aquí —respondió el primo— está una ermita, donde hace su habitación un ermitaño que dicen ha sido soldado y está en opinión de ser un buen cristiano, y muy discreto, y caritativo además. Junto con la ermita tiene una pequeña casa, que él ha labrado a su costa; pero, con todo, aunque chica, es capaz de recibir huéspedes.

—¿Tiene por ventura gallinas el tal ermitaño? —preguntó Sancho.

—Pocos ermitaños están sin ellas —respondió don Quijote—, porque no son los que agora se usan como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestían de hojas de palma y comían raíces de la tierra[6]. Y no se entienda que por decir bien de aquellos no lo digo de aquestos, sino que quiero decir que al rigor y estrecheza de entonces no llegan las penitencias de los de agora, pero no por esto dejan de ser todos buenos: a lo menos, yo por buenos los juzgo; y cuando todo corra turbio[7], menos mal hace el hipócrita que se finge bueno que el público pecador.

Estando en esto, vieron que hacia donde ellos estaban venía un hombre a pie, caminando apriesa y dando varazos a un macho que venía cargado de lanzas y de alabardas[8]. Cuando llegó a ellos, los saludó y pasó de largo. Don Quijote le dijo:

—Buen hombre, deteneos, que parece que vais con más diligencia que ese macho ha menester.

—No me puedo detener, señor —respondió el hombre—, porque las armas que veis que aquí llevo han de servir mañana, y, así, me es forzoso el no detenerme, y a Dios. Pero si quisiéredes saber para qué las llevo, en la venta que está más arriba de la ermita pienso alojar esta noche; y si es que hacéis este mesmo camino, allí me hallaréis, donde os contaré maravillas. Y a Dios otra vez.

Y de tal manera aguijó el macho, que no tuvo lugar don Quijote de preguntarle qué maravillas eran las que pensaba decirles, y como él era algo curioso y siempre le fatigaban deseos de saber cosas nuevas, ordenó que al momento se partiesen y fuesen a pasar la noche en la venta, sin tocar en la ermita, donde quisiera el primo que se quedaran.

Hízose así, subieron a caballo y siguieron todos tres el derecho camino de la venta, a la cual llegaron un poco antes de anochecer. Dijo el primo a don Quijote que llegasen a ella, a beber un trago[9]. Apenas oyó esto Sancho Panza, cuando encaminó el rucio a la ermita, y lo mismo hicieron don Quijote y el primo; pero la mala suerte de Sancho parece que ordenó que el ermitaño no estuviese en casa, que así se lo dijo una sotaermitaño[10] que en la ermita hallaron. Pidiéronle de lo caro[11]; respondió que su señor no lo tenía, pero que si querían agua barata, que se la daría de muy buena gana.

—Si yo la tuviera de agua[12] —respondió Sancho—, pozos hay en el camino, donde la hubiera satisfecho. ¡Ah, bodas de Camacho y abundancia de la casa de don Diego, y cuántas veces os tengo de echar menos!

Con esto dejaron la ermita y picaron hacia la venta, y a poco trecho toparon un mancebito que delante dellos iba caminando no con mucha priesa, y, así, le alcanzaron. Llevaba la espada sobre el hombro, y en ella puesto un bulto o envoltorio, al parecer de sus vestidos, que al parecer debían de ser los calzones o greguescos, y herreruelo y alguna camisa, porque traía puesta una ropilla de terciopelo con algunas

---

[5] Puede referirse al conde de Lemos, gran protector de C. (II, Prels., n. «Al conde de Lemos»); el tacaño podría ser el duque de Béjar, al que dedicó la Primera parte del *Q.* (I, Prels., n. «Al duque de Béjar»); *generosos*: 'nobles'. Se ha visto un claro mentís de C. al prólogo de Avellaneda.

[6] De tales *ermitaños* hay noticia en el *Prado espiritual recopilado de antiguos, clarísimos y santos doctores* por el doctor Juan Basilio Sanctoro y publicado en Madrid, en 1607, por Francisco de Robles, con una dedicatoria firmada por el editor, pero a todas luces redactada por C.

[7] *cuando todo corra turbio*: 'en el peor de los casos'; la reflexión figura en otras obras de C.

[8] 'pica con una cuchilla transversal'; era arma de infantería.

[9] *a ella* se refiere a *la ermita, donde quisiera el primo que se quedaran*.

[10] *sotaermitaño*: 'santera, beata'; pero el sentido que le da C. es burlesco y aun picaresco: 'querida del ermitaño'.

[11] 'vino de calidad'; eran «vinos caros» los de San Martín, Ciudad Real, La Membrilla, Alaejos y Medina del Campo; «ordinarios», los de otras procedencias. Su despacho estaba restringido.

[12] 'gana o sed de agua'.

vislumbres de raso, y la camisa, de fuera; las medias eran de seda, y los zapatos cuadrados[13], a uso de corte; la edad llegaría a diez y ocho o diez y nueve años; alegre de rostro, y al parecer ágil de su persona. Iba cantando seguidillas[14], para entretener el trabajo del camino. Cuando llegaron a él, acababa de cantar una que el primo tomó de memoria, que dicen que decía:

A la guerra me lleva
mi necesidad;
si tuviera dineros,
no fuera, en verdad.

El primero que le habló fue don Quijote, diciéndole:

—Muy a la ligera camina vuesa merced[15], señor galán. ¿Y adónde bueno[16]?, sepamos, si es que gusta decirlo.

A lo que el mozo respondió:

—El caminar tan a la ligera lo causa el calor y la pobreza, y el adónde voy es a la guerra.

—¿Cómo la pobreza? —preguntó don Quijote—. Que por el calor bien puede ser.

—Señor —replicó el mancebo—, yo llevo en este envoltorio unos greguescos de terciopelo, compañeros desta ropilla: si los gasto en el camino, no me podré honrar con ellos en la ciudad, y no tengo con que comprar otros; y así por esto como por orearme voy desta manera hasta alcanzar unas compañías de infantería que no están doce leguas de aquí, donde asentaré mi plaza[17], y no faltarán bagajes[18] en que caminar de allí adelante hasta el embarcadero, que dicen ha de ser en Cartagena. Y más quiero tener por amo y por señor al rey, y servirle en la guerra, que no a un pelón en la corte[19].

—¿Y lleva vuesa merced alguna ventaja por ventura[20]? —preguntó el primo.

—Si yo hubiera servido a algún grande de España o algún principal personaje —respondió el mozo—, a buen seguro que yo la llevara, que eso tiene el servir a los buenos, que del tinelo suelen salir a ser alférez o capitanes, o con algún buen entretenimiento[21]; pero yo, desventurado, serví siempre a catarriberas[22] y a gente advenediza, de ración y quitación tan mísera y atenuada[23], que en pagar el almidonar un cuello se consumía la mitad della[24]; y sería tenido a milagro que un paje aventurero alcanzase alguna siquiera razonable ventura.

—Y dígame por su vida, amigo —preguntó don Quijote—, ¿es posible que en los años que sirvió no ha podido alcanzar alguna librea[25]?

—Dos me han dado —respondió el paje—, pero así como el que se sale de alguna religión antes de profesar[26] le quitan el hábito y le vuelven sus vestidos, así me volvían a mí los míos mis amos, que,

---

[13] *greguescos*: 'calzones cerrados en las rodillas'; *la camisa por de fuera* para ocultar la falta de calzones; *zapatos cuadrados*: 'zapatos con punta recta que hacia 1600 sustituyeron a los puntiagudos'.

[14] Es, junto con la copla, el vehículo más extendido de la lírica popular hispánica, particularmente en la variedad que se puso de moda hacia 1600. De la misma estructura rímica que la copla, se diferencia de ella porque los versos pares son más cortos que los impares. En el Siglo de Oro, era propia de las canciones de gente de baja condición.

[15] *a la ligera*: 'con muy poca ropa'; la metáfora es de origen militar.

[16] '¿adónde se dirige?'.

[17] 'me alistaré', 'escribiré el asiento de *mi plaza* en el libro de la compañía'.

[18] *bagajes*: 'mulas de carga'.

[19] *pelón*: 'sin dinero, pobre'; suele emplearse con intención ofensiva.

[20] *ventaja*: 'prebenda', 'sobresueldo'.

[21] 'premio'; *tinelo*: 'comedor de la servidumbre'

[22] *catarriberas*: 'pretendiente en la corte de un cargo o prebenda'.

[23] *ración y quitación*: 'asignación en comida y en dinero'.

[24] Se *almidonaba un cuello* porque se llevaba el «cuello de lechuguilla», de gran tamaño, que había de almidonarse para que se mantuviese erguido, y encañonarlo para que hiciese ondas. El proceso era caro.

[25] 'pertenecer al cuerpo de criados de algún noble'; alude a la casaca (librea) que usaba la servidumbre como uniforme, y que simbolizaba su pertenencia a la casa.

[26] 'abandona una orden religiosa (*religión*) antes de pronunciar los votos correspondientes'.

acabados los negocios a que venían a la corte, se volvían a sus casas y recogían las libreas que por sola ostentación habían dado.

—Notable espilorchería[27], como dice el italiano —dijo don Quijote—. Pero, con todo eso, tenga a felice ventura el haber salido de la corte con tan buena intención como lleva, porque no hay otra cosa en la tierra más honrada ni de más provecho que servir a Dios, primeramente, y luego a su rey y señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanzan, si no más riquezas, a lo menos más honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces[28]; que puesto que han fundado más mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé qué los de las armas a los de las letras, con un sí sé qué[29] de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja a todos. Y esto que ahora le quiero decir llévelo en la memoria, que le será de mucho provecho y alivio en sus trabajos: y es que aparte la imaginación de los sucesos adversos que le podrán venir, que el peor de todos es la muerte, y como esta sea buena, el mejor de todos es el morir. Preguntáronle a Julio César, aquel valeroso emperador romano, cuál era la mejor muerte: respondió que la impensada, la de repente y no prevista[30]; y aunque respondió como gentil y ajeno del conocimiento del verdadero Dios, con todo eso dijo bien, para ahorrarse del sentimiento humano. Que puesto caso que os maten en la primera facción y refriega[31], o ya de un tiro de artillería, o volado de una mina, ¿qué importa? Todo es morir, y acabóse la obra; y según Terencio más bien parece el soldado muerto en la batalla que vivo y salvo en la huida[32], y tanto alcanza de fama el buen soldado cuanto tiene de obediencia a sus capitanes y a los que mandar le pueden. Y advertid, hijo, que al soldado mejor le está el oler a pólvora que a algalia, y que si la vejez os coge en este honroso ejercicio, aunque sea lleno de heridas y estropeado o cojo, a lo menos no os podrá coger sin honra, y tal, que no os la podrá menoscabar la pobreza. Cuanto más que ya se va dando orden como se entretengan y remedien los soldados viejos y estropeados[33], porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hacer los que ahorran[34] y dan libertad a sus negros cuando ya son viejos y no pueden servir, y echándolos de casa con título de libres los hacen esclavos de la hambre, de quien no piensan ahorrarse sino con la muerte[35]. Y por ahora no os quiero decir más, sino que subáis a las ancas deste mi caballo hasta la venta, y allí cenaréis conmigo, y por la mañana seguiréis el camino, que os le dé Dios tan bueno como vuestros deseos merecen.

El paje no aceptó el convite de las ancas, aunque sí el de cenar con él en la venta, y a esta sazón dicen que dijo Sancho entre sí: «¡Válate Dios por señor! ¿Y es posible que hombre que sabe decir tales, tantas y tan buenas cosas como aquí ha dicho, diga que ha visto los disparates imposibles que cuenta de la cueva de Montesinos? Ahora bien, ello dirá».

Y en esto llegaron a la venta, a tiempo que anochecía, y no sin gusto de Sancho, por ver que su señor la juzgó por verdadera venta, y no por castillo, como solía[36]. No hubieron bien entrado, cuando don Quijote preguntó al ventero por el hombre de las lanzas y alabardas; el cual le respondió que en la caballeriza estaba acomodando el macho. Lo mismo hicieron de sus jumentos el primo y Sancho, dando a Rocinante el mejor pesebre y el mejor lugar de la caballeriza.

---

[27] ‘tacañería’, ‘cicatería’.

[28] Sobre las *armas* y las *letras* (‘abogacía’) DQ se ha extendido especialmente arriba (I, 37, 442).

[29] *no sé qué... sí sé qué*: ‘gracia o atractivo especial’.

[30] El apotegma procede de Suetonio y se repite, por ejemplo, en Petrarca y Erasmo.

[31] *facción*: ‘acción de guerra’.

[32] C. cita la misma sentencia en II, Pról., 617; y en el *Persiles*, IV, 1. En la obra del comediógrafo latino Terencio no se encuentra esa máxima.

[33] Ignoramos si C. se refiere a algún hecho concreto o simplemente formula una esperanza.

[34] ‘hacen *horro*, libertan’; más adelante, *ahorrarse*: ‘librarse’.

[35] La amarga paradoja se deja rastrear en otras obras de C.

[36] Es la primera vez que DQ no toma la *venta* por un castillo; su pacífico comportamiento, además, puede interpretarse como resultado de la experiencia de la cueva, o como respuesta al siempre vehemente DQ de Avellaneda. De hecho, en esta Segunda parte, el protagonista casi nunca se deja engañar por la apariencia de las cosas.

Capítulo XXV

Donde se apunta la aventura del rebuzno y la graciosa del titerero,[1] con las memorables adivinanzas del mono adivino

No se le cocía el pan a don Quijote[2], como suele decirse, hasta oír y saber las maravillas prometidas del hombre condutor de las armas. Fuele a buscar donde el ventero le había dicho que estaba, y hallóle y díjole que en todo caso le dijese luego[3] lo que le había de decir después acerca de lo que le había preguntado en el camino. El hombre le respondió:

—Más despacio, y no en pie, se ha de tomar el cuento de mis maravillas: déjeme vuestra merced, señor bueno[4], acabar de dar recado a mi bestia[5], que yo le diré cosas que le admiren.

—No quede por eso —respondió don Quijote—, que yo os ayudaré a todo.

Y así lo hizo, ahechándole la cebada y limpiando el pesebre, humildad que obligó al hombre a contarle con buena voluntad lo que le pedía; y sentándose en un poyo, y don Quijote junto a él, teniendo por senado[6] y auditorio al primo, al paje, a Sancho Panza y al ventero, comenzó a decir desta manera:

—Sabrán vuesas mercedes que en un lugar que está cuatro leguas y media desta venta sucedió que a un regidor dél[7], por industria y engaño de una muchacha criada suya, y esto es largo de contar, le faltó un asno, y aunque el tal regidor hizo las diligencias posibles por hallarle, no fue posible. Quince días serían pasados, según es pública voz y fama, que el asno faltaba, cuando, estando en la plaza el regidor perdidoso, otro regidor del mismo pueblo le dijo: «Dadme albricias, compadre; que vuestro jumento ha parecido». «Yo os las mando, y buenas[8], compadre —respondió el otro—, pero sepamos dónde ha parecido.» «En el monte —respondió el hallador— le vi esta mañana, sin albarda y sin aparejo alguno, y tan flaco, que era una compasión miralle. Quísele antecoger delante de mí y traérosle, pero está ya tan montaraz y tan huraño, que cuando llegué a él, se fue huyendo y se entró en lo más escondido del monte. Si queréis que volvamos los dos a buscarle, dejadme poner esta borrica en mi casa, que luego vuelvo.» «Mucho placer me haréis —dijo el del jumento—, y yo procuraré pagároslo en la mesma moneda.» Con estas circunstancias todas, y de la mesma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que están enterados en la verdad deste caso. En resolución, los dos regidores, a pie y mano a mano[9], se fueron al monte, y llegando al lugar y sitio donde pensaron hallar el asno, no le hallaron, ni pareció por todos aquellos contornos, aunque más le buscaron. Viendo, pues, que no parecía, dijo el regidor que le había visto al otro: «Mirad, compadre: una traza me ha venido al pensamiento, con la cual sin duda alguna podremos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte, y es que yo sé rebuznar maravillosamente[10], y si vos sabéis algún tanto, dad el hecho por concluido». «¿Algún tanto decís, compadre? —dijo el otro—. Por Dios, que no dé la ventaja a nadie, ni aun a los mesmos asnos.» «Ahora lo veremos —respondió el regidor segundo—, porque tengo determinado que os vais vos por una parte del monte y yo por otra, de modo que le rodeemos y andemos todo, y de trecho en trecho rebuznaréis vos y rebuznaré yo, y no podrá ser menos sino que el asno nos oya y nos responda, si es que está en el monte.» A lo que respondió el dueño del jumento: «Digo, compadre, que la traza es excelente y digna de vuestro gran ingenio». Y, dividiéndose los dos según el acuerdo, sucedió que casi a un mesmo tiempo rebuznaron, y cada uno engañado del rebuzno del otro, acudieron a buscarse, pensando que ya el jumento había parecido, y en viéndose, dijo el perdidoso: «¿Es posible, compadre, que no fue mi asno el que rebuznó?». «No fue sino yo», respondió el otro. «Ahora digo —dijo el dueño— que de vos a un asno, compadre, no hay alguna diferencia, en cuanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto ni oído cosa más propia.» «Esas alabanzas y encarecimiento —

---

[1] *apunta*: 'asoma, comienza'; *titerero* es 'el que maneja los títeres en el teatro de marionetas'.

[2] 'estaba lleno de impaciencia DQ'.

[3] 'en seguida'.

[4] Tratamiento respetuoso de la gente rústica cuando se desconoce el nombre o se duda del tratamiento; *hombre bueno*, sin embargo, indica que la persona es de calidad.

[5] *recado*: 'alimento'.

[6] 'conjunto de asistentes a un espectáculo, público'.

[7] 'concejal', 'miembro del ayuntamiento'.

[8] 'os las prometo'; *albricias*: 'regalo que se hace al que trae una buena noticia'

[9] 'los dos juntos, en colaboración'.

[10] Se ha considerado como habilidad de que presumen villanos y pícaros; el propio C. se burla de ella en el *Coloquio de los perros*.

respondió el de la traza— mejor os atañen y tocan a vos que a mí, compadre, que por el Dios que me crió que podéis dar dos rebuznos de ventaja al mayor y más perito rebuznador del mundo: porque el sonido que tenéis es alto; lo sostenido de la voz, a su tiempo y compás; los dejos[11], muchos y apresurados; y, en resolución, yo me doy por vencido y os rindo la palma y doy la bandera desta rara habilidad[12].» «Ahora digo —respondió el dueño— que me tendré y estimaré en más de aquí adelante, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia, que puesto que pensara que rebuznaba bien, nunca entendí que llegaba al estremo que decís.» «También diré yo ahora —respondió el segundo— que hay raras habilidades perdidas en el mundo y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse dellas[13] [13].» «Las nuestras —respondió el dueño—, si no es en casos semejantes como el que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros, y aun en este plega a Dios que nos sean de provecho.» Esto dicho, se tornaron a dividir y a volver a sus rebuznos, y a cada paso se engañaban y volvían a juntarse, hasta que se dieron por contraseño[14] que para entender que eran ellos, y no el asno, rebuznasen dos veces, una tras otra. Con esto, doblando a cada paso los rebuznos, rodearon todo el monte sin que el perdido jumento respondiese, ni aun por señas. Mas ¿cómo había de responder el pobre y mal logrado, si le hallaron en lo más escondido del bosque comido de lobos? Y en viéndole, dijo su dueño: «Ya me maravillaba yo de que él no respondía, pues a no estar muerto, él rebuznara si nos oyera, o no fuera asno; pero a trueco de haberos oído rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto». «En buena mano está[15], compadre —respondió el otro—, pues si bien canta el abad, no le va en zaga el monacillo[16].» Con esto, desconsolados y roncos se volvieron a su aldea, adonde contaron a sus amigos, vecinos y conocidos cuanto les había acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar, todo lo cual se supo y se estendió por los lugares circunvecinos; y el diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordia por doquiera, levantando caramillos en el viento[17] y grandes quimeras de nonada, ordenó e hizo que las gentes de los otros pueblos, en viendo a alguno de nuestra aldea, rebuznase, como dándoles en rostro[18] con el rebuzno de nuestros regidores. Dieron en ello los muchachos, que fue dar en manos y en bocas de todos los demonios del infierno, y fue cundiendo el rebuzno de en uno en otro pueblo de manera, que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos; y ha llegado a tanto la desgracia desta burla, que muchas veces con mano armada y formado escuadrón han salido contra los burladores los burlados a darse la batalla, sin poderlo remediar rey ni roque[19], ni temor ni vergüenza. Yo creo que mañana o esotro día[20] han de salir en campaña los de mi pueblo, que son los del rebuzno, contra otro lugar que está a dos leguas del nuestro, que es uno de los que más nos persiguen; y por salir bien apercebidos, llevo compradas estas lanzas y alabardas que habéis visto. Y estas son las maravillas que dije que os había de contar, y si no os lo han parecido, no sé otras.

Y con esto dio fin a su plática el buen hombre, y en esto entró por la puerta de la venta un hombre todo vestido de camuza, medias, greguescos y jubón, y con voz levantada dijo:

—Señor huésped, ¿hay posada? Que viene aquí el mono adivino y el retablo de la libertad de Melisendra[21].

—¡Cuerpo de tal —dijo el ventero—, que aquí está el señor maese Pedro! Buena noche se nos apareja.

Olvidábaseme de decir como el tal maese Pedro traía cubierto el ojo izquierdo y casi medio carrillo con un parche de tafetán verde[22], señal que todo aquel lado debía de estar enfermo. Y el ventero prosiguió, diciendo:

---

[11] ‘inflexiones con que termina un período musical en una canción’; se juzga la realización del rebuzno con los términos que se aplicarían a la ejecución musical de un cantante.

[12] *os rindo la palma y doy la bandera*: ‘os declaro vencedor’.

[13] Pensamiento y dicho vulgares, hechos tópicos.

[14] *contraseño*: ‘contraseña’, ‘señal’.

[15] ‘tú ocupas el primer puesto, eres el de más categoría’; es fórmula popular de cortesía.

[16] Refrán que vale por ‘si el primero lo hace bien, el segundo no lo hace peor’.

[17] ‘armando escándalos con el menor motivo’.

[18] ‘echándoles en cara’.

[19] ‘nadie’

[20] ‘al día siguiente’, ‘pasado mañana’

[21] El *retablo* era ‘una caja que contenía figuritas de madera movidas por cordelejos’; pero los había también de guante o de mano. *Melisendra* es un personaje del romancero, cuyo rescate de la prisión de Almanzor por su marido don Gaiferos es reelaborado grotesca e irónicamente por maese Pedro.

—Sea bien venido vuestra merced, señor maese Pedro. ¿Adónde está el mono y el retablo, que no los veo?

—Ya llegan cerca —respondió el todo camuza[23]—, sino que yo me he adelantado, a saber si hay posada.

—Al mismo duque de Alba se la quitara para dársela al señor mase Pedro —respondió el ventero—: llegue el mono y el retablo, que gente hay esta noche en la venta que pagará el verle y las habilidades del mono.

—Sea en buen hora —respondió el del parche—, que yo moderaré el precio, y con sola la costa me daré por bien pagado[24]; y yo vuelvo, a hacer que camine la carreta donde viene el mono y el retablo.

Y luego se volvió a salir de la venta.

Preguntó luego don Quijote al ventero qué mase Pedro era aquel y qué retablo y qué mono traía. A lo que respondió el ventero:

—Este es un famoso titerero, que ha muchos días que anda por esta Mancha de Aragón[25] enseñando un retablo de la libertad de Melisendra, dada por el famoso don Gaiferos, que es una de las mejores y más bien representadas historias que de muchos años a esta parte en este reino se han visto. Trae asimismo consigo un mono de la más rara habilidad que se vio entre monos ni se imaginó entre hombres, porque, si le preguntan algo, está atento a lo que le preguntan y luego salta sobre los hombros de su amo y, llegándosele al oído, le dice la respuesta de lo que le preguntan, y maese Pedro la declara luego; y de las cosas pasadas dice mucho más que de las que están por venir, y aunque no todas veces acierta en todas, en las más no yerra, de modo que nos hace creer que tiene el diablo en el cuerpo. Dos reales lleva por cada pregunta, si es que el mono responde, quiero decir, si responde el amo por él, después de haberle hablado al oído; y, así, se cree que el tal maese Pedro está riquísimo, y es hombre galante, como dicen en Italia, y *bon compaño*[26], y dase la mejor vida del mundo: habla más que seis y bebe más que doce, todo a costa de su lengua y de su mono y de su retablo.

En esto, volvió maese Pedro, y en una carreta venía el retablo, y el mono, grande y sin cola, con las posaderas de fieltro[27], pero no de mala cara; y apenas le vio don Quijote, cuando le preguntó:

—Dígame vuestra merced, señor adivino: ¿*qué peje pillamo*[28]? ¿Qué ha de ser de nosotros? Y vea aquí mis dos reales.

Y mandó a Sancho que se los diese a maese Pedro, el cual respondió por el mono y dijo:

—Señor, este animal no responde ni da noticia de las cosas que están por venir; de las pasadas sabe algo, y de las presentes, algún tanto.

—¡Voto a Rus[29] —dijo Sancho—, no dé yo un ardite porque me digan lo que por mí ha pasado!, porque ¿quién lo puede saber mejor que yo mesmo?, y pagar yo porque me digan lo que sé sería una gran necedad; pero pues sabe las cosas presentes, he aquí mis dos reales, y dígame el señor monísimo qué hace ahora mi mujer Teresa Panza y en qué se entretiene[30].

No quiso tomar maese Pedro el dinero, diciendo:

—No quiero recebir adelantados los premios, sin que hayan precedido los servicios.

Y dando con la mano derecha dos golpes sobre el hombro izquierdo, en un brinco se le puso el mono en él, y llegando la boca al oído daba diente con diente muy apriesa; y habiendo hecho este ademán por espacio de un credo, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto, con grandísima priesa, se fue maese Pedro a poner de rodillas ante don Quijote y, abrazándole las piernas, dijo:

---

[22] La presentación, subrayada por el narrador, sirve para situar al personaje en la tradición folclórica de la bellaquería atribuida a los tuertos.

[23] 'el totalmente vestido de *camuza*'

[24] 'me conformaré con sacar para los gastos'

[25] 'tierras de la Mancha que corresponden, aproximadamente, a parte de la actual provincia de Cuenca y norte de la de Albacete'

[26] *hombre galante*: 'hombre discreto, donairoso'; *bon compaño*: de *buon compagno*, 'camarada divertido', 'salado'.

[27] Por lo duras y peladas.

[28] '¿va a hacer algo de provecho?'; frase proverbial italiana que literalmente vale por '¿qué pez pescamos?'.

[29] Eufemismo suave.

[30] 'en qué está ocupada', 'qué hace'

—Estas piernas abrazo, bien así como si abrazara las dos colunas de Hércules[31], ¡oh resucitador insigne de la ya puesta en olvido andante caballería, oh no jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, ánimo de los desmayados, arrimo de los que van a caer, brazo de los caídos, báculo y consuelo de todos los desdichados!

Quedó pasmado don Quijote, absorto Sancho, suspenso el primo, atónito el paje, abobado el del rebuzno, confuso el ventero, y, finalmente, espantados todos los que oyeron las razones del titerero, el cual prosiguió diciendo:

—Y tú, ¡oh buen Sancho Panza!, el mejor escudero y del mejor caballero del mundo, alégrate, que tu buena mujer Teresa está buena, y esta es la hora en que ella está rastrillando una libra de lino, y, por más señas, tiene a su lado izquierdo un jarro desbocado que cabe un buen porqué de vino[32], con que se entretiene en su trabajo.

—Eso creo yo muy bien —respondió Sancho—, porque es ella una bienaventurada, y, a no ser celosa, no la trocara yo por la giganta Andandona[33], que según mi señor fue una mujer muy cabal y muy de pro; y es mi Teresa de aquellas que no se dejan mal pasar[34], aunque sea a costa de sus herederos[35].

—Ahora digo —dijo a esta sazón don Quijote— que el que lee mucho y anda mucho vee mucho y sabe mucho[36]. Digo esto porque ¿qué persuasión fuera bastante para persuadirme que hay monos en el mundo que adivinen, como lo he visto ahora por mis propios ojos? Porque yo soy el mesmo don Quijote de la Mancha que este buen animal ha dicho, puesto que se ha estendido algún tanto en mis alabanzas; pero como quiera que yo me sea, doy gracias al cielo, que me dotó de un ánimo blando y compasivo, inclinado siempre a hacer bien a todos y mal a ninguno.

—Si yo tuviera dineros —dijo el paje—, preguntara al señor mono qué me ha de suceder en la peregrinación que llevo.

A lo que respondió maese Pedro, que ya se había levantado de los pies de don Quijote:

—Ya he dicho que esta bestezuela no responde a lo por venir; que si respondiera, no importara no haber dineros, que por servicio del señor don Quijote, que está presente, dejara yo todos los intereses del mundo. Y agora, porque se lo debo[37], y por darle gusto, quiero armar mi retablo y dar placer a cuantos están en la venta, sin paga alguna.

Oyendo lo cual el ventero, alegre sobremanera, señaló el lugar donde se podía poner el retablo, que en un punto fue hecho.

Don Quijote no estaba muy contento con las adivinanzas del mono, por parecerle no ser a propósito que un mono adivinase, ni las de por venir ni las pasadas cosas, y, así, en tanto que maese Pedro acomodaba el retablo, se retiró don Quijote con Sancho a un rincón de la caballeriza, donde sin ser oídos de nadie le dijo:

—Mira, Sancho, yo he considerado bien la estraña habilidad deste mono, y hallo por mi cuenta que sin duda este maese Pedro su amo debe de tener hecho pacto tácito o espreso con el demonio.

—Si el patio es espeso y del demonio[38] —dijo Sancho—, sin duda debe de ser muy sucio patio; pero ¿de qué provecho le es al tal maese Pedro tener esos patios?

—No me entiendes, Sancho: no quiero decir sino que debe de tener hecho algún concierto con el demonio de que infunda esa habilidad en el mono[39], con que gane de comer, y después que esté rico le dará su alma, que es lo que este universal enemigo pretende. Y háceme creer esto el ver que el mono no responde sino a

---

[31] ‘Calpe y Abila’, Gibraltar y Ceuta, promontorios formados por Hércules al abrir el mar Mediterráneo; forman parte del blasón de Carlos I. Sin embargo, puede haber una intención burlesca: la metáfora de las columnas era un tópico para referirse, sin nombrarlas, a las piernas de la mujer.

[32] ‘un jarro desportillado que contiene una buena cantidad de vino’.

[33] *giganta* «brava y esquiva» que aparece en el *Amadís de Gaula*, III, 65.

[34] ‘no dejan de darse buen trato’

[35] Por el contrario, la excusa tradicional del avaro era estar movido «propter amorem filiorum» (Guillermo Peraldo).

[36] Es aforismo que C. repite en diversas ocasiones.

[37] Por razones que se aclaran al revelar la verdadera identidad del personaje en II, 27.

[38] *espeso*: ‘sucio’. Se entendía por *pacto tácito con el demonio* la imitación de las formas o fórmulas que empleaban los brujos.

[39] El mono era, en ocasiones, considerado representación del diablo, sobre todo si no tenía cola.

las cosas pasadas o presentes, y la sabiduría del diablo no se puede estender a más, que las por venir no las sabe si no es por conjeturas, y no todas veces, que a solo Dios está reservado conocer los tiempos y los momentos[40], y para Él no hay pasado ni porvenir, que todo es presente. Y siendo esto así, como lo es, está claro que este mono habla con el estilo del diablo, y estoy maravillado cómo no le han acusado al Santo Oficio, y examinádole y sacádole de cuajo en virtud de quién adivina; porque cierto está que este mono no es astrólogo, ni su amo ni él alzan ni saben alzar estas figuras que llaman «judiciarias[41]», que tanto ahora se usan en España, que no hay mujercilla, ni paje, ni zapatero de viejo que no presuma de alzar una figura, como si fuera una sota de naipes del suelo[42], echando a perder con sus mentiras e ignorancias la verdad maravillosa de la ciencia[43]. De una señora sé yo que preguntó a uno destos figureros que si una perrilla de falda[44], pequeña, que tenía, si se empreñaría y pariría, y cuántos y de qué color serían los perros que pariese. A lo que el señor judiciario, después de haber alzado la figura, respondió que la perrica se empreñaría y pariría tres perricos, el uno verde, el otro encarnado y el otro de mezcla, con tal condición que la tal perra se cubriese entre las once y doce del día o de la noche, y que fuese en lunes o en sábado[45]; y lo que sucedió fue que de allí a dos días se murió la perra de ahíta, y el señor levantador quedó acreditado en el lugar por acertadísimo judiciario, como lo quedan todos o los más levantadores.

—Con todo eso, querría —dijo Sancho— que vuestra merced dijese a maese Pedro preguntase a su mono si es verdad lo que a vuestra merced le pasó en la cueva de Montesinos, que yo para mí tengo, con perdón de vuestra merced, que todo fue embeleco y mentira, o por lo menos cosas soñadas.

—Todo podría ser —respondió don Quijote—, pero yo haré lo que me aconsejas, puesto que me ha de quedar un no sé qué de escrúpulo[46].

Estando en esto, llegó maese Pedro a buscar a don Quijote y decirle que ya estaba en orden el retablo, que su merced viniese a verle, porque lo merecía. Don Quijote le comunicó su pensamiento y le rogó preguntase luego a su mono le dijese si ciertas cosas que había pasado en la cueva de Montesinos habían sido soñadas o verdaderas, porque a él le parecía que tenían de todo. A lo que maese Pedro, sin responder palabra, volvió a traer el mono, y, puesto delante de don Quijote y de Sancho, dijo:

—Mirad, señor mono, que este caballero quiere saber si ciertas cosas que le pasaron en una cueva llamada de Montesinos, si fueron falsas, o verdaderas.

Y haciéndole la acostumbrada señal, el mono se le subió en el hombro izquierdo, y hablándole al parecer en el oído, dijo luego maese Pedro:

—El mono dice que parte de las cosas que vuesa merced vio o pasó en la dicha cueva son falsas, y parte verisímiles, y que esto es lo que sabe, y no otra cosa, en cuanto a esta pregunta; y que si vuesa merced quisiere saber más, que el viernes venidero responderá a todo lo que se le preguntare, que por ahora se le ha acabado la virtud, que no le vendrá hasta el viernes, como dicho tiene[47].

—¿No lo decía yo —dijo Sancho— que no se me podía asentar que todo lo que vuesa merced, señor mío, ha dicho de los acontecimientos de la cueva era verdad, ni aun la mitad?

—Los sucesos lo dirán, Sancho —respondió don Quijote—, que el tiempo, descubridor de todas las cosas, no se deja ninguna que no la saque a la luz del sol, aunque esté escondida en los senos de la tierra. Y por ahora baste esto, y vámonos a ver el retablo del buen maese Pedro, que para mí tengo que debe de tener alguna novedad.

---

[40] La frase proviene de los Hechos de los Apóstoles; la anterior expresa una doctrina habitual, formulada entre otros por San Agustín y recogida en el *Malleus maleficarum*.

[41] ‘dibujos que representan la posición de los astros con relación al zodiaco, para trazar e interpretar el horóscopo’, ‘carta astral’

[42] Juega con el sentido de *alzar una figura* de *naipe* (la *sota* lo es, pues en los naipes hay *puntos* y *figuras*) y *alzar figura* en sentido astrológico, que vale ‘disponer en las doce casas o zonas del zodiaco las posiciones de los astros’ (véase arriba, n. 43). Averiguar el porvenir con los naipes era propio de la brujería, distinta de la *ciencia de la astrología*. La *sota* representaba suerte en amores.

[43] Entiéndase, claro es, «la *ciencia* de las estrellas», «esa *ciencia*» que «se llama astrología».

[44] ‘faldera’; eran compañía casi obligada de las damas.

[45] Horas y días menguadas y aciagos, según tradición recogida en el romancero.

[46] ‘escrúpulo de conciencia’ por participar en el pacto entre maese Pedro y el demonio, al menos en la intención expresa.

[47] *virtud*: ‘poder sobrenatural’. DQ repetirá la pregunta sobre la realidad o falsedad de su experiencia en II, 29, 868, y 62, 1140. La respuesta del mono se adecua a la forma de las declaraciones de testigos según las recogen los escribanos.

—¿Cómo alguna? —respondió maese Pedro—: sesenta mil encierra en sí este mi retablo. Dígole a vuesa merced, mi señor don Quijote, que es una de las cosas más de ver que hoy tiene el mundo, y «operibus credite, et non verbis[48]», y manos a labor, que se hace tarde y tenemos mucho que hacer y que decir y que mostrar.

Obedeciéronle don Quijote y Sancho, y vinieron donde ya estaba el retablo puesto y descubierto, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas que le hacían vistoso y resplandeciente. En llegando, se metió maese Pedro dentro dél, que era el que había de manejar las figuras del artificio, y fuera se puso un muchacho, criado del maese Pedro, para servir de intérprete y declarador de los misterios del tal retablo: tenía una varilla en la mano, con que señalaba las figuras que salían.

Puestos, pues, todos cuantos había en la venta, y algunos en pie, frontero del retablo[49], y acomodados don Quijote, Sancho, el paje y el primo en los mejores lugares, el trujamán comenzó a decir lo que oirá y verá el que le oyere o viere el capítulo siguiente[50].

[48] ‘creed en las obras, y no en las palabras’, frase de procedencia evangélica, convertida en máxima y repetida en II, 50, 1043.

[49] *frontero*: ‘enfrente’

[50] *trujamán*: ‘traductor’, ‘intérprete’, ‘declarador’; la fórmula *oyere o viere* puede ser recuerdo del principio de los documentos y proclamas oficiales: «Sepan cuantos esta... vieren u oyeren».

Capítulo XXVI

Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero, con otras cosas en verdad harto buenas

«Callaron todos, tirios y troyanos[1]», quiero decir, pendientes estaban todos los que el retablo miraban de la boca del declarador de sus maravillas, cuando se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales y trompetas[2] y dispararse mucha artillería, cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho y dijo:

—Esta verdadera historia que aquí a vuesas mercedes se representa es sacada al pie de la letra de las corónicas francesas y de los romances españoles que andan en boca de las gentes y de los muchachos por esas calles. Trata de la libertad que dio el señor don Gaiferos a su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España, en poder de moros, en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza[3]; y vean vuesas mercedes allí cómo está jugando a las tablas don Gaiferos, según aquello que se canta:

> Jugando está a las tablas don Gaiferos,
> que ya de Melisendra está olvidado[4].

Y aquel personaje que allí asoma con corona en la cabeza y ceptro en las manos es el emperador Carlomagno, padre putativo[5] de la tal Melisendra, el cual, mohíno de ver el ocio y descuido de su yerno, le sale a reñir; y adviertan con la vehemencia y ahínco que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el ceptro media docena de coscorrones, y aun hay autores que dicen que se los dio, y muy bien dados; y después de haberle dicho muchas cosas acerca del peligro que corría su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dijo: «Harto os he dicho: miradlo[6]». Miren vuestras mercedes también cómo el emperador vuelve las espaldas y deja despechado a don Gaiferos, el cual ya ven cómo arroja, impaciente de la cólera, lejos de sí el tablero y las tablas, y pide apriesa las armas, y a don Roldán su primo pide prestada su espada Durindana[7], y cómo don Roldán no se la quiere prestar, ofreciéndole su compañía en la difícil empresa en que se pone; pero el valeroso enojado no lo quiere aceptar, antes dice que él solo es bastante para sacar a su esposa, si bien estuviese metida en el más hondo centro de la tierra; y con esto se entra a armar, para ponerse luego en camino. Vuelvan vuestras mercedes los ojos a aquella torre que allí parece, que se presupone que es una de las torres del alcázar de Zaragoza, que ahora llaman la Aljafería[8]; y aquella dama que en aquel balcón parece vestida a lo moro es la sin par Melisendra, que desde allí muchas veces se ponía a mirar el camino de Francia, y, puesta la imaginación en París y en su esposo, se consolaba en su cautiverio. Miren también un nuevo caso que ahora sucede, quizá no visto jamás. ¿No veen aquel moro que callandico y pasito a paso, puesto el dedo en la boca, se llega por las espaldas de Melisendra? Pues miren cómo la da un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se da a escupir y a limpiárselos con la blanca manga de su camisa, y cómo se lamenta y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio. Miren también cómo aquel grave moro que está en aquellos corredores es el rey Marsilio de Sansueña[9], el cual, por haber visto la insolencia del moro, puesto que era un pariente y gran privado suyo le mandó luego prender, y que le den docientos azotes, llevándole por las calles acostumbradas de la ciudad,

> con chilladores delante
> y envaramiento detrás[10];

---

[1] 'cartagineses y troyanos'. Es el comienzo del libro segundo de la *Eneida*, en la traducción de Gregorio Hernández de Velasco (Amberes, 1557), en el momento en que Eneas va a contar a Elisa Dido la guerra y destrucción de Troya.

[2] *atabales*: 'timbales'; con frecuencia solían acompañar a las trompetas.

[3] La identificación de *Sansueña* (originariamente, *Sansoigne*, es decir, 'Sajonia') con *Zaragoza* era, según parece, corriente en la época.

[4] Primeros versos de un poema anónimo que recrea la materia del inicio del romance; las *tablas* eran un 'juego de tablero, fichas y dados', similar al chaquete o *backgammon*.

[5] 'que pasa por padre sin serlo'; C. apunta cómicamente las connotaciones del adjetivo.

[6] Verso de un romance nuevo.

[7] 'Durendal' o 'Durandarte', nombre de la espada de Roldán en el *Orlando furioso.*

[8] Palacio árabe, convertido en residencia de los Reyes de Aragón cuando estaban en Zaragoza; hoy es sede del Parlamento de Aragón.

[9] El nombre del rey –no mencionado en el romance– procede, seguramente, de la poesía épica italiana.

[10] *chilladores*: 'pregoneros que publican los delitos del reo cuando es azotado por la calle'; *envaramiento*: 'conjunto de alguaciles que lo azotan'. Los versos proceden de una jácara de Quevedo.

y veis aquí donde salen a ejecutar la sentencia, aun bien apenas no habiendo sido puesta en ejecución la culpa[11], porque entre moros no hay «traslado a la parte», ni «a prueba y estése», como entre nosotros[12].

—Niño, niño —dijo con voz alta a esta sazón don Quijote—, seguid vuestra historia línea recta y no os metáis en las curvas o transversales[13], que para sacar una verdad en limpio menester son muchas pruebas y repruebas.

También dijo maese Pedro desde dentro:

—Muchacho, no te metas en dibujos, sino haz lo que ese señor te manda, que será lo más acertado: sigue tu canto llano y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sotiles[14].

—Yo lo haré así —respondió el muchacho, y prosiguió diciendo—: esta figura que aquí parece a caballo, cubierta con una capa gascona[15], es la mesma de don Gaiferos; aquí su esposa, ya vengada del atrevimiento del enamorado moro, con mejor y más sosegado semblante se ha puesto a los miradores de la torre, y habla con su esposo creyendo que es algún pasajero, con quien pasó todas aquellas razones y coloquios de aquel romance que dicen:

> Caballero, si a Francia ides,
> por Gaiferos preguntad[16],

las cuales no digo yo ahora, porque de la prolijidad se suele engendrar el fastidio[17]. Basta ver cómo don Gaiferos se descubre, y que por los ademanes alegres que Melisendra hace se nos da a entender que ella le ha conocido, y más ahora que veemos se descuelga del balcón para ponerse en las ancas del caballo de su buen esposo. Mas, ¡ay, sin ventura!, que se le ha asido una punta del faldellín de uno de los hierros del balcón, y está pendiente en el aire, sin poder llegar al suelo. Pero veis cómo el piadoso cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega don Gaiferos y, sin mirar si se rasgará o no el rico faldellín, ase della y mal su grado la hace bajar al suelo y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su caballo, a horcajadas como hombre, y la manda que se tenga fuertemente y le eche los brazos por las espaldas, de modo que los cruce en el pecho, porque no se caiga, a causa que no estaba la señora Melisendra acostumbrada a semejantes caballerías. Veis también cómo los relinchos del caballo dan señales que va contento con la valiente y hermosa carga que lleva en su señor y en su señora. Veis cómo vuelven las espaldas y salen de la ciudad y alegres y regocijados toman de París la vía. ¡Vais en paz, oh par sin par de verdaderos amantes! ¡Lleguéis a salvamento a vuestra deseada patria, sin que la fortuna ponga estorbo en vuestro felice viaje! ¡Los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los días (que los de Néstor sean[18]) que os quedan de la vida!

Aquí alzó otra vez la voz maese Pedro y dijo:

—Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala[19]].

No respondió nada el intérprete, antes prosiguió diciendo:

—No faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viesen la bajada y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al rey Marsilio, el cual mandó luego tocar al arma; y miren con qué priesa, que ya la ciudad se hunde con el son de las campanas que en todas las torres de las mezquitas suenan.

---

[11] ‘inmediatamente después de cometida la falta’.

[12] *traslado a la parte*: ‘comunicación a una de las partes de un pleito de los alegatos de la otra’; *a prueba y estése*: ‘conclusión provisional del juez dando plazo para aportar nuevas pruebas’. Se trata de fórmulas jurídicas.

[13] ‘oblicuas’, ‘quebradas’, ‘desvíos del camino directo’. Las palabras de DQ rechazando las digresiones parecen reflejar las ideas del propio C.

[14] ‘cuenta con sencillez, sin adornos ni agudezas’; la metáfora, sobre términos musicales, era frecuente. En *sotiles* (‘sutiles’) se encuentra el doble sentido de ‘débil’ e ‘ingenioso’.

[15] ‘*capa* especial para el camino, plegada, con un gran cuello que, levantado, permitía tapar el rostro’.

[16] *ides*: ‘vais’. Los versos son del romance citado.

[17] *prolijidad*: ‘morosidad, pormenor’; la misma idea, tópica, se encuentra en Bernal Díaz del Castillo y en Ercilla.

[18] Héroe griego de la guerra de Troya, prototipo de la prudencia y de la longevidad.

[19] La frase, de andadura renacentista y conveniente con el anterior ataque a la *prolijidad*, se ha convertido en proverbial.

—¡Eso no! —dijo a esta sazón don Quijote—. En esto de las campanas anda muy impropio maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas, sino atabales y un género de dulzainas que parecen nuestras chirimías[20]; y esto de sonar campanas en Sansueña sin duda que es un gran disparate.

Lo cual oído por maese Pedro, cesó el tocar y dijo:

—No mire vuesa merced en niñerías, señor don Quijote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle. ¿No se representan por ahí casi de ordinario mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y, con todo eso, corren felicísimamente su carrera y se escuchan no solo con aplauso, sino con admiración y todo[21]? Prosigue, muchacho, y deja decir, que como yo llene mi talego, siquiera represente[22] más impropiedades que tiene átomos el sol.

—Así es la verdad —replicó don Quijote.

Y el muchacho dijo:

—Miren cuánta y cuán lucida caballería sale de la ciudad en siguimiento de los dos católicos amantes, cuántas trompetas que suenan, cuántas dulzainas que tocan y cuántos atabales y atambores que retumban. Témome que los han de alcanzar y los han de volver atados a la cola de su mismo caballo, que sería un horrendo espetáculo.

Viendo y oyendo, pues, tanta morisma y tanto estruendo don Quijote, parecióle ser bien dar ayuda a los que huían, y levantándose en pie, en voz alta dijo:

—No consentiré yo que en mis días y en mi presencia se le haga superchería[23] a tan famoso caballero y a tan atrevido enamorado como don Gaiferos. ¡Deteneos, mal nacida canalla, no le sigáis ni persigáis; si no, conmigo sois en la batalla[24]!

Y, diciendo y haciendo[25], desenvainó la espada y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada y nunca vista furia comenzó a llover cuchilladas sobre la titerera morisma, derribando a unos, descabezando a otros, estropeando a este, destrozando a aquel, y, entre otros muchos, tiró un altibajo tal[26], que si maese Pedro no se abaja, se encoge y agazapa, le cercenara la cabeza con más facilidad que si fuera hecha de masa de mazapán. Daba voces maese Pedro, diciendo:

—Deténgase vuesa merced, señor don Quijote, y advierta que estos que derriba, destroza y mata no son verdaderos moros, sino unas figurillas de pasta. Mire, ¡pecador de mí!, que me destruye y echa a perder toda mi hacienda.

Mas no por esto dejaba de menudear don Quijote cuchilladas, mandobles, tajos y reveses como llovidos. Finalmente, en menos de dos credos, dio con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos y desmenuzadas todas sus jarcias y figuras[27], el rey Marsilio malherido, y el emperador Carlomagno, partida la corona y la cabeza en dos partes. Alborotóse el senado de los oyentes, huyóse el mono por los tejados de la venta, temió el primo, acobardóse el paje, y hasta el mesmo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo, porque, como él juró después de pasada la borrasca, jamás había visto a su señor con tan desatinada cólera. Hecho, pues, el general destrozo del retablo, sosegóse un poco don Quijote y dijo:

—Quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creen ni quieren creer de cuánto provecho sean en el mundo los caballeros andantes. Miren, si no me hallara yo aquí presente, qué fuera del buen don Gaiferos y de la hermosa Melisendra: a buen seguro que esta fuera ya la hora que los hubieran alcanzado estos canes y les hubieran hecho algún desaguisado. En resolución, ¡viva la andante caballería sobre cuantas cosas hoy viven en la tierra!

---

[20] Instrumentos de viento, de madera, de la familia del oboe.

[21] Según C., la *admiración* sólo cabe en aquellas creaciones literarias que muestran con *propiedad* los *disparates*. En estas palabras se ha visto una crítica a la comedia nueva e, indirectamente, a Lope de Vega.

[22] ‘tanto da que *represente*’

[23] ‘injuria u ofensa hecha con ventaja o abuso de fuerza’.

[24] Fórmula de desafío.

[25] ‘en el acto, sin mediar palabra’

[26] *altibajo*: ‘golpe dado de arriba abajo’

[27] ‘aparejos y muñecos’.

—¡Viva enhorabuena —dijo a esta sazón con voz enfermiza maese Pedro—, y muera yo!, pues soy tan desdichado, que puedo decir con el rey don Rodrigo:

Ayer fui señor de España,
y hoy no tengo una almena
que pueda decir que es mía[28].

No ha media hora, ni aun un mediano momento, que me vi señor de reyes y de emperadores, llenas mis caballerizas y mis cofres y sacos de infinitos caballos y de innumerables galas, y agora me veo desolado y abatido, pobre y mendigo, y sobre todo sin mi mono, que a fe que primero que le vuelva a mi poder me han de sudar los dientes; y todo por la furia mal considerada deste señor caballero, de quien se dice que ampara pupilos y endereza tuertos y hace otras obras caritativas, y en mí solo ha venido a faltar su intención generosa, que sean benditos y alabados los cielos, allá donde tienen más levantados sus asientos. En fin, el Caballero de la Triste Figura había de ser aquel que había de desfigurar las mías.

Enternecióse Sancho Panza con las razones de maese Pedro y díjole:

—No llores, maese Pedro, ni te lamentes, que me quiebras el corazón, porque te hago saber que es mi señor don Quijote tan católico y escrupuloso cristiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algún agravio, te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajas.

—Con que me pagase el señor don Quijote alguna parte de las hechuras que me ha deshecho[29], quedaría contento y su merced aseguraría su conciencia, porque no se puede salvar quien tiene lo ajeno contra la voluntad de su dueño y no lo restituye.

—Así es —dijo don Quijote—, pero hasta ahora yo no sé que tenga nada vuestro, maese Pedro.

—¿Cómo no? —respondió maese Pedro—. Y estas reliquias que están por este duro y estéril suelo, ¿quién las esparció y aniquiló sino la fuerza invencible dese poderoso brazo? ¿Y cúyos eran sus cuerpos sino míos? ¿Y con quién me sustentaba yo sino con ellos?

—Ahora acabo de creer —dijo a este punto don Quijote— lo que otras muchas veces he creído: que estos encantadores que me persiguen no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, señores que me oís, que a mí me pareció todo lo que aquí ha pasado que pasaba al pie de la letra: que Melisendra era Melisendra, don Gaiferos don Gaiferos, Marsilio Marsilio, y Carlomagno Carlomagno. Por eso se me alteró la cólera[30], y por cumplir con mi profesión de caballero andante quise dar ayuda y favor a los que huían, y con este buen propósito hice lo que habéis visto: si me ha salido al revés, no es culpa mía, sino de los malos que me persiguen; y, con todo esto, deste mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas[31]: vea maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco a pagárselo luego, en buena y corriente moneda castellana.

Inclinósele maese Pedro, diciéndole:

—No esperaba yo menos de la inaudita cristiandad del valeroso don Quijote de la Mancha, verdadero socorredor y amparo de todos los necesitados y menesterosos vagamundos; y aquí el señor ventero y el gran Sancho serán medianeros y apreciadores entre vuesa merced y mí de lo que valen o podían valer las ya deshechas figuras.

El ventero y Sancho dijeron que así lo harían, y luego maese Pedro alzó del suelo con la cabeza menos al rey Marsilio de Zaragoza, y dijo:

—Ya se vee cuán imposible es volver a este rey a su ser primero, y, así, me parece, salvo mejor juicio, que se me dé por su muerte, fin y acabamiento cuatro reales y medio.

—Adelante —dijo don Quijote.

---

[28] Tres versos, salteados, del romance de la pérdida de España.

[29] *hechuras*: ‘figuritas’, ‘estatuillas’.

[30] La alteración de la cólera causaba frenesí.

[31] Se *condenaba en costas* al juez que resolvía irregularmente en algún paso del proceso.

—Pues por esta abertura de arriba abajo —prosiguió maese Pedro, tomando en las manos al partido emperador Carlomagno—, no sería mucho que pidiese yo cinco reales y un cuartillo[32].

—No es poco —dijo Sancho.

—Ni mucho —replicó el ventero—: médiese la partida[33] y señálensele cinco reales.

—Dénsele todos cinco y cuartillo —dijo don Quijote—, que no está en un cuartillo más a menos la monta desta notable desgracia[34]; y acabe presto maese Pedro, que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre.

—Por esta figura —dijo maese Pedro— que está sin narices y un ojo menos, que es de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales y doce maravedís.

—Aun ahí sería el diablo[35] —dijo don Quijote—, si ya no estuviese Melisendra con su esposo por lo menos en la raya de Francia[36], porque el caballo en que iban a mí me pareció que antes volaba que corría; y, así, no hay para qué venderme a mí el gato por liebre[37], presentándome aquí a Melisendra desnarigada, estando la otra, si viene a mano[38], ahora holgándose en Francia con su esposo a pierna tendida. Ayude Dios con lo suyo a cada uno[39], señor maese Pedro, y caminemos todos con pie llano y con intención sana. Y prosiga.

Maese Pedro, que vio que don Quijote izquierdeaba[40] y que volvía a su primer tema, no quiso que se le escapase, y, así, le dijo:

—Esta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que la servían, y, así, con sesenta maravedís que me den por ella quedaré contento y bien pagado.

Desta manera fue poniendo precio a otras muchas destrozadas figuras, que después los moderaron los dos jueces árbitros, con satisfación de las partes, que llegaron a cuarenta reales y tres cuartillos; y además desto, que luego lo desembolsó Sancho, pidió maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono.

—Dáselos, Sancho —dijo don Quijote—, no para tomar el mono, sino la mona[41]; y docientos diera yo ahora en albricias a quien me dijera con certidumbre que la señora doña Melisendra y el señor don Gaiferos estaban ya en Francia y entre los suyos.

—Ninguno nos lo podrá decir mejor que mi mono —dijo maese Pedro—, pero no habrá diablo que ahora le tome; aunque imagino que el cariño y la hambre le han de forzar a que me busque esta noche, y amanecerá Dios y verémonos.

En resolución, la borrasca del retablo se acabó y todos cenaron en paz y en buena compañía, a costa de don Quijote, que era liberal en todo estremo.

Antes que amaneciese se fue el que llevaba las lanzas y las alabardas, y ya después de amanecido se vinieron a despedir de don Quijote el primo y el paje, el uno para volverse a su tierra, y el otro a proseguir su camino, para ayuda del cual le dio don Quijote una docena de reales. Maese Pedro no quiso volver a entrar en más dimes ni diretes con don Quijote[42], a quien él conocía muy bien, y, así, madrugó antes que el sol, y cogiendo las reliquias de su retablo, y a su mono, se fue también a buscar sus aventuras. El ventero, que no conocía a don Quijote, tan admirado le tenían sus locuras como su liberalidad. Finalmente, Sancho le pagó muy bien, por orden de su señor, y, despidiéndose dél, casi a las ocho del día dejaron la venta y se

---

[32] ‘la cuarta parte de un real’

[33] ‘pártase la diferencia’, como se hace cuando se está regateando.

[34] ‘el coste de esta calamidad no depende de un cuartillo más o menos’.

[35] ‘Eso sí que me causaría pena, si fuese verdad’.

[36] ‘en la frontera de Francia’.

[37] ‘engañarme en la calidad de la mercancía’.

[38] ‘si tiene la ocasión’

[39] Adecuación del refrán «Con lo mío me ayude Dios».

[40] ‘empezaba a desvariar’.

[41] ‘borrachera’.

[42] ‘entrar en más discusiones con DQ’.

pusieron en camino, donde los dejaremos ir, que así conviene para dar lugar a contar otras cosas pertenecientes a la declaración desta famosa historia.

Capítulo XXVII

Donde se da cuenta de quiénes eran maese Pedro y su mono, con el mal suceso que don Quijote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenía pensado

Entra Cide Hamete, coronista desta grande historia, con estas palabras en este capítulo: «Juro como católico cristiano...[1]». A lo que su traductor dice que el jurar Cide Hamete como católico cristiano, siendo él moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa sino que así como el católico cristiano, cuando jura, jura o debe jurar verdad y decirla en lo que dijere, así él la decía como si jurara como cristiano católico en lo que quería escribir de don Quijote, especialmente en decir quién era maese Pedro y quién el mono adivino que traía admirados todos aquellos pueblos con sus adivinanzas.

Dice, pues, que bien se acordará el que hubiere leído la primera parte desta historia de aquel Ginés de Pasamonte a quien entre otros galeotes dio libertad don Quijote en Sierra Morena, beneficio que después le fue mal agradecido y peor pagado de aquella gente maligna y mal acostumbrada. Este Ginés de Pasamonte, a quien don Quijote llamaba «Ginesillo de Parapilla», fue el que hurtó a Sancho Panza el rucio, que, por no haberse puesto el cómo ni el cuándo en la primera parte, por culpa de los impresores, ha dado en qué entender a muchos, que atribuían a poca memoria del autor la falta de emprenta[2]. Pero, en resolución, Ginés le hurtó estando sobre él durmiendo Sancho Panza, usando de la traza y modo que usó Brunelo cuando, estando Sacripante sobre Albraca, le sacó el caballo de entre las piernas, y después le cobró Sancho como se ha contado[3]. Este Ginés, pues, temeroso de no ser hallado de la justicia, que le buscaba para castigarle de sus infinitas bellaquerías y delitos, que fueron tantos y tales, que él mismo compuso un gran volumen contándolos, determinó pasarse al reino de Aragón[4] y cubrirse el ojo izquierdo, acomodándose al oficio de titerero, que esto y el jugar de manos[5] lo sabía hacer por estremo.

Sucedió, pues, que de unos cristianos ya libres que venían de Berbería compró aquel mono, a quien enseñó que en haciéndole cierta señal se le subiese en el hombro y le murmurase, o lo pareciese, al oído. Hecho esto, antes que entrase en el lugar donde entraba con su retablo y mono, se informaba en el lugar más cercano, o de quien él mejor podía, qué cosas particulares hubiesen sucedido en el tal lugar, y a qué personas; y llevándolas bien en la memoria, lo primero que hacía era mostrar su retablo, el cual unas veces era de una historia y otras de otra, pero todas alegres y regocijadas y conocidas. Acabada la muestra[6], proponía las habilidades de su mono, diciendo al pueblo que adivinaba todo lo pasado y lo presente, pero que en lo de por venir no se daba maña. Por la respuesta de cada pregunta pedía dos reales, y de algunas hacía barato[7], según tomaba el pulso a los preguntantes; y como tal vez llegaba a las casas de quien él sabía los sucesos de los que en ella moraban[8], aunque no le preguntasen nada por no pagarle, él hacía la seña al mono y luego decía que le había dicho tal y tal cosa, que venía de molde con lo sucedido. Con esto cobraba crédito inefable[9], y andábanse todos tras él. Otras veces, como era tan discreto, respondía de manera que las respuestas venían bien con las preguntas; y como nadie le apuraba ni apretaba a que dijese cómo adevinaba su mono, a todos hacía monas, y llenaba sus esqueros[10].

Así como entró en la venta conoció a don Quijote y a Sancho, por cuyo conocimiento le fue fácil poner en admiración a don Quijote y a Sancho Panza y a todos los que en ella estaban; pero hubiérale de costar caro si don Quijote bajara un poco más la mano cuando cortó la cabeza al rey Marsilio y destruyó toda su caballería, como queda dicho en el antecedente capítulo.

Esto es lo que hay que decir de maese Pedro y de su mono.

---

[1] Se bromea acerca de la costumbre común de recurrir a rotundas manifestaciones de fe en excesivas ocasiones.

[2] ‘el error o descuido de los impresores’.

[3] Véase II, 4.

[4] Donde no se podían aplicar las sentencias dadas en Castilla, puesto que no se admitían los procedimientos de prueba que allí se aplicaban.

[5] *jugar de manos*: ‘hacer juegos de prestidigitación’, pero también ‘robar’.

[6] ‘actuación preliminar para presentar un espectáculo’; se quiere destacar que el acto más provechoso y celebrado era la actuación del mono.

[7] ‘cobraba menos’.

[8] ‘y si alguna vez llegaba a las casas de cuyos habitantes sabía los sucesos’ (con *ella* por *ellas*).

[9] Quizá con el sentido de ‘infalible’.

[10] *hacía monas*: ‘dejaba chasqueados, boquiabiertos’; *esqueros*: ‘bolsas para llevar dinero’.

Y volviendo a don Quijote de la Mancha, digo que después de haber salido de la venta determinó de ver primero las riberas del río Ebro y todos aquellos contornos, antes de entrar en la ciudad de Zaragoza, pues le daba tiempo para todo el mucho que faltaba desde allí a las justas. Con esta intención siguió su camino, por el cual anduvo dos días sin acontecerle cosa digna de ponerse en escritura, hasta que al tercero, al subir de una loma, oyó un gran rumor de atambores, de trompetas y arcabuces. Al principio pensó que algún tercio de soldados[11] pasaba por aquella parte, y por verlos picó a Rocinante y subió la loma arriba; y cuando estuvo en la cumbre, vio al pie della, a su parecer, más de docientos hombres armados de diferentes suertes de armas, como si dijésemos lanzones, ballestas, partesanas[12], alabardas y picas, y algunos arcabuces y muchas rodelas. Bajó del recuesto y acercóse al escuadrón tanto, que distintamente vio las banderas, juzgó de las colores y notó las empresas que en ellas traían, especialmente una que en un estandarte o jirón de raso blanco venía[13], en el cual estaba pintado muy al vivo un asno como un pequeño sardesco[14], la cabeza levantada, la boca abierta y la lengua de fuera, en acto y postura como si estuviera rebuznando; alrededor dél estaban escritos de letras grandes estos dos versos:

No rebuznaron en balde
el uno y el otro alcalde[15].

Por esta insignia sacó don Quijote que aquella gente debía de ser del pueblo del rebuzno, y así se lo dijo a Sancho, declarándole lo que en el estandarte venía escrito. Díjole también que el que les había dado noticia de aquel caso se había errado en decir que dos regidores habían sido los que rebuznaron, pero que[16], según los versos del estandarte, no habían sido sino alcaldes[17]. A lo que respondió Sancho Panza:

—Señor, en eso no hay que reparar, que bien puede ser que los regidores que entonces rebuznaron viniesen con el tiempo a ser alcaldes de su pueblo, y, así, se pueden llamar con entrambos títulos: cuanto más que no hace al caso a la verdad de la historia ser los rebuznadores alcaldes o regidores, como ellos una por una hayan rebuznado[18], porque tan a pique está de rebuznar un alcalde como un regidor.

Finalmente, conocieron y supieron cómo el pueblo corrido salía a pelear con otro que le corría más de lo justo[19] y de lo que se debía a la buena vecindad.

Fuese llegando a ellos don Quijote, no con poca pesadumbre de Sancho, que nunca fue amigo de hallarse en semejantes jornadas. Los del escuadrón le recogieron en medio, creyendo que era alguno de los de su parcialidad. Don Quijote, alzando la visera, con gentil brío y continente llegó hasta el estandarte del asno, y allí se le pusieron alrededor todos los más principales del ejército, por verle, admirados con la admiración acostumbrada en que caían todos aquellos que la vez primera le miraban. Don Quijote que los vio tan atentos a mirarle, sin que ninguno le hablase ni le preguntase nada, quiso aprovecharse de aquel silencio y, rompiendo el suyo, alzó la voz y dijo:

—Buenos señores, cuan encarecidamente puedo os suplico que no interrumpáis un razonamiento que quiero haceros, hasta que veáis que os disgusta y enfada; que si esto sucede, con la más mínima señal que me hagáis pondré un sello en mi boca y echaré una mordaza a mi lengua[20].

Todos le dijeron que dijese lo que quisiese, que de buena gana le escucharían. Don Quijote, con esta licencia, prosiguió diciendo:

—Yo, señores míos, soy caballero andante, cuyo ejercicio es el de las armas, y cuya profesión, la de favorecer a los necesitados de favor y acudir a los menesterosos. Días ha que he sabido vuestra desgracia y

---

[11] *tercio*: 'regimiento'.

[12] 'especie de alabarda con dos aletas en la base'.

[13] *jirón*: 'pendón o estandarte que remata en punta'.

[14] 'asno de raza pequeña'.

[15] Los versos coinciden con un refrán, posiblemente cierre de un cuento popular.

[16] 'por más que', 'sin embargo'

[17] Por *alcalde* se solía entender el 'oficial urbano' que combinaba las funciones de 'máxima autoridad municipal' y 'juez de paz', aunque por lo general se limitaba a funciones judiciales; los *regidores* eran los 'concejales de rango superior'.

[18] *una por una*: 'efectivamente'

[19] 'se burlaba de él, lo tomaba a chacota más de lo que era tolerable'.

[20] 'instrumento de hierro que sujetaba la lengua fuera de la boca e impedía hablar'; era castigo que se aplicaba a los blasfemos y relapsos. La amenaza de interrumpir el relato coincide con la de Sancho al contar la historia de la pastora Torralba (I, 20) y con la de Cardenio al referir la suya (I, 24).

la causa que os mueve a tomar las armas a cada paso, para vengaros de vuestros enemigos; y habiendo discurrido una y muchas veces en mi entendimiento sobre vuestro negocio, hallo, según las leyes del duelo, que estáis engañados en teneros por afrentados, porque ningún particular puede afrentar a un pueblo entero, si no es retándole de traidor por junto[21], porque no sabe en particular quién cometió la traición por que le reta. Ejemplo desto tenemos en don Diego Ordóñez de Lara, que retó a todo el pueblo zamorano porque ignoraba que solo Vellido Dolfos había cometido la traición de matar a su rey, y, así, retó a todos, y a todos tocaba la venganza y la respuesta; aunque bien es verdad que el señor don Diego anduvo algo demasiado y aun pasó muy adelante de los límites del reto, porque no tenía para qué retar a los muertos, a las aguas, ni a los panes, ni a los que estaban por nacer, ni a las otras menudencias que allí se declaran[22]; pero vaya, pues cuando la cólera sale de madre[23], no tiene la lengua padre, ayo ni freno que la corrija. Siendo, pues, esto así, que uno solo no puede afrentar a reino, provincia, ciudad, república, ni pueblo entero, queda en limpio que no hay para qué salir a la venganza del reto de la tal afrenta, pues no lo es; porque ¡bueno sería que se matasen a cada paso los del pueblo de la Reloja con quien se lo llama, ni los cazoleros, berenjeneros, ballenatos, jaboneros, ni los de otros nombres y apellidos que andan por ahí en boca de los muchachos y de gente de poco más a menos[24]! ¡Bueno sería, por cierto, que todos estos insignes pueblos se corriesen y vengasen y anduviesen contino hechas las espadas sacabuches a cualquier pendencia[25], por pequeña que fuese! ¡No, no, ni Dios lo permita o quiera! Los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas, por cuatro cosas han de tomar las armas y desenvainar las espadas y poner a riesgo sus personas, vidas y haciendas: la primera, por defender la fe católica; la segunda, por defender su vida, que es de ley natural y divina; la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta, en servicio de su rey en la guerra justa; y si le quisiéremos añadir la quinta, que se puede contar por segunda, es en defensa de su patria[26]. A estas cinco causas, como capitales, se pueden agregar algunas otras que sean justas y razonables y que obliguen a tomar las armas, pero tomarlas por niñerías y por cosas que antes son de risa y pasatiempo que de afrenta, parece que quien las toma carece de todo razonable discurso; cuanto más que el tomar venganza injusta, que justa no puede haber alguna que lo sea, va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien a nuestros enemigos y que amemos a los que nos aborrecen[27], mandamiento que aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos que tienen menos de Dios que del mundo y más de carne que de espíritu; porque Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo ni puede mentir, siendo legislador nuestro, dijo que su yugo era suave y su carga liviana[28], y, así, no nos había de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla. Así que, mis señores, vuesas mercedes están obligados por leyes divinas y humanas a sosegarse.

—El diablo me lleve —dijo a esta sazón Sancho entre sí— si este mi amo no es tólogo, y si no lo es, que lo parece como un güevo a otro[29].

Tomó un poco de aliento don Quijote y, viendo que todavía le prestaban silencio, quiso pasar adelante en su plática, como pasara si no se pusiera en medio la agudeza de Sancho, el cual, viendo que su amo se detenía, tomó la mano por él, diciendo:

—Mi señor don Quijote de la Mancha, que un tiempo se llamó «el Caballero de la Triste Figura» y ahora se llama «el Caballero de los Leones», es un hidalgo muy atentado[30], que sabe latín y romance como un bachiller, y en todo cuanto trata y aconseja procede como muy buen soldado, y tiene todas las leyes y

---

[21] ‘desafiando a todo el pueblo por traición para que elija sus campeones’. DQ recuerda y se apoya en la leyenda del cerco de Zamora, poetizada en cantares de gesta y en varios romances viejos.

[22] Es el romance viejo «Ya cabalga Diego Ordóñez»; DQ se refiere a los vv. 9-18: «Yo os riepto, los zamoranos / por traidores fementidos; / riepto a todos los muertos / y con ellos a los vivos; / riepto hombres y mugeres, / los por nascer y nascidos; / riepto a todos los grandes, / a los grandes y a los chicos, / a las carnes y pescados / y las aguas de los ríos»; *panes*: ‘trigos’.

[23] ‘se desborda’

[24] *el pueblo de la Reloja* es Espartinas (Sevilla), Yepes u Ocaña (Toledo); *cazoleros*: ‘de Valladolid’; *berenjeneros*: ‘de Toledo’; *ballenatos*: ‘de Madrid’; *jaboneros*: ‘de Sevilla o de Torrijos (Toledo)’.

[25] *contino*: ‘continuamente’; *sacabuches* vale por ‘trombón de varas’, por el ademán de desenvainarlas, pero también ‘saca tripas’.

[26] La casuística de DQ se corresponde con la teología moral de su época.

[27] La sentencia proviene del Evangelio (Mateo, V, 44; Lucas, VI, 35).

[28] «Iugum enim meum suave est, et onus meum leve» (Mateo, XI, 30).

[29] *tólogo*: ‘teólogo, licenciado en teología’; ya entonces era común tomar como punto de referencia la igualdad de los huevos.

[30] ‘prudente’, ‘que actúa con tiento’

ordenanzas de lo que llaman el duelo en la uña[31], y, así, no hay más que hacer sino dejarse llevar por lo que él dijere, y sobre mí si lo erraren[32]; cuanto más que ello se está dicho que es necedad correrse por solo oír un rebuzno, que yo me acuerdo, cuando muchacho, que rebuznaba cada y cuando que se me antojaba, sin que nadie me fuese a la mano, y con tanta gracia y propiedad, que en rebuznando yo rebuznaban todos los asnos del pueblo, y no por eso dejaba de ser hijo de mis padres, que eran honradísimos, y aunque por esta habilidad era invidiado de más de cuatro de los estirados de mi pueblo[33], no se me daba dos ardites. Y porque se vea que digo verdad, esperen y escuchen, que esta ciencia es como la del nadar, que una vez aprendida, nunca se olvida.

Y, luego, puesta la mano en las narices, comenzó a rebuznar tan reciamente, que todos los cercanos valles retumbaron. Pero uno de los que estaban junto a él, creyendo que hacía burla dellos, alzó un varapalo que en la mano tenía[34] y diole tal golpe con él, que, sin ser poderoso a otra cosa[35], dio con Sancho Panza en el suelo. Don Quijote que vio tan malparado a Sancho, arremetió al que le había dado, con la lanza sobre mano[36]; pero fueron tantos los que se pusieron en medio, que no fue posible vengarle, antes, viendo que llovía sobre él un nublado de piedras y que le amenazaban mil encaradas ballestas y no menos cantidad de arcabuces, volvió las riendas a Rocinante, y a todo lo que su galope pudo se salió de entre ellos, encomendándose de todo corazón a Dios que de aquel peligro le librase, temiendo a cada paso no le entrase alguna bala por las espaldas y le saliese al pecho, y a cada punto recogía el aliento, por ver si le faltaba[37].

Pero los del escuadrón se contentaron con verle huir, sin tirarle. A Sancho le pusieron sobre su jumento, apenas vuelto en sí, y le dejaron ir tras su amo, no porque él tuviese sentido para regirle; pero el rucio siguió las huellas de Rocinante, sin el cual no se hallaba un punto. Alongado, pues, don Quijote buen trecho, volvió la cabeza y vio que Sancho venía, y atendióle[38], viendo que ninguno le seguía.

Los del escuadrón se estuvieron allí hasta la noche, y por no haber salido a la batalla sus contrarios, se volvieron a su pueblo, regocijados y alegres; y si ellos supieran la costumbre antigua de los griegos, levantaran en aquel lugar y sitio un trofeo[39].

---

[31] ‘se las conoce al dedillo’.

[32] ‘caiga sobre mí el castigo si hay error en hacerle caso’.

[33] *estirados*: ‘que afectan superioridad’.

[34] *varapalo*: ‘palo largo y grueso’

[35] ‘sin poderlo remediar’, ‘sin poder hacer otra cosa’.

[36] ‘sin apoyarla en ninguna parte’.

[37] Se creía que el *aliento* (‘espíritu vital’), que se renovaba por la respiración, podía irse por las heridas, pues circulaba juntamente con la sangre; era fundamental para cualquier operación de los sentidos exteriores e interiores.

[38] ’le esperó’. La actitud de DQ puede juzgarse como cobardía, pero más bien es prudencia o cautela, pues no en balde disparaban armas de fuego, ante las cuales no era deshonroso huir o retroceder.

[39] ‘monumento para celebrar la huida del enemigo’

RESUMEN DE LOS CAPÍTULOS OMITIDOS (XXVIII-XXXIX)[1]

La aventura del barco encantado.

Don Quijote y Sancho llegan al Ebro y se ofrece a su vista «*un pequeño barco sin remos ni otras jarcias algunas, que estaba atado en la orilla a un tronco de árbol que en la ribera estaba. Miró don Quijote a todas partes, y no vio persona alguna; y luego, sin más ni más, se apeó de Rocinante y mandó á Sancho que lo mesmo hiciese del rucio, y que a entrambas bestias las atase muy bien, juntas al tronco de un álamo o sauce que allí estaba*» (II, 29). Compárense estos detalles con una aventura de Palmerín de Inglaterra: «*andando por la ribera del agua... y mirando a todas partes, vio entre dos peñas, adonde el agua hacía un remanso, un batel muy grande atado con una cuerda a un álamo... y mirando por todas partes por ver si quien allí el barco había traído eran salidos a tomar algún refresco, no solamente no vio gente mas ni aun rumor della, y viendo esto mandó a Selvián que le tuviese el caballo, porque quería entrar dentro en el batel*» (Palmerín de Ingalaterra, I, 56). Cervantes hace de la travesía del Ebro de don Quijote y Sancho un remedo del maravilloso viaje de Palmerín, tema que es a su vez un tópico de la literatura caballeresca, donde es tan frecuente que un navío abandonado conduzca, sin nadie que lo gobierne, a un héroe famoso. La fantasía de don Quijote se exalta, y se cree que siguiendo el curso del río han llegado al mar y han pasado la línea equinoccial. Pero el pequeño barco está alcanzando la otra orilla del río con peligro de dar contra las ruedas de una aceña, y al reparar en ello acuden los molineros, blancos de harina, con varas apropiadas para detener la embarcación. Don Quijote se sobresalta al ver a aquellos hombres enharinados y los increpa como si fueran seres malvados que tienen a una persona cautiva en su fortaleza, y los insulta, desafía y amenaza con la espada.

Los molineros consiguen detener el barco, no sin que don Quijote y su escudero Sancho se zambullan en el río.

En el palacio de los Duques.

Desde el capítulo 30 hasta el 57 de esta segunda parte de la novela don Quijote y Sancho son acogidos por unos Duques que tenían su residencia en aquellas tierras aragonesas. Aunque Cervantes jamás indica su nombre ni su título y no denomina el lugar donde está situado el palacio en que residen, se suele afirmar que parecen estar inspirados en don Carlos de Borja y doña María Luisa de Aragón, duques de Luna y Villahermosa, que tenían una residencia en Pedrola.

Los Duques han leído la primera parte del Quijote, y por lo tanto cuando conocen al hidalgo manchego y a su escudero saben perfectamente de qué pie cojean ambos: la locura caballeresca y el ingenio de don Quijote y la ambición y donaires de Sancho. Ricos aristócratas, con una verdadera corte de servidores y criados, los Duques deciden aprovechar el paso de don Quijote y Sancho por sus propiedades para divertirse a costa de ellos, como si hubiesen tenido la suerte de encontrar a dos bufones. Así, pues, el Duque ordena a toda su servidumbre que siga el humor de don Quijote y que se comporte al estilo de las cortes de los libros de caballerías. Si bien a ello se opone indignado e iracundo el capellán del palacio, que lo abandona mientras don Quijote reside en él, el mayordomo del Duque, hombre ingenioso y conocedor de los lances de los libros de caballerías, colaborará eficazmente en esta gran farsa.

Con gran delicadeza, pero despiadadamente en ciertas ocasiones, tratarán los Duques a don Quijote y a Sancho, y no repararán en dificultades a fin de hacerles creer que viven en el ambiente de los libros de caballerías, pues gracias a su fortuna y a su poder harán una complicada imitación del mundo caballeresco y de las aventuras de los antiguos caballeros andantes que, sin necesidad de desfigurar la realidad, revivirán artificialmente en don Quijote y en Sancho.

El encuentro de amo y criado con estos aristócratas es meramente casual. Al atardecer del día siguiente de haber atravesado el Ebro topan con una bella cazadora, a la que don Quijote hace saludar solemnemente por Sancho. La cazadora, que es la Duquesa, afirma ya tener noticia de don Quijote y

[111] El capítulo XXVIII transcurre, sin apenas acción, en una conversación entre Don Quijote y Sancho, sobre el sueldo que el caballero adeuda al escudero, y sobre los premios (la famosa ínsula) que le tenía ofrecida desde su primera salida juntos. Retomamos el resumen de Martín de Riquer a partir del capítulo XXIX.

Sancho por la primera parte de sus aventuras, que anda impresa, y los acoge con grandes muestras de alegría. A la Duquesa le hacen mucha gracia los modales y la conversación de Sancho, quien llega a sentir un gran afecto por la dama sin percibir exactamente que no constituye para ella más que un objeto de diversión.

Al lado de los Duques don Quijote y Sancho entran por vez primera. en un ambiente aristocrático y refinado y conviven con la nobleza. El mundo de venteros, cabreros, pastores, cuadrilleros y de labradores más o menos acomodados, en el que hasta ahora han estado inmersos casi siempre, se sustituye por el de la etiqueta palaciega, el lujo suntuoso y el poder de una auténtica corte, que, aunque reproduce con toda fidelidad el esplendor de algunas casas nobles de principios del siglo XVII, por su boato, magnificencia, elegancia y apego a una vieja tradición, conserva elementos y actitudes que en cierto modo se asemejan ál ambiente medieval descrito en los libros de caballerías. Ya no será preciso que don Quijote imagine, en su demente fantasía, un mundo irreal, pues el que le circunda se amolda a sus ensueños literarios; y por otra parte las órdenes del Duque, ,que exigirá a su servidumbre que lo trate como un caballero andante y que invente trances novelescos, acrecentarán este ambiente novelesco, que Cervantes ha creado con sumo cuidado y sin olvidar ni un solo momento la más elemental verosimilitud.

Sólo dos personas del palacio se excluyen de la consigna dada por el Duque: el eclesiástico ya aludido, que malhumoradamente interpela a don Quijote por sus sandeces y reconviene a su señor por organizar tal farsa, y cierta dama de honor de la Duquesa llamada doña Rodríguez, tipo inolvidable porque en él Cervantes ha pintado magistralmente a la mujer tonta y la ha hecho obrar y hablar de la manera más estúpida y mentecata posible. Doña Rodríguez, en su integral estulticia, cree a pies juntillas que don Quijote es un caballero andante e incluso acude a él, como una dueña menesterosa de las que tanto abundan en los libros de caballerías, para que defienda el honor de su hija, que ha sido burlada por el hijo de un labrador rico. Como es natural, don Quijote accederá a defender en batalla singular el honor de la hija de doña Rodríguez, para lo cual el Duque hará construir un tablado y dispondrá la presencia de jueces de campo, como en las novelas. Pero en lugar del hijo del labrador, causante de la deshonra, hará que se apreste a luchar con don Quijote un lacayo llamado Tosilos, el cual, cuando se entera de que va a batallar por no casarse con la joven Rodríguez, que le ha gustado físicamente, renunciará a la batalla y se dará por vencido (11, 48 y 56). Pero este episodio se desarrolla al final de la estancia de don Quijote en el palacio de los Duques.

La profecía de Merlín.

En una cacería que organiza el Duque en honor de don Quijote, aparece de improviso uno de los criados de aquél, disfrazado de diablo, que anuncia la llegada de un cortejo de encantadores que traen sobre un carro triunfal a Dulcinea del Toboso. En efecto, al cerrar la noche y precedidos de músicas y de ruidos estremecedores, llegan un carro tirado de bueyes y toda suerte de personas disfrazadas de magos y encantadores, entre quienes se destaca el sabio Merlín, el cual pronuncia ante don Quijote una cómica y solemne profecía en verso, al estilo de las que en la Edad Media se atribuían a aquel diabólico personaje.

En la profecía se anuncia que Dulcinea está encantada en forma de rústica aldeana (o sea como, gracias a la mentira de su escudero, creyó verla don Quijote) y que sólo recobrará su estado primero (o sea el de una gran dama) cuando Sancho se haya dado tres mil trescientos azotes «en ambas sus valientes posaderas». Ante las protestas del escudero, don Quijote se dispone a darle los azotes a viva fuerza, pero interviene Merlín y puntualiza que el desencanto sólo tendrá efecto si Sancho recibe los azotes «por su buena voluntad, y no por fuerza, y en el tiempo que él quisiere», pues no se exige plazo fijo (11, 35).

Este embuste implica una nueva situación en las relaciones entre amo y escudero, situación que perdura hasta el fin de la novela. Don Quijote se verá obligado a importunar, rogar y suplicar a su criado para que de cuando en cuando se vapulee y con ello se vaya ganando camino hacia el desencanto de Dulcinea. Sancho, si bien no encuentra nada agradable eso de azotarse, tendrá en ello una importante arma contra su amo e incluso se hará pagar en dinero cada uno de los azotes.

La aventura de Clavileño.

A la profecía de Merlín sigue la larga e interesante aventura de la condesa Trifaldi, o dueña Dolorida, y de Clavileño (1I, 36-41). La Trifaldi se presenta ante don Quijote con un grotesco cortejo de damas barbudas para pedirle que vaya a la lejana isla de Candaya a desencantar a la infanta Antonomasia y

a don Clavijo, convertidos por el gigante Malambruno, ella en una simia de bronce, y él en un espantoso cocodrilo. Sólo a don Quijote estaba reservada la hazaña de hacerles recobrar su primitiva forma.

Los criados del Duque realizan toda esta farsa con notable propiedad y remendando con verdadero acierto las situaciones, el estilo y el lenguaje de los libros de caballerías. Para ir a Candaya es preciso montar en un caballo de madera, llamado Clavileño, que lleva rápidamente por los aires a las regiones más apartadas.

Capítulo XL

De cosas que atañen y tocan a esta aventura y a esta memorable historia

Real y verdaderamente, todos los que gustan de semejantes historias como esta deben de mostrarse agradecidos a Cide Hamete, su autor primero, por la curiosidad que tuvo en contarnos las semínimas della[1], sin dejar cosa, por menuda que fuese, que no la sacase a luz distintamente. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde a las tácitas[2], aclara las dudas, resuelve los argumentos; finalmente, los átomos del más curioso deseo manifiesta. ¡Oh autor celebérrimo! ¡Oh don Quijote dichoso! ¡Oh Dulcinea famosa! ¡Oh Sancho Panza gracioso! Todos juntos y cada uno de por sí viváis siglos infinitos, para gusto y general pasatiempo de los vivientes.

Dice, pues, la historia que así como Sancho vio desmayada a la Dolorida, dijo:

—Por la fe de hombre de bien juro, y por el siglo[3] de todos mis pasados los Panzas, que jamás he oído ni visto, ni mi amo me ha contado, ni en su pensamiento ha cabido, semejante aventura como esta. Válgate mil satanases, por no maldecirte por encantador y gigante[4], Malambruno, ¿y no hallaste otro género de castigo que dar a estas pecadoras sino el de barbarlas? ¿Cómo y no fuera mejor y a ellas les estuviera más a cuento quitarles la mitad de las narices, de medio arriba, aunque hablaran gangoso, que no ponerles barbas? Apostaré yo que no tienen hacienda para pagar a quien las rape.

—Así es la verdad, señor —respondió una de las doce—, que no tenemos hacienda para mondarnos, y, así, hemos tomado algunas de nosotras por remedio ahorrativo de usar de unos pegotes o parches pegajosos, y aplicándolos a los rostros, y tirando de golpe, quedamos rasas y lisas como fondo de mortero de piedra[5]; que puesto que hay en Candaya mujeres que andan de casa en casa a quitar el vello y a pulir las cejas[6] y hacer otros menjurjes tocantes a mujeres, nosotras las dueñas de mi señora por jamás quisimos admitirlas, porque las más oliscan a terceras, habiendo dejado de ser primas[7]; y si por el señor don Quijote no somos remediadas, con barbas nos llevarán a la sepultura.

—Yo me pelaría las mías —dijo don Quijote— en tierra de moros[8], si no remediase las vuestras.

A este punto volvió de su desmayo la Trifaldi y dijo:

—El retintín desa promesa[9], valeroso caballero, en medio de mi desmayo llegó a mis oídos y ha sido parte para que yo dél vuelva y cobre todos mis sentidos; y, así, de nuevo os suplico, andante ínclito y señor indomable, vuestra graciosa promesa se convierta en obra.

—Por mí no quedará —; respondió don Quijote—. Ved, señora, qué es lo que tengo de hacer, que el ánimo está muy pronto para serviros[10].

—Es el caso —respondió la Dolorida— que desde aquí al reino de Candaya, si se va por tierra, hay cinco mil leguas, dos más a menos; pero si se va por el aire y por la línea recta, hay tres mil y docientas y veinte y siete. Es también de saber que Malambruno me dijo que cuando la suerte me deparase al caballero nuestro libertador, que él le enviaría una cabalgadura harto mejor y con menos malicias que las que son de retorno[11], porque ha de ser aquel mesmo caballo de madera sobre quien llevó el valeroso Pierres robada a la linda Magalona, el cual caballo se rige por una clavija que tiene en la frente, que le sirve de freno, y

---

[1] 'las minucias'; la palabra pertenece a la nomenclatura de la música (I, 31, 358, n. 7). C. está parodiando la prolijidad de los libros de caballerías, pero sin dejar de elogiarse. Por la interrupción de esta voz narrativa, distinta de la de Cide Hamete, parece que el narrador quiera recordar al lector que se las tiene con un relato ficticio y que los burlones Duques y sus ayudantes también son personajes ficticios.

[2] 'lo que, por alguna razón, no se dice'; pueden ser *preguntas* u *objeciones*.

[3] *siglo*: 'vida eterna'

[4] Para no *maldecirlo* como *encantador*, Sancho le dice 'válgate el diablo', ya que no 'válgate Dios'.

[5] La técnica depilatoria coincide con las más usuales entre las contemporáneas de C.

[6] 'depilar y arreglar el dibujo de las cejas'.

[7] Juego de palabras: *prima* era tratamiento de confianza y, además, 'protagonista posible en el amor'; *tercera* 'alcahueta'; ambas, 'cuerdas de guitarra'. El chiste se repite con frecuencia.

[8] Recuerda el hecho de que en Argelia el raparse la barba era señal de ganapanes y bellacos.

[9] *retintín*: 'tintineo', sin ningún sentido peyorativo.

[10] En las palabras de DQ se oye un eco evangélico: «Spiritus quidem promptus est...» (Mateo, XXVI, 41). Que la empresa caballeresca de DQ se cifre en rasurar las barbas de unas dueñas revela el nivel de degradación a que ha llegado por la burla de los Duques.

[11] 'de alquiler', porque han de volver al punto de partida.

vuela por el aire con tanta ligereza, que parece que los mesmos diablos le llevan[12]. Este tal caballo, según es tradición antigua, fue compuesto por aquel sabio Merlín; prestósele a Pierres, que era su amigo, con el cual hizo grandes viajes y robó, como se ha dicho, a la linda Magalona, llevándola a las ancas por el aire, dejando embobados a cuantos desde la tierra los miraban; y no le prestaba sino a quien él quería o mejor se lo pagaba; y desde el gran Pierres hasta ahora no sabemos que haya subido alguno en él. De allí le ha sacado Malambruno con sus artes, y le tiene en su poder, y se sirve dél en sus viajes, que los hace por momentos[13] por diversas partes del mundo, y hoy está aquí y mañana en Francia y otro día en Potosí[14]; y es lo bueno que el tal caballo ni come ni duerme ni gasta herraduras, y lleva un portante por los aires[15] sin tener alas, que el que lleva encima puede llevar una taza llena de agua en la mano sin que se le derrame gota, según camina llano y reposado[16], por lo cual la linda Magalona se holgaba mucho de andar caballera en él.

A esto dijo Sancho:

—Para andar reposado y llano, mi rucio, puesto que no anda por los aires; pero por la tierra, yo le cutiré con cuantos portantes hay en el mundo[17].

Riéronse todos, y la Dolorida prosiguió:

—Y este tal caballo, si es que Malambruno quiere dar fin a nuestra desgracia, antes que sea media hora entrada la noche estará en nuestra presencia, porque él me significó que la señal que me daría por donde yo entendiese que había hallado el caballero que buscaba sería enviarme el caballo donde fuese con comodidad y presteza.

—¿Y cuántos caben en ese caballo? —preguntó Sancho.

La Dolorida respondió:

—Dos personas, la una en la silla y la otra en las ancas, y por la mayor parte estas tales dos personas son caballero y escudero, cuando falta alguna robada doncella.

—Querría yo saber, señora Dolorida —dijo Sancho—, qué nombre tiene ese caballo.

—El nombre —respondió la Dolorida— no es como el caballo de Belerofonte, que se llamaba Pegaso, ni como el del Magno Alejandro, llamado Bucéfalo, ni como el del furioso Orlando, cuyo nombre fue Brilladoro, ni menos Bayarte, que fue el de Reinaldos de Montalbán, ni Frontino, como el de Rugero, ni Bootes ni Pirítoo, como dicen que se llaman los del Sol[18], ni tampoco se llama Orelia, como el caballo en que el desdichado Rodrigo, último rey de los godos, entró en la batalla donde perdió la vida y el reino[19].

—Yo apostaré —dijo Sancho— que pues no le han dado ninguno desos famosos nombres de caballos tan conocidos, que tampoco le habrán dado el de mi amo, Rocinante, que en ser propio excede a todos los que se han nombrado[20].

—Así es —respondió la barbada condesa—, pero todavía le cuadra mucho, porque se llama Clavileño el Alígero, cuyo nombre conviene con el ser de leño y con la clavija que trae en la frente y con la ligereza con que camina; y, así, en cuanto al nombre bien puede competir con el famoso Rocinante.

—No me descontenta el nombre —replicó Sancho—; pero ¿con qué freno o con qué jáquima se gobierna[21]?

---

[12] Se refiere la Dolorida a la *Historia de Pierres de Provenza y la linda Magalona*, que huyen a caballo, aunque no volador; hay una confusión, acaso querida, con *La historia de Clamades y Clarmonda*. La primera mención de este caballo mágico se remonta a la disputa (I, 49) entre DQ y el canónigo sobre los libros de caballerías y afines. Folclóricamente, el caballo volador se asocia con la huida de los amantes.

[13] ‘a cada momento’.

[14] Monte con minas de plata que se encontraba en el virreinato del Perú; era término antonomástico de riqueza y de lugar lejano. «Hoy aquí, mañana en Francia» era frase hecha, aplicada a los «vagantes».

[15] *portante*: ‘andadura regular y ligera de la caballería’; el caballo que ni come ni duerme pertenece al folclore.

[16] ‘tranquilo y sin sobresaltos’; era un símil común.

[17] *cutiré*: ‘pondré a competir’.

[18] C. hace corresponder a Brilladoro, Bayarte y Frontino con sus respectivos caballeros de acuerdo con el *Orlando furioso* de Ariosto. Los nombres de los caballos del Sol son otra posible broma de la dueña Dolorida, que quizá sabía y recuerda que *Pirítoo* era hijo de Ixión, padre de los centauros, y que estaba casado con Hipodama; *Bootes* se consideraba emparentado, etimológicamente, con *buey*, también animal de tiro.

[19] El nombre del caballo del rey Rodrigo procede del romancero nuevo.

[20] *propio*: ‘apropiado’, ‘pertinente’.

—Ya he dicho —respondió la Trifaldi— que con la clavija, que volviéndola a una parte o a otra el caballero que va encima le hace caminar como quiere, o ya por los aires, o ya rastreando y casi barriendo la tierra, o por el medio, que es el que se busca y se ha de tener en todas las acciones bien ordenadas[22].

—Ya lo querría ver —respondió Sancho—, pero pensar que tengo de subir en él, ni en la silla ni en las ancas, es pedir peras al olmo[23]. ¡Bueno es que apenas puedo tenerme en mi rucio, y sobre un albarda más blanda que la mesma seda, y querrían ahora que me tuviese en unas ancas de tabla, sin cojín ni almohada alguna! Pardiez, yo no me pienso moler por quitar las barbas a nadie: cada cual se rape como más le viniere a cuento, que yo no pienso acompañar a mi señor en tan largo viaje. Cuanto más que yo no debo de hacer al caso para el rapamiento destas barbas como lo soy para el desencanto de mi señora Dulcinea.

—Sí sois, amigo —respondió la Trifaldi—, y tanto, que sin vuestra presencia entiendo que no haremos nada.

—¡Aquí del rey[24]! —dijo Sancho—. ¿Qué tienen que ver los escuderos con las aventuras de sus señores? ¿Hanse de llevar ellos la fama de las que acaban y hemos de llevar nosotros el trabajo? ¡Cuerpo de mí! Aun si dijesen los historiadores «El tal caballero acabó la tal y tal aventura, pero con ayuda de fulano su escudero, sin el cual fuera imposible el acabarla...». Pero ¡que escriban a secas «Don Paralipómenon de las Tres Estrellas[25] acabó la aventura de los seis vestiglos», sin nombrar la persona de su escudero, que se halló presente a todo, como si no fuera en el mundo! Ahora, señores, vuelvo a decir que mi señor se puede ir solo, y buen provecho le haga, que yo me quedaré aquí en compañía de la duquesa mi señora, y podría ser que cuando volviese hallase mejorada la causa de la señora Dulcinea en tercio y quinto[26], porque pienso en los ratos ociosos y desocupados darme una tanda de azotes, que no me la cubra pelo[27].

—Con todo eso, le habéis de acompañar si fuere necesario, buen Sancho, porque os lo rogarán buenos[28], que no han de quedar por vuestro inútil temor tan poblados los rostros destas señoras, que cierto sería mal caso.

—¡Aquí del rey otra vez! —replicó Sancho—. Cuando esta caridad se hiciera por algunas doncellas recogidas o por algunas niñas de la doctrina[29], pudiera el hombre aventurarse a cualquier trabajo; pero que lo sufra por quitar las barbas a dueñas, ¡mal año!, mas que las viese yo a todas con barbas, desde la mayor hasta la menor y de la más melindrosa hasta la más repulgada[30].

—Mal estáis con las dueñas, Sancho amigo —dijo la duquesa—, mucho os vais tras la opinión del boticario toledano; pues a fe que no tenéis razón, que dueñas hay en mi casa que pueden ser ejemplo de dueñas, que aquí está mi doña Rodríguez, que no me dejará decir otra cosa.

—Mas que la diga Vuestra Excelencia —dijo Rodríguez—, que Dios sabe la verdad de todo, y buenas o malas, barbadas o lampiñas que seamos las dueñas, también nos parió nuestras madres[31] como a las otras mujeres; y pues Dios nos echó en el mundo, Él sabe para qué, y a su misericordia me atengo, y no a las barbas de nadie.

—Ahora bien, señora Rodríguez —dijo don Quijote—, y señora Trifaldi y compañía, yo espero en el cielo que mirará con buenos ojos vuestras cuitas y que Sancho hará lo que yo le mandare. ¡Ya viniese Clavileño y ya me viese con Malambruno!, que yo sé que no habría navaja que con más facilidad rapase a vuestras

---

[21] *freno*: 'riendas y bocado'; *jáquima*: 'cabezal' y, a veces, 'cabestro con que se conduce al asno'.

[22] Siguiendo a Ovidio a propósito del viaje de Faetón en el carro del Sol («Medio tutissimus ibis»; *Metamorfosis*, II, 137), la condesa Trifaldi aplica al vuelo la teoría moral de la vía media o *mediocritas*.

[23] 'pedir imposibles'; es frase proverbial.

[24] Exclamación para pedir socorro o ayuda.

[25] Los *Paralipómenos*, es decir, los libros de la Biblia conocidos como Crónicas, complementan a los cuatro de los Reyes. En griego, la voz quiere decir 'lo desperdiciado', con un posible chiste de C. solapado en las palabras de Sancho.

[26] '*mejorada la causa* al máximo'

[27] Fórmula popular para encarecer una pena, un dolor o, en sentido recto, una herida que, al cicatrizar, no deja crecer el pelo sobre la nueva piel.

[28] 'personas de calidad'; recuerda el refrán «Más vale salto de mata que ruego de hombres buenos»

[29] 'huérfanas'

[30] 'aunque las viese...', '...hasta la más descarada'.

[31] C. cambia el sujeto (*madres*), pero mantiene el verbo (*parió*) como en la frase hecha más habitual. Compárese simplemente arriba, 950: «Válgate mil satanases».

mercedes como mi espada raparía de los hombros la cabeza de Malambruno; que Dios sufre a los malos, pero no para siempre[32].

—¡Ay! —dijo a esta sazón la Dolorida—, con benignos ojos miren a vuestra grandeza, valeroso caballero, todas las estrellas de las regiones celestes, e infundan en vuestro ánimo toda prosperidad y valentía para ser escudo y amparo del vituperoso y abatido género dueñesco, abominado de boticarios, murmurado de escuderos y socaliñado de pajes[33], que mal haya la bellaca que en la flor de su edad no se metió primero a ser monja que a dueña. ¡Desdichadas de nosotras las dueñas, que aunque vengamos por línea recta, de varón en varón, del mismo Héctor el troyano, no dejarán de echaros un *vos* nuestras señoras[34], si pensasen por ello ser reinas! ¡Oh gigante Malambruno, que, aunque eres encantador, eres certísimo en tus promesas!, envíanos ya al sin par Clavileño, para que nuestra desdicha se acabe; que si entra el calor y estas nuestras barbas duran, ¡guay de nuestra ventura[35]!

Dijo esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que sacó las lágrimas de los ojos de todos los circunstantes, y aun arrasó los de Sancho, y propuso en su corazón de acompañar a su señor hasta las últimas partes del mundo, si es que en ello consistiese quitar la lana de aquellos venerables rostros.

---

[32] Recompone el refrán «Dios consiente, mas no para siempre».

[33] *socaliñado*: 'engañado', participio formado a partir de *socaliña* 'maña'.

[34] *echaros un vos*: 'trataros con desprecio, no consideraros con el respeto merecido'; el *vos*, entre las clases acomodadas o urbanas, denotaba menosprecio.

[35] *guay* es interjección de lamento. La frase parece escrita todavía antes del estío, pero en II, 36, 932 Sancho había fechado su carta *a veinte de julio de 1614.*

Capítulo XLI

De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura

Llegó en esto la noche, y con ella el punto determinado en que el famoso caballo Clavileño viniese, cuya tardanza fatigaba ya a don Quijote, pareciéndole que pues Malambruno se detenía en enviarle, o que él no era el caballero para quien estaba guardada aquella aventura o que Malambruno no osaba venir con él a singular batalla. Pero veis aquí cuando a deshora entraron por el jardín cuatro salvajes[1], vestidos todos de verde yedra, que sobre sus hombros traían un gran caballo de madera. Pusiéronle de pies en el suelo y uno de los salvajes dijo:

—Suba sobre esta máquina el que tuviere ánimo para ello.

—Aquí —dijo Sancho— yo no subo, porque ni tengo ánimo ni soy caballero.

Y el salvaje prosiguió diciendo:

—Y ocupe las ancas el escudero, si es que lo tiene, y fíese del valeroso Malambruno, que, si no fuere de su espada, de ninguna otra ni de otra malicia será ofendido; y no hay más que torcer esta clavija que sobre el cuello trae puesta, que él los llevará por los aires adonde los atiende Malambruno[2]; pero porque la alteza y sublimidad del camino no les cause váguidos[3], se han de cubrir los ojos hasta que el caballo relinche, que será señal de haber dado fin a su viaje.

Esto dicho, dejando a Clavileño, con gentil continente se volvieron por donde habían venido. La Dolorida, así como vio al caballo, casi con lágrimas dijo a don Quijote:

—Valeroso caballero, las promesas de Malambruno han sido ciertas: el caballo está en casa, nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras y con cada pelo dellas te suplicamos nos rapes y tundas, pues no está en más sino en que subas en él con tu escudero y des felice principio a vuestro nuevo viaje.

—Eso haré yo, señora condesa Trifaldi, de muy buen grado y de mejor talante, sin ponerme a tomar cojín ni calzarme espuelas, por no detenerme: tanta es la gana que tengo de veros a vos, señora, y a todas estas dueñas rasas y mondas.

—Eso no haré yo —dijo Sancho—, ni de malo ni de buen talante, en ninguna manera; y si es que este rapamiento no se puede hacer sin que yo suba a las ancas, bien puede buscar mi señor otro escudero que le acompañe, y estas señoras otro modo de alisarse los rostros, que yo no soy brujo, para gustar de andar por los aires. ¿Y qué dirán mis insulanos cuando sepan que su gobernador se anda paseando por los vientos? Y otra cosa más: que habiendo tres mil y tantas leguas de aquí a Candaya, si el caballo se cansa o el gigante se enoja, tardaremos en dar la vuelta media docena de años, y ya ni habrá ínsula, ni ínsulos en el mundo que me conozcan; y pues se dice comúnmente que en la tardanza va el peligro y que cuando te dieren la vaquilla acudas con la soguilla, perdónenme las barbas destas señoras, que bien se está San Pedro en Roma[4], quiero decir, que bien me estoy en esta casa donde tanta merced se me hace y de cuyo dueño tan gran bien espero como es verme gobernador.

A lo que el duque dijo:

—Sancho amigo, la ínsula que yo os he prometido no es movible ni fugitiva: raíces tiene tan hondas, echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancarán ni mudarán de donde está a tres tirones[5]; y pues vos sabéis que sé yo que no hay ninguno género de oficio destos de mayor cantía que no se granjee con alguna suerte de cohecho[6], cuál más, cuál menos, el que yo quiero llevar por este gobierno es que vais[7] con vuestro señor don Quijote a dar cima y cabo a esta memorable aventura. Que ahora volváis sobre Clavileño

---

[1] Aparecen también *salvajes*, en una representación de aire cortesano, en II, 20, 796; *a deshora*: 'de repente'.

[2] *atiende*: 'espera'.

[3] 'mareos', 'vértigo'.

[4] 'cuando se está a gusto, no conviene mudar'; refrán.

[5] Viene a decir que no se moverá del sitio por mucho que se *tire* de ella. En las palabras del Duque es posible ver una referencia paródica a la Ínsula Firme del *Amadís de Gaula*, IV, 83 ss.; o a la creencia, citada en varios bestiarios, de que algunas islas *movibles* son en realidad ballenas.

[6] *de mayor cantía*: 'de mayor cuantía', 'de mucha ganancia'; es término del procedimiento jurídico civil o mercantil.

[7] 'vayáis'.

con la brevedad que su ligereza promete, ora la contraria fortuna os traiga y vuelva a pie, hecho romero, de mesón en mesón y de venta en venta, siempre que volviéredes hallaréis vuestra ínsula donde la dejáis, y a vuestros insulanos con el mesmo deseo de recebiros por su gobernador que siempre han tenido, y mi voluntad será la mesma; y no pongáis duda en esta verdad, señor Sancho, que sería hacer notorio agravio al deseo que de serviros tengo.

—No más, señor —dijo Sancho—: yo soy un pobre escudero, y no puedo llevar a cuestas tantas cortesías; suba mi amo, tápenme estos ojos y encomiéndenme a Dios, y avísenme si cuando vamos por esas altanerías podré encomendarme a Nuestro Señor o invocar los ángeles que me favorezcan[8].

A lo que respondió Trifaldi:

—Sancho, bien podéis encomendaros a Dios o a quien quisiéredes, que Malambruno, aunque es encantador, es cristiano y hace sus encantamentos con mucha sagacidad y con mucho tiento, sin meterse con nadie.

—Ea, pues —dijo Sancho—, Dios me ayude y la Santísima Trinidad de Gaeta.

—Desde la memorable aventura de los batanes —dijo don Quijote— nunca he visto a Sancho con tanto temor como ahora, y si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiciera algunas cosquillas en el ánimo[9]. Pero llegaos aquí, Sancho, que con licencia destos señores os quiero hablar aparte dos palabras.

Y apartando a Sancho entre unos árboles del jardín y asiéndole ambas las manos, le dijo:

—Ya vees, Sancho hermano, el largo viaje que nos espera y que sabe Dios cuándo volveremos dél, ni la comodidad y espacio que nos darán los negocios; y, así, querría que ahora te retirases en tu aposento, como que vas a buscar alguna cosa necesaria para el camino, y en un daca las pajas te dieses[10], a buena cuenta de los tres mil y trecientos azotes a que estás obligado, siquiera quinientos, que dados te los tendrás, que el comenzar las cosas es tenerlas medio acabadas[11].

—¡Par Dios —dijo Sancho— que vuestra merced debe de ser menguado[12]! Esto es como aquello que dicen: «¡En priesa me vees, y doncellez me demandas[13]!». ¿Ahora que tengo de ir sentado en una tabla rasa quiere vuestra merced que me lastime las posas? En verdad en verdad que no tiene vuestra merced razón. Vamos ahora a rapar estas dueñas, que a la vuelta yo le prometo a vuestra merced, como quien soy, de darme tanta priesa a salir de mi obligación, que vuestra merced se contente, y no le digo más.

Y don Quijote respondió:

—Pues con esa promesa, buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás, porque, en efecto, aunque tonto, eres hombre verídico.

—No soy verde, sino moreno[14] —dijo Sancho—, pero aunque fuera de mezcla[15], cumpliera mi palabra.

Y con esto se volvieron a subir en Clavileño[16], y al subir dijo don Quijote:

—Tapaos, Sancho, y subid, Sancho, que quien de tan lueñes tierras envía por nosotros no será para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar a quien dél se fía; y puesto que[17] todo sucediese al revés de lo que imagino, la gloria de haber emprendido esta hazaña no la podrá escurecer malicia alguna.

---

[8] Sancho teme que la invocación a lo sagrado deshaga el acto de brujería que le puede permitir volar.

[9] 'desfallecer el ánimo'.

[10] *en un daca las pajas*: 'en un momento', 'rápidamente'; variante de «en un quítame allá esas pajas».

[11] Es dicho de Horacio, *Epístolas*, I, II, 40: «Dimidium facti qui coepit habet».

[12] 'falto de juicio'.

[13] '¡Cuando hay cosas importantes, te fijas en niñerías!'; es refrán.

[14] 'no soy inexperto, sino muy valiente'. Sancho interpreta *verídico* como *verdico*, diminutivo de *verde*; *moreno*: 'valentón', en el léxico popular. La frase de Sancho puede interpretarse como un eco burlesco de las abundantes canciones populares que glosan el tópico de la niña morena.

[15] 'de varios colores'

[16] 'se dirigieron hacia Clavileño para montarse en él'.

[17] 'aunque'.

—Vamos, señor —dijo Sancho—, que las barbas y lágrimas destas señoras las tengo clavadas en el corazón, y no comeré bocado que bien me sepa hasta verlas en su primera lisura. Suba vuesa merced, y tápese primero, que si yo tengo de ir a las ancas, claro está que primero sube el de la silla.

—Así es la verdad —replicó don Quijote.

Y sacando un pañuelo de la faldriquera, pidió a la Dolorida que le cubriese muy bien los ojos; y habiéndoselos cubierto, se volvió a descubrir y dijo:

—Si mal no me acuerdo, yo he leído en Virgilio aquello del Paladión de Troya, que fue un caballo de madera que los griegos presentaron a la diosa Palas[18], el cual iba preñado de caballeros armados, que después fueron la total ruina de Troya; y, así, será bien ver primero lo que Clavileño trae en su estómago.

—No hay para qué —dijo la Dolorida—, que yo le fío y sé que Malambruno no tiene nada de malicioso ni de traidor. Vuesa merced, señor don Quijote, suba sin pavor alguno, y a mi daño si alguno le sucediere.

Parecióle a don Quijote que cualquiera cosa que replicase acerca de su seguridad sería poner en detrimento su valentía. Y, así, sin más altercar, subió sobre Clavileño y le tentó la clavija, que fácilmente se rodeaba[19]; y como no tenía estribos y le colgaban las piernas, no parecía sino figura de tapiz flamenco, pintada o tejida, en algún romano triunfo[20]. De mal talante y poco a poco llegó a subir Sancho, y acomodándose lo mejor que pudo en las ancas, las halló algo duras y nonada blandas, y pidió al duque que si fuese posible le acomodasen de algún cojín o de alguna almohada, aunque fuese del estrado de su señora la duquesa o del lecho de algún paje, porque las ancas de aquel caballo más parecían de mármol que de leño. A esto dijo la Trifaldi que ningún jaez ni ningún género de adorno sufría sobre sí Clavileño, que lo que podía hacer era ponerse a mujeriegas y que así no sentiría tanto la dureza. Hízolo así Sancho, y, diciendo «a Dios», se dejó vendar los ojos, y ya después de vendados se volvió a descubrir y, mirando a todos los del jardín tiernamente y con lágrimas, dijo que le ayudasen en aquel trance con sendos paternostres y sendas avemarías, porque Dios deparase quien por ellos los dijese cuando en semejantes trances se viesen. A lo que dijo don Quijote:

—Ladrón, ¿estás puesto en la horca por ventura o en el último término de la vida, para usar de semejantes plegarias? ¿No estás, desalmada y cobarde criatura, en el mismo lugar que ocupó la linda Magalona, del cual decendió, no a la sepultura, sino a ser reina de Francia, si no mienten las historias? Y yo, que voy a tu lado, ¿no puedo ponerme al del valeroso Pierres, que oprimió este mismo lugar que yo ahora oprimo? Cúbrete, cúbrete, animal descorazonado[21], y no te salga a la boca el temor que tienes, a lo menos en presencia mía.

—Tápenme —respondió Sancho—, y pues no quieren que me encomiende a Dios ni que sea encomendado, ¿qué mucho que tema no ande por aquí alguna región de diablos[22], que den con nosotros en Peralvillo[23]?

Cubriéronse, y sintiendo don Quijote que estaba como había de estar, tentó la clavija, y apenas hubo puesto los dedos en ella cuando todas las dueñas y cuantos estaban presentes levantaron las voces, diciendo:

—¡Dios te guíe, valeroso caballero!

—¡Dios sea contigo, escudero intrépido!

—¡Ya, ya vais por esos aires, rompiéndolos con más velocidad que una saeta!

—¡Ya comenzáis a suspender y admirar a cuantos desde la tierra os están mirando!

—¡Tente, valeroso Sancho, que te bamboleas! ¡Mira no cayas, que será peor tu caída que la del atrevido mozo que quiso regir el carro del Sol su padre[24]!

---

[18] Se está refiriendo al caballo de Troya, inspirado por Palas Atenea (*Eneida*, II, 14-20), pero no a ella presentado, como indica aquí DQ y era moneda corriente en la época; el *Paladión*, en realidad, era una imagen de Palas esculpida por ella misma.

[19] ‘se giraba’, ‘se manejaba’

[20] ‘figura de estatua ecuestre romana, pintada o tejida en algún tapiz de Flandes’; el uso de los estribos no se documenta antes del siglo VIII.

[21] ‘acobardado’.

[22] *región*: ‘legión’.

[23] Pueblo de la Mancha de Ciudad Real donde la Santa Hermandad ejecutaba a los sentenciados. La ligereza con que se condenaba, sin escuchar al reo, fue origen de la frase hecha «La justicia de *Peralvillo* que, asaeteado el hombre, le formaban proceso».

Oyó Sancho las voces, y apretándose con su amo y ciñiéndole con los brazos, le dijo:

—Señor, ¿cómo dicen estos que vamos tan altos, si alcanzan acá sus voces y no parecen sino que están aquí hablando junto a nosotros?

—No repares en eso, Sancho, que como estas cosas y estas volaterías van fuera de los cursos ordinarios, de mil leguas verás y oirás lo que quisieres. Y no me aprietes tanto, que me derribas; y en verdad que no sé de qué te turbas ni te espantas, que osaré jurar que en todos los días de mi vida he subido en cabalgadura de paso más llano: no parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo, que, en efecto, la cosa va como ha de ir y el viento llevamos en popa.

—Así es la verdad —respondió Sancho—, que por este lado me da un viento tan recio, que parece que con mil fuelles me están soplando.

Y así era ello, que unos grandes fuelles le estaban haciendo aire: tan bien trazada estaba la tal aventura por el duque y la duquesa y su mayordomo, que no le faltó requisito que la dejase de hacer perfecta[25].

Sintiéndose, pues, soplar don Quijote, dijo:

—Sin duda alguna, Sancho, que ya debemos de llegar a la segunda región del aire, adonde se engendra el granizo y las nieves; los truenos, los relámpagos y los rayos se engendran en la tercera región; y si es que desta manera vamos subiendo, presto daremos en la región del fuego[26], y no sé yo cómo templar esta clavija[27] para que no subamos donde nos abrasemos.

En esto, con unas estopas ligeras de encenderse y apagarse[28], desde lejos, pendientes de una caña, les calentaban los rostros. Sancho, que sintió el calor, dijo:

—Que me maten si no estamos ya en el lugar del fuego o bien cerca, porque una gran parte de mi barba se me ha chamuscado, y estoy, señor, por descubrirme y ver en qué parte estamos.

—No hagas tal —respondió don Quijote— y acuérdate del verdadero cuento del licenciado Torralba[29], a quien llevaron los diablos en volandas por el aire caballero en una caña, cerrados los ojos, y en doce horas llegó a Roma, y se apeó en Torre de Nona, que es una calle de la ciudad, y vio todo el fracaso[30] y asalto y muerte de Borbón, y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid, donde dio cuenta de todo lo que había visto; el cual asimismo dijo que cuando iba por el aire le mandó el diablo que abriese los ojos, y los abrió y se vio tan cerca, a su parecer, del cuerno de la luna, que la pudiera asir con la mano, y que no osó mirar a la tierra, por no desvanecerse. Así que, Sancho, no hay para qué descubrirnos, que el que nos lleva a cargo, él dará cuenta de nosotros; y quizá vamos tomando puntas y subiendo en alto, para dejarnos caer de una sobre el reino de Candaya, como hace el sacre o neblí sobre la garza para cogerla por más que se remonte[31]; y aunque nos parece que no ha media hora que nos partimos del jardín, créeme que debemos de haber hecho gran camino.

—No sé lo que es —respondió Sancho Panza—: solo sé decir que si la señora Magallanes, o Magalona[32], se contentó destas ancas, que no debía de ser muy tierna de carnes.

Todas estas pláticas de los dos valientes oían el duque y la duquesa y los del jardín, de que recibían estraordinario contento; y queriendo dar remate a la estraña y bien fabricada aventura, por la cola de

---

[24] Faetonte, hijo del Sol, que consiguió que su padre le dejase conducir su carro. Por no saber sujetar los caballos, abrasó grandes zonas de la Tierra; al cabo, Júpiter hubo de despeñarlo.

[25] ‘no le faltó ningún detalle para ser absolutamente perfecta’.

[26] En el pensamiento vulgar de la época, apoyado en la concepción tolemaica del universo, la tierra ocupaba el centro y la luna determinaba la primera esfera (la «región elementar»); el espacio entre los dos planetas era ocupado por cuatro regiones: la del aire, la del frío, la del agua y la del fuego, territorios de los cuatro elementos.

[27] ‘girar esta clavija’, como si fuese la de una vihuela o un rabel.

[28] *ligeras*: ‘fáciles’.

[29] Personaje real, procesado por brujo en 1528 por la Inquisición de Cuenca. Según confesó, viajó por el aire a Roma el 6 de mayo de 1527; allí vio el saco por las tropas del Emperador y la muerte del condestable Carlos de Borbón, que las mandaba.

[30] ‘destrozo’; es italianismo.

[31] *tomar*, *hacer* o *echar puntas* es ‘girar el ave de presa subiendo para tomar la mejor posición con respecto a su presa’; *sacre* y *neblí* son especies de halcones, muy apreciados para la caza de altanería.

[32] Sancho confunde una vez más los nombres, recurriendo a Fernando de Magallanes, el marino portugués que intentó dar la vuelta al mundo, es decir, hacer el más largo viaje posible.

Clavileño le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estar el caballo lleno de cohetes tronadores, voló por los aires con estraño ruido y dio con don Quijote y con Sancho Panza en el suelo medio chamuscados.

En este tiempo ya se habían desparecido del jardín todo el barbado escuadrón de las dueñas, y la Trifaldi y todo[33], y los del jardín quedaron como desmayados, tendidos por el suelo. Don Quijote y Sancho se levantaron maltrechos y, mirando a todas partes, quedaron atónitos de verse en el mesmo jardín de donde habían partido y de ver tendido por tierra tanto número de gente; y creció más su admiración cuando a un lado del jardín vieron hincada una gran lanza en el suelo, y pendiente della y de dos cordones de seda verde un pergamino liso y blanco, en el cual con grandes letras de oro estaba escrito lo siguiente:

El ínclito caballero don Quijote de la Mancha feneció y acabó la aventura de la condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la dueña Dolorida, y compañía, con solo intentarla.

Malambruno se da por contento y satisfecho a toda su voluntad[34], y las barbas de las dueñas ya quedan lisas y mondas, y los reyes don Clavijo y Antonomasia, en su prístino estado. Y cuando se cumpliere el escuderil vápulo, la blanca paloma se verá libre de los pestíferos girifaltes que la persiguen y en brazos de su querido arrullador, que así está ordenado por el sabio Merlín, protoencantador de los encantadores.

Habiendo, pues, don Quijote leído las letras del pergamino, claro entendió que del desencanto de Dulcinea hablaban; y dando muchas gracias al cielo de que con tan poco peligro hubiese acabado tan gran fecho, reduciendo a su pasada tez los rostros de las venerables dueñas, que ya no parecían, se fue adonde el duque y la duquesa aún no habían vuelto en sí, y trabando de la mano al duque le dijo:

—¡Ea, buen señor, buen ánimo, buen ánimo, que todo es nada! La aventura es ya acabada sin daño de barras[35], como lo muestra claro el escrito que en aquel padrón está puesto.

El duque, poco a poco y como quien de un pesado sueño recuerda[36], fue volviendo en sí, y por el mismo tenor la duquesa y todos los que por el jardín estaban caídos, con tales muestras de maravilla y espanto, que casi se podían dar a entender haberles acontecido de veras lo que tan bien sabían fingir de burlas. Leyó el duque el cartel con los ojos medio cerrados y luego con los brazos abiertos fue a abrazar a don Quijote, diciéndole ser el más buen caballero que en ningún siglo se hubiese visto.

Sancho andaba mirando por la Dolorida, por ver qué rostro tenía sin las barbas y si era tan hermosa sin ellas como su gallarda disposición prometía; pero dijéronle que así como Clavileño bajó ardiendo por los aires y dio en el suelo, todo el escuadrón de las dueñas, con la Trifaldi, había desaparecido y que ya iban rapadas y sin cañones[37]. Preguntó la duquesa a Sancho que cómo le había ido en aquel largo viaje. A lo cual Sancho respondió:

—Yo, señora, sentí que íbamos, según mi señor me dijo, volando por la región del fuego, y quise descubrirme un poco los ojos, pero mi amo, a quien pedí licencia para descubrirme, no la consintió; mas yo, que tengo no sé qué briznas de curioso y de desear saber lo que se me estorba y impide, bonitamente[38] y sin que nadie lo viese, por junto a las narices aparté tanto cuanto el pañizuelo que me tapaba los ojos y por allí miré hacia la tierra, y parecióme que toda ella no era mayor que un grano de mostaza, y los hombres que andaban sobre ella, poco mayores que avellanas: porque se vea cuán altos debíamos de ir entonces.

A esto dijo la duquesa:

—Sancho amigo, mirad lo que decís, que, a lo que parece, vos no vistes la tierra, sino los hombres que andaban sobre ella; y está claro que si la tierra os pareció como un grano de mostaza y cada hombre como una avellana, un hombre solo había de cubrir toda la tierra.

—Así es verdad —respondió Sancho—, pero, con todo eso, la descubrí por un ladito y la vi toda.

---

[33] ‘incluida la Trifaldi’.

[34] Frase que se usaba en las cartas de pago para indicar que se estaba conforme con la cantidad recibida.

[35] ‘sin perjuicio de terceros’; la frase procede del juego de la argolla.

[36] ‘despierta’.

[37] ‘rastros del pelo de la barba después de afeitada’.

[38] ‘con cuidado’, ‘disimuladamente’.

—Mirad, Sancho —dijo la duquesa—, que por un ladito no se vee el todo de lo que se mira.

—Yo no sé esas miradas —replicó Sancho—: solo sé que será bien que vuestra señoría entienda que, pues volábamos por encantamento, por encantamento podía yo ver toda la tierra y todos los hombres por doquiera que los mirara; y si esto no se me cree, tampoco creerá vuestra merced cómo, descubriéndome por junto a las cejas, me vi tan junto al cielo, que no había de mí a él palmo y medio, y por lo que puedo jurar, señora mía, que es muy grande además. Y sucedió que íbamos por parte donde están las siete cabrillas[39], y en Dios y en mi ánima que como yo en mi niñez fui en mi tierra cabrerizo, que así como las vi, me dio una gana de entretenerme con ellas un rato, que si no la cumpliera me parece que reventara. Vengo, pues, y tomo ¿y qué hago[40]? Sin decir nada a nadie, ni a mi señor tampoco, bonita y pasitamente[41] me apeé de Clavileño y me entretuve con las cabrillas, que son como unos alhelíes y como unas flores[42], casi tres cuartos de hora, y Clavileño no se movió de un lugar ni pasó adelante.

—Y en tanto que el buen Sancho se entretenía con las cabras —preguntó el duque—, ¿en qué se entretenía el señor don Quijote?

A lo que don Quijote respondió:

—Como todas estas cosas y estos tales sucesos van fuera del orden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice. De mí sé decir que ni me descubrí por alto ni por bajo, ni vi el cielo ni la tierra, ni la mar ni las arenas. Bien es verdad que sentí que pasaba por la región del aire y aun que tocaba a la del fuego, pero que pasásemos de allí no lo puedo creer, pues estando la región del fuego entre el cielo de la luna y la última región del aire, no podíamos llegar al cielo donde están las siete cabrillas que Sancho dice sin abrasarnos[43]; y pues no nos asuramos[44], o Sancho miente o Sancho sueña.

—Ni miento ni sueño —respondió Sancho—: si no, pregúntenme las señas de las tales cabras, y por ellas verán si digo verdad o no.

—Dígalas, pues, Sancho —dijo la duquesa.

—Son —respondió Sancho— las dos verdes[45], las dos encarnadas, las dos azules y la una de mezcla.

—Nueva manera de cabras es esa —dijo el duque—, y por esta nuestra región del suelo no se usan tales colores, digo cabras de tales colores.

—Bien claro está eso —dijo Sancho—, sí, que diferencia ha de haber de las cabras del cielo a las del suelo.

—Decidme, Sancho —preguntó el duque—: ¿vistes allá entre esas cabras algún cabrón?

—No, señor —respondió Sancho—, pero oí decir que ninguno pasaba de los cuernos de la luna[46].

No quisieron preguntarle más de su viaje, porque les pareció que llevaba Sancho hilo[47] de pasearse por todos los cielos y dar nuevas de cuanto allá pasaba sin haberse movido del jardín.

En resolución, este fue el fin de la aventura de la dueña Dolorida, que dio que reír a los duques, no solo aquel tiempo, sino el de toda su vida, y que contar a Sancho siglos, si los viviera. Y llegándose don Quijote a Sancho, al oído le dijo:

—Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mí lo que vi en la cueva de Montesinos. Y no os digo más.

---

[39] ‘la constelación de las Pléyades’.

[40] El giro idiomático de Sancho era una muletilla usual, largamente ridiculizada en la época. Nótese también que el escudero parece haber aprendido de los Duques, pues toma la iniciativa y miente socarronamente, mientras que aquellos tienen que aguantarse, ya que no pueden desmentirle.

[41] *pasitamente*: ‘muy despacio y sin hacer ruido’

[42] El símil quiere indicar que son ‘hermosísimas’.

[43] El *cielo de las siete cabrillas* es ‘la octava esfera, la de las estrellas fijas’, que cierra el universo.

[44] *asurarse* es ‘quemarse la tierra sembrada por el calor excesivo’ y, por extensión, ‘abrasarse cualquier cosa’.

[45] *las dos*: ‘dos de ellas’.

[46] Juego de pullas entre el Duque y Sancho, con *las siete cabrillas*, citadas con tono de broma, y acaso con intención obscena, en diferentes textos del siglo de C., en combinación con *cabrón* y *cuernos*, aunque estos sean los de la luna; el sentido último, sin embargo, se nos escapa.

[47] *llevaba... hilo*: ‘llevaba camino’.

Capítulo XLII

De los consejos que dio don Quijote a Sancho Panza antes que fuese a gobernar la ínsula, con otras cosas bien consideradas

Con el felice y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida quedaron tan contentos los duques, que determinaron pasar con las burlas adelante, viendo el acomodado sujeto[1] que tenían para que se tuviesen por veras; y así, habiendo dado la traza y órdenes que sus criados y sus vasallos habían de guardar con Sancho en el gobierno de la ínsula prometida, otro día[2], que fue el que sucedió al vuelo de Clavileño, dijo el duque a Sancho que se adeliñase y compusiese para ir a ser gobernador[3], que ya sus insulanos le estaban esperando como el agua de mayo[4]. Sancho se le humilló y le dijo:

—Después que bajé del cielo, y después que desde su alta cumbre miré la tierra y la vi tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenía tan grande de ser gobernador, porque ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza, o qué dignidad o imperio el gobernar a media docena de hombres tamaños como avellanas, que a mi parecer no había más en toda la tierra[5]? Si vuestra señoría fuese servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese más de media legua, la tomaría de mejor gana que la mayor ínsula del mundo.

—Mirad, amigo Sancho —respondió el duque—: yo no puedo dar parte del cielo a nadie, aunque no sea mayor que una uña, que a solo Dios están reservadas esas mercedes y gracias. Lo que puedo dar os doy, que es una ínsula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada y sobremanera fértil y abundosa, donde, si vos os sabéis dar maña, podéis con las riquezas de la tierra granjear las del cielo[6].

—Ahora bien[7] —respondió Sancho—, venga esa ínsula, que yo pugnaré por ser tal gobernador, que, a pesar de bellacos, me vaya al cielo; y esto no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas ni de levantarme a mayores[8], sino por el deseo que tengo de probar a qué sabe el ser gobernador.

—Si una vez lo probáis, Sancho —dijo el duque—, comeros heis las manos tras el gobierno[9], por ser dulcísima cosa el mandar y ser obedecido. A buen seguro que cuando vuestro dueño llegue a ser emperador, que lo será sin duda, según van encaminadas sus cosas, que no se lo arranquen como quiera, y que le duela y le pese en la mitad del alma del tiempo que hubiere dejado de serlo.

—Señor —replicó Sancho—, yo imagino que es bueno mandar, aunque sea a un hato de ganado.

—Con vos me entierren[10], Sancho, que sabéis de todo —respondió el duque—, y yo espero que seréis tal gobernador como vuestro juicio promete; y quédese esto aquí, y advertid que mañana en ese mesmo día habéis de ir al gobierno de la ínsula, y esta tarde os acomodarán del traje conveniente que habéis de llevar y de todas las cosas necesarias a vuestra partida.

—Vístanme —dijo Sancho— como quisieren, que de cualquier manera que vaya vestido seré Sancho Panza.

—Así es verdad —dijo el duque—, pero los trajes se han de acomodar con el oficio o dignidad que se profesa, que no sería bien que un jurisperito se vistiese como soldado, ni un soldado como un sacerdote. Vos, Sancho, iréis vestido parte de letrado y parte de capitán, porque en la ínsula que os doy tanto son menester las armas como las letras, y las letras como las armas.

---

[1] *acomodado sujeto*: 'conveniente asunto'.

[2] 'al día siguiente'.

[3] *adeliñase y compusiese*: 'se vistiese y preparase convenientemente'.

[4] 'con mucho afán' (II, 73, 1212); la comparación popular (muy usada aún hoy) es «Deseado como agua de mayo», quizá creada según el refrán campesino «Agua de mayo, pan para todo el año».

[5] En las palabras de Sancho se oyen ecos del *Sueño de Escipión* de Cicerón (*De republica*, VI), o de su fecunda tradición. Nótese, por otra parte, el contraste entre estas palabras y el descaro con que Sancho miente a los Duques sobre su visión de la tierra desde lo alto.

[6] 'salvarte puedes en tu estado'; el tema del gobierno a prueba, o el afín del rey por un año, es tradicional; ya figura, por ejemplo, en el ejemplo XLIX de *El conde Lucanor*, donde también se establece un paralelismo entre lo terrenal y lo celestial. Tampoco es inverosímil suponer en las impías palabras del Duque una parodia de la primera copla del *Laberinto de Fortuna*, de Mena.

[7] 'Siendo así, en ese caso'.

[8] 'salir del lugar que me corresponde y querer ser más que otros'.

[9] 'anhelaréis el gobierno'

[10] 'Pienso como vos'.

—Letras —respondió Sancho—, pocas tengo, porque aun no sé el abecé, pero bástame tener el *Christus* en la memoria para ser buen gobernador[11]. De las armas manejaré las que me dieren, hasta caer, y Dios delante[12].

—Con tan buena memoria —dijo el duque—, no podrá Sancho errar en nada.

En esto llegó don Quijote y, sabiendo lo que pasaba y la celeridad con que Sancho se había de partir a su gobierno, con licencia del duque le tomó por la mano y se fue con él a su estancia, con intención de aconsejarle cómo se había de haber en su oficio[13].

Entrados, pues, en su aposento, cerró tras sí la puerta y hizo casi por fuerza que Sancho se sentase junto a él, y con reposada voz le dijo:

—Infinitas gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que antes y primero que yo haya encontrado con alguna buena dicha te haya salido a ti a recebir y a encontrar la buena ventura. Yo, que en mi buena suerte te tenía librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme[14], y tú, antes de tiempo, contra la ley del razonable discurso, te vees premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfían, y no alcanzan lo que pretenden, y llega otro y, sin saber cómo ni cómo no, se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron; y aquí entra y encaja bien el decir que hay buena y mala fortuna en las pretensiones. Tú, que para mí sin duda alguna eres un porro, sin madrugar ni trasnochar y sin hacer diligencia alguna, con solo el aliento que te ha tocado de la andante caballería, sin más ni más te vees gobernador de una ínsula, como quien no dice nada. Todo esto digo, ¡oh Sancho!, para que no atribuyas a tus merecimientos la merced recebida, sino que des gracias al cielo, que dispone suavemente las cosas, y después las darás a la grandeza que en sí encierra la profesión de la caballería andante. Dispuesto, pues, el corazón a creer lo que te he dicho, está, ¡oh hijo!, atento a este tu Catón[15], que quiere aconsejarte y ser norte y guía que te encamine y saque a seguro puerto deste mar proceloso donde vas a engolfarte, que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones.

»Primeramente, ¡oh hijo!, has de temer a Dios, porque en el temerle está la sabiduría y siendo sabio no podrás errar en nada[16].

»Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse[17]. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana que quiso igualarse con el buey[18], que si esto haces, vendrá a ser feos pies de la rueda de tu locura la consideración de haber guardado puercos en tu tierra[19].

—Así es la verdad —respondió Sancho—, pero fue cuando muchacho; pero después, algo hombrecillo, gansos fueron los que guardé, que no puercos. Pero esto paréceme a mí que no hace al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes[20].

—Así es verdad —replicó don Quijote—, por lo cual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad que, guiada por la prudencia, los libre de la murmuración maliciosa, de quien no hay estado que se escape[21].

»Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores, porque viendo que no te corres[22], ninguno se pondrá a correrte, y préciate más de ser humilde virtuoso que pecador

---

[11] El *Christus* es aquí 'la cruz que precedía al abecedario en la cartilla en que se aprendía a leer'; Sancho también hace un juego de palabras no infrecuente para significar 'con poca instrucción, pero con sentimiento cristiano'.

[12] 'y que Dios me ayude'.

[13] *haber*: 'comportar'.

[14] 'me veo al principio de mi ascenso social o nobiliario'.

[15] 'tu mentor' en el que aprenderás, como los niños aprendían a leer y comportarse en el pliego suelto del *Catón.*

[16] El consejo procede de la Biblia, donde aparece en múltiples ocasiones

[17] Precepto de procedencia platónica; traduce el divulgadísimo *Nosce te ipsum*.

[18] Alude a una conocida fábula de Esopo y Fedro (II, 25), particularmente difundida por las ediciones del *Isopete.*

[19] *rueda de locura*: era creencia común que el pavo real se envanecía al desplegar su rueda, pero que se avergonzaba cuando miraba sus pies (lo de *guardar puercos* parece genérico y proverbial, por eso Sancho procura matizarlo).

[20] El de la nobleza espiritual es uno de los temas más frecuentes del *Q.* y secular motivo de debate

[21] El consejo puede proceder, entre muchos otros textos, del *Isócrates romanceado*.

[22] 'avergüenzas'

soberbio. Inumerables son aquellos que de baja estirpe nacidos, han subido a la suma dignidad pontificia e imperatoria; y desta verdad te pudiera traer tantos ejemplos, que te cansaran.

»Mira, Sancho: si tomas por medio a la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que padres y agüelos tienen príncipes y señores, porque la sangre se hereda y la virtud se aquista[23], y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

»Siendo esto así, como lo es, que si acaso viniere a verte cuando estés en tu ínsula alguno de tus parientes, no le deseches ni le afrentes, antes le has de acoger, agasajar y regalar, que con esto satisfarás al cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo y corresponderás a lo que debes a la naturaleza bien concertada[24].

»Si trujeres a tu mujer contigo (porque no es bien que los que asisten a gobiernos de mucho tiempo estén sin las propias), enséñala, doctrínala y desbástala de su natural rudeza, porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto suele perder y derramar una mujer rústica y tonta.

»Si acaso enviudares, cosa que puede suceder, y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal que te sirva de anzuelo y de caña de pescar, y del "no quiero de tu capilla" [25], porque en verdad te digo que de todo aquello que la mujer del juez recibiere ha de dar cuenta el marido en la residencia universal[26], donde pagará con el cuatro tanto[27] en la muerte las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida.

»Nunca te guíes por la ley del encaje[28], que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

»Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia que las informaciones del rico[29].

»Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico como por entre los sollozos e importunidades del pobre.

»Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

»Si acaso doblares la vara de la justicia[30], no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

»Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria y ponlas en la verdad del caso.

»No te ciegue la pasión propia en la causa ajena, que los yerros que en ella hicieres las más veces serán sin remedio, y si le tuvieren, será a costa de tu crédito, y aun de tu hacienda.

»Si alguna mujer hermosa viniere a pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas y tus oídos de sus gemidos, y considera de espacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razón en su llanto y tu bondad en sus suspiros.

»Al que has de castigar con obras no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones.

»Al culpado que cayere debajo de tu juridición considérale hombre miserable[31], sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstratele piadoso y clemente, porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.

---

[23] 'se conquista, se gana con el esfuerzo personal'.

[24] La idea de la armonía de la naturaleza y la perseverancia en la propia condición es de origen neoplatónico.

[25] DQ alude a dos refranes, combinándolos: «Ni el anzuelo ni la caña, mas el cebo que las engaña», y «No quiero, no quiero, mas echádmelo en la capilla», es decir, 'para que reciba lo que tú aparentas no querer'; *capilla* es la 'capucha que llevaban algunas capas'.

[26] 'el juicio final'; *juicio de residencia* era el que se hacía a los cargos públicos cuando se acababa su plazo de ejercicio.

[27] *el cuatro tanto*: 'el cuádruple'.

[28] En un principio, *ley del encaje* era 'sentencia que se aplica por analogía, por semejanza', pronto se degradó para significar 'resolución arbitraria y caprichosa'.

[29] *informaciones*: 'alegaciones, declaraciones'

[30] 'Si no consideras conveniente aplicar el rigor de la ley'; la *vara* se refiere a la que solían llevar, como símbolo y demostración de su cargo, los que tenían poder para administrar justicia, o actuar en nombre de ella. *Dádiva* ha de entenderse aquí como 'soborno'.

[31] 'digno de conmiseración'.

»Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos[32]. Esto que hasta aquí te he dicho son documentos que han de adornar tu alma[33]; escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo.

[32] 'tataranietos'; el tono es bíblico

[33] *documentos*: 'enseñanzas', 'instrucciones'.

Capítulo XLIII

De los consejos segundos que dio don Quijote a Sancho Panza

¿Quién oyera el pasado razonamiento de don Quijote que no le tuviera por persona muy cuerda y mejor intencionada? Pero, como muchas veces en el progreso desta grande historia queda dicho, solamente disparaba en tocándole en la caballería, y en los demás discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento, de manera que a cada paso desacreditaban sus obras su juicio, y su juicio sus obras; pero en esta destos segundos documentos que dio a Sancho mostró tener gran donaire y puso su discreción y su locura en un levantado punto.

Atentísimamente le escuchaba Sancho y procuraba conservar en la memoria sus consejos, como quien pensaba guardarlos y salir por ellos a buen parto de la preñez de su gobierno. Prosiguió, pues, don Quijote y dijo:

—En lo que toca a cómo has de gobernar tu persona y casa, Sancho, lo primero que te encargo es que seas limpio y que te cortes las uñas[1], sin dejarlas crecer, como algunos hacen, a quien su ignorancia les ha dado a entender que las uñas largas les hermosean las manos, como si aquel escremento y añadidura que se dejan de cortar fuese uña, siendo antes garras de cernícalo lagartijero[2], puerco y extraordinario abuso.

»No andes, Sancho, desceñido y flojo, que el vestido descompuesto da indicios de ánimo desmazalado[3], si ya la descompostura y flojedad no cae debajo de socarronería, como se juzgó en la de Julio César[4].

»Toma con discreción el pulso a lo que pudiere valer tu oficio, y si sufriere que des librea a tus criados[5], dásela honesta y provechosa más que vistosa y bizarra, y repártela entre tus criados y los pobres: quiero decir que si has de vestir seis pajes, viste tres y otros tres pobres, y así tendrás pajes para el cielo y para el suelo; y este nuevo modo de dar librea no le alcanzan los vanagloriosos.

»No comas ajos ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villanería[6].

»Anda despacio; habla con reposo, pero no de manera que parezca que te escuchas a ti mismo, que toda afectación es mala.

»Come poco y cena más poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago[7].

»Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto ni cumple palabra.

»Ten cuenta, Sancho, de no mascar a dos carrillos ni de erutar delante de nadie.

—Eso de *erutar* no entiendo —dijo Sancho.

Y don Quijote le dijo:

—*Erutar*, Sancho, quiere decir ‘regoldar’, y este es uno de los más torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy sinificativo; y, así, la gente curiosa se ha acogido al latín[8], y al *regoldar* dice *erutar*, y a los *regüeldos*, *erutaciones*, y cuando algunos no entienden estos términos, importa poco, que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan; y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso.

—En verdad, señor —dijo Sancho—, que uno de los consejos y avisos que pienso llevar en la memoria ha de ser el de no regoldar, porque lo suelo hacer muy a menudo.

—*Erutar*, Sancho, que no *regoldar* —dijo don Quijote.

---

[1] Las uñas largas eran vistas como señal de hidalguía, porque impedían el trabajo manual, el «oficio mecánico».

[2] ‘ave de rapiña, de tamaño pequeño y de vuelo bajo’; *escremento*: ‘secreción’.

[3] ‘negligente’, ‘descuidado en el cumplimiento de sus deberes’.

[4] Se alude a la costumbre de César, criticada por Cicerón, de llevar un cinturón muy flojo, y a la frase de Sila sobre el futuro dictador: «Desconfiad de ese joven mal ceñido».

[5] ‘si te permitiese vestir de uniforme a tus criados’.

[6] *ajos y cebollas* eran comida propia de villanos, tanto, que se prohibía comerlos a los caballeros en los estatutos de la Orden de la Banda.

[7] *oficina*: figuradamente, ‘laboratorio’, ‘fábrica’, ‘taller’.

[8] *curiosa*: ‘delicada’, ‘fina’. El latinismo –recién introducido– *eru(c)tar* alterna hasta hoy como eufemismo de *regoldar*, palabra considerada vulgar y demasiado *significativa* (‘expresiva, definitoria’).

—*Erutar* diré de aquí adelante —respondió Sancho—, y a fee que no se me olvide.

—También, Sancho, no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles, que, puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos, que más parecen disparates que sentencias.

—Eso Dios lo puede remediar —respondió Sancho—, porque sé más refranes que un libro, y viénenseme tantos juntos a la boca cuando hablo, que riñen por salir unos con otros, pero la lengua va arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan a pelo. Mas yo tendré cuenta de aquí adelante de decir los que convengan a la gravedad de mi cargo, que en casa llena, presto se guisa la cena, y quien destaja, no baraja, y a buen salvo está el que repica, y el dar y el tener, seso ha menester.

—¡Eso sí, Sancho! —dijo don Quijote—. ¡Encaja, ensarta, enhila refranes, que nadie te va a la mano! ¡Castígame mi madre, y yo trómpogelas[9]! Estoyte diciendo que escuses refranes, y en un instante has echado aquí una letanía dellos, que así cuadran con lo que vamos tratando como por los cerros de Úbeda. Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refrán traído a propósito; pero cargar y ensartar refranes a troche moche hace la plática desmayada y baja.

»Cuando subieres a caballo, no vayas echando el cuerpo sobre el arzón postrero, ni lleves las piernas tiesas y tiradas y desviadas de la barriga del caballo, ni tampoco vayas tan flojo, que parezca que vas sobre el rucio; que el andar a caballo a unos hace caballeros, a otros caballerizos[10].

»Sea moderado tu sueño, que el que no madruga con el sol, no goza del día; y advierte, ¡oh Sancho!, que la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza, su contraria, jamás llegó al término que pide un buen deseo.

»Este último consejo que ahora darte quiero, puesto que no sirva para adorno del cuerpo, quiero que le lleves muy en la memoria, que creo que no te será de menos provecho que los que hasta aquí te he dado: y es que jamás te pongas a disputar de linajes[11], a lo menos comparándolos entre sí, pues por fuerza en los que se comparan uno ha de ser el mejor, y del que abatieres serás aborrecido, y del que levantares en ninguna manera premiado.

»Tu vestido será calza entera, ropilla larga, herreruelo un poco más largo; greguescos, ni por pienso[12], que no les están bien ni a los caballeros ni a los gobernadores.

»Por ahora, esto se me ha ofrecido, Sancho, que aconsejarte: andará el tiempo, y según las ocasiones, así serán mis documentos, como tú tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares.

—Señor —respondió Sancho—, bien veo que todo cuanto vuestra merced me ha dicho son cosas buenas, santas y provechosas, pero ¿de qué han de servir, si de ninguna me acuerdo? Verdad sea que aquello de no dejarme crecer las uñas y de casarme otra vez, si se ofreciere, no se me pasará del magín; pero esotros badulaques y enredos y revoltillos[13], no se me acuerda ni acordará más dellos que de las nubes de antaño[14], y, así, será menester que se me den por escrito, que, puesto que no sé leer ni escribir, yo se los daré a mi confesor para que me los encaje y recapacite cuando fuere menester[15].

—¡Ah pecador de mí —respondió don Quijote—, y qué mal parece en los gobernadores el no saber leer ni escribir! Porque has de saber, ¡oh Sancho!, que no saber un hombre leer o ser zurdo[16] arguye una de dos cosas: o que fue hijo de padres demasiado de humildes y bajos, o él tan travieso y malo, que no pudo entrar en él el buen uso ni la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo, y, así, querría que aprendieses a firmar siquiera.

---

[9] '¡Me riñe mi madre, y yo me burlo de ella!'; refrán para expresar que alguien hace, inmediatamente, lo contrario de lo que se le aconseja.

[10] La postura que recomienda DQ es a la jineta, con estribos cortos

[11] El consejo, a pesar de su actualidad, por los problemas de reconocimiento de hidalguía o compra de títulos, tenía raigambre clásica.

[12] *calza entera*: 'calzas que llevaban, formando cuerpo con ellas, unas medias del mismo tejido'; era vestidura más formal que la que constituían los greguescos simplemente combinados con medias

[13] *badulaques*: 'fricasés, guisos de carne cortada en dados con verduras' o, también, y quizá preferible en este caso, 'maquillajes para mujeres'.

[14] Parece ser comparación tradicional.

[15] *recapacite*: 'recuerde'. Se ha subrayado el contraste entre los artificiosos y convencionales consejos de DQ y el sentido común e inteligencia innata de Sancho, más tarde manifiestos a la hora de hacer justicia, como una muestra de la tópica disputa entre el arte o la ley y la naturaleza.

[16] De los *zurdos* se pensaba que eran «gente hecha al revés, y aun se duda si son gente» (Quevedo).

—Bien sé firmar mi nombre —respondió Sancho—, que cuando fui prioste en mi lugar aprendí a hacer unas letras como de marca de fardo[17], que decían que decía mi nombre; cuanto más que fingiré que tengo tullida la mano derecha y haré que firme otro por mí, que para todo hay remedio, si no es para la muerte, y teniendo yo el mando y el palo[18], haré lo que quisiere, cuanto más que el que tiene el padre alcalde...[19] Y siendo yo gobernador, que es más que ser alcalde, ¡llegaos, que la dejan ver[20]! No, sino popen y calóñenme[21], que vendrán por lana y volverán trasquilados[22], y a quien Dios quiere bien, la casa le sabe[23], y las necedades del rico por sentencias pasan en el mundo, y siéndolo yo, siendo gobernador y juntamente liberal, como lo pienso ser, no habrá falta que se me parezca[24]. No, sino haceos miel, y paparos han moscas[25]; tanto vales cuanto tienes, decía una mi agüela, y del hombre arraigado no te verás vengado[26].

—¡Oh, maldito seas de Dios, Sancho! —dijo a esta sazón don Quijote—. ¡Sesenta mil satanases te lleven a ti y a tus refranes! Una hora ha que los estás ensartando y dándome con cada uno tragos de tormento[27]. Yo te aseguro que estos refranes te han de llevar un día a la horca, por ellos te han de quitar el gobierno tus vasallos o ha de haber entre ellos comunidades[28]. Dime, ¿dónde los hallas, ignorante, o cómo los aplicas, mentecato? Que para decir yo uno y aplicarle bien, sudo y trabajo como si cavase.

—Por Dios, señor nuestro amo —replicó Sancho—, que vuesa merced se queja de bien pocas cosas[29]. ¿A qué diablos se pudre[30] de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno, sino refranes y más refranes? Y ahora se me ofrecen cuatro que venían aquí pintiparados, o como peras en tabaque[31], pero no los diré, porque al buen callar llaman Sancho[32].

—Ese Sancho no eres tú —dijo don Quijote—, porque no solo no eres buen callar, sino mal hablar y mal porfiar; y, con todo eso, querría saber qué cuatro refranes te ocurrían ahora a la memoria, que venían aquí a propósito, que yo ando recorriendo la mía, que la tengo buena, y ninguno se me ofrece.

—¿Qué mejores —dijo Sancho— que «entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares[33]», y «a idos de mi casa y qué queréis con mi mujer, no hay responder», y «si da el cántaro en la piedra o la piedra en el cántaro, mal para el cántaro», todos los cuales vienen a pelo? Que nadie se tome con su gobernador ni con el que le manda, porque saldrá lastimado, como el que pone el dedo entre dos muelas cordales, y aunque no sean cordales, como sean muelas, no importa; y a lo que dijere el gobernador, no hay que replicar, como al «salíos de mi casa y qué queréis con mi mujer». Pues lo de la piedra en el cántaro un ciego lo verá. Así que es menester que el que vee la mota en el ojo ajeno vea la viga en el suyo[34], porque no se diga por él: «espantóse la muerta de la degollada[35]»; y vuestra merced sabe bien que más sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena.

—Eso no, Sancho —respondió don Quijote—, que el necio en su casa ni en la ajena sabe nada, a causa que sobre el cimiento de la necedad no asienta ningún discreto edificio. Y dejemos esto aquí, Sancho, que si mal gobernares, tuya será la culpa y mía la vergüenza; mas consuélome que he hecho lo que debía en aconsejarte con las veras y con la discreción a mí posible: con esto salgo de mi obligación y de mi

---

[17] ‘letras mayúsculas y chapuceras’, como las que se ponen en los *fardos* para indicar la propiedad; *prioste*: ‘mayordomo’.

[18] ‘teniendo el poder de mandar de palabra y de obligar a que se me obedezca’; es frase proverbial.

[19] «...seguro va a juicio», continúa el refrán.

[20] ‘acercaos y veréis lo que os pasa’; es frase de amenaza.

[21] ‘que me desprecien y me injurien, me calumnien’.

[22] ‘conseguirán lo contrario de lo que se proponen’; es refrán que se reitera en el *Q*.

[23] ‘el que es afortunado, no tiene de qué preocuparse’; refrán.

[24] ‘note’

[25] ‘mostraos débil y los ruines se aprovecharán de vosotros’, refrán; *paparos han*: ‘os comerán’.

[26] ‘no podrás tomar venganza del que tiene poder o dinero’, refrán.

[27] me estás aplicando el *tormento* de la toca o del agua’.

[28] ‘motines, asonadas, sublevaciones’.

[29] ‘de *cosas* bien pequeñas, de poca importancia’.

[30] *se pudre*: ‘se reconcome’, ‘se irrita’.

[31] ‘bien guardadas para cuando se necesiten’; el *tabaque* es el ‘cestillo plano, de mimbre, donde se colocan peras, manzanas y membrillos para que se conserven y maduren’.

[32] Sancho elige el refrán para aplicarlo, con ironía, a su propia persona.

[33] *muelas cordales*: ‘muelas del juicio’; figuradamente, ‘parientes cercanos’.

[34] Pasaje del Evangelio de Mateo (VII, 3) convertido en frase proverbial.

[35] ‘el que tiene un defecto grave se escandaliza de lo que no tiene importancia’.

promesa. Dios te guíe, Sancho, y te gobierne en tu gobierno, y a mí me saque del escrúpulo que me queda que has de dar con toda la ínsula patas arriba, cosa que pudiera yo escusar con descubrir al duque quién eres, diciéndole que toda esa gordura y esa personilla que tienes no es otra cosa que un costal lleno de refranes y de malicias[36].

—Señor —replicó Sancho—, si a vuestra merced le parece que no soy de pro para este gobierno[37], desde aquí le suelto, que más quiero un solo negro de la uña de mi alma[38] que a todo mi cuerpo, y así me sustentaré Sancho a secas con pan y cebolla como gobernador con perdices y capones[39], y más, que mientras se duerme todos son iguales, los grandes y los menores, los pobres y los ricos[40]; y si vuestra merced mira en ello, verá que solo vuestra merced me ha puesto en esto de gobernar, que yo no sé más de gobiernos de ínsulas que un buitre, y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, más me quiero ir Sancho al cielo que gobernador al infierno.

—Por Dios, Sancho —dijo don Quijote—, que por solas estas últimas razones que has dicho juzgo que mereces ser gobernador de mil ínsulas: buen natural tienes, sin el cual no hay ciencia que valga. Encomiéndate a Dios, y procura no errar en la primera intención: quiero decir que siempre tengas intento y firme propósito de acertar en cuantos negocios te ocurrieren, porque siempre favorece el cielo los buenos deseos. Y vámonos a comer, que creo que ya estos señores nos aguardan.

---

[36] ‘ironías’, ‘sarcasmos’.

[37] ‘no soy útil para este gobierno’.

[38] *negro de la uña*: ‘parte mínima’

[39] *a secas*: ‘sin el título o tratamiento’ que le podría corresponder por el cargo de gobernador.

[40] Sancho se hace eco de la tradicional idea del sueño igualatorio.

Capítulo XLIIII

Cómo Sancho Panza fue llevado al gobierno, y de la estraña aventura que en el castillo sucedió a don Quijote

Dicen que en el propio original desta historia se lee que llegando Cide Hamete a escribir este capítulo no le tradujo su intérprete como él le había escrito, que fue un modo de queja que tuvo el moro de sí mismo por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como esta de don Quijote[1], por parecerle que siempre había de hablar dél y de Sancho, sin osar estenderse a otras digresiones y episodios más graves y más entretenidos; y decía que el ir siempre atenido el entendimiento, la mano y la pluma a escribir de un solo sujeto y hablar por las bocas de pocas personas era un trabajo incomportable[2], cuyo fruto no redundaba en el de su autor, y que por huir deste inconveniente había usado en la primera parte del artificio de algunas novelas, como fueron la del *Curioso impertinente* y la del *Capitán cautivo*, que están como separadas de la historia, puesto que las demás que allí se cuentan son casos sucedidos al mismo don Quijote, que no podían dejar de escribirse. También pensó, como él dice, que muchos, llevados de la atención que piden las hazañas de don Quijote, no la darían a las novelas, y pasarían por ellas o con priesa o con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen, el cual se mostrara bien al descubierto, cuando por sí solas, sin arrimarse a las locuras de don Quijote ni a las sandeces de Sancho, salieran a luz. Y, así, en esta segunda parte no quiso ingerir novelas sueltas ni pegadizas[3], sino algunos episodios que lo pareciesen[4], nacidos de los mesmos sucesos que la verdad ofrece, y aun estos limitadamente y con solas las palabras que bastan a declararlos; y pues se contiene y cierra en los estrechos límites de la narración, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo, pide no se desprecie su trabajo, y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir[5].

Y luego prosigue la historia, diciendo que en acabando de comer don Quijote el día que dio los consejos a Sancho, aquella tarde se los dio escritos, para que él buscase quien se los leyese, pero apenas se los hubo dado, cuando se le cayeron y vinieron a manos del duque, que los comunicó con la duquesa, y los dos se admiraron de nuevo de la locura y del ingenio de don Quijote; y así, llevando adelante sus burlas, aquella tarde enviaron a Sancho con mucho acompañamiento al lugar que para él había de ser ínsula[6].

Acaeció, pues, que el que le llevaba a cargo era un mayordomo del duque, muy discreto y muy gracioso —que no puede haber gracia donde no hay discreción—, el cual había hecho la persona de la condesa Trifaldi con el donaire que queda referido; y con esto, y con ir industriado[7] de sus señores de cómo se había de haber con Sancho, salió con su intento maravillosamente. Digo, pues, que acaeció que así como Sancho vio al tal mayordomo, se le figuró en su rostro el mesmo de la Trifaldi, y volviéndose a su señor le dijo:

—Señor, o a mí me ha de llevar el diablo de aquí de donde estoy en justo y en creyente[8], o vuestra merced me ha de confesar que el rostro deste mayordomo del duque, que aquí está, es el mesmo de la Dolorida.

Miró don Quijote atentamente al mayordomo y, habiéndole mirado, dijo a Sancho:

—No hay para qué te lleve el diablo, Sancho, ni en justo ni en creyente, que no sé lo que quieres decir: que el rostro de la Dolorida es el del mayordomo, pero no por eso el mayordomo es la Dolorida, que a serlo, implicaría contradición muy grande[9], y no es tiempo ahora de hacer estas averiguaciones, que sería entrarnos en intricados laberintos. Créeme, amigo, que es menester rogar a Nuestro Señor muy de veras que nos libre a los dos de malos hechiceros y de malos encantadores[10].

---

[1] La queja repite, con variantes, algunos de los razonamientos expuestos por C. en el prólogo de la Primera parte.

[2] 'insufrible'.

[3] 'añadidas', 'interpoladas'.

[4] O sea, 'que *pareciesen* novelas'.

[5] C. muestra aquí tanto su conciencia de selección como la de su técnica, estilo y teoría de la novela, que no debe ser, según él, un pretexto para hablar del *universo todo* o para demostrar erudición y saberes enciclopédicos.

[6] En la contradicción entre *lugar* e *ínsula*, es posible el recuerdo del «Isanjo, gobernador de la Ínsula Firme», que se nombra en el *Amadís de Gaula*, II, 1, aunque C. añade la interpretación subjetiva de Sancho.

[7] *industriado*: 'advertido', 'aleccionado'.

[8] 'súbitamente', 'en este mismo momento'.

[9] *implicar contradicción* era giro propio del lenguaje filosófico.

[10] Acaba como el padrenuestro: «sed libera nos a malo»

—No es burla, señor —replicó Sancho—, sino que denantes le oí hablar, y no pareció sino que la voz de la Trifaldi me sonaba en los oídos. Ahora bien, yo callaré, pero no dejaré de andar advertido de aquí adelante, a ver si descubre otra señal que confirme o desfaga mi sospecha[11].

—Así lo has de hacer, Sancho —dijo don Quijote—, y darásme aviso de todo lo que en este caso descubrieres y de todo aquello que en el gobierno te sucediere.

Salió, en fin, Sancho acompañado de mucha gente, vestido a lo letrado, y encima un gabán muy ancho de chamelote de aguas leonado[12], con una montera de lo mesmo, sobre un macho a la jineta[13], y detrás dél, por orden del duque, iba el rucio con jaeces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes. Volvía Sancho la cabeza de cuando en cuando a mirar a su asno, con cuya compañía iba tan contento, que no se trocara con el emperador de Alemaña.

Al despedirse de los duques, les besó las manos, y tomó la bendición de su señor, que se la dio con lágrimas, y Sancho la recibió con pucheritos[14].

Deja, lector amable, ir en paz y enhorabuena al buen Sancho, y espera dos fanegas de risa que te ha de causar el saber cómo se portó en su cargo, y en tanto atiende a saber lo que le pasó a su amo aquella noche, que si con ello no rieres, por lo menos desplegarás los labios con risa de jimia, porque los sucesos de don Quijote o se han de celebrar con admiración o con risa[15].

Cuéntase, pues, que apenas se hubo partido Sancho, cuando don Quijote sintió su soledad, y si le fuera posible revocarle la comisión y quitarle el gobierno, lo hiciera. Conoció la duquesa su melancolía y preguntóle que de qué estaba triste, que si era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas y doncellas había en su casa que le servirían muy a satisfación de su deseo.

—Verdad es, señora mía —respondió don Quijote—, que siento la ausencia de Sancho, pero no es esa la causa principal que me hace parecer que estoy triste, y de los muchos ofrecimientos que Vuestra Excelencia me hace solamente acepto y escojo el de la voluntad con que se me hacen, y en lo demás suplico a Vuestra Excelencia que dentro de mi aposento consienta y permita que yo solo sea el que me sirva.

—En verdad —dijo la duquesa—, señor don Quijote, que no ha de ser así, que le han de servir cuatro doncellas de las mías, hermosas como unas flores.

—Para mí —respondió don Quijote— no serán ellas como flores, sino como espinas que me puncen el alma. Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar[16]. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced sin yo merecerla, déjeme que yo me las haya conmigo y que yo me sirva de mis puertas adentro, que yo ponga una muralla en medio de mis deseos y de mi honestidad; y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que vuestra alteza quiere mostrar conmigo. Y, en resolución, antes dormiré vestido que consentir que nadie me desnude.

—No más, no más, señor don Quijote —replicó la duquesa—. Por mí digo que daré orden que ni aun una mosca entre en su estancia, no que una doncella[17]: no soy yo persona que por mí se ha de descabalar la decencia del señor don Quijote[18], que, según se me ha traslucido, la que más campea entre sus muchas virtudes es la de la honestidad. Desnúdese vuesa merced y vístase a sus solas y a su modo como y cuando quisiere, que no habrá quien lo impida, pues dentro de su aposento hallará los vasos necesarios[19] al menester del que duerme a puerta cerrada, porque ninguna natural necesidad le obligue a que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre estendido por toda la redondez de la tierra, pues

---

[11] *descubre*: ‘deja ver’, ‘hace patente’; la Trifaldi, se entiende.

[12] *chamelote*: ‘tela con visos, parecida a la etamina, que se hacía de mezcla de pelo de cabra, seda y lana’; con ella se sustituyó el pelo de camello con que se fabricaba el primitivo, importado de Oriente; es *de aguas* porque su dibujo las hace; *leonado*: ‘amarillento’, como el pelo del león.

[13] ‘sobre un mulo aparejado *a la jineta*’, es decir, con los estribos cortos y los frenos recogidos.

[14] ‘gestos con que se trata de contener el llanto’.

[15] *jimia*: ‘mona’; no sabemos en qué consiste la risa que corresponde a esta expresión.

[16] Frase que se usaba para encarecer la improbabilidad de un suceso.

[17] *no que*: ‘no ya’.

[18] ‘dejar de ser íntegra la honestidad’.

[19] *vasos*: ‘vasos de noche’, ‘bacines’ (palangana, orinal…).

mereció ser amada de tan valiente y tan honesto caballero, y los benignos cielos infundan en el corazón de Sancho Panza, nuestro gobernador, un deseo de acabar presto sus diciplinas, para que vuelva a gozar el mundo de la belleza de tan gran señora.

A lo cual dijo don Quijote:

—Vuestra altitud ha hablado como quien es, que en la boca de las buenas señoras no ha de haber ninguna que sea mala[20]; y más venturosa y más conocida será en el mundo Dulcinea por haberla alabado vuestra grandeza que por todas las alabanzas que puedan darle los más elocuentes de la tierra.

—Agora bien, señor don Quijote —replicó la duquesa—, la hora de cenar se llega y el duque debe de esperar: venga vuesa merced y cenemos, y acostaráse temprano, que el viaje que ayer hizo de Candaya no fue tan corto que no haya causado algún molimiento.

—No siento ninguno, señora —respondió don Quijote—, porque osaré jurar a Vuestra Excelencia que en mi vida he subido sobre bestia más reposada ni de mejor paso que Clavileño, y no sé yo qué le pudo mover a Malambruno para deshacerse de tan ligera y tan gentil cabalgadura y abrasarla así sin más ni más.

—A eso se puede imaginar —respondió la duquesa— que arrepentido del mal que había hecho a la Trifaldi y compañía, y a otras personas, y de las maldades que como hechicero y encantador debía de haber cometido, quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio, y como a principal y que más le traía desasosegado, vagando de tierra en tierra, abrasó a Clavileño, que con sus abrasadas cenizas y con el trofeo del cartel queda eterno el valor del gran don Quijote de la Mancha.

De nuevo nuevas gracias dio don Quijote a la duquesa, y en cenando don Quijote se retiró en su aposento solo, sin consentir que nadie entrase con él a servirle: tanto se temía de encontrar ocasiones que le moviesen o forzasen a perder el honesto decoro que a su señora Dulcinea guardaba, siempre puesta en la imaginación la bondad de Amadís, flor y espejo de los andantes caballeros. Cerró tras sí la puerta, y a la luz de dos velas de cera se desnudó, y al descalzarse, ¡oh desgracia indigna de tal persona!, se le soltaron, no suspiros ni otra cosa que desacreditasen la limpieza de su policía[21], sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha celosía[22]. Afligióse en estremo el buen señor, y diera él por tener allí un adarme[23] de seda verde una onza de plata (digo seda verde porque las medias eran verdes).

Aquí exclamó Benengeli y, escribiendo, dijo: «¡Oh pobreza, pobreza! ¡No sé yo con qué razón se movió aquel gran poeta cordobés a llamarte “dádiva santa desagradecida”[24]! Yo, aunque moro, bien sé, por la comunicación que he tenido con cristianos, que la santidad consiste en la caridad, humildad, fee, obediencia y pobreza[25]; pero, con todo eso, digo que ha de tener mucho de Dios el que se viniere a contentar con ser pobre, si no es de aquel modo de pobreza de quien dice uno de sus mayores santos: “Tened todas las cosas como si no las tuviésedes”[26]; y a esto llaman pobreza de espíritu. Pero tú, segunda pobreza[27], que eres de la que yo hablo, ¿por qué quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos más que con la otra gente? ¿Por qué los obligas a dar pantalia a los zapatos[28] y a que los botones de sus ropillas unos sean de seda, otros de cerdas y otros de vidro[29]? ¿Por qué sus cuellos por la mayor parte han de ser siempre escarolados, y no abiertos con molde?». Y en esto se echará de ver que es antiguo el uso del

---

[20] Frase ambigua, pues *ninguna* tanto puede tener como antecedente *señora*, como, implícitamente, ‘palabra, habla’; en los dos casos es agradecimiento cortés a lo que la Duquesa dice de Dulcinea.

[21] ‘la verdad de su buena educación’; el giro *ni otra cosa* abre el camino a una interpretación chistosamente escatológica.

[22] ‘se le hizo una carrera muy grande en las medias’. Llevar las medias con carreras o remendadas era señal de miseria, y más si las reparaba uno mismo, imperfectamente, y con seda de otro color, por no poder pagar a la «maestra de coger puntos». Un sector de la crítica ha visto aquí una referencia directa al hidalgo del *Lazarillo*.

[23] *adarme*: ‘cantidad muy pequeña’; era medida de peso.

[24] El verso pertenece al *Laberinto de Fortuna* de Juan de Mena, 227b, recordando el Sermón de la Montaña; *desagradecida*: ‘no agradecida en lo que se merece’, ‘no apreciada’.

[25] La definición de santidad podría proceder de San Buenaventura.

[26] Es traducción de San Pablo, I Corintios, VII, 31.

[27] La indigencia material, frente a la pobreza como virtud voluntaria o pobreza de espíritu; la distinción entre las dos pobrezas es casi un lugar común.

[28] La expresión se encuentra únicamente en este texto, y es de difícil interpretación. Parece que significa ‘ocultar’ o ‘disimular las erosiones del cuero de los zapatos con negro de humo’.

[29] La botonadura era, muchas veces, bien una joya, bien un objeto artística y ricamente realizado.

almidón y de los cuellos abiertos[30]. Y prosiguió: «¡Miserable del bien nacido que va dando pistos a su honra[31], comiendo mal y a puerta cerrada[32], haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale a la calle después de no haber comido cosa que le obligue a limpiárselos[33]! ¡Miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza[34] y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo y la hambre de su estómago!».

Todo esto se le renovó a don Quijote en la soltura de sus puntos, pero consolóse con ver que Sancho le había dejado unas botas de camino[35], que pensó ponerse otro día. Finalmente, él se recostó pensativo y pesaroso, así de la falta que Sancho le hacía como de la inreparable desgracia de sus medias, a quien tomara los puntos aunque fuera con seda de otra color, que es una de las mayores señales de miseria que un hidalgo puede dar en el discurso de su prolija estrecheza. Mató las velas; hacía calor y no podía dormir; levantóse del lecho y abrió un poco la ventana de una reja que daba sobre un hermoso jardín[36], y al abrirla sintió y oyó que andaba y hablaba gente en el jardín. Púsose a escuchar atentamente. Levantaron la voz los de abajo, tanto, que pudo oír estas razones:

—No me porfíes, ¡oh Emerencia!, que cante, pues sabes que desde el punto que este forastero entró en este castillo y mis ojos le miraron, yo no sé cantar, sino llorar; cuanto más que el sueño de mi señora tiene más de ligero que de pesado, y no querría que nos hallase aquí por todo el tesoro del mundo; y puesto caso que durmiese y no despertase, en vano sería mi canto si duerme y no despierta para oírle este nuevo Eneas, que ha llegado a mis regiones para dejarme escarnida[37].

—No des en eso, Altisidora amiga[38] —respondieron—, que sin duda la duquesa y cuantos hay en esta casa duermen, si no es el señor de tu corazón y el despertador de tu alma, porque ahora sentí que abría la ventana de la reja de su estancia, y sin duda debe de estar despierto. Canta, lastimada mía, en tono bajo y suave, al son de tu harpa, y cuando la duquesa nos sienta, le echaremos la culpa al calor que hace.

—No está en eso el punto, ¡oh Emerencia! —respondió la Altisidora—, sino en que no querría que mi canto descubriese mi corazón, y fuese juzgada de los que no tienen noticia de las fuerzas poderosas de amor por doncella antojadiza y liviana[39]. Pero venga lo que viniere, que más vale vergüenza en cara que mancilla en corazón[40].

Y en esto se sintió tocar una harpa suavísimamente. Oyendo lo cual quedó don Quijote pasmado, porque en aquel instante se le vinieron a la memoria las infinitas aventuras semejantes a aquella, de ventanas, rejas y jardines, músicas, requiebros y desvanecimientos que en los sus desvanecidos libros de caballerías había leído[41]. Luego imaginó que alguna doncella de la duquesa estaba dél enamorada, y que la honestidad la forzaba a tener secreta su voluntad; temió no le rindiese y propuso en su pensamiento el no dejarse vencer; y encomendándose de todo buen ánimo y buen talante a su señora Dulcinea del Toboso, determinó de escuchar la música, y para dar a entender que allí estaba dio un fingido estornudo, de que no poco se alegraron las doncellas, que otra cosa no deseaban sino que don Quijote las oyese. Recorrida, pues, y afinada la harpa[42], Altisidora dio principio a este romance[43]:

---

[30] El *cuello escarolado* era el falso, plegado irregularmente, no almidonado, con bordes recortados; el *abierto* era el «de lechuguilla».

[31] ‘cuidando, dando calditos *a su honra*, delicada y debilitada’, o, acaso, ‘consolándose porque la está perdiendo’.

[32] Lo referente al empleo ostentoso del palillo de dientes o biznaga para demostrar que se había comido cuando no era así, y de este modo subrayar la pobreza y hambre de los hidalgos, fue motivo frecuente en la literatura del Siglo de Oro.

[33] Lo referente al empleo ostentoso del palillo de dientes o biznaga para demostrar que se había comido cuando no era así, y de este modo subrayar la pobreza y hambre de los hidalgos, fue motivo frecuente en la literatura del Siglo de Oro.

[34] O sea, tiene una *honra* tan débil o inerme, que cualquier percance la *espanta.*

[35] ‘botas altas, con caña muy flexible’, que le permitiría ocultar la carrera de las medias.

[36] La apertura a otro espacio sirve para marcar el límite con un nuevo episodio.

[37] ‘escarnecida’, ‘burlada’. Altisidora se sitúa en el lugar de la reina Elisa Dido, abandonada por Eneas.

[38] El nombre *Altisidora* se ha relacionado con el gentilicio *altissidoriense*, denominación usada en latín para el vino francés de Auxerre.

[39] *antojadiza*: ‘deshonesta’, ‘ligera de cascos’.

[40] Frase proverbial para justificar la confesión de algo que pueda parecer deshonroso.

[41] *desvanecidos*: ‘necios’, ‘insensatos’.

[42] *Recorrida*: ‘recorridas, repasadas’ las cuerdas, como se suele hacer antes de empezar a tocar un instrumento.

[43] Tanto este romance como el que canta Altisidora en II, 57, contrahacen cómicamente temas y formas del romancero nuevo, llegando en algún momento a emparentarse con las *coplas de disparates*, por lo inadecuado del empleo de los lugares comunes pseudopoéticos. El arranque de la dama ofreciéndose al caballero, infrecuente en la poesía de este momento, aún teñida de petrarquismo, puede proceder tanto de algún libro de caballerías –Helisena ofreciéndose a Perión en el *Amadís de Gaula*– como de reminiscencias del romancero viejo: recuérdense

—¡Oh tú, que estás en tu lecho,
entre sábanas de holanda,
durmiendo a pierna tendida
de la noche a la mañana,
caballero el más valiente
que ha producido la Mancha,
más honesto y más bendito
que el oro fino de Arabia!
Oye a una triste doncella
bien crecida y mal lograda[44],
que en la luz de tus dos soles
se siente abrasar el alma.
Tú buscas tus aventuras
y ajenas desdichas hallas;
das las feridas y niegas
el remedio de sanarlas[45].
Dime, valeroso joven,
que Dios prospere tus ansias,
si te criaste en la Libia
o en las montañas de Jaca[46],
si sierpes te dieron leche[47],
si a dicha fueron tus amas[48]
la aspereza de las selvas
y el horror de las montañas.
Muy bien puede Dulcinea,
doncella rolliza y sana,
preciarse de que ha rendido
a una tigre y fiera brava.
Por esto será famosa
desde Henares a Jarama,
desde el Tajo a Manzanares,
desde Pisuerga hasta Arlanza[49].
Trocárame yo por ella
y diera encima una saya
de las más gayadas mías[50],
que de oro le adornan franjas.
¡Oh, quién se viera en tus brazos
o, si no, junto a tu cama,
rascándote la cabeza
y matándote la caspa[51]!
Mucho pido y no soy digna
de merced tan señalada:

---

los romances de Gerineldos, de Melisenda o de la Gentil Dama. La comicidad se acentúa al oponerse la desenvoltura de Altisidora a la pudibundez de DQ, que no deja que entre ninguna doncella en su cuarto, ni para ayudarle a vestirse; al final será doña Rodríguez la que asalte al caballero en su cama.

[44] ‘desdichada’ y con doncellez ‘muerta tempranamente’.

[45] Al revés que en el bíblico «ipse vulnerat et medetur» (Job, V, 18).

[46] Referencia al romance «De las montañas de Jaca», contraponiéndolo a los tópicos desiertos de Libia, llenos de fieras venenosas.

[47] Parece una retorsión ridícula del reproche de Dido a Eneas, en el libro IV de la *Eneida*, pasaje que quizá atrae algunos versos de las *Metamorfosis* de Ovidio. A ello se podría unir la creencia popular de que las culebras se introducen en la boca del recién nacido para mamar allí la leche de las madres.

[48] *amas* de cría, se entiende.

[49] El romance parodia la delimitación tópica de espacios por ríos lejanos o míticos, sustituyéndolos por parejas de ríos cercanos y familiares.

[50] *gayadas*: ‘adornadas con franjas de colores’.

[51] ‘acariciándote el pelo, como para limpiarlo’.

los pies quisiera traerte[52],
que a una humilde esto le basta.
¡Oh, qué de cofias te diera,
qué de escarpines de plata,
qué de calzas de damasco,
qué de herreruelos de Holanda!
¡Qué de finísimas perlas,
cada cual como una agalla,
que a no tener compañeras
«las solas» fueran llamadas[53]!
No mires de tu Tarpeya
este incendio que me abrasa,
Nerón manchego del mundo,
ni le avives con tu saña[54].
Niña soy, pulcela tierna[55];
mi edad de quince no pasa:
catorce tengo y tres meses[56],
te juro en Dios y en mi ánima.
No soy renca, ni soy coja,
ni tengo nada de manca[57];
los cabellos, como lirios,
que, en pie, por el suelo arrastran;
y aunque es mi boca aguileña
y la nariz algo chata[58],
ser mis dientes de topacios[59]
mi belleza al cielo ensalza.
Mi voz, ya ves, si me escuchas,
que a la que es más dulce iguala,
y soy de disposición[60]
algo menos que mediana.
Estas y otras gracias mías
son despojos de tu aljaba[61];
desta casa soy doncella
y Altisidora me llaman[62].

Aquí dio fin el canto de la malferida Altisidora y comenzó el asombro del requirido don Quijote, el cual, dando un gran suspiro, dijo entre sí: «¡Que tengo de ser tan desdichado andante que no ha de haber doncella que me mire que de mí no se enamore! ¡Que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso que no la han de dejar a solas gozar de la incomparable firmeza mía! ¿Qué la queréis, reinas?

---

[52] ‘acariciarte’, ‘darte masaje’.

[53] *La sola* es el nombre que recibía la ‘perla peregrina’, de gran tamaño, que, junto con el diamante cuadrado denominado «el Estanque», componían el llamado «joyel de los Austrias». Puede verse en el sombrero del rey Felipe III y sobre el pecho de su esposa Margarita de Austria en los retratos ecuestres pintados por Velázquez, hoy en el Museo del Prado.

[54] Juego con el romance viejo «Mira Nero de (‘desde’) Tarpeya»; *Tarpeya* es la roca de la colina del Capitolio desde la que Nerón contempló el incendio de Roma.

[55] ‘doncella joven o amorosa’, jugando con el doble sentido de *tierna*.

[56] Amén de indicar la edad, puede significar que ‘sólo ha tenido tres meses –tres veces– la menstruación’, para encarecer su terneza.

[57] Además de su sentido normal, cabe interpretarlo con el figurado ‘no ser manco’, incluso con matiz picante, ‘no me falta nada’; *renca*: ‘coja que no puede mover bien las caderas’.

[58] Sobre las costumbres lascivas atribuidas a las *chatas*, véanse I, 16 y II, 10.

[59] El *topacio* es de color amarillo.

[60] *disposición*: ‘complexión’.

[61] Se puede parafrasear diciendo: ‘son mis restos –lo que ha quedado de mí– tras haberme herido con las flechas de amor que llevas en tu *aljaba*’; por eso abajo se la califica, con arcaísmo novelesco, de *malferida*.

[62] La reticencia de estos dos versos es esencial para la interpretación del personaje.

¿A qué la perseguís, emperatrices? ¿Para qué la acosáis, doncellas de a catorce a quince años? Dejad, dejad a la miserable que triunfe[63], se goce y ufane con la suerte que Amor quiso darle en rendirle mi corazón y entregarle mi alma. Mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfenique[64], y para todas las demás soy de pedernal; para ella soy miel, y para vosotras acíbar; para mí sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida, y las demás, las feas, las necias, las livianas y las de peor linaje; para ser yo suyo, y no de otra alguna, me arrojó la naturaleza al mundo. Llore o cante Altisidora, desespérese Madama[65], por quien me aporrearon en el castillo del moro encantado, que yo tengo de ser de Dulcinea, cocido o asado[66], limpio, bien criado y honesto, a pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra».

Y con esto cerró de golpe la ventana y, despechado y pesaroso como si le hubiera acontecido alguna gran desgracia, se acostó en su lecho, donde le dejaremos por ahora, porque nos está llamando el gran Sancho Panza, que quiere dar principio a su famoso gobierno.

---

[63] ‘se regocije’.

[64] ‘pasta de azúcar molido’; *masa*: ‘galleta o pastelillo de hojaldre o masa quebrada’.

[65] ‘Señora noble’; DQ se refiere a Maritornes, en I, 16.

[66] ‘de cualquier manera’, ‘pase lo que pase’. Hay aquí eco jocoso de un motivo petrarquesco.

Capítulo XLV

De cómo el gran Sancho Panza tomó la posesión de su ínsula y del modo que comenzó a gobernar

¡Oh perpetuo descubridor de los antípodas, hacha del mundo, ojo del cielo[1], meneo dulce de las cantimploras[2], Timbrio aquí[3], Febo allí, tirador acá[4], médico acullá, padre de la poesía, inventor de la música, tú que siempre sales y, aunque lo parece, nunca te pones[5]! A ti digo, ¡oh sol, con cuya ayuda el hombre engendra al hombre[6]!, a ti digo que me favorezcas y alumbres la escuridad de mi ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos en la narración del gobierno del gran Sancho Panza[7], que sin ti yo me siento tibio, desmazalado y confuso[8].

Digo, pues, que con todo su acompañamiento llegó Sancho a un lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el duque tenía. Diéronle a entender que se llamaba «la ínsula Barataria», o ya porque el lugar se llamaba «Baratario» o ya por el barato con que se le había dado el gobierno[9]. Al llegar a las puertas de la villa, que era cercada[10], salió el regimiento del pueblo a recebirle[11], tocaron las campanas y todos los vecinos dieron muestras de general alegría y con mucha pompa le llevaron a la iglesia mayor a dar gracias a Dios, y luego con algunas ridículas ceremonias le entregaron las llaves del pueblo y le admitieron por perpetuo gobernador de la ínsula Barataria.

El traje, las barbas, la gordura y pequeñez del nuevo gobernador tenía admirada a toda la gente que el busilis del cuento no sabía[12], y aun a todos los que lo sabían, que eran muchos. Finalmente, en sacándole de la iglesia le llevaron a la silla del juzgado y le sentaron en ella, y el mayordomo del duque le dijo:

—Es costumbre antigua en esta ínsula, señor gobernador, que el que viene a tomar posesión desta famosa ínsula está obligado a responder a una pregunta que se le hiciere que sea algo intricada y dificultosa, de cuya respuesta el pueblo toma y toca el pulso del ingenio de su nuevo gobernador y, así, o se alegra o se entristece con su venida.

En tanto que el mayordomo decía esto a Sancho, estaba él mirando unas grandes y muchas letras que en la pared frontera de su silla estaban escritas, y como él no sabía leer, preguntó que qué eran aquellas pinturas que en aquella pared estaban. Fuele respondido:

—Señor, allí está escrito y notado el día en que vuestra señoría tomó posesión desta ínsula, y dice el epitafio[13]: «Hoy día, a tantos de tal mes y de tal año, tomó la posesión desta ínsula el señor don Sancho Panza, que muchos años la goce».

—¿Y a quién llaman don Sancho Panza? —preguntó Sancho.

—A vuestra señoría —respondió el mayordomo—, que en esta ínsula no ha entrado otro Panza sino el que está sentado en esa silla.

---

[1] *antípodas*: ‘los habitantes de la tierra opuestos por un eje que pase por el centro de esta’. El valor de *hacha* (‘antorcha’) se completa pleonásticamente con la siguiente imagen, *ojo del cielo*, y las tres componen una invocación al sol, que ilumina día a día todos los puntos del globo terrestre. La invocación a las musas o a Apolo es asimismo usual en la épica culta. Nótese que aunque en II, 48 la narración volverá a centrarse en DQ, Sancho, cada vez más autónomo, tiene ya capítulos propios.

[2] Porque en ellas se ponía el agua o vino a enfriar, bien en un cubo con nieve, bien colgadas de algún árbol, cubiertas con un paño húmedo; el sol obligaba a *menearlas* en el cubo para enfriarlas y para beber. La frase es un endecasílabo, que puede haberse tomado de algún poema no localizado.

[3] Epíteto común de Apolo, por Timbra, lugar cercano a Troya consagrado a él porque construyó las murallas de la ciudad, ayudado por Neptuno.

[4] Arco, flechas, cítara o lira y laurel eran los atributos de Apolo. Era también inventor de la medicina y padre de Esculapio.

[5] Parece parodiar unos versos del *Carmen saeculare* de Horacio.

[6] Frase de origen aristotélico (*Física*, II, 2), que se transformó en lugar común.

[7] *discurrir por sus puntos*: ‘explicar según su desarrollo’, narrando ordenadamente los episodios; por probable analogía con el *puntar* de los músicos.

[8] *desmazalado*: ‘débil’, ‘falto de estímulos’.

[9] *barato*: ‘propina que se da a los mirones en los garitos de juego’ o ‘engaño’; *Baratario* podría ser ‘lugar donde se dan *baratos* o se hacen baratas (ventas fraudulentas)’; *Barataria* se ha querido identificar con Alcalá de Ebro (Zaragoza).

[10] ‘amurallada’.

[11] *regimiento*: ‘junta de regidores del pueblo’, ‘concejo municipal’.

[12] ‘que no estaba en el secreto de la historia’.

[13] ‘inscripción’.

—Pues advertid, hermano —dijo Sancho—, que yo no tengo *don*, ni en todo mi linaje le ha habido: Sancho Panza me llaman a secas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi agüelo, y todos fueron Panzas, sin añadiduras de dones ni donas[14]; y yo imagino que en esta ínsula debe de haber más dones que piedras; pero basta: Dios me entiende, y podrá ser que si el gobierno me dura cuatro días yo escardaré estos dones[15], que por la muchedumbre deben de enfadar como los mosquitos. Pase adelante con su pregunta el señor mayordomo, que yo responderé lo mejor que supiere, ora se entristezca o no se entristezca el pueblo.

A este instante entraron en el juzgado dos hombres, el uno vestido de labrador y el otro de sastre, porque traía unas tijeras en la mano, y el sastre dijo:

—Señor gobernador, yo y este hombre labrador venimos ante vuestra merced en razón que este buen hombre llegó a mi tienda ayer[16], que yo, con perdón de los presentes, soy sastre examinado, que Dios sea bendito[17], y poniéndome un pedazo de paño en las manos, me preguntó: «Señor, ¿habría en esto paño harto para hacerme una caperuza?». Yo, tanteando el paño, le respondí que sí; él debióse de imaginar, a lo que yo imagino, e imaginé bien, que sin duda yo le quería hurtar alguna parte del paño, fundándose en su malicia y en la mala opinión de los sastres, y replicóme que mirase si habría para dos. Adivinéle el pensamiento y díjele que sí, y él, caballero en su dañada y primera intención[18], fue añadiendo caperuzas, y yo añadiendo síes, hasta que llegamos a cinco caperuzas, y ahora en este punto acaba de venir por ellas: yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura[19], antes me pide que le pague o vuelva su paño.

—¿Es todo esto así, hermano? —preguntó Sancho.

—Sí, señor —respondió el hombre—, pero hágale vuestra merced que muestre las cinco caperuzas que me ha hecho.

—De buena gana —respondió el sastre.

Y sacando encontinente[20] la mano de bajo del herreruelo mostró en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dijo:

—He aquí las cinco caperuzas que este buen hombre me pide, y en Dios y en mi conciencia que no me ha quedado nada del paño, y yo daré la obra a vista de veedores del oficio[21].

Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas y del nuevo pleito. Sancho se puso a considerar un poco, y dijo:

—Paréceme que en este pleito no ha de haber largas dilaciones, sino juzgar luego a juicio de buen varón[22]; y, así, yo doy por sentencia que el sastre pierda las hechuras, y el labrador el paño, y las caperuzas se lleven a los presos de la cárcel[23], y no haya más.

Si la sentencia pasada de la bolsa del ganadero movió a admiración a los circunstantes[24], esta les provocó a risa, pero, en fin, se hizo lo que mandó el gobernador. Ante el cual se presentaron dos hombres ancianos; el uno traía una cañaheja por báculo[25], y el sin báculo dijo:

—Señor, a este buen hombre le presté días ha diez escudos de oro en oro[26], por hacerle placer y buena obra, con condición que me los volviese cuando se los pidiese. Pasáronse muchos días sin pedírselos, por

---

[14] Con juego de palabras: *dones* 'regalos'; *donas* 'bienes que se capitulan en la promesa de matrimonio'. Sobre el tratamiento de *don*, véase I, 1, 42. Ni el propio DQ, ni mucho menos Sancho, tenían derecho a él, por lo que su uso en la inscripción sólo podía tener intención de burla.

[15] 'arrancaré *estos dones*', como si fuesen malas hierbas.

[16] *buen hombre* es tratamiento despectivo.

[17] Es *examinado* porque ha pasado la categoría de aprendiz y, tras el examen de los oficiales, ha sido admitido en el gremio. La petición de perdón *que Dios sea bendito*, que se dice cuando se ha oído una blasfemia, se debe a la mala fama que rodeaba al oficio de sastre. El cuento es de origen popular.

[18] *caballero en*: 'sin apearse de', 'firme'.

[19] 'el trabajo' del oficial.

[20] *encontinente*: 'en seguida', 'en el acto'

[21] 'para que la juzguen los inspectores que se nombran para ver si la obra y su precio corresponden a lo pactado'.

[22] 'como hacen los hombres buenos, por equidad, sin recurrir a las leyes'.

[23] Es posible que mediante la disposición de Sancho C. esté censurando la costumbre de asignar a los presos pésimos comisos, como alimentos en mal estado y semejantes.

[24] De hecho, la *sentencia* en cuestión se cuenta un par de páginas más abajo.

[25] *cañaheja*: 'especie de caña, de cogollos comestibles'. El cuento del juicio es tradicional.

no ponerle en mayor necesidad de volvérmelos[27] que la que él tenía cuando yo se los presté; pero por parecerme que se descuidaba en la paga se los he pedido una y muchas veces, y no solamente no me los vuelve, pero me los niega y dice que nunca tales diez escudos le presté, y que si se los presté, que ya me los ha vuelto. Yo no tengo testigos ni del prestado ni de la vuelta[28], porque no me los ha vuelto. Querría que vuestra merced le tomase juramento, y si jurare que me los ha vuelto, yo se los perdono para aquí y para delante de Dios.

—¿Qué decís vos a esto, buen viejo del báculo? —dijo Sancho.

A lo que dijo el viejo:

—Yo, señor, confieso que me los prestó, y baje vuestra merced esa vara[29]; y pues él lo deja en mi juramento, yo juraré como se los he vuelto y pagado real y verdaderamente.

Bajó el gobernador la vara, y, en tanto, el viejo del báculo dio el báculo al otro viejo, que se le tuviese en tanto que juraba, como si le embarazara mucho, y luego puso la mano en la cruz de la vara, diciendo que era verdad que se le habían prestado aquellos diez escudos que se le pedían, pero que él se los había vuelto de su mano a la suya, y que por no caer en ello se los volvía a pedir por momentos[30]. Viendo lo cual el gran gobernador, preguntó al acreedor qué respondía a lo que decía su contrario, y dijo que sin duda alguna su deudor debía de decir verdad, porque le tenía por hombre de bien y buen cristiano, y que a él se le debía de haber olvidado el cómo y cuándo se los había vuelto, y que desde allí en adelante jamás le pidiría nada. Tornó a tomar su báculo el deudor y, bajando la cabeza, se salió del juzgado. Visto lo cual por Sancho, y que sin más ni más se iba, y viendo también la paciencia del demandante, inclinó la cabeza sobre el pecho y, poniéndose el índice de la mano derecha sobre las cejas y las narices, estuvo como pensativo un pequeño espacio, y luego alzó la cabeza y mandó que le llamasen al viejo del báculo, que ya se había ido. Trujéronsele, y en viéndole Sancho le dijo:

—Dadme, buen hombre, ese báculo, que le he menester.

—De muy buena gana —respondió el viejo—: hele aquí, señor.

Y púsosele en la mano. Tomóle Sancho, y, dándosele al otro viejo, le dijo:

—Andad con Dios, que ya vais pagado.

—¿Yo, señor? —respondió el viejo—. Pues ¿vale esta cañaheja diez escudos de oro?

—Sí —dijo el gobernador—, o, si no, yo soy el mayor porro del mundo, y ahora se verá si tengo yo caletre para gobernar todo un reino.

Y mandó que allí, delante de todos, se rompiese y abriese la caña. Hízose así, y en el corazón della hallaron diez escudos en oro; quedaron todos admirados y tuvieron a su gobernador por un nuevo Salomón[31].

Preguntáronle de dónde había colegido que en aquella cañaheja estaban aquellos diez escudos, y respondió que de haberle visto dar el viejo que juraba a su contrario aquel báculo, en tanto que hacía el juramento, y jurar que se los había dado real y verdaderamente, y que en acabando de jurar le tornó a pedir el báculo, le vino a la imaginación que dentro dél estaba la paga de lo que pedían. De donde se podía colegir que los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juicios[32]; y más que él había oído contar otro caso como aquel al cura de su lugar[33], y que él tenía tan gran memoria, que a no olvidársele todo aquello de que quería acordarse, no hubiera tal memoria en toda la ínsula. Finalmente, el un viejo corrido y el otro pagado se fueron, y los presentes quedaron admirados, y el que escribía las palabras,

---

[26] ‘el valor de diez escudos de oro en monedas de oro’, no en plata ni en vellón. El *escudo de oro* era moneda escasa, que equivalía a trece reales.

[27] ‘si me los devolvía’.

[28] ‘ni del momento del préstamo ni del de la devolución’.

[29] Para jurar sobre la cruz que tenía incrustada o grabada; el procedimiento era normal.

[30] ‘por no acordarse de ello se los volvía a pedir muchas veces, insistentemente’.

[31] Alude explícitamente al Antiguo Testamento (I Reyes, III, 16-28).

[32] *tal vez*: ‘alguna vez’, ‘a veces’.

[33] Puede tratarse de un cuento sobre la vida de San Nicolás de Bari que ya recogió Jacobo de Vorágine en la *Leyenda áurea*.

hechos y movimientos de Sancho no acababa de determinarse si le tendría y pondría por tonto o por discreto.

Luego acabado este pleito, entró en el juzgado una mujer asida fuertemente de un hombre vestido de ganadero rico, la cual venía dando grandes voces, diciendo:

—¡Justicia, señor gobernador, justicia, y si no la hallo en la tierra, la iré a buscar al cielo[34]! Señor gobernador de mi ánima, este mal hombre me ha cogido en la mitad dese campo y se ha aprovechado de mi cuerpo como si fuera trapo mal lavado, y, ¡desdichada de mí!, me ha llevado lo que yo tenía guardado más de veinte y tres años ha, defendiéndolo de moros y cristianos, de naturales y estranjeros, y yo siempre dura como un alcornoque, conservándome entera como la salamanquesa en el fuego[35] o como la lana entre las zarzas[36], para que este buen hombre llegase ahora con sus manos limpias a manosearme[37].

—Aun eso está por averiguar, si tiene limpias o no las manos este galán —dijo Sancho.

Y volviéndose al hombre, le dijo qué decía y respondía a la querella de aquella mujer. El cual, todo turbado, respondió:

—Señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salía deste lugar de vender, con perdón sea dicho, cuatro puercos, que me llevaron de alcabalas y socaliñas poco menos de lo que ellos valían. Volvíame a mi aldea, topé en el camino a esta buena dueña, y el diablo, que todo lo añasca[38] y todo lo cuece, hizo que yogásemos juntos[39]; paguéle lo soficiente[40], y ella, mal contenta, asió de mí y no me ha dejado hasta traerme a este puesto. Dice que la forcé, y miente, por el juramento que hago o pienso hacer; y esta es toda la verdad, sin faltar meaja.

Entonces el gobernador le preguntó si traía consigo algún dinero en plata; él dijo que hasta veinte ducados tenía en el seno, en una bolsa de cuero. Mandó que la sacase y se la entregase así como estaba a la querellante; él lo hizo temblando; tomóla la mujer, y haciendo mil zalemas a todos[41] y rogando a Dios por la vida y salud del señor gobernador, que así miraba por las huérfanas menesterosas y doncellas, y con esto se salió del juzgado, llevando la bolsa asida con entrambas manos, aunque primero miró si era de plata la moneda que llevaba dentro.

Apenas salió, cuando Sancho dijo al ganadero, que ya se le saltaban las lágrimas, y los ojos y el corazón se iban tras su bolsa:

—Buen hombre, id tras aquella mujer y quitadle la bolsa, aunque no quiera, y volved aquí con ella.

Y no lo dijo a tonto ni a sordo, porque luego partió como un rayo y fue a lo que se le mandaba. Todos los presentes estaban suspensos, esperando el fin de aquel pleito, y de allí a poco volvieron el hombre y la mujer, más asidos y aferrados que la vez primera, ella la saya levantada y en el regazo puesta la bolsa[42], y el hombre pugnando por quitársela; mas no era posible, según la mujer la defendía, la cual daba voces diciendo:

—¡Justicia de Dios y del mundo! Mire vuestra merced, señor gobernador, la poca vergüenza y el poco temor deste desalmado, que en mitad de poblado y en mitad de la calle me ha querido quitar la bolsa que vuestra merced mandó darme.

—¿Y háosla quitado? —preguntó el gobernador.

---

[34] En esta aparición y petición puede verse un recuerdo de la historia de Astrea.

[35] Era creencia común que la *salamanquesa* o ‘salamandra’ podía vivir en el fuego; con tal significado aparece en la tradición poética y muchos libros de emblemas. El cuento también es tradicional.

[36] Posible alusión maliciosa al refrán «Poca lana, y tendida en zarzas».

[37] *con sus manos limpias*: ‘sin merecerlo’, ‘por las buenas’; por las siguientes palabras de Sancho, *manos limpias* también puede referirse, irónicamente, a la limpieza de sangre del interpelado.

[38] *añasca*: ‘urde’, ‘enreda’.

[39] *yogásemos*: ‘yaciésemos’, ‘nos acostásemos’, con sentido sexual.

[40] Los tratos de comercio sexual como el del ganadero y la ramera no fueron gravemente perseguidos antes del Concilio de Trento; hasta ese momento, la Inquisición no creyó que la *simplex fornicatio* (‘cópula con mutuo consentimiento’) fuera del matrimonio mereciera ser considerada algo más que pecado venial, o ni siquiera pecado.

[41] *zalemas*: ‘reverencias’.

[42] *regazo*: ‘hueco que se hace con la falda o delantal recogidos para llevar o recoger objetos’.

—¿Cómo quitar? —respondió la mujer—. Antes me dejara yo quitar la vida que me quiten la bolsa. ¡Bonita es la niña[43]! ¡Otros gatos me han de echar a las barbas, que no este desventurado y asqueroso! ¡Tenazas y martillos, mazos y escoplos[44], no serán bastantes a sacármela de las uñas, ni aun garras de leones!: ¡antes el ánima de en mitad en mitad de las carnes!

—Ella tiene razón —dijo el hombre—, y yo me doy por rendido y sin fuerzas, y confieso que las mías no son bastantes para quitársela, y déjola.

Entonces el gobernador dijo a la mujer:

—Mostrad, honrada y valiente, esa bolsa.

Ella se la dio luego, y el gobernador se la volvió al hombre y dijo a la esforzada, y no forzada:

—Hermana mía, si el mismo aliento y valor que habéis mostrado para defender esta bolsa le mostrárades, y aun la mitad menos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza. Andad con Dios, y mucho de enhoramala, y no paréis en toda esta ínsula ni en seis leguas a la redonda, so pena de docientos azotes. ¡Andad luego, digo, churrillera, desvergonzada y embaidora[45]!

Espantóse la mujer y fuese cabizbaja y mal contenta, y el gobernador dijo al hombre:

—Buen hombre, andad con Dios a vuestro lugar con vuestro dinero, y de aquí adelante, si no le queréis perder, procurad que no os venga en voluntad de yogar con nadie.

El hombre le dio las gracias lo peor que supo[46], y fuese, y los circunstantes quedaron admirados de nuevo de los juicios y sentencias de su nuevo gobernador. Todo lo cual, notado de su coronista, fue luego escrito al duque, que con gran deseo lo estaba esperando.

Y quédese aquí el buen Sancho, que es mucha la priesa que nos da su amo, alborotado con la música de Altisidora.

---

[43] Expresión irónica para indicar que alguien es capaz de hacer algo: '¡Buena soy yo!'.

[44] 'instrumentos de hierro, con punta en bisel, que se usan para trabajar la piedra y otros materiales'.

[45] 'perjura', 'aprovechada', 'embaucadora'.

[46] 'con mucha torpeza y azoramiento'.

Capítulo XLVI

Del temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió don Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora

Dejamos al gran don Quijote envuelto en los pensamientos que le habían causado la música de la enamorada doncella Altisidora: acostóse con ellos, y, como si fueran pulgas, no le dejaron dormir ni sosegar un punto, y juntábansele los que le faltaban de sus medias[1]. Pero como es ligero el tiempo y no hay barranco que le detenga[2], corrió caballero en las horas, y con mucha presteza llegó la de la mañana, lo cual visto por don Quijote, dejó las blandas plumas y nonada perezoso se vistió su acamuzado vestido y se calzó sus botas de camino[3], por encubrir la desgracia de sus medias; arrojóse encima su mantón de escarlata y púsose en la cabeza una montera de terciopelo verde, guarnecida de pasamanos de plata[4]; colgó el tahelí de sus hombros con su buena y tajadora espada[5], asió un gran rosario que consigo contino traía[6], y con gran prosopopeya y contoneo salió a la antesala[7], donde el duque y la duquesa estaban ya vestidos y como esperándole. Y al pasar por una galería estaban aposta esperándole Altisidora y la otra doncella su amiga, y así como Altisidora vio a don Quijote fingió desmayarse, y su amiga la recogió en sus faldas y con gran presteza la iba a desabrochar el pecho. Don Quijote que lo vio, llegándose a ellas dijo:

—Ya sé yo de qué proceden estos accidentes.

—No sé yo de qué —respondió la amiga—, porque Altisidora es la doncella más sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un ¡ay! en cuanto ha que la conozco: que mal hayan cuantos caballeros andantes hay en el mundo, si es que todos son desagradecidos. Váyase vuesa merced, señor don Quijote, que no volverá en sí esta pobre niña en tanto que vuesa merced aquí estuviere.

A lo que respondió don Quijote:

—Haga vuesa merced, señora, que se me ponga un laúd esta noche en mi aposento, que yo consolaré lo mejor que pudiere a esta lastimada doncella, que en los principios amorosos los desengaños prestos suelen ser remedios calificados[8].

Y con esto se fue, porque no fuese notado de los que allí le viesen[9]. No se hubo bien apartado[10], cuando volviendo en sí la desmayada Altisidora dijo a su compañera:

—Menester será que se le ponga el laúd, que sin duda don Quijote quiere darnos música, y no será mala, siendo suya.

Fueron luego a dar cuenta a la duquesa de lo que pasaba y del laúd que pedía don Quijote, y ella, alegre sobremodo, concertó con el duque y con sus doncellas de hacerle una burla que fuese más risueña que dañosa, y con mucho contento esperaban la noche, que se vino tan apriesa como se había venido el día, el cual pasaron los duques en sabrosas pláticas con don Quijote. Y la duquesa aquel día real y verdaderamente despachó a un paje suyo —que había hecho en la selva la figura encantada de Dulcinea— a Teresa Panza, con la carta de su marido Sancho Panza y con el lío de ropa que había dejado para que se le enviase, encargándole le trujese buena relación de todo lo que con ella pasase[11].

---

[1] *los* puntos *de sus medias*; es un zeugma dilógico con el *punto* ('instante') anterior.

[2] *barranco*: 'corte profundo en el terreno, por donde corre el agua cuando llueve'.

[3] *acamuzado*: 'de camuza'; en el *vestido* castellano *de camino* siempre se incluían *las botas.*

[4] 'galones o trencillas, normalmente de seda, oro y plata, con que se adornaban o guarnecían los vestidos u otros objetos tejidos'.

[5] *tajadora* es epíteto formulario para calificar la *espada* desde la épica medieval y el romancero.

[6] *contino*: 'continuamente'.

[7] *prosopopeya y contoneo*: 'ceremoniosidad y afectación'. Se ha notado la irónica alternancia entre el sufrido estoicismo de DQ en otros capítulos (propio del «caballero andante») y su actual coquetería, más propia del «caballero cortesano».

[8] En las palabras de DQ parece oírse un eco de los *Remedia amoris* de Ovidio. Los médicos recetaban a los enfermos de amor, como uno de los remedios para su dolencia, que oyesen música, por lo que DQ se dispone a curarla.

[9] *notado*: 'censurado'. «Julio César... fue *notado* de ambicioso».

[10] 'Apenas se hubo apartado'

[11] 'hablase'.

Hecho esto y llegadas las once horas de la noche, halló don Quijote una vihuela en su aposento. Templóla, abrió la reja y sintió que andaba gente en el jardín; y habiendo recorrido los trastes de la vihuela[12] y afinádola lo mejor que supo, escupió y remondóse el pecho[13], y luego, con una voz ronquilla aunque entonada, cantó el siguiente romance, que él mismo aquel día había compuesto:

—Suelen las fuerzas de amor
sacar de quicio a las almas,
tomando por instrumento
la ociosidad descuidada.
Suele el coser y el labrar[14]
y el estar siempre ocupada
ser antídoto al veneno
de las amorosas ansias.
Las doncellas recogidas
que aspiran a ser casadas,
la honestidad es la dote
y voz de sus alabanzas.
Los andantes caballeros
y los que en la corte andan
requiébranse con las libres[15],
con las honestas se casan.
Hay amores de levante,
que entre huéspedes se tratan,
que llegan presto al poniente,
porque en el partirse acaban[16].
El amor recién venido,
que hoy llegó y se va mañana,
las imágines no deja
bien impresas en el alma.
Pintura sobre pintura
ni se muestra ni señala[17],
y do hay primera belleza,
la segunda no hace baza[18].
Dulcinea del Toboso
del alma en la tabla rasa
tengo pintada de modo
que es imposible borrarla[19].
La firmeza en los amantes
es la parte más preciada,
por quien hace amor milagros
y a sí mesmo los levanta.

Aquí llegaba don Quijote de su canto, a quien estaban escuchando el duque y la duquesa, Altisidora y casi toda la gente del castillo, cuando de improviso, desde encima de un corredor que sobre la reja de don Quijote a plomo caía, descolgaron un cordel donde venían más de cien cencerros asidos, y luego tras ellos

---

[12] *trastes*: 'resaltos que hay en el mástil de un instrumento de cuerda'; allí se pisa para acortarla y mudar la nota.

[13] 'carraspeó para aclarar la voz'.

[14] 'bordar'; DQ hace suyas las palabras de Ovidio: «Otia si tollas, periere Cupidinis arcus» (*Remedia amoris*, v. 139).

[15] *requiébranse*: 'se deshacen', 'se embelesan'.

[16] 'Hay amores tan efímeros, que parecen propios de pasajeros *huéspedes*, pues, apenas nacidos (*levante*), mueren (*poniente*); basta tan sólo con que se separen (*en el partirse*) los amantes'.

[17] La impresión o pintura de la *imagen* de la amada en *el alma* ('memoria') para significar el verdadero amor es un tópico platónico; y como en el alma de DQ está pintada Dulcinea, aunque se pintase algo encima, no se reconocería ni se manifestaría.

[18] 'no puede ganar'; la metáfora procede de los juegos de naipes.

[19] *tabla rasa*: 'lienzo preparado para pintar sobre él'. La alusión (en realidad, un lugar común platónico) es casi un rasgo de estilo cervantino. Insiste, por otra parte, en el tópico de la imagen de la amada pintada en el alma.

derramaron un gran saco de gatos[20], que asimismo traían cencerros menores atados a las colas. Fue tan grande el ruido de los cencerros y el mayar de los gatos, que aunque los duques habían sido inventores de la burla, todavía les sobresaltó[21], y, temeroso don Quijote, quedó pasmado. Y quiso la suerte que dos o tres gatos se entraron por la reja de su estancia, y dando de una parte a otra parecía que una región de diablos andaba en ella[22]: apagaron las velas que en el aposento ardían y andaban buscando por do escaparse. El descolgar y subir del cordel de los grandes cencerros no cesaba; la mayor parte de la gente del castillo, que no sabía la verdad del caso, estaba suspensa y admirada.

Levantóse don Quijote en pie y, poniendo mano a la espada, comenzó a tirar estocadas por la reja y a decir a grandes voces:

—¡Afuera, malignos encantadores! ¡Afuera, canalla hechiceresca, que yo soy don Quijote de la Mancha, contra quien no valen ni tienen fuerza vuestras malas intenciones!

Y volviéndose a los gatos que andaban por el aposento les tiró muchas cuchilladas. Ellos acudieron a la reja y por allí se salieron, aunque uno, viéndose tan acosado de las cuchilladas de don Quijote, le saltó al rostro y le asió de las narices con las uñas y los dientes, por cuyo dolor don Quijote comenzó a dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo cual el duque y la duquesa, y considerando lo que podía ser, con mucha presteza acudieron a su estancia y, abriendo con llave maestra[23], vieron al pobre caballero pugnando con todas sus fuerzas por arrancar el gato de su rostro. Entraron con luces y vieron la desigual pelea; acudió el duque a despartirla, y don Quijote dijo a voces:

—¡No me le quite nadie! ¡Déjenme mano a mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador, que yo le daré a entender de mí a él quién es don Quijote de la Mancha!

Pero el gato, no curándose destas amenazas, gruñía y apretaba; mas en fin el duque se le desarraigó y le echó por la reja.

Quedó don Quijote acribado el rostro[24] y no muy sanas las narices, aunque muy despechado porque no le habían dejado fenecer la batalla que tan trabada tenía con aquel malandrín encantador. Hicieron traer aceite de Aparicio[25], y la misma Altisidora con sus blanquísimas manos le puso unas vendas por todo lo herido[26] y, al ponérselas, con voz baja le dijo:

—Todas estas malandanzas te suceden, empedernido caballero, por el pecado de tu dureza y pertinacia; y plega a Dios que se le olvide a Sancho tu escudero el azotarse, porque nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tú lo goces[27], ni llegues a tálamo con ella, a lo menos viviendo yo, que te adoro.

A todo esto no respondió don Quijote otra palabra sino fue dar un profundo suspiro, y luego se tendió en su lecho, agradeciendo a los duques la merced, no porque él tenía temor de aquella canalla gatesca, encantadora y cencerruna, sino porque había conocido la buena intención con que habían venido a socorrerle. Los duques le dejaron sosegar y se fueron pesarosos del mal suceso de la burla[28]: que no creyeron que tan pesada y costosa le saliera a don Quijote aquella aventura, que le costó cinco días de encerramiento y de cama, donde le sucedió otra aventura más gustosa que la pasada, la cual no quiere su historiador contar ahora, por acudir a Sancho Panza, que andaba muy solícito y muy gracioso en su gobierno.

---

[20] Posible recuerdo de la cencerrada que Placerdemivida organizó, en el *Tirante el Blanco*, en las bodas de Diofebo y Estefanía.

[21] *todavía*: ‘aun así’.

[22] *región*: ‘legión’.

[23] ‘la que sirve para abrir todas las cerraduras de una casa’.

[24] ‘con la cara hecha una criba’, por los agujeros que habían dejado en ella las uñas del gato.

[25] ‘aceite o bálsamo compuesto que se usaba para curar heridas frescas’; se le atribuye la invención a Aparicio de Zubia. Fue muy apreciado y de alto coste, tanto que se creó la comparación popular «caro como el aceite de Aparicio».

[26] La doncella que cura al caballero herido es personaje frecuente en la tradición caballeresca.

[27] ‘ni tú disfrutes del desencantamiento de Dulcinea’.

[28] *suceso*: ‘desenlace’, ‘resultado’

Capítulo XLVII (resumen adaptado de Martín de Riquer)

Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su gobierno

Cuando Sancho, habiendo acreditado sus dotes de gobernador, es llevado ante una mesa provista de los más opíparos manjares, experimenta la primera decepción del poder y del mando: un médico encargado de velar por la salud del gobernador, el doctor Pedro Recio de Agüero, natural de Tirteafuera (lugar que ha escogido Cervantes por lo cómico de su nombre), le prohíbe, por varias razones de salud, que coma de lo que más le apetece y lo reduce a una sana y estrecha dieta, que indigna al escudero.

Sancho reacciona violentamente contra el médico y el régimen que quiere imponerle (porque «oficio que no da de comer a su dueño, no vale dos habas»), pero entonces entra en el comedor un correo del Duque que le anuncia en una misiva que ha sabido que aquella noche unos enemigos han de asaltar la ínsula y quitar la vida a su gobernador. Mientras se empieza a organizar la defensa de la plaza, llega un labrador que pide audiencia al gobernador. De mala gana, Sancho le recibe y el labrador le pide ayuda para concertar un extraño matrimonio de su hijo con una muchacha del pueblo, inválida y contrahecha, cuyo cómico retrato escucha Sancho con paciencia, antes de expulsar al labrador.

En los episodios del gobierno de Sancho hay una intencionada sátira de la ambición y la amarga conclusión de que un gobierno perfecto y justo no pasa de ser una utopía. Cervantes se ha impuesto en estos capítulos una empresa difícil de resolver: hacer a Sancho gobernador sin dañar la verosimilitud de la trama, y ha salido totalmente airoso. En estos capítulos, como en todo el Quijote, no hay absolutamente nada arbitrario, ilógico ni dejado al azar o a la casualidad; y la farsa ideada por el Duque se desarrolla tal como éste la había previsto y dentro de la más absoluta verosimilitud.

Capítulo XLVIII

De lo que le sucedió a don Quijote con doña Rodríguez, la dueña de la duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura y de memoria eterna

Además estaba mohíno y malencólico el malferido don Quijote[1], vendado el rostro y señalado, no por la mano de Dios[2], sino por las uñas de un gato, desdichas anejas a la andante caballería. Seis días estuvo sin salir en público, en una noche de las cuales, estando despierto y desvelado, pensando en sus desgracias y en el perseguimiento de Altisidora, sintió que con una llave abrían la puerta de su aposento, y luego imaginó que la enamorada doncella venía para sobresaltar su honestidad[3] y ponerle en condición de faltar a la fee que guardar debía a su señora Dulcinea del Toboso.

—No —dijo, creyendo a su imaginación, y esto con voz que pudiera ser oída—, no ha de ser parte la mayor hermosura de la tierra para que yo deje de adorar la que tengo grabada y estampada en la mitad de mi corazón y en lo más escondido de mis entrañas, ora estés, señora mía, transformada en cebolluda labradora, ora en ninfa del dorado Tajo, tejiendo telas de oro y sirgo compuestas[4], ora te tenga Merlín o Montesinos donde ellos quisieren: que adondequiera eres mía y adoquiera he sido yo y he de ser tuyo.

El acabar estas razones y el abrir de la puerta fue todo uno. Púsose en pie sobre la cama, envuelto de arriba abajo en una colcha de raso amarillo, una galocha en la cabeza[5], y el rostro y los bigotes vendados —el rostro, por los aruños; los bigotes, porque no se le desmayasen y cayesen[6]—, en el cual traje parecía la más extraordinaria fantasma que se pudiera pensar.

---

[1] *Además*: 'Sobremanera'. La frase recuerda la intención declarada por C. para su obra entera: «Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo / al pecho melancólico y mohíno / en cualquiera sazón, en todo tiempo».

[2] 'no por algún defecto físico'.

[3] *sobresaltar*: 'asaltar alevosamente'.

[4] El *sirgo* era 'seda retorcida'. En la frase puede apreciarse un tratamiento paródico de la égloga III de Garcilaso, vv. 53 ss.

[5] *galocha*: puede ser errata por *galota*, 'gorro para dormir'.

[6] *aruños*: 'arañazos'; a falta de bigoteras, DQ se venda los bigotes para que no se le caigan, como en él era usual.

Clavó los ojos en la puerta, y cuando esperaba ver entrar por ella a la rendida y lastimada Altisidora, vio entrar a una reverendísima dueña con unas tocas blancas repulgadas y luengas, tanto, que la cubrían y enmantaban desde los pies a la cabeza[7]. Entre los dedos de la mano izquierda traía una media vela encendida, y con la derecha se hacía sombra, porque no le diese la luz en los ojos, a quien cubrían unos muy grandes antojos[8]. Venía pisando quedito y movía los pies blandamente.

Miróla don Quijote desde su atalaya, y cuando vio su adeliño y notó su silencio[9], pensó que alguna bruja o maga venía en aquel traje a hacer en él alguna mala fechuría y comenzó a santiguarse con mucha priesa[10]. Fuese llegando la visión, y cuando llegó a la mitad del aposento, alzó los ojos y vio la priesa con que se estaba haciendo cruces don Quijote; y si él quedó medroso en ver tal figura, ella quedó espantada en ver la suya, porque así como le vio tan alto y tan amarillo, con la colcha y con las vendas que le desfiguraban, dio una gran voz, diciendo:

—¡Jesús! ¿Qué es lo que veo?

Y con el sobresalto se le cayó la vela de las manos, y, viéndose a escuras, volvió las espaldas para irse y con el miedo tropezó en sus faldas y dio consigo una gran caída. Don Quijote, temeroso, comenzó a decir:

—Conjúrote, fantasma, o lo que eres, que me digas quién eres y que me digas qué es lo que de mí quieres. Si eres alma en pena, dímelo, que yo haré por ti todo cuanto mis fuerzas alcanzaren, porque soy católico cristiano y amigo de hacer bien a todo el mundo, que para esto tomé la orden de la caballería andante que profeso, cuyo ejercicio aun hasta hacer bien a las ánimas de purgatorio se estiende.

La brumada dueña, que oyó conjurarse, por su temor coligió el de don Quijote, y con voz afligida y baja le respondió:

—Señor don Quijote, si es que acaso vuestra merced es don Quijote, yo no soy fantasma, ni visión, ni alma de purgatorio, como vuestra merced debe de haber pensado, sino doña Rodríguez, la dueña de honor de mi señora la duquesa, que con una necesidad de aquellas que vuestra merced suele remediar a vuestra merced vengo.

—Dígame, señora doña Rodríguez —dijo don Quijote—, ¿por ventura viene vuestra merced a hacer alguna tercería[11]? Porque le hago saber que no soy de provecho para nadie, merced a la sin par belleza de mi señora Dulcinea del Toboso. Digo, en fin, señora doña Rodríguez, que, como vuestra merced salve y deje a una parte todo recado amoroso, puede volver a encender su vela, y vuelva y departiremos de todo lo que más mandare y más en gusto le viniere, salvando, como digo, todo incitativo melindre[12].

—¿Yo recado de nadie, señor mío? —respondió la dueña—. Mal me conoce vuestra merced, sí, que aún no estoy en edad tan prolongada, que me acoja a semejantes niñerías, pues, Dios loado, mi alma me tengo en las carnes[13], y todos mis dientes y muelas en la boca, amén de unos pocos que me han usurpado unos catarros[14], que en esta tierra de Aragón son tan ordinarios. Pero espéreme vuestra merced un poco: saldré a encender mi vela y volveré en un instante a contar mis cuitas, como a remediador de todas las del mundo.

Y sin esperar respuesta se salió del aposento, donde quedó don Quijote sosegado y pensativo esperándola; pero luego le sobrevinieron mil pensamientos acerca de aquella nueva aventura, y parecíale ser mal hecho y peor pensado ponerse en peligro de romper a su señora la fee prometida, y decíase a sí mismo:

—¿Quién sabe si el diablo, que es sutil y mañoso, querrá engañarme agora con una dueña lo que no ha podido con emperatrices, reinas, duquesas, marquesas ni condesas? Que yo he oído decir muchas veces y a muchos discretos que, si él puede, antes os la dará roma que aguileña[15]. ¿Y quién sabe si esta soledad, esta ocasión y este silencio despertará mis deseos que duermen, y harán que al cabo de mis años venga a caer

---

[7] Las *tocas repulgadas* tenían el borde rematado en cordoncillo; eran tan largas (*luengas*), que la cubrían (*enmantaban*) completamente.

[8] ‘anteojos’, ‘gafas’.

[9] *adeliño*: ‘atavío’, ‘aliño’.

[10] *fechuría*: ‘hechicería’, ‘maleficio’. Muchos caballeros antes que DQ se santiguaron deprisa y repetidamente.

[11] ‘alguna mediación en amores’.

[12] ‘provocativa delicadeza’.

[13] ‘conservo el vigor de la juventud’.

[14] ‘excepto unos pocos que se me han llevado algunas toses’; es un motivo satírico que ya está en Marcial.

[15] ‘si la puede dar mala, no la dará buena’; es frase hecha. Para la fama de las *romas* (‘chatas’).

donde nunca he tropezado? Y en casos semejantes mejor es huir que esperar la batalla[16]. Pero yo no debo de estar en mi juicio, pues tales disparates digo y pienso, que no es posible que una dueña toquiblanca, larga y antojuna[17] pueda mover ni levantar pensamiento lascivo en el más desalmado pecho del mundo. ¿Por ventura hay dueña en la tierra que tenga buenas carnes? ¿Por ventura hay dueña en el orbe que deje de ser impertinente, fruncida y melindrosa[18]? ¡Afuera, pues, caterva dueñesca, inútil para ningún humano regalo! ¡Oh, cuán bien hacía aquella señora de quien se dice que tenía dos dueñas de bulto con sus antojos y almohadillas al cabo de su estrado[19], como que estaban labrando[20], y tanto le servían para la autoridad de la sala aquellas estatuas como las dueñas verdaderas!

Y diciendo esto se arrojó del lecho con intención de cerrar la puerta y no dejar entrar a la señora Rodríguez; mas cuando la llegó a cerrar, ya la señora Rodríguez volvía, encendida una vela de cera blanca, y cuando ella vio a don Quijote de más cerca, envuelto en la colcha, con las vendas, galocha o becoquín[21], temió de nuevo y, retirándose atrás como dos pasos, dijo:

—¿Estamos seguras[22], señor caballero? Porque no tengo a muy honesta señal haberse vuesa merced levantado de su lecho.

—Eso mesmo es bien que yo pregunte, señora —respondió don Quijote—, y, así, pregunto si estaré yo seguro de ser acometido y forzado.

—¿De quién o a quién pedís, señor caballero, esa seguridad? —respondió la dueña.

—A vos y de vos la pido —replicó don Quijote—, porque ni yo soy de mármol, ni vos de bronce, ni ahora son las diez del día, sino media noche, y aun un poco más, según imagino, y en una estancia más cerrada y secreta que lo debió de ser la cueva donde el traidor y atrevido Eneas gozó a la hermosa y piadosa Dido[23].

Pero dadme, señora, la mano, que yo no quiero otra seguridad mayor que la de mi continencia y recato y la que ofrecen esas reverendísimas tocas.

Y diciendo esto besó su derecha mano y le asió de la suya, que ella le dio con las mesmas ceremonias[24].

Aquí hace Cide Hamete un paréntesis y dice que por Mahoma que diera por ver ir a los dos así asidos y trabados desde la puerta al lecho la mejor almalafa de dos que tenía[25].

Entróse, en fin, don Quijote en su lecho, y quedóse doña Rodríguez sentada en una silla algo desviada de la cama, no quitándose los antojos ni la vela. Don Quijote se acorrucó y se cubrió todo, no dejando más de el rostro descubierto; y, habiéndose los dos sosegado, el primero que rompió el silencio fue don Quijote, diciendo:

—Puede vuesa merced ahora, mi señora doña Rodríguez, descoserse y desbuchar todo aquello que tiene dentro de su cuitado corazón y lastimadas entrañas, que será de mí escuchada con castos oídos y socorrida con piadosas obras.

—Así lo creo yo —respondió la dueña—, que de la gentil y agradable presencia de vuesa merced no se podía esperar sino tan cristiana respuesta. Es, pues, el caso, señor don Quijote, que aunque vuesa merced me vee sentada en esta silla y en la mitad del reino de Aragón y en hábito de dueña aniquilada y asendereada, soy natural de las Asturias de Oviedo[26], y de linaje, que atraviesan por él muchos de los mejores de aquella provincia. Pero mi corta suerte y el descuido de mis padres, que empobrecieron antes de

---

[16] El mismo pensamiento, en circunstancias diversas, había aparecido en I, 23.

[17] ‘con anteojos’, pero también ‘antojadiza, caprichosa’, con matiz despectivo.

[18] *fruncida*: ‘con cara de mal genio’ y ‘arrugada’, por lo vieja.

[19] *dos dueñas de bulto*: ‘dos muñecos grandes en figura de *dueñas*’; la idea es coincidente con la que expone Lope de Vega en su comedia *La cortesía de España* (escrita hacia 1606-1612).

[20] ‘haciendo labor de aguja’, ‘bordando’.

[21] ‘birrete con puntas’.

[22] ‘¿Estoy segura?’, con uso estilístico del plural por el singular.

[23] Referencia a la historia contada en el libro IV de la *Eneida*.

[24] Si no hay aquí errata, habrá que entender que cada uno besa su mano antes de dársela al otro.

[25] La *almalafa* es el ‘manto o capa larga que usaban los moros fuera de casa’.

[26] La región de la Montaña, o de la Montaña de León, se dividía en dos provincias: la occidental eran las Asturias de Oviedo; la oriental, las Asturias de Santillana. Se creía que allí tenían su solar los nobles españoles descendientes de los godos.

tiempo, sin saber cómo ni cómo no, me trujeron a la corte a Madrid, donde, por bien de paz y por escusar mayores desventuras, mis padres me acomodaron a servir de doncella de labor a una principal señora[27]; y quiero hacer sabidor a vuesa merced que en hacer vainillas y labor blanca ninguna me ha echado el pie adelante en toda la vida[28]. Mis padres me dejaron sirviendo y se volvieron a su tierra, y de allí a pocos años se debieron de ir al cielo, porque eran además buenos y católicos cristianos. Quedé huérfana y atenida al miserable salario y a las angustiadas mercedes que a las tales criadas se suele dar en palacio; y en este tiempo, sin que diese yo ocasión a ello, se enamoró de mí un escudero de casa, hombre ya en días, barbudo y apersonado[29], y, sobre todo, hidalgo como el rey, porque era montañés[30]. No tratamos tan secretamente nuestros amores, que no viniesen a noticia de mi señora, la cual, por escusar dimes y diretes, nos casó en paz y en haz de la santa madre Iglesia Católica Romana, de cuyo matrimonio nació una hija para rematar con mi ventura, si alguna tenía, no porque yo muriese del parto, que le tuve derecho y en sazón, sino porque desde allí a poco murió mi esposo de un cierto espanto que tuvo[31], que, a tener ahora lugar para contarle, yo sé que vuestra merced se admirara.

Y en esto, comenzó a llorar tiernamente, y dijo:

—Perdóneme vuestra merced, señor don Quijote, que no va más en mi mano[32], porque todas las veces que me acuerdo de mi mal logrado se me arrasan los ojos de lágrimas. ¡Válame Dios, y con qué autoridad llevaba a mi señora a las ancas de una poderosa mula, negra como el mismo azabache! Que entonces no se usaban coches ni sillas, como agora dicen que se usan[33], y las señoras iban a las ancas de sus escuderos. Esto a lo menos no puedo dejar de contarlo, porque se note la crianza y puntualidad de mi buen marido. Al entrar de la calle de Santiago en Madrid, que es algo estrecha, venía a salir por ella un alcalde de corte con dos alguaciles delante, y así como mi buen escudero le vio, volvió las riendas a la mula, dando señal de volver a acompañarle[34]. Mi señora, que iba a las ancas, con voz baja le decía: «¿Qué hacéis, desventurado? ¿No veis que voy aquí?» El alcalde, de comedido, detuvo la rienda al caballo y díjole: «Seguid, señor, vuestro camino, que yo soy el que debo acompañar a mi señora doña Casilda», que así era el nombre de mi ama. Todavía porfiaba mi marido, con la gorra en la mano, a querer ir acompañando al alcalde; viendo lo cual mi señora, llena de cólera y enojo, sacó un alfiler gordo o creo que un punzón del estuche, y clavósele por los lomos, de manera que mi marido dio una gran voz y torció el cuerpo de suerte que dio con su señora en el suelo. Acudieron dos lacayos suyos a levantarla, y lo mismo hizo el alcalde y los alguaciles; alborotóse la Puerta de Guadalajara[35], digo, la gente baldía que en ella estaba; vínose a pie mi ama, y mi marido acudió en casa de un barbero[36], diciendo que llevaba pasadas de parte a parte las entrañas. Divulgóse la cortesía de mi esposo, tanto, que los muchachos le corrían por las calles; y por esto, y porque él era algún tanto corto de vista, mi señora la duquesa le despidió[37], de cuyo pesar sin duda alguna tengo para mí que se le causó el mal de la muerte. Quedé yo viuda y desamparada, y con hija a cuestas, que iba creciendo en hermosura como la espuma de la mar[38]. Finalmente, como yo tuviese fama de gran labrandera[39], mi señora la duquesa, que estaba recién casada con el duque mi señor, quiso traerme consigo a este reino de Aragón, y a mi hija ni más ni menos, adonde, yendo días y viniendo días, creció mi hija, y con ella todo el donaire del mundo. Canta como una calandria, danza como el pensamiento, baila como una

---

[27] *doncella de labor*: 'criada joven', la actual 'doncella'.

[28] *vainillas*: 'vainica, labor de sacar hilos para preparar dobladillos'; *labor blanca*: 'festones', 'pespuntes', etc.; se oponía a *labor de matices* 'bordado con sedas de color'; *echar el pie adelante* vale por 'vencer'.

[29] *hombre en días*: 'hombre entrado en años'; *apersonado*: 'de buena presencia'.

[30] 'de las montañas de León'; las burlas sobre la presunción de hidalguía de los montañeses eran moneda corriente.

[31] Más adelante escribe Teresa Panza a Sancho «así mata la alegría súbita como el dolor grande».

[32] 'no puedo hacer otra cosa'.

[33] '*sillas* de manos' ('cabinas pequeñas que, colocadas sobre unos varales, eran transportadas por hombres'), cuyo empleo se empezó a restringir a finales del siglo XVI.

[34] Era señal de cortesía que se hacía a personas de respeto o de las que se esperaba algún favor.

[35] Enclave madrileño entre la calle Mayor, la de la Platería y la Plaza de la Villa, enfrente de la entrada de la calle de Santiago; fue centro comercial, frecuentado por gente de mal vivir y desocupados. Era uno de los cuatro sitios donde se echaban los pregones y bandos públicos.

[36] Los barberos hacían las funciones de practicantes, cirujanos y afines.

[37] No se ha dicho de doña Casilda sino que era «principal señora».

[38] *de la mar* se añade como ponderación exagerada a la comparación habitual *crecer como la espuma*; por este y por otros indicios, parece como si la locura de DQ afectara también a doña Rodríguez o despertara algún desvarío latente.

[39] 'experta en *labrar* ('bordar, hacer labor de aguja'), costurera'

perdida[40], lee y escribe como un maestro de escuela y cuenta como un avariento. De su limpieza no digo nada, que el agua que corre no es más limpia; y debe de tener agora, si mal no me acuerdo, diez y seis años, cinco meses y tres días, uno más a menos. En resolución, desta mi muchacha se enamoró un hijo de un labrador riquísimo que está en una aldea del duque mi señor, no muy lejos de aquí. En efecto, no sé cómo ni cómo no, ellos se juntaron, y debajo de la palabra de ser su esposo burló a mi hija, y no se la quiere cumplir; y aunque el duque mi señor lo sabe, porque yo me he quejado a él, no una, sino muchas veces, y pedídole mande que el tal labrador se case con mi hija, hace orejas de mercader[41] y apenas quiere oírme, y es la causa que como el padre del burlador es tan rico y le presta dineros y le sale por fiador de sus trampas por momentos[42], no le quiere descontentar ni dar pesadumbre en ningún modo. Querría, pues, señor mío, que vuesa merced tomase a cargo el deshacer este agravio o ya por ruegos o ya por armas, pues, según todo el mundo dice, vuesa merced nació en él para deshacerlos y para enderezar los tuertos y amparar los miserables[43]; y póngasele a vuesa merced por delante la orfandad de mi hija, su gentileza, su mocedad, con todas las buenas partes que he dicho que tiene, que en Dios y en mi conciencia que de cuantas doncellas tiene mi señora, que no hay ninguna que llegue a la suela de su zapato, y que una que llaman Altisidora, que es la que tienen por más desenvuelta y gallarda, puesta en comparación de mi hija no la llega con dos leguas[44]. Porque quiero que sepa vuesa merced, señor mío, que no es todo oro lo que reluce, porque esta Altisidorilla tiene más de presunción que de hermosura, y más de desenvuelta que de recogida, además que no está muy sana, que tiene un cierto aliento cansado[45], que no hay sufrir el estar junto a ella un momento. Y aun mi señora la duquesa... Quiero callar, que se suele decir que las paredes tienen oídos.

—¿Qué tiene mi señora la duquesa, por vida mía, señora doña Rodríguez? —preguntó don Quijote.

—Con ese conjuro —respondió la dueña—, no puedo dejar de responder a lo que se me pregunta con toda verdad. ¿Vee vuesa merced, señor don Quijote, la hermosura de mi señora la duquesa, aquella tez de rostro, que no parece sino de una espada acicalada y tersa[46], aquellas dos mejillas de leche y de carmín, que en la una tiene el sol y en la otra la luna, y aquella gallardía con que va pisando y aun despreciando el suelo, que no parece sino que va derramando salud donde pasa? Pues sepa vuesa merced que lo puede agradecer primero a Dios y luego, a dos fuentes que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo el mal humor de quien dicen los médicos que está llena[47].

—¡Santa María! —dijo don Quijote—. ¿Y es posible que mi señora la duquesa tenga tales desaguaderos? No lo creyera si[48] me lo dijeran frailes descalzos; pero pues la señora doña Rodríguez lo dice, debe de ser así. Pero tales fuentes y en tales lugares no deben de manar humor, sino ámbar líquido. Verdaderamente que ahora acabo de creer que esto de hacerse fuentes debe de ser cosa importante para salud.

Apenas acabó don Quijote de decir esta razón, cuando con un gran golpe abrieron las puertas del aposento, y del sobresalto del golpe se le cayó a doña Rodríguez la vela de la mano, y quedó la estancia como boca de lobo[49], como suele decirse. Luego sintió la pobre dueña que la asían de la garganta con dos manos, tan fuertemente que no la dejaban gañir[50], y que otra persona con mucha presteza, sin hablar palabra, le alzaba las faldas, y con una al parecer chinela[51] le comenzó a dar tantos azotes, que era una compasión; y aunque don Quijote se la tenía, no se meneaba del lecho, y no sabía qué podía ser aquello y estábase quedo y callando, y aun temiendo no viniese por él la tanda y tunda azotesca. Y no fue vano su temor, porque en dejando molida a la dueña los callados verdugos, la cual no osaba quejarse, acudieron a don Quijote y,

---

[40] ‘danza ligera como el pensamiento, baila como una posesa’; *danzar* y *bailar* se diferenciaban profundamente: la danza suponía movimientos mesurados de los pies y correspondía a las clases acomodadas; el baile, propio de las clases populares, admitía el movimiento de los brazos y era considerado «lascivo».

[41] ‘hace como que no oye’, ‘se desentiende’.

[42] ‘constantemente’; *trampas*: ‘deudas’. No era extraño que los villanos ricos salieran fiadores de nobles empobrecidos.

[43] ‘míseros’, ‘desdichados’.

[44] ‘le saca dos leguas’.

[45] ‘aliento molesto’, ‘halitosis’; se consideraba síntoma de enfermedad.

[46] Era término de comparación común.

[47] *fuentes*: ‘incisiones abiertas para purificar de los malos humores’.

[48] *si*: ‘aunque’.

[49] ‘en la más absoluta oscuridad’.

[50] ‘no la dejaban soltar la menor queja’, ‘ni aun resollar’.

[51] ‘calzado muy abierto con suela delgada; se sujetaba con cintas que se cruzaban sobre el empeine’. En algunos textos se habla de *chinelas* de varias suelas

desenvolviéndole de la sábana y de la colcha, le pellizcaron tan a menudo y tan reciamente, que no pudo dejar de defenderse a puñadas, y todo esto en silencio admirable. Duró la batalla casi media hora, saliéronse las fantasmas, recogió doña Rodríguez sus faldas y, gimiendo su desgracia, se salió por la puerta afuera, sin decir palabra a don Quijote, el cual, doloroso y pellizcado, confuso y pensativo, se quedó solo, donde le dejaremos deseoso de saber quién había sido el perverso encantador que tal le había puesto. Pero ello se dirá a su tiempo, que Sancho Panza nos llama y el buen concierto de la historia lo pide.

Capítulo XLIX

De lo que le sucedió a Sancho Panza rondando su ínsula[1]

Dejamos al gran gobernador enojado y mohíno con el labrador pintor y socarrón, el cual, industriado del mayordomo, y el mayordomo, del duque[2], se burlaban de Sancho; pero él se las tenía tiesas a todos[3], maguera tonto, bronco y rollizo[4], y dijo a los que con él estaban, y al doctor Pedro Recio, que como se acabó el secreto de la carta del duque había vuelto a entrar en la sala:

—Ahora verdaderamente que entiendo que los jueces y gobernadores deben de ser o han de ser de bronce para no sentir las importunidades de los negociantes, que a todas horas y a todos tiempos quieren que los escuchen y despachen, atendiendo solo a su negocio, venga lo que viniere; y si el pobre del juez no los escucha y despacha, o porque no puede o porque no es aquel el tiempo diputado para darles audiencia[5], luego les maldicen y murmuran, y les roen los huesos[6], y aun les deslindan los linajes[7]. Negociante necio[8], negociante mentecato, no te apresures: espera sazón y coyuntura para negociar; no vengas a la hora del comer ni a la del dormir, que los jueces son de carne y de hueso y han de dar a la naturaleza lo que naturalmente les pide, si no es yo, que no le doy de comer a la mía, merced al señor doctor Pedro Recio Tirteafuera, que está delante, que quiere que muera de hambre y afirma que esta muerte es vida, que así se la dé Dios a él y a todos los de su ralea: digo, a la de los malos médicos, que la de los buenos palmas y lauros merecen.

Todos los que conocían a Sancho Panza se admiraban oyéndole hablar tan elegantemente y no sabían a qué atribuirlo, sino a que los oficios y cargos graves o adoban[9] o entorpecen los entendimientos. Finalmente, el doctor Pedro Recio Agüero de Tirteafuera prometió de darle de cenar aquella noche, aunque excediese[10] de todos los aforismos de Hipócrates. Con esto quedó contento el gobernador y esperaba con grande ansia llegase la noche y la hora de cenar; y aunque el tiempo, al parecer suyo, se estaba quedo, sin moverse de un lugar, todavía se llegó el por él tanto deseado[11], donde le dieron de cenar un salpicón de vaca con cebolla y unas manos cocidas de ternera algo entrada en días. Entregóse en todo[12], con más gusto que si le hubieran dado francolines de Milán[13], faisanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Morón o gansos de Lavajos, y entre la cena, volviéndose al doctor, le dijo:

—Mirad, señor doctor, de aquí adelante no os curéis de darme a comer cosas regaladas ni manjares esquisitos, porque será sacar a mi estómago de sus quicios, el cual está acostumbrado a cabra, a vaca, a tocino, a cecina[14], a nabos y a cebollas, y si acaso le dan otros manjares de palacio, los recibe con melindre y algunas veces con asco. Lo que el maestresala puede hacer es traerme estas que llaman ollas podridas, que mientras más podridas son mejor huelen, y en ellas puede embaular y encerrar todo lo que él quisiere, como sea de comer, que yo se lo agradeceré y se lo pagaré algún día; y no se burle nadie conmigo, porque o somos o no somos[15]: vivamos todos y comamos en buena paz compaña[16], pues cuando Dios amanece, para todos amanece[17]. Yo gobernaré esta ínsula sin perdonar derecho ni llevar cohecho, y todo el mundo

---

[1] La vigilancia ejercida por las autoridades, *rondando* la ciudad para asegurar la tranquilidad de sus habitantes, era un hecho habitual, perfectamente reglamentado, que comenzaba tras el toque de queda de las campanas.

[2] 'y el mayordomo instruido, amaestrado (*industriado*) por el Duque'.

[3] 'hacía frente a todos'.

[4] 'grosero y majadero'.

[5] *diputado*: 'reservado', 'asignado'.

[6] 'hablan mal de ellos'; acaso ponderativo construido sobre *roer los zancajos*, con el mismo significado.

[7] 'escudriñan en sus ascendientes', 'dudan de su familia'.

[8] Téngase en cuenta que *negociante* vale por 'mercader, comerciante', pero también 'embaucador sin escrúpulos'.

[9] 'conciertan', 'ordenan'.

[10] *excediese*: 'fuese más allá'.

[11] 'a la postre *se llegó el* tiempo *por él tanto* tiempo *deseado*'.

[12] 'se apoderó de todo'.

[13] 'ave parecida a la ortega, de la familia de la perdiz y el faisán'; se criaba en cautividad. El *de Milán*, que abre la enumeración, puede deberse a que se empleaba como ponderativo de calidad. De los manjares de otras procedencias no se han alegado testimonios de que fueran especialmente apreciados.

[14] 'carne salada y seca al oreo'.

[15] 'comportémonos con naturalidad'; frase hecha.

[16] 'en paz y compañía'.

[17] Refrán para recalcar la igualdad de los hombres.

traiga el ojo alerta y mire por el virote[18], porque les hago saber que el diablo está en Cantillana[19] y que si me dan ocasión han de ver maravillas. No, sino haceos miel, y comeros han moscas[20].

—Por cierto, señor gobernador —dijo el maestresala—, que vuesa merced tiene mucha razón en cuanto ha dicho, y que yo ofrezco en nombre de todos los insulanos desta ínsula que han de servir a vuestra merced con toda puntualidad, amor y benevolencia, porque el suave modo de gobernar que en estos principios vuesa merced ha dado no les da lugar de hacer ni de pensar cosa que en deservicio[21] de vuesa merced redunde.

—Yo lo creo —respondió Sancho—, y serían ellos unos necios si otra cosa hiciesen o pensasen, y vuelvo a decir que se tenga cuenta con mi sustento y con el de mi rucio, que es lo que en este negocio importa y hace más al caso; y en siendo hora, vamos a rondar, que es mi intención limpiar esta ínsula de todo género de inmundicia y de gente vagamunda, holgazanes y mal entretenida. Porque quiero que sepáis, amigos, que la gente baldía y perezosa es en la república lo mesmo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen[22]. Pienso favorecer a los labradores, guardar sus preeminencias a los hidalgos, premiar los virtuosos y, sobre todo, tener respeto a la religión y a la honra de los religiosos. ¿Qué os parece desto, amigos? ¿Digo algo o quiébrome la cabeza[23]?

—Dice tanto vuesa merced, señor gobernador —dijo el mayordomo—, que estoy admirado de ver que un hombre tan sin letras como vuesa merced, que a lo que creo no tiene ninguna, diga tales y tantas cosas llenas de sentencias y de avisos, tan fuera de todo aquello que del ingenio de vuesa merced esperaban los que nos enviaron y los que aquí venimos. Cada día se veen cosas nuevas en el mundo: las burlas se vuelven en veras y los burladores se hallan burlados.

Llegó la noche y cenó el gobernador, con licencia del señor doctor Recio. Aderezáronse de ronda; salió con el mayordomo, secretario y maestresala, y el coronista que tenía cuidado de poner en memoria sus hechos, y alguaciles y escribanos, tantos, que podían formar un mediano escuadrón. Iba Sancho en medio con su vara, que no había más que ver, y, pocas calles andadas del lugar, sintieron ruido de cuchilladas; acudieron allá y hallaron que eran dos solos hombres los que reñían, los cuales, viendo venir a la justicia, se estuvieron quedos, y el uno dellos dijo:

—¡Aquí de Dios y del rey! ¿Cómo y que se ha de sufrir que roben en poblado en este pueblo y que salgan a saltear en él en la mitad de las calles?

—Sosegaos, hombre de bien —dijo Sancho—, y contadme qué es la causa desta pendencia, que yo soy el gobernador.

El otro contrario dijo:

—Señor gobernador, yo la diré con toda brevedad. Vuestra merced sabrá que este gentilhombre acaba de ganar ahora en esta casa de juego que está aquí frontero más de mil reales[24], y sabe Dios cómo; y, hallándome yo presente, juzgué más de una suerte dudosa en su favor, contra todo aquello que me dictaba la conciencia; alzóse con la ganancia[25], y cuando esperaba que me había de dar algún escudo por lo menos de barato[26], como es uso y costumbre darle a los hombres principales como yo que estamos asistentes para bien y mal pasar, y para apoyar sinrazones y evitar pendencias, él embolsó su dinero y se salió de la casa. Yo vine despechado tras él, y con buenas y corteses palabras le he pedido que me diese siquiera ocho reales, pues sabe que yo soy hombre honrado y que no tengo oficio ni beneficio, porque mis padres no me le enseñaron ni me le dejaron; y el socarrón, que no es más ladrón que Caco ni más fullero que

[18] ‘atienda a lo suyo’.

[19] «...y el obispo en Brenes»: ‘hay desórdenes’.

[20] ‘No se debe mostrar uno llano con las personas viles’; es refrán.

[21] *deservicio*: ‘perjuicio’, ‘ofensa’.

[22] Posible reelaboración, en lenguaje adornado, del refrán «Los zánganos se comen la miel de las abejas».

[23] ‘¿Está bien lo que digo o son tonterías, vanos *quebraderos de cabeza*?’.

[24] *frontero*: ‘enfrente’.

[25] ‘se marchó *con la ganancia*, sin dar ocasión a desquite’.

[26] ‘propina que se acostumbraba a dar a los mirones en los garitos de juego’

Andradilla[27], no quería darme más de cuatro reales... ¡Porque vea vuestra merced, señor gobernador, qué poca vergüenza y qué poca conciencia! Pero a fee que si vuesa merced no llegara, que yo le hiciera vomitar la ganancia y que había de saber con cuántas entraba la romana[28].

—¿Qué decís vos a esto? —preguntó Sancho.

Y el otro respondió que era verdad cuanto su contrario decía y no había querido darle más de cuatro reales, porque se los daba muchas veces, y los que esperan barato han de ser comedidos y tomar con rostro alegre lo que les dieren, sin ponerse en cuentas con los gananciosos[29], si ya no supiesen de cierto que son fulleros y que lo que ganan es mal ganado; y que para señal que él era hombre de bien, y no ladrón como decía, ninguna había mayor que el no haberle querido dar nada, que siempre los fulleros son tributarios de los mirones que los conocen.

—Así es —dijo el mayordomo—. Vea vuestra merced, señor gobernador, qué es lo que se ha de hacer destos hombres.

—Lo que se ha de hacer es esto —respondió Sancho—: vos, ganancioso, bueno o malo o indiferente, dad luego a este vuestro acuchillador cien reales, y más habéis de desembolsar treinta para los pobres de la cárcel; y vos que no tenéis oficio ni beneficio, y andáis de nones en esta ínsula[30], tomad luego esos cien reales y mañana en todo el día salid desta ínsula desterrado por diez años, so pena, si lo quebrantáredes[31], los cumpláis en la otra vida, colgándoos yo de una picota[32], o a lo menos el verdugo por mi mandado; y ninguno me replique, que le asentaré la mano[33].

Desembolsó el uno, recibió el otro, este se salió de la ínsula y aquel se fue a su casa, y el gobernador quedó diciendo:

—Ahora, yo podré poco o quitaré estas casas de juego, que a mí se me trasluce que son muy perjudiciales.

—Esta a lo menos —dijo un escribano— no la podrá vuesa merced quitar, porque la tiene un gran personaje, y más es sin comparación lo que él pierde al año que lo que saca de los naipes. Contra otros garitos de menor cantía podrá vuestra merced mostrar su poder, que son los que más daño hacen y más insolencias encubren, que en las casas de los caballeros principales y de los señores no se atreven los famosos fulleros a usar de sus tretas; y pues el vicio del juego se ha vuelto en ejercicio común, mejor es que se juegue en casas principales que no en la de algún oficial[34], donde cogen a un desdichado de media noche abajo y le desuellan vivo[35].

—Agora, escribano —dijo Sancho—, yo sé que hay mucho que decir en eso.

Y en esto llegó un corchete que traía asido a un mozo[36] y dijo:

—Señor gobernador, este mancebo venía hacia nosotros, y así como columbró la justicia, volvió las espaldas y comenzó a correr como un gamo: señal que debe de ser algún delincuente; yo partí tras él, y si no fuera porque tropezó y cayó, no le alcanzara jamás.

—¿Por qué huías, hombre? —preguntó Sancho.

A lo que el mozo respondió:

—Señor, por escusar de responder a las muchas preguntas que las justicias hacen.

---

[27] *fullero*: 'jugador tramposo'; *Andradilla* se conjetura que sería algún fullero del tiempo que andaría en anécdotas. La construcción parece ser una lítote irónica: 'que es tan ladrón como...'. Pero el texto no es seguro.

[28] 'le había de dar una buena lección'; la *romana* es una 'balanza de brazos desiguales, con pesa corrediza'. En sentido recto, la frase expresa la necesidad de un peso mínimo para que la báscula sea fiable.

[29] 'sin comprometerse con los que ganan'.

[30] *andáis de nones*: 'sobráis'.

[31] Se sobrentiende 'el destierro'.

[32] 'columna a la entrada de los pueblos del reino de Castilla en que se ataba a los reos o ajusticiados para someterlos a la vergüenza pública', aunque el nombre más común era *rollo*.

[33] 'le castigaré severamente'.

[34] 'persona que ejerce un oficio', frente a las *personas principales*, para las que socialmente estaba prohibido.

[35] *de media noche abajo*: 'después de media noche'; la expresión, referida a tahúres, tiene un matiz fuertemente peyorativo. C. podría tener aquí en mente algún caso que le tocaba de cerca.

[36] *corchete*: 'agente de la justicia o de la autoridad', 'guardia'.

—¿Qué oficio tienes?

—Tejedor.

—¿Y qué tejes?

—Hierros de lanzas[37], con licencia buena de vuestra merced.

—¿Graciosico me sois? ¿De chocarrero os picáis[38]? ¡Está bien! ¿Y adónde íbades ahora?

—Señor, a tomar el aire.

—¿Y adónde se toma el aire en esta ínsula?

—Adonde sopla.

—¡Bueno, respondéis muy a propósito! Discreto sois, mancebo, pero haced cuenta que yo soy el aire y que os soplo en popa y os encamino a la cárcel. ¡Asilde, hola, y llevalde, que yo haré que duerma allí sin aire esta noche!

—¡Par Dios —dijo el mozo—, así me haga vuestra merced dormir en la cárcel como hacerme rey!

—Pues ¿por qué no te haré yo dormir en la cárcel? —respondió Sancho—. ¿No tengo yo poder para prenderte y soltarte cada y cuando que quisiere[39]?

—Por más poder que vuestra merced tenga —dijo el mozo—, no será bastante para hacerme dormir en la cárcel.

—¿Cómo que no? —replicó Sancho—. Llevalde luego donde verá por sus ojos el desengaño, aunque más el alcaide quiera usar con él de su interesal liberalidad[40], que yo le pondré pena de dos mil ducados si te deja salir un paso de la cárcel.

—Todo eso es cosa de risa —respondió el mozo—. El caso es que no me harán dormir en la cárcel cuantos hoy viven.

—Dime, demonio —dijo Sancho—, ¿tienes algún ángel que te saque y que te quite los grillos que te pienso mandar echar[41]?

—Ahora, señor gobernador —respondió el mozo con muy buen donaire—, estemos a razón y vengamos al punto. Prosuponga vuestra merced que me manda llevar a la cárcel y que en ella me echan grillos y cadenas y que me meten en un calabozo, y se le ponen al alcaide graves penas si me deja salir, y que él lo cumple como se le manda. Con todo esto, si yo no quiero dormir, y estarme despierto toda la noche sin pegar pestaña, ¿será vuestra merced bastante con todo su poder para hacerme dormir, si yo no quiero?

—No, por cierto —dijo el secretario—, y el hombre ha salido con su intención.

—De modo —dijo Sancho— que no dejaréis de dormir por otra cosa que por vuestra voluntad, y no por contravenir a la mía.

—No, señor —dijo el mozo—, ni por pienso.

—Pues andad con Dios —dijo Sancho—, idos a dormir a vuestra casa, y Dios os dé buen sueño, que yo no quiero quitárosle; pero aconséjoos que de aquí adelante no os burléis con la justicia, porque toparéis con alguna que os dé con la burla en los cascos.

Fuese el mozo y el gobernador prosiguió con su ronda, y de allí a poco vinieron dos corchetes que traían a un hombre asido y dijeron:

---

[37] El motivo de la respuesta incongruente figura en varios cuentos tradicionales. Es muy posible que en la expresión *tejedor de hierros* (o *yerros*) *de lanzas* haya un doble sentido erótico.

[38] '¿Queréis pasar por gracioso?'.

[39] *cada y cuando*: 'siempre', 'en cualquier ocasión'.

[40] 'generosidad o condescendencia movida por el interés'.

[41] *grillos*: 'aros de hierro con que se sujetaban los pies de los presos para que no pudiesen escapar'; la frase recuerda un texto bíblico sobre las prisiones de San Pedro.

—Señor gobernador, este que parece hombre no lo es, sino mujer, y no fea, que viene vestida en hábito de hombre.

Llegáronle a los ojos dos o tres lanternas, a cuyas luces descubrieron un rostro de una mujer, al parecer de diez y seis o pocos más años, recogidos los cabellos con una redecilla de oro y seda verde, hermosa como mil perlas. Miráronla de arriba abajo y vieron que venía con unas medias de seda encarnada con ligas de tafetán blanco y rapacejos de oro y aljófar[42]; los greguescos eran verdes, de tela de oro, y una saltaembarca o ropilla de lo mesmo[43] suelta, debajo de la cual traía un jubón de tela finísima de oro y blanco[44], y los zapatos eran blancos y de hombre; no traía espada ceñida, sino una riquísima daga, y en los dedos, muchos y muy buenos anillos. Finalmente, la moza parecía bien a todos, y ninguno la conoció de cuantos la vieron, y los naturales del lugar dijeron que no podían pensar quién fuese, y los consabidores[45] de las burlas que se habían de hacer a Sancho fueron los que más se admiraron, porque aquel suceso y hallazgo no venía ordenado por ellos, y, así, estaban dudosos, esperando en qué pararía el caso. Sancho quedó pasmado de la hermosura de la moza y preguntóle quién era, adónde iba y qué ocasión le había movido para vestirse en aquel hábito. Ella, puestos los ojos en tierra con honestísima vergüenza, respondió:

—No puedo, señor, decir tan en público lo que tanto me importaba fuera secreto. Una cosa quiero que se entienda: que no soy ladrón ni persona facinorosa, sino una doncella desdichada, a quien la fuerza de unos celos ha hecho romper el decoro que a la honestidad se debe[46].

Oyendo esto el mayordomo, dijo a Sancho:

—Haga, señor gobernador, apartar la gente, porque esta señora con menos empacho pueda decir lo que quisiere.

Mandólo así el gobernador, apartáronse todos, si no fueron el mayordomo, maestresala y el secretario. Viéndose, pues, solos, la doncella prosiguió diciendo:

—Yo, señores, soy hija de Pedro Pérez Mazorca, arrendador de las lanas deste lugar[47], el cual suele muchas veces ir en casa de mi padre.

—Eso no lleva camino —dijo el mayordomo—, señora, porque yo conozco muy bien a Pedro Pérez y sé que no tiene hijo ninguno, ni varón ni hembra; y más que decís que es vuestro padre y luego añadís que suele ir muchas veces en casa de vuestro padre.

—Ya yo había dado en ello —dijo Sancho.

—Ahora, señores, yo estoy turbada y no sé lo que me digo —respondió la doncella—, pero la verdad es que yo soy hija de Diego de la Llana[48], que todos vuesas mercedes deben de conocer.

—Aun eso lleva camino[49] —respondió el mayordomo—, que yo conozco a Diego de la Llana y sé que es un hidalgo principal y rico y que tiene un hijo y una hija, y que después que enviudó no ha habido nadie en todo este lugar que pueda decir que ha visto el rostro de su hija, que la tiene tan encerrada, que no da lugar al sol que la vea, y, con todo esto, la fama dice que es en estremo hermosa.

—Así es la verdad —; respondió la doncella—, y esa hija soy yo; si la fama miente o no en mi hermosura, ya os habréis, señores, desengañado, pues me habéis visto.

---

[42] *ligas*: 'tiras de tejido fino para sujetar las medias por su parte superior'; se ataban con una lazada, y las más ricas se remataban –para evitar que se deshilachasen– y se adornaban con unos *rapacejos* ('flecos superpuestos'), que quedaban colgando sobre la pierna o recogidos en forma de borla: eran a veces verdaderas joyas. Entre hombres, el uso de las ligas era propio de lindos y galanes.

[43] *saltaembarca*: 'blusón' (parecido al de los tratantes de ganado o al de los marineros, capotillo), 'casaquilla'; posiblemente algo parecido a una ruana.

[44] 'brocado de seda blanca, con relieves de hilo de oro'.

[45] *consabidores*: 'cómplices'.

[46] La muchacha juega con las razones que se dan en la comedia nueva para justificar la abundante presencia de mujeres vestidas de hombre sobre la escena.

[47] *arrendador de las lanas*: 'el que había comprado el derecho a cobrar el impuesto sobre la lana'; *Mazorca* ('hilo recogido en el huso') parece apodo que alude a lo que se llevaba el arrendador.

[48] La disposición del nombre supone nobleza, en oposición a Pedro Pérez Mazorca.

[49] 'Eso ya puede ser', 'eso tiene trazas de poder ser verdad'; frase usual.

Y en esto comenzó a llorar tiernamente, viendo lo cual el secretario se llegó al oído del maestresala y le dijo muy paso[50]:

—Sin duda alguna que a esta pobre doncella le debe de haber sucedido algo de importancia, pues en tal traje y a tales horas, y siendo tan principal, anda fuera de su casa.

—No hay dudar en eso —respondió el maestresala—, y más que esa sospecha la confirman sus lágrimas.

Sancho la consoló con las mejores razones que él supo y le pidió que sin temor alguno les dijese lo que le había sucedido, que todos procurarían remediarlo con muchas veras y por todas las vías posibles.

—Es el caso, señores —respondió ella—, que mi padre me ha tenido encerrada diez años ha, que son los mismos que a mi madre come la tierra. En casa dicen misa en un rico oratorio, y yo en todo este tiempo no he visto que el sol del cielo de día[51], y la luna y las estrellas de noche, ni sé qué son calles, plazas ni templos, ni aun hombres, fuera de mi padre y de un hermano mío, y de Pedro Pérez el arrendador, que por entrar de ordinario en mi casa se me antojó decir que era mi padre, por no declarar el mío. Este encerramiento y este negarme el salir de casa, siquiera a la iglesia, ha muchos días y meses que me trae muy desconsolada. Quisiera yo ver el mundo, o a lo menos el pueblo donde nací, pareciéndome que este deseo no iba contra el buen decoro que las doncellas principales deben guardar a sí mesmas. Cuando oía decir que corrían toros y jugaban cañas[52] y se representaban comedias, preguntaba a mi hermano, que es un año menor que yo, que me dijese qué cosas eran aquellas, y otras muchas que yo no he visto; él me lo declaraba por los mejores modos que sabía, pero todo era encenderme más el deseo de verlo. Finalmente, por abreviar el cuento de mi perdición, digo que yo rogué y pedí a mi hermano, que nunca tal pidiera ni tal rogara...

Y tornó a renovar el llanto. El mayordomo le dijo:

—Prosiga vuestra merced, señora, y acabe de decirnos lo que le ha sucedido, que nos tienen a todos suspensos sus palabras y sus lágrimas.

—Pocas me quedan por decir —respondió la doncella—, aunque muchas lágrimas sí que llorar, porque los mal colocados deseos no pueden traer consigo otros descuentos que los semejantes[53].

Habíase sentado en el alma del maestresala la belleza de la doncella, y llegó otra vez su lanterna para verla de nuevo, y parecióle que no eran lágrimas las que lloraba, sino aljófar o rocío de los prados, y aun las subía de punto y las llegaba a perlas orientales[54], y estaba deseando que su desgracia no fuese tanta como daban a entender los indicios de su llanto y de sus suspiros. Desesperábase el gobernador de la tardanza que tenía la moza en dilatar su historia, y díjole que acabase de tenerlos más suspensos, que era tarde y faltaba mucho que andar del pueblo. Ella, entre interrotos sollozos y mal formados suspiros[55], dijo:

—No es otra mi desgracia, ni mi infortunio es otro sino que yo rogué a mi hermano que me vistiese en hábitos de hombre con uno de sus vestidos y que me sacase una noche a ver todo el pueblo, cuando nuestro padre durmiese; él, importunado de mis ruegos, condecendió con mi deseo y, poniéndome este vestido y él vestiéndose de otro mío, que le está como nacido[56], porque él no tiene pelo de barba y no parece sino una doncella hermosísima, esta noche, debe de haber una hora, poco más o menos, nos salimos de casa y, guiados de nuestro mozo y desbaratado discurso[57], hemos rodeado todo el pueblo, y cuando queríamos volver a casa, vimos venir un gran tropel de gente y mi hermano me dijo: «Hermana, esta debe de ser la ronda: aligera los pies y pon alas en ellos, y vente tras mí corriendo, porque no nos conozcan, que nos será mal contado[58]». Y, diciendo esto, volvió las espaldas y comenzó, no digo a correr, sino a volar; yo a menos

---

[50] ‘en voz muy baja’.

[51] ‘no he visto más que el sol del cielo de día’.

[52] Las *corridas de toros* eran a caballo, y corrían con rejones los caballeros; el *juego de cañas* era una justa por cuadrillas a caballo, con lanzas preparadas para que se rompiesen sin herir. Normalmente los dos festejos iban emparejados.

[53] ‘consecuencias negativas’; metáfora apoyada en el lenguaje mercantil, construida sobre *mal colocados deseos*.

[54] *llegaba*: ‘acercaba’, ‘comparaba’. C. parodia con imágenes tópicas la alusión jocosa del herido de amor.

[55] *interrotos*: ‘entrecortados’.

[56] ‘como si le fuese natural’, ‘pintiparado’.

[57] ‘juvenil y desatinado propósito, razonamiento’.

[58] ‘nos será tenido en contra nuestra, en nuestro desdoro’; queda dudoso si se refiere al hecho de escapar de noche o al disfraz.

de seis pasos caí, con el sobresalto, y entonces llegó el ministro de la justicia, que me trujo ante vuestras mercedes, adonde por mala y antojadiza me veo avergonzada ante tanta gente.

—¿En efecto, señora —dijo Sancho—, no os ha sucedido otro desmán alguno, ni celos, como vos al principio de vuestro cuento dijistes, no os sacaron de vuestra casa?

—No me ha sucedido nada, ni me sacaron celos, sino solo el deseo de ver mundo, que no se estendía a más que a ver las calles de este lugar.

Y acabó de confirmar ser verdad lo que la doncella decía llegar los corchetes con su hermano preso, a quien alcanzó uno dellos cuando se huyó de su hermana. No traía sino un faldellín rico y una mantellina de damasco azul con pasamanos de oro fino, la cabeza sin toca ni con otra cosa adornada que con sus mesmos cabellos, que eran sortijas de oro, según eran rubios y enrizados. Apartáronse con él gobernador, mayordomo y maestresala, y sin que lo oyese su hermana le preguntaron cómo venía en aquel traje, y él, con no menos vergüenza y empacho, contó lo mesmo que su hermana había contado, de que recibió gran gusto el enamorado maestresala. Pero el gobernador les dijo:

—Por cierto, señores, que esta ha sido una gran rapacería[59], y para contar esta necedad y atrevimiento no eran menester tantas largas ni tantas lágrimas y suspiros, que con decir «Somos fulano y fulana, que nos salimos a espaciar de casa de nuestros padres con esta invención[60], solo por curiosidad, sin otro designio alguno», se acabara el cuento, y no gemidicos y lloramicos, y darle[61].

—Así es la verdad —respondió la doncella—, pero sepan vuesas mercedes que la turbación que he tenido ha sido tanta, que no me ha dejado guardar el término que debía[62].

—No se ha perdido nada —respondió Sancho—. Vamos, y dejaremos a vuesas mercedes en casa de su padre: quizá no los habrá echado menos. Y de aquí adelante no se muestren tan niños, ni tan deseosos de ver mundo, que la doncella honrada, la pierna quebrada, y en casa, y la mujer y la gallina, por andar se pierden aína, y la que es deseosa de ver, también tiene deseo de ser vista[63]. No digo más.

El mancebo agradeció al gobernador la merced que quería hacerles de volverlos a su casa, y, así, se encaminaron hacia ella, que no estaba muy lejos de allí. Llegaron, pues, y, tirando el hermano una china a una reja[64], al momento bajó una criada, que los estaba esperando y les abrió la puerta, y ellos se entraron, dejando a todos admirados así de su gentileza y hermosura como del deseo que tenían de ver mundo de noche y sin salir del lugar; pero todo lo atribuyeron a su poca edad.

Quedó el maestresala traspasado su corazón y propuso de luego otro día pedírsela por mujer a su padre[65], teniendo por cierto que no se la negaría, por ser él criado del duque; y aun a Sancho le vinieron deseos y barruntos de casar al mozo con Sanchica, su hija, y determinó de ponerlo en plática a su tiempo[66], dándose a entender que a una hija de un gobernador ningún marido se le podía negar.

Con esto se acabó la ronda de aquella noche, y de allí a dos días el gobierno, con que se destroncaron y borraron todos sus designios, como se verá adelante.

---

[59] ‘una chiquillada’, ‘una niñería’. Nótese que la que se presumía aventura acaba en niñería, con lo que C., paródicamente, vuelve al anticlímax que caracteriza bastantes episodios de la Segunda parte.

[60] ‘ardid’; *a espaciar*: ‘a entretenernos’.

[61] ‘lloriqueos, y dale que te dale, sin parar’.

[62] *guardar el término*: ‘observar el decoro’, ‘mantener el recato’.

[63] Sancho liga, una tras otra, tres frases proverbiales, la última modificada sobre el tópico de la «mujer ventanera».

[64] *china*: ‘piedrecita’.

[65] *otro día*: ‘al día siguiente’.

[66] ‘de ponerlo en práctica cuando fuese el momento’.

Capítulo L (resumen)

Donde se declara quién fueron los encantadores y verdugos que azotaron a la dueña y pellizcaron y arañaron a don Quijote, con el suceso que tuvo el paje que llevó la carta a Teresa Sancha, mujer de Sancho Panza

Como declara el subtítulo, al comienzo de este capítulo se aclara las circunstancias y motivos de la paliza recibida por don Quijote hace dos capítulos, que pone brusco final a su encuentro con doña Rodríguez.

Pero a los pocos párrafos, la historia se centra en las cartas y regalos, de Sancho y de la propia duquesa, que esta envía a la esposa de Sancho Panza, por medio de un paje. Este informa de los últimos acontecimientos (por supuesto, sin revelar la burla de que son objeto don Quijote y Sancho) y las noticias provocan gran revuelo en la aldea. El paje lee las cartas e informa de todo al cura, el barbero y al bachiller Carrasco, el cual escribe cartas de respuesta y el capítulo acaba con el avance de la influencia que más adelante tendrán dichas cartas.

Capítulo LI

Del progreso del gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos

Amaneció el día que se siguió a la noche de la ronda del gobernador, la cual el maestresala pasó sin dormir, ocupado el pensamiento en el rostro, brío y belleza de la disfrazada doncella; y el mayordomo ocupó lo que della faltaba en escribir a sus señores lo que Sancho Panza hacía y decía, tan admirado de sus hechos como de sus dichos, porque andaban mezcladas sus palabras y sus acciones, con asomos discretos y tontos.

Levantóse, en fin, el señor gobernador, y por orden del doctor Pedro Recio le hicieron desayunar con un poco de conserva y cuatro tragos de agua fría[1], cosa que la trocara Sancho con un pedazo de pan y un racimo de uvas; pero viendo que aquello era más fuerza que voluntad, pasó por ello, con harto dolor de su alma y fatiga de su estómago, haciéndole creer Pedro Recio que los manjares pocos y delicados avivaban el ingenio[2], que era lo que más convenía a las personas constituidas en mandos y en oficios graves, donde se han de aprovechar no tanto de las fuerzas corporales como de las del entendimiento.

Con esta sofistería padecía hambre Sancho[3], y tal, que en su secreto maldecía el gobierno, y aun a quien se le había dado; pero con su hambre y con su conserva se puso a juzgar aquel día, y lo primero que se le ofreció fue una pregunta que un forastero le hizo, estando presentes a todo el mayordomo y los demás acólitos, que fue:

—Señor, un caudaloso río dividía dos términos de un mismo señorío, y esté vuestra merced atento, porque el caso es de importancia y algo dificultoso... Digo, pues, que sobre este río estaba una puente, y al cabo della una horca y una como casa de audiencia, en la cual de ordinario había cuatro jueces que juzgaban la ley que puso el dueño del río[4], de la puente y del señorío, que era en esta forma: «Si alguno pasare por esta puente de una parte a otra, ha de jurar primero adónde y a qué va; y si jurare verdad, déjenle pasar, y si dijere mentira, muera por ello ahorcado en la horca que allí se muestra, sin remisión alguna». Sabida esta ley y la rigurosa condición della, pasaban muchos, y luego en lo que juraban se echaba de ver que decían verdad y los jueces los dejaban pasar libremente. Sucedió, pues, que tomando juramento a un hombre juró y dijo que para el juramento que hacía[5], que iba a morir en aquella horca que allí estaba, y no a otra cosa. Repararon los jueces en el juramento y dijeron: «Si a este hombre le dejamos pasar libremente, mintió en su juramento, y conforme a la ley debe morir; y si le ahorcamos, él juró que iba a morir en aquella horca, y, habiendo jurado verdad, por la misma ley debe ser libre». Pídese a vuesa merced, señor gobernador, qué

---

[1] *conserva*: 'bocados de fruta u otros vegetales que se cuecen en almíbar y se dejan secar después, escarchándose'. El desayuno más popular de los españoles consistía en unos tragos de aguardiente y unas tajadas de *letuario* 'conserva'. Pedro Recio hace sustituir el primero por *agua fría*, enfriada con nieve, que era moda y lujo entre las personas de prestigio, e incluso se señalaban para ella virtudes medicinales

[2] La relación entre el régimen de comidas y la agudeza de *ingenio* ('inteligencia') era moneda corriente en cualquier suma de medicina contemporánea.

[3] *sofistería*: 'palabrería de pretendido sabio'.

[4] *juzgaban*: 'aplicaban'.

[5] 'de acuerdo con lo que juraba'

harán los jueces del tal hombre, que aún hasta agora están dudosos y suspensos, y, habiendo tenido noticia del agudo y elevado entendimiento de vuestra merced, me enviaron a mí a que suplicase a vuestra merced de su parte diese su parecer en tan intricado y dudoso caso.

A lo que respondió Sancho:

—Por cierto que esos señores jueces que a mí os envían lo pudieran haber escusado, porque yo soy un hombre que tengo más de mostrenco que de agudo; pero, con todo eso, repetidme otra vez el negocio de modo que yo le entienda: quizá podría ser que diese en el hito[6].

Volvió otra y otra vez el preguntante a referir lo que primero había dicho, y Sancho dijo:

—A mi parecer, este negocio en dos paletas le declararé yo[7], y es así: el tal hombre jura que va a morir en la horca, y si muere en ella, juró verdad y por la ley puesta merece ser libre y que pase la puente; y si no le ahorcan, juró mentira y por la misma ley merece que le ahorquen.

—Así es como el señor gobernador dice —dijo el mensajero—, y cuanto a la entereza y entendimiento del caso[8], no hay más que pedir ni que dudar.

—Digo yo, pues, agora —replicó Sancho— que deste hombre aquella parte que juró verdad la dejen pasar, y la que dijo mentira la ahorquen, y desta manera se cumplirá al pie de la letra la condición del pasaje.

—Pues, señor gobernador —replicó el preguntador—, será necesario que el tal hombre se divida en partes, en mentirosa y verdadera; y si se divide, por fuerza ha de morir, y así no se consigue cosa alguna de lo que la ley pide, y es de necesidad espresa que se cumpla con ella.

—Venid acá, señor buen hombre —respondió Sancho—: este pasajero que decís, o yo soy un porro o él tiene la misma razón para morir que para vivir y pasar la puente, porque si la verdad le salva, la mentira le condena igualmente; y siendo esto así, como lo es, soy de parecer que digáis a esos señores que a mí os enviaron que, pues están en un fil[9] las razones de condenarle o asolverle, que le dejen pasar libremente, pues siempre es alabado más el hacer bien que mal. Y esto lo diera firmado de mi nombre si supiera firmar, y yo en este caso no he hablado de mío, sino que se me vino a la memoria un precepto, entre otros muchos que me dio mi amo don Quijote la noche antes que viniese a ser gobernador desta ínsula, que fue que cuando la justicia estuviese en duda me decantase y acogiese a la misericordia, y ha querido Dios que agora se me acordase, por venir en este caso como de molde.

—Así es —respondió el mayordomo—, y tengo para mí que el mismo Licurgo, que dio leyes a los lacedemonios, no pudiera dar mejor sentencia que la que el gran Panza ha dado. Y acábese con esto la audiencia desta mañana, y yo daré orden como el señor gobernador coma muy a su gusto.

—Eso pido, y barras derechas[10] —dijo Sancho—: denme de comer, y lluevan casos y dudas sobre mí, que yo las despabilaré en el aire[11].

Cumplió su palabra el mayordomo, pareciéndole ser cargo de conciencia matar de hambre a tan discreto gobernador, y más, que pensaba concluir con él aquella misma noche haciéndole la burla última que traía en comisión de hacerle[12].

Sucedió, pues, que habiendo comido aquel día contra las reglas y aforismos del doctor Tirteafuera, al levantar de los manteles, entró un correo con una carta de don Quijote para el gobernador. Mandó Sancho al secretario que la leyese para sí, y que si no viniese en ella alguna cosa digna de secreto, la leyese en voz alta. Hízolo así el secretario, y, repasándola primero, dijo:

—Bien se puede leer en voz alta, que lo que el señor don Quijote escribe a vuestra merced merece estar estampado y escrito con letras de oro, y dice así:

---

[6] 'acertase'; *hito*: 'rejo de hierro que se clava en el suelo y al que se lanzan las herraduras en el juego del herrón'

[7] *en dos paletas*: 'rápidamente'.

[8] *entereza*: 'total conocimiento', con hendíadis o duplicación léxica.

[9] *en un fil*: 'equilibrados'; *fil* o *filo*: 'línea de la balanza que marca el punto de equilibrio entre los dos platillos, cuando el *fiel* o aguja está en él'.

[10] 'juego limpio, sin trampas'

[11] 'las solucionaré rápidamente', o quizá 'con agudeza', como «cortar en el aire» o «matar en el aire».

[12] 'que le habían encomendado hacerle'

CARTA DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA
A SANCHO PANZA, GOBERNADOR
DE LA ÍNSULA BARATARIA

Cuando esperaba oír nuevas de tus descuidos e impertinencias, Sancho amigo, las oí de tus discreciones, de que di por ello gracias particulares al cielo, el cual del estiércol sabe levantar los pobres[13]*, y de los tontos hacer discretos. Dícenme que gobiernas como si fueses hombre, y que eres hombre como si fueses bestia, según es la humildad con que te tratas: y quiero que adviertas, Sancho, que muchas veces conviene y es necesario, por la autoridad del oficio, ir contra la humildad del corazón, porque el buen adorno de la persona que está puesta en graves cargos ha de ser conforme a lo que ellos piden, y no a la medida de lo que su humilde condición le inclina. Vístete bien, que un palo compuesto no parece palo*[14]*: no digo que traigas dijes ni galas, ni que siendo juez te vistas como soldado, sino que te adornes con el hábito que tu oficio requiere, con tal que sea limpio y bien compuesto.*

Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras has de hacer dos cosas: la una, ser bien criado con todos, aunque esto ya otra vez te lo he dicho; y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos, que no hay cosa que más fatigue el corazón de los pobres que la hambre y la carestía.

No hagas muchas pragmáticas[15]*, y si las hicieres, procura que sean buenas, y sobre todo que se guarden y cumplan, que las pragmáticas que no se guardan lo mismo es que si no lo fuesen, antes dan a entender que el príncipe que tuvo discreción y autoridad para hacerlas no tuvo valor para hacer que se guardasen; y las leyes que atemorizan y no se ejecutan, vienen a ser como la viga, rey de las ranas, que al principio las espantó, y con el tiempo la menospreciaron y se subieron sobre ella*[16]*.*

Sé padre de las virtudes y padrastro de los vicios. No seas siempre riguroso, ni siempre blando, y escoge el medio entre estos dos estremos, que en esto está el punto de la discreción[17]*. Visita las cárceles, las carnicerías y las plazas*[18]*, que la presencia del gobernador en lugares tales es de mucha importancia: consuela a los presos, que esperan la brevedad de su despacho; es coco a los carniceros*[19]*, que por entonces igualan los pesos, y es espantajo a las placeras*[20]*, por la misma razón. No te muestres, aunque por ventura lo seas, lo cual yo no creo, codicioso, mujeriego ni glotón; porque en sabiendo el pueblo y los que te tratan tu inclinación determinada, por allí te darán batería*[21]*, hasta derribarte en el profundo de la perdición.*

Mira y remira, pasa y repasa los consejos y documentos que te di por escrito antes que de aquí partieses a tu gobierno, y verás como hallas en ellos, si los guardas, una ayuda de costa[22] *que te sobrelleve los trabajos y dificultades que a cada paso a los gobernadores se les ofrecen. Escribe a tus señores y muéstrateles agradecido, que la ingratitud es hija de la soberbia y uno de los mayores pecados que se sabe, y la persona que es agradecida a los que bien le han hecho da indicio que también lo será a Dios, que tantos bienes le hizo y de contino le hace.*

La señora duquesa despachó un propio con tu vestido y otro presente a tu mujer Teresa Panza; por momentos esperamos respuesta.

Yo he estado un poco mal dispuesto[23]*, de un cierto gateamiento que me sucedió no muy a cuento de mis narices, pero no fue nada, que si hay encantadores que me maltraten, también los hay que me defiendan.*

---

[13] Es traducción de un texto bíblico.

[14] *compuesto*: 'bien arreglado', 'bien vestido'; DQ modifica un refrán conocido.

[15] 'decretos', normalmente prohibiendo lo que se suponía un abuso.

[16] Se alude a la fábula núm. 44 de Esopo (Fedro, I, 3), en que las ranas piden un rey a Júpiter.

[17] La exigencia de moderación y reflexión, con formulación de máxima aristotélica, es una constante cervantina.

[18] 'las *plazas* de abastos' o mercados.

[19] 'figura que asusta a los encargados de vigilar el peso de la carne'; *coco* no era necesariamente palabra infantil.

[20] 'mujeres que atienden los puestos del mercado'; era y es famosa su desvergüenza.

[21] 'te intentarán asaltar'.

[22] 'lo que se da voluntariamente por encima del pago acordado', 'propina'; aquí, como lítote de modestia.

[23] indispuesto', 'pachucho'.

Avísame si el mayordomo que está contigo tuvo que ver en las acciones de la Trifaldi, como tú sospechaste; y de todo lo que te sucediere me irás dando aviso, pues es tan corto el camino: cuanto más que yo pienso dejar presto esta vida ociosa en que estoy, pues no nací para ella.

Un negocio se me ha ofrecido, que creo que me ha de poner en desgracia destos señores[24]*; pero aunque se me da mucho, no se me da nada, pues, en fin en fin, tengo de cumplir antes con mi profesión que con su gusto, conforme a lo que suele decirse: «*Amicus Plato, sed magis amica veritas[25]*». Dígote este latín porque me doy a entender que después que eres gobernador lo habrás aprendido. Y a Dios, el cual te guarde de que ninguno te tenga lástima.*

Tu amigo

Don Quijote de la Mancha

Oyó Sancho la carta con mucha atención, y fue celebrada y tenida por discreta de los que la oyeron, y luego Sancho se levantó de la mesa y, llamando al secretario, se encerró con él en su estancia, y sin dilatarlo más quiso responder luego a su señor don Quijote y dijo al secretario que, sin añadir ni quitar cosa alguna, fuese escribiendo lo que él le dijese, y así lo hizo; y la carta de la respuesta fue del tenor siguiente:

CARTA DE SANCHO PANZA A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

La ocupación de mis negocios es tan grande, que no tengo lugar para rascarme la cabeza, ni aun para cortarme las uñas[26]*, y, así, las traigo tan crecidas cual Dios lo remedie. Digo esto, señor mío de mi alma, porque vuesa merced no se espante si hasta agora no he dado aviso de mi bien o mal estar en este gobierno, en el cual tengo más hambre que cuando andábamos los dos por las selvas y por los despoblados.*

Escribióme el duque mi señor el otro día, dándome aviso que habían entrado en esta ínsula ciertas espías para matarme, y hasta agora yo no he descubierto otra que un cierto doctor que está en este lugar asalariado para matar a cuantos gobernadores aquí vinieren: llámase el doctor Pedro Recio y es natural de Tirteafuera, ¡porque vea vuesa merced qué nombre para no temer que he de morir a sus manos! Este tal doctor dice él mismo de sí mismo que él no cura las enfermedades cuando las hay, sino que las previene, para que no vengan; y las medecinas que usa son dieta y más dieta[27]*, hasta poner la persona en los huesos mondos, como si no fuese mayor mal la flaqueza que la calentura. Finalmente, él me va matando de hambre y yo me voy muriendo de despecho, pues cuando pensé venir a este gobierno a comer caliente y a beber frío, y a recrear el cuerpo entre sábanas de holanda, sobre colchones de pluma, he venido a hacer penitencia, como si fuera ermitaño, y como no la hago de mi voluntad, pienso que al cabo al cabo me ha de llevar el diablo.*

Hasta agora no he tocado derecho ni llevado cohecho, y no puedo pensar en qué va esto, porque aquí me han dicho que los gobernadores que a esta ínsula suelen venir, antes de entrar en ella o les han dado o les han prestado los del pueblo muchos dineros, y que esta es ordinaria usanza en los demás que van a gobiernos, no solamente en este.

Anoche andando de ronda, topé una muy hermosa doncella en traje de varón y un hermano suyo en hábito de mujer: de la moza se enamoró mi maestresala, y la escogió en su imaginación para su mujer, según él ha dicho, y yo escogí al mozo para mi yerno; hoy los dos pondremos en plática nuestros pensamientos con el padre de entrambos, que es un tal Diego de la Llana, hidalgo y cristiano viejo cuanto se quiere.

Yo visito las plazas, como vuestra merced me lo aconseja, y ayer hallé una tendera que vendía avellanas nuevas, y averigüéle que había mezclado con una hanega de avellanas nuevas otra de viejas, vanas y

---

[24] Alude al desagravio de la hija de doña Rodríguez.

[25] 'Amigo es Platón, pero más amiga la verdad'; adagio clásico que se empleaba cuando se debía decir o hacer algo que podía resultar molesto a alguien a quien se estaba obligado por respeto o jerarquía.

[26] Indirectamente, indica un cambio de clase social; Sancho contraviene, justificándose, el consejo que le había dado DQ en II, 43.

[27] 'privación completa de la comida'; Tirteafuera lleva al extremo los preceptos hipocráticos, de moda en la época para la mesa de los nobles.

podridas; apliquélas todas para los niños de la doctrina[28]*, que las sabrían bien distinguir, y sentenciéla que por quince días no entrase en la plaza. Hanme dicho que lo hice valerosamente; lo que sé decir a vuestra merced es que es fama en este pueblo que no hay gente más mala que las placeras, porque todas son desvergonzadas, desalmadas y atrevidas, y yo así lo creo, por las que he visto en otros pueblos.*

De que mi señora la duquesa haya escrito a mi mujer Teresa Panza y enviádole el presente que vuestra merced dice, estoy muy satisfecho, y procuraré de mostrarme agradecido a su tiempo: bésele vuestra merced las manos de mi parte, diciendo que digo yo que no lo ha echado en saco roto, como lo verá por la obra.

No querría que vuestra merced tuviese trabacuentas[29] *de disgusto con esos mis señores, porque si vuestra merced se enoja con ellos, claro está que ha de redundar en mi daño, y no será bien que pues se me da a mí por consejo que sea agradecido, que vuestra merced no lo sea con quien tantas mercedes le tiene hechas y con tanto regalo ha sido tratado en su castillo.*

Aquello del gateado no entiendo, pero imagino que debe de ser alguna de las malas fechorías que con vuestra merced suelen usar los malos encantadores; yo lo sabré cuando nos veamos.

Quisiera enviarle a vuestra merced alguna cosa, pero no sé qué envíe, si no es algunos cañutos de jeringas que para con vejigas los hacen en esta ínsula muy curiosos[30]*; aunque si me dura el oficio, yo buscaré qué enviar, de haldas o de mangas*[31]*.*

Si me escribiere mi mujer Teresa Panza, pague vuestra merced el porte[32] *y envíeme la carta, que tengo grandísimo deseo de saber del estado de mi casa, de mi mujer y de mis hijos. Y, con esto, Dios libre a vuestra merced de malintencionados encantadores y a mí me saque con bien y en paz deste gobierno, que lo dudo, porque le pienso dejar con la vida, según me trata el doctor Pedro Recio.*

Criado de vuestra merced,

Sancho Panza el Gobernador

Cerró la carta el secretario y despachó luego al correo; y juntándose los burladores de Sancho, dieron orden entre sí cómo despacharle del gobierno; y aquella tarde la pasó Sancho en hacer algunas ordenanzas tocantes al buen gobierno de la que él imaginaba ser ínsula, y ordenó que no hubiese regatones[33] de los bastimentos en la república, y que pudiesen meter en ella vino de las partes que quisiesen, con aditamento que declarasen el lugar de donde era, para ponerle el precio según su estimación, bondad y fama, y el que lo aguase o le mudase el nombre perdiese la vida por ello[34].Moderó el precio de todo calzado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corría con exorbitancia; puso tasa en los salarios de los criados, que caminaban a rienda suelta por el camino del interese; puso gravísimas penas a los que cantasen cantares lascivos y descompuestos, ni de noche ni de día[35]; ordenó que ningún ciego cantase milagro en coplas si no trujese testimonio auténtico de ser verdadero, por parecerle que los más que los ciegos cantan son fingidos, en perjuicio de los verdaderos[36].

Hizo y creó un alguacil de pobres, no para que los persiguiese, sino para que los examinase si lo eran, porque a la sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa andan los brazos ladrones y la salud borracha[37]. En resolución, él ordenó cosas tan buenas, que hasta hoy se guardan en aquel lugar, y se nombran «Las constituciones del gran gobernador Sancho Panza».

---

[28] ‘las di todas a los huérfanos’.

[29] *trabacuentas de disgusto*: ‘rifirrafes’, ‘malentendidos que sean motivo de disgusto’.

[30] Parece referirse a los tubos y odres de las gaitas de fuelle; *jeringa*: ‘especie de caña que se emplea para hacer flautas’.

[31] ‘por salario o por propinas’, ‘del modo que sea’; frase hecha.

[32] ‘pago que se hacía al portador al recibir una carta’.

[33] *regatones*: ‘especuladores’, ‘revendedores de artículos de primera necesidad’, que compraban a productores y vendedores al menudeo, acaparándolos para hacer subir su precio. La lucha legal contra ellos fue una constante desde la Edad Media.

[34] El comercio de vinos estaba estrictamente reglamentado en el siglo XVII.

[35] La misma prohibición figura literalmente en la legislación contemporánea.

[36] Los ciegos llegaron a formar una hermandad, a principios del siglo XVII, para la venta de determinados pliegos sueltos, especializándose en los que trataban de santos –que enlazaban con su profesión de rezadores–, en las relaciones y en los de sucesos. Se conoce la posición de Lope de Vega contra tal comercio.

[37] La situación de los desposeídos y la necesidad de atender a los verdaderos necesitados, separándolos de tullidos fingidos o ladrones ocultos, constituye una preocupación social que recorre tanto la literatura como tratados o leyes desde el principio de la Edad Moderna.

Capítulo LII (resumen)

Donde se cuenta la aventura de la segunda dueña Dolorida, o Angustiada, llamada por otro nombre doña Rodríguez

Don Quijote anuncia a los duques su intención de abandonar el castillo. Poco después, irrumpen doña Rodríguez y su hija, para recordar a don Quijote su compromiso de reparar la honra de la muchacha, desafiando al labrador que la ha seducido y obligándole a casarse con ella. Don Quijote acepta la empresa y el duque recoge el reto y garantiza la presencia del labrador para responder al desafío.

En ese momento, llega el paje que había llevado las cartas a Teresa Panza, con las respuestas para Sancho y para la duquesa. Ambas cartas son leídas y los duques se divierten mucho a costa de la simpleza de la buena mujer. También llega entonces la carta de Sancho que hemos leído en el capítulo anterior.

Capítulo LIII

Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza

«Pensar que en esta vida las cosas della han de durar siempre en un estado es pensar en lo escusado, antes parece que ella anda todo en redondo, digo, a la redonda: la primavera sigue al verano[1], el verano al estío, el estío al otoño, y el otoño al invierno, y el invierno a la primavera, y así torna a andarse el tiempo con esta rueda continua; sola la vida humana corre a su fin ligera más que el viento[2], sin esperar renovarse si no es en la otra, que no tiene términos que la limiten.» Esto dice Cide Hamete, filósofo mahomético[3], porque esto de entender la ligereza e instabilidad de la vida presente, y de la duración de la eterna que se espera, muchos sin lumbre de fe, sino con la luz natural, lo han entendido[4]; pero aquí nuestro autor lo dice por la presteza con que se acabó, se consumió, se deshizo, se fue como en sombra y humo el gobierno de Sancho[5].

El cual, estando la séptima noche de los días de su gobierno en su cama, no harto de pan ni de vino, sino de juzgar y dar pareceres y de hacer estatutos y pragmáticas, cuando el sueño, a despecho y pesar de la hambre, le comenzaba a cerrar los párpados, oyó tan gran ruido de campanas y de voces, que no parecía sino que toda la ínsula se hundía[6]. Sentóse en la cama y estuvo atento y escuchando por ver si daba en la cuenta de lo que podía ser la causa de tan grande alboroto, pero no solo no lo supo, pero[7] añadiéndose al ruido de voces y campanas el de infinitas trompetas y atambores quedó más confuso y lleno de temor y espanto; y levantándose en pie se puso unas chinelas, por la humedad del suelo, y sin ponerse sobrerropa de levantar, ni cosa que se pareciese, salió a la puerta de su aposento a tiempo cuando vio venir por unos corredores más de veinte personas con hachas encendidas en las manos y con las espadas desenvainadas, gritando todos a grandes voces:

—¡Arma, arma, señor gobernador, arma[8], que han entrado infinitos enemigos en la ínsula, y somos perdidos si vuestra industria y valor no nos socorre!

Con este ruido, furia y alboroto llegaron donde Sancho estaba, atónito y embelesado de lo que oía y veía, y cuando llegaron a él, uno le dijo:

—¡Ármese luego vuestra señoría, si no quiere perderse y que toda esta ínsula se pierda!

---

[1] *sigue*: 'persigue', 'acosa', 'intenta alcanzar', «como... el cazador, que en alcanzando la liebre que sigue...» (*La gitanilla*). La división del año en cinco estaciones, que no coinciden con las astronómicas, corresponde aún hoy a los usos agrícolas y a los ciclos de los trabajos del campo.

[2] «Ventus est vita mea» (Job, VII, 6-7).

[3] 'mahometano', dicho probablemente con un cierto matiz burlón.

[4] 'lo han entendido con la sola luz de su entendimiento'.

[5] Las imágenes de la *sombra* y el *humo*, tan frecuentes en la literatura del siglo XVII, son de origen bíblico: «defecerunt sicut fumus dies mei» (Salmos, CI, 4).

[6] La comparación aparece también en el *Amadís de Grecia*, I, 29.

[7] 'sino que'.

[8] 'alarma'.

—¿Qué me tengo de armar —respondió Sancho—, ni qué sé yo de armas ni de socorros? Estas cosas mejor será dejarlas para mi amo don Quijote, que en dos paletas las despachará y pondrá en cobro, que yo, pecador fui a Dios, no se me entiende nada destas priesas.

—¡Ah, señor gobernador! —dijo otro—. ¿Qué relente es ese[9]? Ármese vuesa merced, que aquí le traemos armas ofensivas y defensivas, y salga a esa plaza y sea nuestra guía y nuestro capitán, pues de derecho le toca el serlo, siendo nuestro gobernador.

—Ármenme norabuena —replicó Sancho.

Y al momento le trujeron dos paveses[10], que venían proveídos dellos, y le pusieron encima de la camisa, sin dejarle tomar otro vestido, un pavés delante y otro detrás, y por unas concavidades que traían hechas le sacaron los brazos, y le liaron muy bien con unos cordeles, de modo que quedó emparedado y entablado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas ni menearse un solo paso. Pusiéronle en las manos una lanza, a la cual se arrimó para poder tenerse en pie. Cuando así le tuvieron, le dijeron que caminase y los guiase y animase a todos, que siendo él su norte, su lanterna y su lucero[11], tendrían buen fin sus negocios.

—¿Cómo tengo de caminar, desventurado yo —respondió Sancho—, que no puedo jugar las choquezuelas de las rodillas[12], porque me lo impiden estas tablas que tan cosidas tengo con mis carnes? Lo que han de hacer es llevarme en brazos y ponerme atravesado o en pie en algún postigo[13], que yo le guardaré o con esta lanza o con mi cuerpo.

—Ande, señor gobernador —dijo otro—, que más el miedo que las tablas le impiden el paso: acabe y menéese, que es tarde y los enemigos crecen y las voces se aumentan y el peligro carga.

Por cuyas persuasiones y vituperios probó el pobre gobernador a moverse, y fue dar consigo en el suelo tan gran golpe, que pensó que se había hecho pedazos. Quedó como galápago, encerrado y cubierto con sus conchas[14], o como medio tocino metido entre dos artesas[15], o bien así como barca que da al través en la arena[16]; y no por verle caído aquella gente burladora le tuvieron compasión alguna, antes, apagando las antorchas, tornaron a reforzar las voces y a reiterar el «¡arma!» con tan gran priesa, pasando por encima del pobre Sancho, dándole infinitas cuchilladas sobre los paveses, que si él no se recogiera y encogiera metiendo la cabeza entre los paveses, lo pasara muy mal el pobre gobernador, el cual, en aquella estrecheza recogido, sudaba y trasudaba y de todo corazón se encomendaba a Dios que de aquel peligro le sacase.

Unos tropezaban en él, otros caían, y tal hubo que se puso encima un buen espacio y desde allí, como desde atalaya, gobernaba los ejércitos y a grandes voces decía:

—¡Aquí de los nuestros, que por esta parte cargan más los enemigos! ¡Aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas se tranquen[17]! ¡Vengan alcancías[18], pez y resina en calderas de aceite ardiendo! ¡Trinchéense las calles con colchones[19]!

En fin, él nombraba con todo ahínco todas las baratijas e instrumentos y pertrechos de guerra con que suele defenderse el asalto de una ciudad[20], y el molido Sancho, que lo escuchaba y sufría todo, decía entre sí:

---

[9] '¿Qué cachaza, tardanza, es esa?'.

[10] 'escudos de gran tamaño, que protegían todo el cuerpo'; eran las defensas de los ballesteros.

[11] 'su faro y su estrella'.

[12] 'mover las articulaciones de las rodillas, las rótulas'.

[13] 'puerta pequeña abierta en una fortificación'.

[14] *galápago*: 'tortuga'; se empleaba como insulto, como en «tener más *conchas* que un *galápago*».

[15] Por *tocino* se entiende el 'canal de cerdo, al que se ha despojado de jamón, paletilla, lomo, solomillo y costillas'. El *tocino* se sala y se coloca, con pesos, entre dos *artesas* 'tablas cavadas en hueco'.

[16] *da al través*: 'embarranca', 'encalla'. Las comparaciones aquí usadas responden a la técnica del *motejar*, consistente por lo general en burlarse de los defectos corporales animalizando a las personas aludidas.

[17] 'se apalanquen para quitarlas de los muros'; es palabra de sentido poco claro: posiblemente se refiera a las *trancas* ('palos fuertes o barras de hierro') que se usaban como palancas. Con ellas se intentaría echar abajo las escalas que apoyaban en los muros de defensa los que querían asaltar una plaza fuerte.

[18] 'bolas de barro huecas', que se rellenaban de materiales explosivos e incendiarios, y a veces también con postas; también se llamaban *ollas de fuego*.

[19] 'háganse barricadas en las calles con colchones!'; *trinchear* deriva de *trinchea*, forma antigua de *trinchera*.

[20] *defenderse*: 'impedirse', 'dificultarse'.

«¡Oh, si Nuestro Señor fuese servido que se acabase ya de perder esta ínsula y me viese yo o muerto o fuera desta grande angustia!». Oyó el cielo su petición, y cuando menos lo esperaba oyó voces que decían:

—¡Vitoria, vitoria, los enemigos van de vencida! ¡Ea, señor gobernador, levántese vuesa merced y venga a gozar del vencimiento y a repartir los despojos que se han tomado a los enemigos por el valor dese invencible brazo!

—Levántenme —dijo con voz doliente el dolorido Sancho.

Ayudáronle a levantar, y, puesto en pie, dijo:

—El enemigo que yo hubiere vencido quiero que me le claven en la frente[21]. Yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir y suplicar a algún amigo, si es que le tengo, que me dé un trago de vino, que me seco, y me enjugue este sudor, que me hago agua.

Limpiáronle, trujéronle el vino, desliáronle los paveses, sentóse sobre su lecho y desmayóse del temor, del sobresalto y del trabajo. Ya les pesaba a los de la burla de habérsela hecho tan pesada, pero el haber vuelto en sí Sancho les templó la pena que les había dado su desmayo. Preguntó qué hora era, respondiéronle que ya amanecía. Calló, y sin decir otra cosa comenzó a vestirse, todo sepultado en silencio, y todos le miraban y esperaban en qué había de parar la priesa con que se vestía. Vistióse, en fin, y poco a poco, porque estaba molido y no podía ir mucho a mucho, se fue a la caballeriza, siguiéndole todos los que allí se hallaban, y llegándose al rucio le abrazó y le dio un beso de paz en la frente[22], y no sin lágrimas en los ojos le dijo:

—Venid vos acá, compañero mío y amigo mío y conllevador de mis trabajos y miserias: cuando yo me avenía con vos y no tenía otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos y de sustentar vuestro corpezuelo, dichosas eran mis horas, mis días y mis años[23]; pero después que os dejé y me subí sobre las torres de la ambición y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos.

Y en tanto que estas razones iba diciendo, iba asimesmo enalbardando el asno, sin que nadie nada le dijese. Enalbardado, pues, el rucio, con gran pena y pesar subió sobre él, y encaminando sus palabras y razones al mayordomo, al secretario, al maestresala y a Pedro Recio el doctor, y a otros muchos que allí presentes estaban, dijo:

—Abrid camino, señores míos, y dejadme volver a mi antigua libertad: dejadme que vaya a buscar la vida pasada, para que me resucite de esta muerte presente. Yo no nací para ser gobernador ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas. Mejor se me entiende a mí de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas[24], que de dar leyes ni de defender provincias ni reinos. Bien se está San Pedro en Roma: quiero decir que bien se está cada uno usando el oficio para que fue nacido. Mejor me está a mí una hoz en la mano que un cetro de gobernador, más quiero hartarme de gazpachos que estar sujeto a la miseria de un médico impertinente que me mate de hambre[25], y más quiero recostarme a la sombra de una encina en el verano y arroparme con un zamarro de dos pelos en el invierno[26], en mi libertad, que acostarme con la sujeción del gobierno entre sábanas de holanda y vestirme de martas cebollinas[27]. Vuestras mercedes se queden con Dios y digan al duque mi señor que desnudo nací, desnudo me hallo[28]: ni pierdo ni gano; quiero decir que sin blanca entré en este gobierno y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas. Y apártense, déjenme ir, que me voy a bizmar[29], que creo que tengo brumadas todas las costillas, merced a los enemigos que esta noche se han paseado sobre mí.

---

[21] Frase proverbial, con sentido irónico, para resaltar la verdad.

[22] ‘el que se da en la misa para mostrar la amistad, como hijos del mismo Dios’.

[23] Posible parodia del conocidísimo y muy imitado soneto LXI de Petrarca: «Benedetto sia ‘l giorno e ‘l mese et l’anno».

[24] ‘plantar por acodo’, es decir, tomando un sarmiento de una vid cercana, doblándolo e introduciéndolo en la tierra.

[25] *gazpachos*: ‘sopa caliente que se hace con tortas de pan ácimo y presas de carne fritas, todo cocido en la sartén con vino o caldo de carne; a ello se añade un majado de higadillos y especias’.

[26] *zamarro de dos pelos*: ‘cobertura de piel de cordero, con lana no esquilada en dos años’.

[27] ‘cibelinas’

[28] Proverbio de posible origen bíblico.

[29] ‘poner *bizmas* o emplastos’.

—No ha de ser así, señor gobernador —dijo el doctor Recio—; que yo le daré a vuesa merced una bebida contra caídas y molimientos que luego le vuelva en su prístina entereza y vigor; y en lo de la comida, yo prometo a vuesa merced de enmendarme, dejándole comer abundantemente de todo aquello que quisiere.

—*¡Tarde piache*[30]*!* —respondió Sancho—. Así dejaré de irme como volverme turco. No son estas burlas para dos veces. Por Dios que así me quede en este ni admita otro gobierno, aunque me le diesen entre dos platos[31], como volar al cielo sin alas[32]. Yo soy del linaje de los Panzas, que todos son testarudos, y si una vez dicen nones, nones han de ser, aunque sean pares[33], a pesar de todo el mundo. Quédense en esta caballeriza las alas de la hormiga[34], que me levantaron en el aire para que me comiesen vencejos y otros pájaros, y volvámonos a andar por el suelo con pie llano, que si no le adornaren zapatos picados de cordobán[35], no le faltarán alpargatas toscas de cuerda. Cada oveja con su pareja, y nadie tienda más la pierna de cuanto fuere larga la sábana[36]; y déjenme pasar, que se me hace tarde.

A lo que el mayordomo dijo:

—Señor gobernador, de muy buena gana dejáramos ir a vuesa merced, puesto que nos pesará mucho de perderle, que su ingenio y su cristiano proceder obligan a desearle; pero ya se sabe que todo gobernador está obligado, antes que se ausente de la parte donde ha gobernado, dar primero residencia[37]: déla vuesa merced de los diez días que ha que tiene el gobierno, y váyase a la paz de Dios.

—Nadie me la puede pedir —respondió Sancho— si no es quien ordenare el duque mi señor: yo voy a verme con él, y a él se la daré de molde[38]; cuanto más que saliendo yo desnudo, como salgo, no es menester otra señal para dar a entender que he gobernado como un ángel.

—Par Dios que tiene razón el gran Sancho —dijo el doctor Recio— y que soy de parecer que le dejemos ir, porque el duque ha de gustar infinito de verle.

Todos vinieron en ello[39], y le dejaron ir ofreciéndole primero compañía y todo aquello que quisiese para el regalo de su persona y para la comodidad de su viaje. Sancho dijo que no quería más de un poco de cebada para el rucio y medio queso y medio pan para él, que pues el camino era tan corto, no había menester mayor ni mejor repostería[40]. Abrazáronle todos, y él, llorando, abrazó a todos, y los dejó admirados, así de sus razones como de su determinación tan resoluta y tan discreta.

---

[30] '¡Has hablado tarde!'; frase gallega (*piache* es forma de *piar*) con que terminan varios cuentos populares; se hizo muy pronto proverbial.

[31] 'en bandeja'.

[32] Frase proverbial para encarecer la imposibilidad de algo; potencia la más corriente *como volar*.

[33] Juego de sentido con *nones* 'negativa convencida y persistente' e 'impares'.

[34] Se hace referencia al refrán «Por su mal (o por su mal y daño) le nacieron alas a la hormiga».

[35] 'zapatos con la piel marcada por pequeños cortes o marcas, labrados'; eran los más preciados.

[36] Refrán para expresar que no se debe aspirar a más de lo que se es capaz.

[37] 'justificar su actuación en el *juicio de residencia*', el que se hacía a los cargos públicos al fin de su ejercicio.

[38] 'a su entera satisfacción'.

[39] *vinieron*: 'convinieron'

[40] 'provisiones'.

RESUMEN DE CAPÍTULOS OMITIDOS (capítulos LIIII-LXX)[1]

Sancho y don Quijote reunidos.

Doña Rodríguez pide seriamente el auxilio de don Quijote para que éste defienda el honor de su hija, episodio que se concluye con la fracasada batalla con el lacayo Tosilos, que no llega a celebrarse, al aceptar este casarse con la muchacha, estropeando así la diversión de los duques, pero acabando felizmente la aventura para don Quijote.

Al volver de su gobierno Sancho encuentra al morisco Ricote, que regresaba clandestinamente a España, después de haber sido expulsado de ella de acuerdo con los decretos de 1609 y 1613, y ambos mantienen una divertida plática. Cae después en una sima, donde lo encuentra don Quijote y ambos, después de despedirse de los Duques (Sancho ya está presente durante el enfrentamiento con Tosilos), reemprenden su viaje.

El Quijote y el «Quijote» de Avellaneda.

El encuentro con unos que llevaban las imágenes de san Jorge, san Martín y Santiago (los santos caballeros) y con unas doncellas que se disponían a representar una égloga de Garcilaso y otra de Camoens, constituyen lo único notable de este día de camino, en el que los diálogos son plácidos y agradables; pero la jornada no es completamente feliz, pues una manada de toros los atropella a causa de una temeridad de don Quijote (ahora en manera muy distinta de lo que ocurrió en la segunda salida, pues no toma a la manada por un ejército). Llegan a una venta («digo que era venta porque don Quijote la llamó así, fuera del uso que tenía de llamar a todas las ventas castillos» puntualiza Cervantes olvidando que desde que ha empezado esta segunda parte no ha vuelto a caer en este engaño), y después de cenar don Quijote oye que unos caballeros que se hospedan en la habitación contigua comentan un libro titulado La segunda parte de don Quijote de la Mancha. Se trata del Quijote apócrifo, o de Avellaneda, cuya falsedad y cuyos disparates indignan al hidalgo manchego que, a fin de poner de manifiesto que se trata de un libro mentiroso, decide ir a Barcelona en vez de encaminarse a Zaragoza, como era su propósito, ya que en la segunda parte apócrifa el caballero toma parte en unas justas que se celebran en la capital aragonesa: «*así sacaré a la plaza del mundo -dice don Quijote- la mentira dese historiador moderno, y echarán de ver las gentes como yo no soy el don Quijote que él dice*» (11, 59).

Los bandoleros catalanes y Roque Guinart.

La noche siguiente, en un bosque, Sancho notó, horrorizado, que de los árboles colgaban pies de persona y acudió a don Quijote, quien le dio la siguiente explicación: «*No tienes de qué tener miedo, porque estos pies y piernas que tientas y no ves, sin duda son de algunos forajidos y bandoleros que en estos árboles están ahorcados; que por aquí los suele ahorcar la justicia cuando los coge, de veinte en veinte y de treinta en treinta; por donde me doy a entender que debo de estar cerca de Barcelona*» (11, 60).

Y así era en efecto, aunque los que colgaban de los árboles no eran ahorcados sino bandoleros vivos que, en cuanto amanece, rodean a don Quijote y a Sancho «diciéndoles en lengua catalana que se estuviesen quedos, y se detuviesen, hasta que llegase su capitán». Aparece éste poco después, y «*mostró ser de hasta edad de treinta y cuatro años, robusto, más que de mediana proporción, de mirar grave y color morena; venía sobre un poderoso caballo, vestida la acerada cota, y con cuatro. pistoletes -que en aquella tierra se llaman pedreñales- a los lados*». Impide que los suyos despojen a Sancho Panza y dirigiéndose a don Quijote le dice que esté tranquilo, porque él es Roque Guinart, cuyas manos «tienen más de compasivas que de rigurosas».

Todo este capítulo se llena con la figura del bandolero catalán, hombre de acción, valiente, noble, justiciero a lo romántico y jefe con excepcionales dotes de mando. En todo el episodio el lector advierte, con cierta pena y con desilusión, que don Quijote se eclipsa, se apaga y se transforma en un mero espectador. Las pocas palabras que en este trance pronuncia don Quijote suenan a falso y a arcaico, al lado de la viril eficacia de las de Roque Guinart.

[1] Salvo algún breve añadido, reproducimos literalmente el resumen de Martín de Riquer.

«*Tres días y tres noches estuvo don Quijote con Roque, y si estuviera trescientos años, no le faltara qué mirar ni admirar en el modo de su vida: aquí amanecían, acullá comían; unas veces huían, sin saber de quién, y otras esperaban, sin saber a quién. Dormían en pie, interrumpiendo el sueño, mudándose de un lugar a otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces, aunque traían pocos, porque se servían de pedreñales*» (1I, 61). Don Quijote admira a Roque Guinart porque cuando sus bandoleros llevan a su presencia a unos viajeros que acaban de apresar, entre los que se encuentran dos capitanes de infantería y unas damas, no les hace daño alguno porque «*no es su intención agraviar a soldados ni a mujer alguna, especialmente a las que son principales*». Ya veremos el episodio de Claudia Jerónima, pero ahora conviene precisar que Roque afirma que pertenece a la facción de los «nyerros», enemigos de los «cadells», que extiende salvoconductos para que puedan circular por las tierras que dominan con los hombres las personas que él desea, y que recomienda por carta a don Quijote a un amigo suyo de Barcelona, don Antonio Moreno.

La aparición de Roque Guinart en las páginas del Quijote es algo insólito en la novela. En ella todos los personajes son imaginarios y producto de la fantasía y el arte de Cervantes; y aunque ya vimos que los Duques, por ejemplo, parecen inspirados en los de Villahermosa, el novelista se guarda muy bien de afirmar que lo sean, pues éstos pueden ser los «modelos» de aquéllos, pero no hay identidad entre unos y otros. Roque Guinart en cambio es un personaje rigurosamente histórico

y contemporáneo no tan sólo a los sucesos que se narran en el Quijote sino al momento en que Cervantes está escribiendo. Ya en el entremés de La cueva de Salamanca Cervantes había mencionado, con gran simpatía, a este bandolero, al hacer decir a un estudiante: «*Robáronme los lacayos o compañeros de Roque Guinarde en Cataluña, porque él estaba ausente; que, a estar allí, no consintiera que se me hiciera agravio, porque es muy cortés y comedido y además limosnero*».

En las páginas del Quijote el histórico y real Perot Rocaguinarda se introduce con su mismo nombre (de hecho Roqueguinard, más fielmente conservado en el entremés aludido), con su misma fisonomía (como se advierte por las descripciones de los bandos de la justicia cuando se le buscaba) y su edad, pues, habiendo nacido en 1582, el bandolero tenía treinta y tres años al publicarse la segunda parte del Quijote. Hacía muy poco, en 1611, Rocaguinarda, tras haber dominado con sus bandoleros el Montseny, la Segarra y las cercanías de Barcelona, se había acogido al indulto ofrecido por el virrey Pedro Manrique, y el 30 de junio de aquel año obtuvo la remisión a cambio de comprometerse a servir al Rey durante diez años en Italia o Flandes; y realmente pasó a Nápoles como capitán de un tercio de tropas regulares. No era la primera vez que ello ocurría, pues en 1588 don Luis de Queralt había reclutado un tercio entre bandoleros catalanes, que constó de tres mil hombres y que se distinguió en Flandes con el nombre de «Tercio Negro de los valones de España», llamado así por donaire a causa de que sus componentes apenas sabían hablar castellano.

El bandolerismo era un mal endémico en Cataluña, contra el cual luchaban con poco éxito los virreyes. Y precisamente mientras Cervantes está escribiendo la segunda parte del Quijote, o sea en diciembre de 1613, una facción de bandoleros catalanes había asombrado a toda España por su audacia y fuerza, pues al mando de un tal Pere Barbeta, había asaltado en el camino real, entre Hostalets de Cervera y Montmaneu (el itinerario que debió de seguir don Quijote), las ciento once cargas de la plata que, procedente de, Indias, se enviaba a Italia, como puede comprenderse con una buena custodia. La partida de Barbeta había robado 180.000 ducados. Téngase en cuenta, además, que el bandolerismo catalán mantenía estrechas relaciones con los hugonotes franceses, lo que daba a este fenómeno, en parte derivado de luchas feudales medievales, un actualísimo matiz político, que explica la intranquilidad y las medidas tomadas por los virreyes de Cataluña. Es significativo que un famoso bandido catalán fuera conocido por el mote de «Lo Luterá». En las filas del bandolerismo militaba buen número de gascones, en clara relación con Francia y con los hugonotes, y en este aspecto no hay que olvidar que Cervantes afirma que los bandoleros de Roque Guinart «los más eran gascones, gente rústica y desbaratada» (1I, 60), y que Quevedo, hablando de los bandoleros de Cataluña, dice que la mayoría eran «gabachos y gascones y herejes delincuentes de la Languedoca» (La rebelión de Barcelona). Observemos, finalmente, que las partidas de bandoleros, que merodeaban por lugares montañosos, tenían sus amigos y valedores en Barcelona, donde Rocaguinarda estuvo un tiempo escondido; y ello nos explica que el Roque Guinart del Quijote recomiende el hidalgo manchego a su amigo don Antonio Moreno, residente en la. ciudad.

Todos estos datos nos hacen ver que al llegar a este episodio la novela de Cervantes no tan sólo refleja una realidad sino unos hechos que apasionaban y que trascendían. Cervantes ofrece una visión extraordinariamente favorable del bandolero Rocaguinarda, que, no lo olvidemos, en los momentos en que se está escribiendo la novela ya es un capitán de tercios y está en Nápoles. Pero a pesar de todo no deja de ser curiosa la actitud de nuestro escritor al pintar de un modo tan favorable no tan sólo a gentes que acababan de robar la plata de Indias sino que, como sabría todo el mundo, mantenían estrecha relación con Francia y con los hugonotes. Sea lo que fuere, al llegar a estos capítulos el Quijote adquiere un nuevo sesgo; muy acusado en la trama de la novela, pues no tan sólo nos coloca ante un problema español que a todos preocupaba sino que hace aparecer un dramatismo y un espíritu de aventura que hasta ahora han estado totalmente ausentes de las dos partes de la obra.

Don Quijote y la aventura de veras.

Entramos ahora en la última fase del Quijote, muy distinta de las anteriores. Recordemos que en su primera salida don Quijote no tan sólo desfiguraba la realidad sino que desdoblaba su personalidad de un modo que no volverá a aparecer en la novela; que en su segunda salida, sólo desfigura la realidad, y cuantos le rodean, Sancho en primer lugar, le quieren sacar de su error; y en la tercera salida, hasta ahora, los que rodean a don Quijote, como Sancho y los Duques, se han encargado de engañarle desfigurándole la realidad cuando precisamente la ve tal como es. Don Quijote había salido de su aldea en busca de aventuras, de maravillas y de ocasiones propicias para realizar hazañas e imponer la justicia en el mundo. En la Mancha no ocurre absolutamente nada extraordinario: todo es vulgar, normal, anodino y rutinario, y don Quijote lo sublima y lo idealiza al estilo caballeresco. Cuando va hacia Aragón, donde está situado el palacio de los Duques, todo sigue siendo igual y el ambiente continúa no apropiado a la aventura; pero el ingenio o la malicia de los que circundan a don Quijote lo transforma en un mundo caballeresco y fantástico. Don Quijote va en busca de la aventura: primero se la crea él mismo en la Mancha y luego se la crean los demás en Aragón; pero donde ha de encontrarla de veras es en Cataluña.

Roque Guinart y su cuadrilla, arrancados de la verdad misma, inmediata y contemporánea, constituyen los primeros seres de aventura con que topa don Quijote en su vagar por las tierras de España. Por fin don Quijote se ha encontrado con las buscadas aventuras, no soñadas ni fingidas, sino reales. A poco de estar con los bandoleros llega ante Roque Guinart una joven mujer, Claudia Jerónima, que acaba de herir mortalmente a su burlador don Vicente Torrellas (1I, 60). Es ésta la primera sangre que se derrama en el Quijote, sangre real, no como la de Basilio, que era «industria, industria». Claudia Jerónima, situada exactamente en la misma situación que Dorotea frente a don Fernando, ha reaccionado con la mayor de las violencias. Roque Guinart, sin hacer caso alguno de don Quijote, que se ofrece a vengar a Claudia Jerónima, lleva a ésta ante su moribundo amante, que expira en sus brazos.

Poco después, cuando se reparten el botín de una presa, uno de los bandoleros opina que Roque Guinart se muestra poco equitativo con los de su cuadrilla: «*No lo dijo tan paso el desvergonzado, que dejase de oírlo Roque, el cual, echando mano a la espada, le abrió la cabeza casi en dos partes*» (11, 60). Segunda muerte violenta en las páginas de nuestra novela, a muy poco trecho de la primera.

Don Quijote y Sancho en Barcelona.

Gracias al salvoconducto que. les extiende Roque Guinart para que sus cuadrillas no les entorpezcan el camino, don Quijote y Sancho llegan a Barcelona, y aquellos dos seres de tierra adentro, nacidos y criados en una aldea, se sumen en la movida y multiforme vida de una gran ciudad, que contaba entonces unos 33.000 habitantes, donde les esperan las mayores maravillas y el mayor desengaño. Es una hermosa mañana, «el mar alegre, la tierra jocunda, el aire claros (11, 61); y el mar, sobre todo, que ni don Quijote ni Sancho habían visto hasta entonces, les llena de asombro, así como el bullicio del puerto, las galeras de la playa, los caballeros, los soldados... Es un mundo nuevo para estos dos manchegos, que hasta ahora han vivido reposada y monótonamente.

Un caballero barcelonés, don Antonio Moreno, amigo de Roque Guinart, los acoge con gran afecto, y celebra en su casa una fiesta en honor de don Quijote, en la cual se exhibe a todos los asistentes una maravillosa cabeza de bronce, sostenida por un pie de jaspe, que posee la sorprendente y mágica virtud de

responder atinadamente a cuanto se le pregunta. La cabeza da respuestas ingeniosas o ambiguas a algunas preguntas que se le hacen y a don Quijote y a Sancho contesta vagamente sobre la cueva de Montesinos, el desencanto de Dulcinea y las posibilidades de un nuevo gobierno. Cervantes se apresura a aclarar que tal cabeza estaba montada sobre un tubo que comunicaba con un aposento del piso inferior, donde se situaba un sobrino de don Antonio Moreno que desde allí oía las preguntas y daba las respuestas. Pero obsérvese que este ardid mecánico se ofrece como algo mágico no tan sólo a don Quijote y a Sancho sino también a todos los demás concurrentes a la fiesta, que ignoran el artificio; hasta tal punto que. el rumor de tal prodigio se extendió por Barcelona y los inquisidores ordenaron al propietario de la cabeza que la destruyese.

Poco después don Quijote visita una imprenta, lo que da pie a comentarios literarios sobre los libros que se están componiendo y estampando y a que Cervantes exponga sus opiniones sobre el arte de traducir y, sobre todo, para que ataque nuevamente al Quijote de Avellaneda.

Guerra de veras contra turcos.

Don Antonio Moreno y sus amigos llevan a don Quijote y a Sancho a visitar una galera. Cervantes, buen conocedor de la vida del mar, describe con gran precisión y con los términos técnicos apropiados las maniobras de la marinería. Cuando la chusma deja caer con gran estrépito la entena, advertimos algo inesperado e insólito en el protagonista de la novela: «No las tuvo todas consigo don Quijote; que también se estremeció y encogió de hombros y perdió la color del rostro» (11, 63). Es evidente que don Quijote, tan valiente siempre, ahora tiene miedo. Súbitamente desde el castillo de Montjuich se hacen señas de alarma: un bergantín turco se halla próximo a la costa, y la galera en que se encuentran como visitantes don Quijote y Sancho, junto con otras tres, se hace a la mar en su captura.

Por vez primera ha aparecido en el Quijote la guerra. Guerra auténtica, aunque se limite a una escaramuza entre cuatro navíos, pero guerra precisamente contra los turcos, que no tan sólo eran en aquel momento el más temible enemigo de España y de la Cristiandad, sino el enemigo contra quien habían luchado y vencido mil veces los caballeros andantes de los libros. Frente a don Quijote se halla un navío turco, como aquellos que jamás arredraron a Tirante el Blanco, a Esplandián, a Lisuarte de Grecia, a Palmerín de Oliva ni a Miguel de Cervantes. Don Quijote tiene a mano la ocasión esperada toda su vida.

Los turcos disparan sus escopetas y matan a dos soldados españoles. Es la primera vez en la vida que don Quijote oye disparos bélicos y que ve caer a su lado a combatientes. Elgeneral de las galeras españolas, cuyo nombre calla Cervantes, pero que dice que era «un principal caballero valenciano», embiste con furia el bergantín enemigo y lo alcanza. Resulta luego que el arráez del bergantín es la hermosa morisca Ana Félix, la hija de Ricote, que se fugaba de Argel, y que el bergantín no se había acercado a Barcelona en son de guerra. Pero ha habido un pequeño combate naval, se han disparado armas de fuego y han muerto dos soldados; y mientras tanto, desde que el vigía de Montjuich ha dado la señal de alarma hasta que acaba el episodio y el capítulo con él, el nombre de don Quijote ha estado totalmente ausente de las páginas de la novela, ahora, precisamente, que la realidad le ofrecía la aventura más hermosa y más acomodada a lo que tantas veces había leído en los libros de caballerías.

Cuando todo ya está zanjado, se hallan ya en tierra firme y ha desaparecido todo riesgo de tiros y de guerra, y se trata de que es preciso ir a Argel para libertar a don Gaspar Gregorio, empresa que se encomienda a un renegado, entonces vuelve a oírse la voz de don Quijote, que opina que «sería mejor que le pusiesen a él en Berbería con sus armas y caballo, que él le sacaría, a pesar de toda la morisma» (II, 64). Nadie le hace caso, porque como se trata de una aventura «de veras» las locuras de don Quijote no divierten.

El desencanto y la melancolía del Quijote no está, como tantas veces se ha repetido, en el contraste entre el idealismo del héroe y la prosaica y vulgar realidad, sino en lo que estamos leyendo ahora, en estos capítulos que transcurren en Cataluña. Vemos con auténtica lástima que todo el ardor caballeresco de don Quijote se desmorona y se aniquila cuando el hidalgo manchego es situado frente a lo que exige valentía y heroísmo. Y nos confirmamos de que su locura es puramente intelectual o libresca, y que el Quijote no es una sátira del heroísmo ni de la caballería, sino de la literatura caballeresca.

Desde que ha entrado en contacto con Roque Guinart don Quijote ha perdido volumen. Al lado del bandolero queda relegado al plano de un comparsa, pues por vez primera ha topado con un aventurero de

veras, no moldeado sobre libros de caballerías sino arrancado de la vida española contemporánea, con su mismo nombre, edad y aspecto físico. En el combate naval se ha esfuminado hasta borrarse de las páginas de la novela. Ahora, en estos capítulos catalanes, don Quijote ni tan sólo hace gracia con sus locuras. Y es que el final de don Quijote está muy próximo.

El Caballero de la Blanca Luna vence a don Quijote.

La tristeza que produce en el lector la actitud de don Quijote frente a los aventureros de verdad y frente a las aventuras reales prepara el ambiente y el sentido del final de la vida caballeresca del hidalgo manchego.

Dos días después del combate naval llega a Barcelona un caballero armado de punta en blanco y en cuyo escudo estaba pintada una resplandeciente luna, el cual encuentra a don Quijote en la playa y lo reta a singular combate si no quiere confesar que su dama, sea quien fueres, es mucho más hermosa que Dulcinea del Toboso. El recién llegado, que dice ser el Caballero de la Blanca Luna, insiste en dar allí mismo la batalla, ante el virrey de Cataluña, don Antonio Moreno y un grupo de curiosos que ha acudido a presenciar el combate. Éste es muy rápido y se narra en pocas líneas: don Quijote y Rocinante ruedan por la arena, y el Caballero de la Blanca Luna pone la lanza sobre la visera del vencido y le anuncia que va a morir si no confiesa las condiciones del desafío. Don Quijote, con voz débil, como si hablara dentro de una tumba, pronuncia estas impresionantes palabras «*Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra*» (ll, 74). Un detalle que podría pasar inadvertido da dramatismo y autenticidad a estas palabras: la ausencia de arcaísmos, que en otras ocasiones tanto prodiga don Quijote en su hablar caballeresco. No ha dicho «fermosa», «cautivo», «aquesta», sino «hermosa», «desdichado», «esta». En este tan doloroso trance, el más lastimoso y triste de su vida, don Quijote se ha quitado la máscara del lenguaje libresco y ha hablado con verdad.

El Caballero de la Blanca Luna replica que aviva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso y que él se contenta con que don Quijote se retire a su lugar un año, o el tiempo que le mandare. Luego revela a don Antonio Moreno su personalidad: es el bachiller Sansón Carrasco, que deseoso de curar a don Quijote de su locura ha recurrido a esta estratagema.

Regreso de don Quijote a su aldea.

Después de su vencimiento don Quijote pasó seis días en la cama, debilitado y melancólico, hasta que inició el regreso. Las jornadas de la vuelta están llenas de tristeza: don Quijote desarmado y sobre Rocinante, Sancho a pie y el rucio de éste cargado con las armas del hidalgo manchego. El escudero es ahora quien, para animar el abatido ánimo de su amo, le habla a menudo de trances de libros de caballerías y lo consuela diciéndole que, pasado el plazo impuesto por el de la Blanca Luna, volverán en busca de aventuras.

Van pasando los días de viaje sin que ocurra nada de particular. Don Quijote planea entregarse.a la vida pastoril durante el tiempo de su forzosa inactividad caballeresca: él será el pastor Quijótiz, Sancho el pastor Pancino, el bachiller el pastor Carrascón y hasta el cura será el pastor Curiambro. A Dulcinea no será preciso mudarle el nombre, pues «cuadra así al de pastora como al de princesa» (II, 67).

Estos. proyectos pastoriles nos hacen ver, una vez más, que don Qtüjote es un monomaníaco de la literatura, que ahora, obligado a abandonar las quimeras caballerescas, quiere imitar, no a los pastores de verdad, sino a los ficticios personajes de las novelas pastoriles, de las cuales no estaba mal provista su biblioteca.

La monotonía del regreso es interrumpida por la «cerdosa aventura» (amo y criado son atropellados por una piara de seiscientos cerdos) y por una nueva farsa de que les hacen objeto los Duques cuando vuelven a pasar por sus dominios, insistiendo en el tema del fingido enamoramiento de la desenvuelta Altisidora (ll, 68-70). Durante el regreso los azotes que debe darse Sancho para desencantar a Dulcinea constituyen un motivo de discusión entre amo y criado, el cual recurre al embuste de azotar los árboles para que aquél crea que se está vapuleando.

Al hospedarse en el mesón de un lugarejo traban conocimiento con un caballero llamado don Álvaro Tarfe, que es un personaje que aparece en el Quijote de Avellaneda, el cual da fe que el don Quijote y Sancho que figuran en la segunda parte apócrifa no son los auténticos.

Llegan, por fin, don Quijote y Sancho a su lugar, donde son recibidos con gran alegría por el cura, el barbero y el bachiller Sansón Carrasco, que, desde luego, don Quijote no llegó a identificar como Caballero de la Blanca Luna, pues ya cuidó bien de no descubrir el rostro.

Capítulo LXXI

De lo que a don Quijote le sucedió con su escudero Sancho yendo a su aldea

Iba el vencido y asendereado don Quijote pensativo además por una parte y muy alegre por otra. Causaba su tristeza el vencimiento, y la alegría, el considerar en la virtud de Sancho[1], como lo había mostrado en la resurreción de Altisidora, aunque con algún escrúpulo se persuadía a que la enamorada doncella fuese muerta de veras. No iba nada Sancho alegre, porque le entristecía ver que Altisidora no le había cumplido la palabra de darle las camisas; y yendo y viniendo en esto[2], dijo a su amo:

—En verdad, señor, que soy el más desgraciado médico que se debe de hallar en el mundo, en el cual hay físicos[3] que, con matar al enfermo que curan, quieren ser pagados de su trabajo, que no es otro sino firmar una cedulilla de algunas medicinas, que no las hace él, sino el boticario, y cátalo cantusado[4]; y a mí, que la salud ajena me cuesta gotas de sangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos y azotes, no me dan un ardite. Pues yo les voto a tal que si me traen a las manos otro algún enfermo, que antes que le cure me han de untar las mías[5], que el abad de donde canta yanta[6], y no quiero creer que me haya dado el cielo la virtud que tengo para que yo la comunique con otros de bóbilis, bóbilis[7].

—Tú tienes razón, Sancho amigo —respondió don Quijote—, y halo hecho muy mal Altisidora en no haberte dado las prometidas camisas; y puesto que tu virtud es *gratis data*[8], que no te ha costado estudio alguno, más que estudio es recebir martirios en tu persona. De mí te sé decir que si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcinea, ya te la hubiera dado tal como buena[9], pero no sé si vendrá bien con la cura la paga, y no querría que impidiese el premio a la medicina. Con todo eso, me parece que no se perderá nada en probarlo: mira, Sancho, el que quieres, y azótate luego y págate de contado y de tu propia mano[10], pues tienes dineros míos.

A cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos y las orejas de un palmo y dio consentimiento en su corazón a azotarse de buena gana, y dijo a su amo:

—Agora bien, señor, yo quiero disponerme a dar gusto a vuestra merced en lo que desea, con provecho mío, que el amor de mis hijos y de mi mujer me hace que me muestre interesado. Dígame vuestra merced cuánto me dará por cada azote que me diere.

—Si yo te hubiera de pagar, Sancho —respondió don Quijote—, conforme lo que merece la grandeza y calidad deste remedio, el tesoro de Venecia[11], las minas del Potosí fueran poco para pagarte; toma tú el tiento a lo que llevas mío y pon el precio a cada azote.

—Ellos —respondió Sancho— son tres mil y trecientos y tantos; de ellos me he dado hasta cinco: quedan los demás; entren entre los tantos estos cinco, y vengamos a los tres mil y trecientos, que a cuartillo cada uno[12], que no llevaré menos si todo el mundo me lo mandase, montan tres mil y trecientos cuartillos, que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cincuenta reales; y los trecientos hacen ciento y cincuenta medios reales, que vienen a hacer setenta y cinco reales, que juntándose a los setecientos y cincuenta son por todos ochocientos y veinte y cinco reales. Estos desfalcaré yo de los que tengo de vuestra merced[13], y entraré en mi casa rico y contento, aunque bien azotado, porque no se toman truchas...[14], y no digo más.

---

[1] 'el pensar en el poder mágico-milagrero de Sancho'.
[2] 'cavilando, dándole vueltas en la cabeza a esto'.
[3] 'médicos'.
[4] 'y míralo ya estafado, robado'.
[5] '*me han de untar las* manos', 'me han de pagar'.
[6] 'al abad, donde canta misa, le dan de comer'
[7] 'de balde', 'por las buenas'.
[8] 'dada por la gracia (de Dios)'; la frase procede de la doctrina cristiana.
[9] 'como *buena* de veras'.
[10] 'cóbrate tú mismo al momento'.
[11] 'el mayor tesoro del mundo'; junto con *el Potosí* y el dinero de los Fúcares, era símbolo antonomástico de la riqueza.
[12] *cuartillo*: 'la cuarta parte de un real', o sea, 'ocho maravedíes y medio'.
[13] *desfalcaré*: 'descontaré yo'.
[14] «...a bragas enjutas»: 'nada que valga se consigue sin trabajo'; refrán.

—¡Oh Sancho bendito, oh Sancho amable! —respondió don Quijote—, y cuán obligados hemos de quedar Dulcinea y yo a servirte todos los días que el cielo nos diere de vida! Si ella vuelve al ser perdido, que no es posible sino que vuelva, su desdicha habrá sido dicha, y mi vencimiento, felicísimo triunfo. Y mira, Sancho, cuándo quieres comenzar la diciplina[15], que porque la abrevies te añado cien reales.

—¿Cuándo? —replicó Sancho—. Esta noche, sin falta. Procure vuestra merced que la tengamos en el campo, al cielo abierto, que yo me abriré mis carnes.

Llegó la noche, esperada de don Quijote con la mayor ansia del mundo, pareciéndole que las ruedas del carro de Apolo se habían quebrado[16] y que el día se alargaba más de lo acostumbrado, bien así como acontece a los enamorados, que jamás ajustan la cuenta de sus deseos[17]. Finalmente, se entraron entre unos amenos árboles que poco desviados del camino estaban, donde, dejando vacías la silla y albarda de Rocinante y el rucio, se tendieron sobre la verde yerba y cenaron del repuesto de Sancho; el cual, haciendo del cabestro y de la jáquima del rucio[18] un poderoso y flexible azote, se retiró hasta veinte pasos de su amo entre unas hayas. Don Quijote, que le vio ir con denuedo y con brío, le dijo:

—Mira, amigo, que no te hagas pedazos, da lugar que unos azotes aguarden a otros; no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad della te falte el aliento, quiero decir que no te des tan recio, que te falte la vida antes de llegar al número deseado. Y porque no pierdas por carta de más ni de menos, yo estaré desde aparte contando por este mi rosario los azotes que te dieres. Favorézcate el cielo conforme tu buena intención merece.

—Al buen pagador no le duelen prendas —respondió Sancho—: yo pienso darme de manera que sin matarme me duela, que en esto debe de consistir la sustancia deste milagro.

Desnudóse luego de medio cuerpo arriba y, arrebatando el cordel, comenzó a darse, y comenzó don Quijote a contar los azotes. Hasta seis o ocho se habría dado Sancho, cuando le pareció ser pesada la burla y muy barato el precio della, y, deteniéndose un poco, dijo a su amo que se llamaba a engaño, porque merecía cada azote de aquellos ser pagado a medio real, no que a cuartillo.

—Prosigue, Sancho amigo, y no desmayes —le dijo don Quijote—, que yo doblo la parada del precio[19].

—Dese modo —dijo Sancho—, ¡a la mano de Dios, y lluevan azotes!

Pero el socarrón dejó de dárselos en las espaldas y daba en los árboles, con unos suspiros de cuando en cuando, que parecía que con cada uno dellos se le arrancaba el alma. Tierna la de don Quijote, temeroso de que no se le acabase la vida y no consiguiese su deseo por la imprudencia de Sancho, le dijo:

—Por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio, que me parece muy áspera esta medicina y será bien dar tiempo al tiempo, que no se ganó Zamora en un hora[20]. Más de mil azotes, si yo no he contado mal, te has dado: bastan por agora, que el asno, hablando a lo grosero, sufre la carga, mas no la sobrecarga[21].

—No, no, señor —respondió Sancho—, no se ha de decir por mí: «a dineros pagados, brazos quebrados[22]». Apártese vuestra merced otro poco y déjeme dar otros mil azotes siquiera, que a dos levadas destas[23] habremos cumplido con esta partida y aún nos sobrará ropa[24].

—Pues tú te hallas con tan buena disposición —dijo don Quijote—, el cielo te ayude, y pégate, que yo me aparto.

---

[15] ‘azote’, ‘castigo’.

[16] En la mitología, *Apolo* ‘el sol’ recorría el cielo en un carro tirado por cuatro caballos, trayendo la luz del día.

[17] *ajustan*: ‘calculan con justeza’.

[18] *jáquima*: ‘cabezal’.

[19] ‘doblo lo que había ajustado como precio’.

[20] ‘todo lleva su tiempo’; refrán.

[21] Es refrán, que, en forma más extremada, dice: «La bestia *sufre la carga, mas no la sobrecarga*».

[22] ‘después de cobrar, todo son excusas para no hacer lo acordado’; refrán.

[23] ‘con dos envites como este’.

[24] ‘lo habremos vendido todo, y aún nos sobrará género’, literalmente. La frase es una expresión de fanfarrón.

Volvió Sancho a su tarea con tanto denuedo, que ya había quitado las cortezas a muchos árboles: tal era la riguridad con que se azotaba; y alzando una vez la voz y dando un desaforado azote en una haya, dijo:

—¡Aquí morirá Sansón, y cuantos con él son[25]!

Acudió don Quijote luego al son de la lastimada voz y del golpe del riguroso azote, y, asiendo del torcido cabestro que le servía de corbacho a Sancho[26], le dijo:

—No permita la suerte, Sancho amigo, que por el gusto mío pierdas tú la vida que ha de servir para sustentar a tu mujer y a tus hijos: espere Dulcinea mejor coyuntura, que yo me contendré en los límites de la esperanza propincua y esperaré que cobres fuerzas nuevas, para que se concluya este negocio a gusto de todos.

—Pues vuestra merced, señor mío, lo quiere así —respondió Sancho—, sea en buena hora, y écheme su ferreruelo sobre estas espaldas[27], que estoy sudando y no querría resfriarme, que los nuevos diciplinantes corren este peligro.

Hízolo así don Quijote y, quedándose en pelota[28], abrigó a Sancho, el cual se durmió hasta que le despertó el sol, y luego volvieron a proseguir su camino, a quien dieron fin por entonces en un lugar que tres leguas de allí estaba. Apeáronse en un mesón, que por tal le reconoció don Quijote, y no por castillo de cava honda, torres, rastrillos y puente levadiza, que después que le vencieron con más juicio en todas las cosas discurría, como agora se dirá. Alojáronle en una sala baja, a quien servían de guadameciles unas sargas viejas pintadas[29], como se usan en las aldeas. En una dellas estaba pintada de malísima mano el robo de Elena, cuando el atrevido huésped se la llevó a Menalao[30], y en otra estaba la historia de Dido y de Eneas, ella sobre una alta torre, como que hacía de señas con una media sábana al fugitivo huésped[31], que por el mar sobre una fragata o bergantín se iba huyendo. Notó en las dos historias que Elena no iba de muy mala gana, porque se reía a socapa[32] y a lo socarrón, pero la hermosa Dido mostraba verter lágrimas del tamaño de nueces por los ojos. Viendo lo cual don Quijote, dijo:

—Estas dos señoras fueron desdichadísimas por no haber nacido en esta edad, y yo sobre todos desdichado en no haber nacido en la suya: encontrara a aquestos señores yo[33], y ni fuera abrasada Troya ni Cartago destruida, pues con solo que yo matara a Paris se escusaran tantas desgracias.

—Yo apostaré —dijo Sancho— que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegón[34], venta ni mesón o tienda de barbero donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas; pero querría yo que la pintasen manos de otro mejor pintor que el que ha pintado a estas.

—Tienes razón, Sancho —dijo don Quijote—, porque este pintor es como Orbaneja[35], un pintor que estaba en Úbeda, que cuando le preguntaban qué pintaba, respondía: «Lo que saliere»; y si por ventura pintaba un gallo, escribía debajo: «Este es gallo», porque no pensasen que era zorra. Desta manera me parece a mí, Sancho, que debe de ser el pintor o escritor, que todo es uno[36], que sacó a luz la historia deste nuevo don Quijote que ha salido: que pintó o escribió lo que saliere; o habrá sido como un poeta que andaba los años

---

[25] La expresión procede de la Biblia: «Moriatur anima mea cum Philistiim» (Jueces, XVI, 30).

[26] *corbacho*: 'látigo'.

[27] *ferreruelo*: 'herreruelo, capa corta con cuello'.

[28] 'en ropa interior'.

[29] *guadameciles*: 'cueros finos repujados y coloreados', con que se hacían tapicerías de lujo para cubrir las paredes y sustituir a los tapices de paño cuando llegaba el calor; *sargas*: 'tejidos o tapices de lienzo sobre el que se bordan o pintan historias'; con ellas se cubrían las paredes en las casas humildes.

[30] Paris la robó (*llevó*) a Menelao, su esposo. A consecuencia del rapto se desencadenó la guerra de Troya.

[31] 'Eneas', que, fugitivo de Troya, se refugió en Cartago, cuya reina era Elisa Dido, a quien abandonó para ir hacia Italia, provocando el suicidio de ella.

[32] *a socapa*: 'disimuladamente'.

[33] Entiéndase: 'si *encontrara yo...*'.

[34] 'casa de comidas'.

[35] La anécdota se ha contado ya en II, 3, 652, pero ahora parece referirla a Avellaneda.

[36] Es eco del «ut pictura, poesis» de Horacio (*Ad Pisones*, v. 361). Pero además, y tal como prescribe la *Poética* de Aristóteles, DQ cree que el escritor y el pintor han de esforzarse en imitar con propiedad y decoro, ajustando su obra a los tres grados del discurso y reflejando las cosas como deberían ser, no como son.

pasados en la corte, llamado Mauleón[37], el cual respondía de repente a cuanto le preguntaban, y preguntándole uno que qué quería decir «Deum de Deo», respondió: «Dé donde diere[38]». Pero dejando esto aparte, dime si piensas, Sancho, darte otra tanda esta noche y si quisieres que sea debajo de techado o al cielo abierto.

—Pardiez, señor —respondió Sancho—, que para lo que yo pienso darme, eso se me da en casa que en el campo[39]; pero, con todo eso, querría que fuese entre árboles, que parece que me acompañan y me ayudan a llevar mi trabajo maravillosamente.

—Pues no ha de ser así, Sancho amigo —respondió don Quijote—, sino que para que tomes fuerzas lo hemos de guardar para nuestra aldea, que a lo más tarde llegaremos allá después de mañana[40].

Sancho respondió que hiciese su gusto, pero que él quisiera concluir con brevedad aquel negocio, a sangre caliente y cuando estaba picado el molino[41], porque en la tardanza suele estar muchas veces el peligro[42], y a Dios rogando y con el mazo dando, y que más valía un *toma* que dos *te daré*, y el pájaro en la mano que el buitre volando.

—No más refranes, Sancho, por un solo Dios —dijo don Quijote—, que parece que te vuelves al *sicut erat*[43]: habla a lo llano, a lo liso, a lo no intricado, como muchas veces te he dicho, y verás como te vale un pan por ciento[44].

—No sé qué mala ventura es esta mía —respondió Sancho—, que no sé decir razón sin refrán, ni refrán que no me parezca razón; pero yo me emendaré si pudiere.

Y con esto cesó por entonces su plática.

---

[37] Seguramente es un personaje real, famoso por sus repentizaciones. C. habla también de él, por boca de Berganza, en *El casamiento engañoso*, donde relata la misma anécdota.

[38] La traducción «al sonido» de las palabras del Credo era un chiste tradicional.

[39] *eso se me da*: ‘lo mismo me da’, ‘me es igual’.

[40] ‘pasado mañana’.

[41] ‘cuando se está bien dispuesto a hacer algo y ya se ha empezado’; son frases proverbiales.

[42] Sentencia traída y llevada, que Sancho matiza con su *muchas veces.*

[43] ‘como al principio’, por referencia al «sicut erat in principio» de las oraciones litúrgicas.

[44] ‘obtendrás gran provecho’.

Capítulo LXXII

De cómo don Quijote y Sancho llegaron a su aldea

Todo aquel día esperando la noche estuvieron en aquel lugar y mesón don Quijote y Sancho, el uno para acabar en la campaña rasa la tanda de su diciplina, y el otro para ver el fin della, en el cual consistía el de su deseo. Llegó en esto al mesón un caminante a caballo, con tres o cuatro criados, uno de los cuales dijo al que el señor dellos parecía:

—Aquí puede vuestra merced, señor don Álvaro Tarfe[1], pasar hoy la siesta: la posada parece limpia y fresca.

Oyendo esto don Quijote, le dijo a Sancho:

—Mira, Sancho: cuando yo hojeé aquel libro de la segunda parte de mi historia, me parece que de pasada topé allí este nombre de don Álvaro Tarfe.

—Bien podrá ser —respondió Sancho—. Dejémosle apear, que después se lo preguntaremos.

El caballero se apeó, y frontero[2] del aposento de don Quijote la huéspeda le dio una sala baja, enjaezada con otras pintadas sargas como las que tenía la estancia de don Quijote. Púsose el recién [*] venido caballero a lo de verano[3] y, saliéndose al portal del mesón, que era espacioso y fresco, por el cual se paseaba don Quijote, le preguntó:

—¿Adónde bueno camina vuestra merced[4], señor gentilhombre?

Y don Quijote le respondió:

—A una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural. Y vuestra merced ¿dónde camina?

—Yo, señor —respondió el caballero—, voy a Granada, que es mi patria[5].

—¡Y buena patria! —replicó don Quijote—. Pero dígame vuestra merced, por cortesía, su nombre, porque me parece que me ha de importar saberlo más de lo que buenamente podré decir.

—Mi nombre es don Álvaro Tarfe —respondió el huésped.

A lo que replicó don Quijote:

—Sin duda alguna pienso que vuestra merced debe de ser aquel don Álvaro Tarfe que anda impreso en la segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha recién impresa y dada a la luz del mundo por un autor moderno[6].

—El mismo soy —respondió el caballero—, y el tal don Quijote, sujeto principal de la tal historia, fue grandísimo amigo mío, y yo fui el que le sacó de su tierra, o a lo menos le moví a que viniese a unas justas que se hacían en Zaragoza, adonde yo iba; y en verdad en verdad que le hice muchas amistades[7], y que le quité de que no le palmease las espaldas el verdugo[8] por ser demasiadamente atrevido.

—Y dígame vuestra merced, señor don Álvaro, ¿parezco yo en algo a ese tal don Quijote que vuestra merced dice?

—No, por cierto —respondió el huésped—, en ninguna manera.

—Y ese don Quijote —dijo el nuestro— ¿traía consigo a un escudero llamado Sancho Panza?

---

[1] Personaje importante, especie de *deus ex machina* del *Q.* de Avellaneda, que C. incorpora precisamente para atestiguar contra aquel autor y demostrar su impostura.

[2] ‘enfrente’.

[3] Se cambió de ropa para estar más fresco.

[4] Fórmula normal de saludo cuando se encuentran dos personas de camino. Toda la situación está pensada y reescrita sobre el texto de Avellaneda, con la diferencia de que allí don Álvaro iba hacia Zaragoza y aquí vuelve de la ciudad.

[5] ‘mi ciudad natal’.

[6] ‘novato’, ‘principiante’.

[7] ‘le di muchas muestras de amistad’.

[8] *palmease*: ‘azotase’. Véanse los capítulos VIII y IX del *Q.* de Avellaneda.

—Sí traía —respondió don Álvaro—; y aunque tenía fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese.

—Eso creo yo muy bien —dijo a esta sazón Sancho—, porque el decir gracias no es para todos, y ese Sancho que vuestra merced dice, señor gentilhombre, debe de ser algún grandísimo bellaco, frión y ladrón juntamente[9], que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo más gracias que llovidas[10]; y, si no, haga vuestra merced la experiencia y ándese tras de mí por lo menos un año, y verá que se me caen a cada paso, y tales y tantas, que sin saber yo las más veces lo que me digo hago reír a cuantos me escuchan; y el verdadero don Quijote de la Mancha, el famoso, el valiente y el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos y huérfanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas[11], el que tiene por única señora a la sin par Dulcinea del Toboso, es este señor que está presente, que es mi amo: todo cualquier otro don Quijote y cualquier otro Sancho Panza es burlería y cosa de sueño.

—¡Por Dios que lo creo —respondió don Álvaro—, porque más gracias habéis dicho vos, amigo, en cuatro razones que habéis hablado que el otro Sancho Panza en cuantas yo le oí hablar, que fueron muchas! Más tenía de comilón que de bien hablado, y más de tonto que de gracioso, y tengo por sin duda que los encantadores que persiguen a don Quijote el bueno han querido perseguirme a mí con don Quijote el malo. Pero no sé qué me diga, que osaré yo jurar que le dejo metido en la Casa del Nuncio, en Toledo[12], para que le curen, y agora remanece aquí otro don Quijote[13], aunque bien diferente del mío.

—Yo —dijo don Quijote— no sé si soy bueno, pero sé decir que no soy el malo. Para prueba de lo cual quiero que sepa vuesa merced, mi señor don Álvaro Tarfe, que en todos los días de mi vida no he estado en Zaragoza, antes por haberme dicho que ese don Quijote fantástico se había hallado en las justas desa ciudad no quise yo entrar en ella, por sacar a las barbas del mundo su mentira[14], y, así, me pasé de claro a Barcelona[15], archivo de la cortesía, albergue de los estranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos[16] y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza, única; y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella, solo por haberla visto. Finalmente, señor don Álvaro Tarfe, yo soy don Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos. A vuestra merced suplico, por lo que debe a ser caballero, sea servido de hacer una declaración ante el alcalde deste lugar de que vuestra merced no me ha visto en todos los días de su vida hasta agora, y de que yo no soy el don Quijote impreso en la segunda parte, ni este Sancho Panza mi escudero es aquel que vuestra merced conoció.

—Eso haré yo de muy buena gana —respondió don Álvaro—, puesto que cause admiración ver dos don Quijotes y dos Sanchos a un mismo tiempo tan conformes en los nombres como diferentes en las acciones; y vuelvo a decir y me afirmo que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mí lo que ha pasado.

—Sin duda —dijo Sancho— que vuestra merced debe de estar encantado, como mi señora Dulcinea del Toboso; y pluguiera al cielo que estuviera su desencanto de vuestra merced en darme otros tres mil y tantos azotes, como me doy por ella, que yo me los diera sin interés alguno.

—No entiendo eso de azotes —dijo don Álvaro.

Y Sancho le respondió que era largo de contar, pero que él se lo contaría si acaso iban un mesmo camino[17].

Llegóse en esto la hora de comer; comieron juntos don Quijote y don Álvaro. Entró acaso el alcalde del pueblo en el mesón, con un escribano, ante el cual alcalde pidió don Quijote, por una petición[18], de que a

---

[9] *frión*: 'muy frío, sin gracia, desangelado'.

[10] 'lluvias', por 'muy numerosas'.

[11] Se refiere a la muerte fingida de Altisidora, que don Álvaro no puede conocer.

[12] El manicomio de Toledo, así llamado por haberlo fundado, en 1480, Francisco Ortiz, *nuncio* apostólico de Sixto VI y canónigo de la catedral de Toledo. El hecho se cuenta en el capítulo XXVI del *Q.* de Avellaneda.

[13] *emanece*: 'aparece inesperadamente'.

[14] *a las barbas*: 'a la cara'; aparte el mentís, DQ está confiriendo dignidad al apócrifo de Avellaneda, pues lo tiene en cuenta a la hora de planear su viaje; consecuentemente, C. le otorga una fama pareja a la de su *Q.*

[15] 'me fui a Barcelona sin detenerme, directamente'.

[16] Tal era la fama, posiblemente apoyada en costumbres vivas aún en la época, que arrastraban los catalanes por lo menos desde la expedición de Grecia.

[17] 'si por casualidad llevaban el mismo camino'.

su derecho convenía de que don Álvaro Tarfe, aquel caballero que allí estaba presente, declarase ante su merced como no conocía a don Quijote de la Mancha, que asimismo estaba allí presente, y que no era aquel que andaba impreso en una historia intitulada *Segunda parte de don Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas. Finalmente, el alcalde proveyó jurídicamente; la declaración se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debían hacerse[19], con lo que quedaron don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaración y no mostrara claro la diferencia de los dos don Quijotes y la de los dos Sanchos sus obras y sus palabras. Muchas[20] de cortesías y ofrecimientos pasaron entre don Álvaro y don Quijote, en las cuales mostró el gran manchego su discreción, de modo que desengañó a don Álvaro Tarfe del error en que estaba; el cual se dio a entender que debía de estar encantado, pues tocaba con la mano dos tan contrarios don Quijotes.

Llegó la tarde, partiéronse de aquel lugar, y a obra de media legua se apartaban dos caminos diferentes, el uno que guiaba a la aldea de don Quijote y el otro el que había de llevar don Álvaro. En este poco espacio le contó don Quijote la desgracia de su vencimiento y el encanto y el remedio de Dulcinea, que todo puso en nueva admiración a don Álvaro, el cual, abrazando a don Quijote y a Sancho, siguió su camino, y don Quijote el suyo, que aquella noche la pasó entre otros árboles, por dar lugar a Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplió del mismo modo que la pasada noche, a costa de las cortezas de las hayas, harto más que de sus espaldas, que las guardó tanto, que no pudieran quitar los azotes una mosca, aunque la tuviera encima.

No perdió el engañado don Quijote un solo golpe de la cuenta y halló que con los de la noche pasada eran tres mil y veinte y nueve. Parece que había madrugado el sol a ver el sacrificio, con cuya luz volvieron a proseguir su camino, tratando entre los dos del engaño de don Álvaro y de cuán bien acordado había sido tomar su declaración ante la justicia, y tan auténticamente[21].

Aquel día y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contarse, si no fue que en ella acabó Sancho su tarea, de que quedó don Quijote contento sobremodo, y esperaba el día por ver si en el camino topaba ya desencantada a Dulcinea su señora; y siguiendo su camino no topaba mujer ninguna que no iba a reconocer si era Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible no poder mentir las promesas de Merlín.

Con estos pensamientos y deseos, subieron una cuesta arriba, desde la cual descubrieron su aldea, la cual vista de Sancho, se hincó de rodillas y dijo:

—Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve a ti Sancho Panza tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos y recibe también tu hijo don Quijote, que, si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo, que, según él me ha dicho, es el mayor vencimiento que desearse puede[22]. Dineros llevo, porque si buenos azotes me daban, bien caballero me iba.

—Déjate desas sandeces —dijo don Quijote—, y vamos con pie derecho a entrar en nuestro lugar[23], donde daremos vado a nuestras imaginaciones, y la traza que en la pastoral vida pensamos ejercitar[24].

Con esto, bajaron de la cuesta y se fueron a su pueblo.

---

[18] ‘escrito de demanda o demanda oral de que da fe el escribano’; la frase que sigue (*de que a su derecho convenía*) era muy corriente en varias clases de documentos legales.

[19] *con todas las fuerzas*: ‘con todos los requisitos’.

[20] Se sobrentiende «palabras»

[21] ‘con todos los requisitos’, es decir, con la firma del escribano, del demandante y demandado y de unos testigos.

[22] Tópico clásico, muy repetido, que llega a convertirse en refrán.

[23] Entrar *con pie derecho* para conjurar la buena suerte.

[24] *daremos vado... y la traza*: ‘daremos salida... y haremos el plan’.

Capítulo LXXIII

De los agüeros que tuvo don Quijote al entrar de su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia

A la entrada del cual[1], según dice Cide Hamete, vio don Quijote que en las eras del lugar estaban riñendo dos mochachos, y el uno dijo al otro:

—No te canses, Periquillo[2], que no la has de ver en todos los días de tu vida.

Oyólo don Quijote y dijo a Sancho:

—¿No adviertes, amigo, lo que aquel mochacho ha dicho: «no la has de ver en todos los días de tu vida»?

—Pues bien, ¿qué importa —respondió Sancho— que haya dicho eso el mochacho?

—¿Qué? —replicó don Quijote—. ¿No vees tú que aplicando aquella palabra a mi intención quiere significar que no tengo de ver más a Dulcinea?

Queríale responder Sancho, cuando se lo estorbó ver que por aquella campaña venía huyendo una liebre[3], seguida de muchos galgos y cazadores, la cual, temerosa, se vino a recoger y a agazapar debajo de los pies del rucio. Cogióla Sancho a mano salva[4] y presentósela a don Quijote, el cual estaba diciendo:

—*¡Malum signum! ¡Malum signum*[5]*!* Liebre huye, galgos la siguen: ¡Dulcinea no parece[6]!

—Estraño es vuesa merced —dijo Sancho—. Presupongamos que esta liebre es Dulcinea del Toboso y estos galgos que la persiguen son los malandrines encantadores que la transformaron en labradora; ella huye, yo la cojo y la pongo en poder de vuesa merced, que la tiene en sus brazos y la regala: ¿qué mala señal es esta, ni qué mal agüero se puede tomar de aquí?

Los dos mochachos de la pendencia se llegaron a ver la liebre, y al uno dellos preguntó Sancho que por qué reñían; y fuele respondido por el que había dicho «no la verás más en toda tu vida» que él había tomado al otro mochacho una jaula de grillos, la cual no pensaba volvérsela en toda su vida. Sacó Sancho cuatro cuartos de la faltriquera, y dióselos al mochacho por la jaula, y púsosela en las manos a don Quijote, diciendo:

—He aquí, señor, rompidos y desbaratados estos agüeros, que no tienen que ver más con nuestros sucesos, según que yo imagino, aunque tonto, que con las nubes de antaño[7]. Y, si no me acuerdo mal, he oído decir al cura de nuestro pueblo que no es de personas cristianas ni discretas mirar en estas niñerías, y aun vuesa merced mismo me lo dijo los días pasados[8], dándome a entender que eran tontos todos aquellos cristianos que miraban en agüeros. Y no es menester hacer hincapié en esto, sino pasemos adelante y entremos en nuestra aldea.

Llegaron los cazadores, pidieron su liebre y diósela don Quijote; pasaron adelante y a la entrada del pueblo toparon en un pradecillo rezando al cura y al bachiller Carrasco[9]. Y es de saber que Sancho Panza había echado sobre el rucio y sobre el lío de las armas, para que sirviese de repostero[10], la túnica de bocací pintada de llamas de fuego que le vistieron en el castillo del duque la noche que volvió en sí Altisidora;

---

[1] Se refiere a *pueblo*, palabra con que acaba el capítulo anterior. Compárese esta unión entre capítulos con la que ocurre entre I, 3 y 4.

[2] Diminutivo de Pedro y Perico. DQ pudo pensar que las palabras iban dirigidas a él, y eran agüero, tanto por ser las primeras que oyó a la entrada del pueblo como por decirlas niños o por identificarse él, en ese momento, con el pobre desgraciado y engañado que el nombre *Pedro* connota en el folclore.

[3] El hallazgo inesperado de una liebre era considerado de mal agüero.

[4] 'simplemente con la mano, con toda facilidad'.

[5] 'mal augurio', 'mala señal'.

[6] 'aparece'.

[7]) Vale decir: 'los *agüeros* no tienen nada que ver con *nuestros sucesos*'. La progresiva sensatez y discreción de Sancho contrasta con el carácter cada vez más pusilánime del derrotado DQ.

[8] Al encontrarse con las imágenes de santos, DQ había dicho: «Esto que el vulgo suele llamar comúnmente agüeros, que no se fundan sobre natural razón alguna, del que es discreto han de ser tenidos y juzgados por buenos acontecimientos».

[9] *rezando* puede referirse solo *al cura*, o bien a este y a Carrasco, pues, como ordenado de menores, el *bachiller* tenía obligación de rezar el Breviario a sus horas.

[10] 'trozo de paño con que se cubre la carga de los animales'; *lío de armas* es un giro de la fraseología caballeresca.

acomodóle también la coroza en la cabeza, que fue la más nueva transformación y adorno con que se vio jamás jumento en el mundo.

Fueron luego conocidos los dos del cura y del bachiller, que se vinieron a ellos con los brazos abiertos. Apeóse don Quijote y abrazólos estrechamente; y los mochachos, que son linces no escusados[11], divisaron la coroza del jumento y acudieron a verle, y decían unos a otros:

—Venid, mochachos, y veréis el asno de Sancho Panza más galán que Mingo, y la bestia de don Quijote más flaca hoy que el primer día[12].

Finalmente, rodeados de mochachos y acompañados del cura y del bachiller, entraron en el pueblo y se fueron a casa de don Quijote, y hallaron a la puerta della al ama y a su sobrina, a quien ya habían llegado las nuevas de su venida. Ni más ni menos se las habían dado a Teresa Panza, mujer de Sancho, la cual, desgreñada y medio desnuda, trayendo de la mano a Sanchica su hija, acudió a ver a su marido; y viéndole no tan bien adeliñado[13] como ella se pensaba que había de estar un gobernador, le dijo:

—¿Cómo venís así, marido mío, que me parece que venís a pie y despeado[14], y más traéis semejanza de desgobernado que de gobernador?

—Calla, Teresa —respondió Sancho—, que muchas veces donde hay estacas no hay tocinos[15], y vámonos a nuestra casa, que allá oirás maravillas. Dineros traigo, que es lo que importa, ganados por mi industria[16] y sin daño de nadie.

—Traed vos dinero, mi buen marido —dijo Teresa—, y sean ganados por aquí o por allí, que como quiera que los hayáis ganado no habréis hecho usanza nueva en el mundo.

Abrazó Sanchica a su padre y preguntóle si traía algo, que le estaba esperando como el agua de mayo; y asiéndole de un lado del cinto, y su mujer de la mano, tirando su hija al rucio, se fueron a su casa, dejando a don Quijote en la suya en poder de su sobrina y de su ama y en compañía del cura y del bachiller.

Don Quijote, sin guardar términos ni horas[17], en aquel mismo punto se apartó a solas con el bachiller y el cura, y en breves razones les contó su vencimiento y la obligación en que había quedado de no salir de su aldea en un año, la cual pensaba guardar al pie de la letra, sin traspasarla en un átomo, bien así como caballero andante obligado por la puntualidad y orden de la andante caballería, y que tenía pensado de hacerse aquel año pastor y entretenerse en la soledad de los campos, donde a rienda suelta podía dar vado a sus amorosos pensamientos, ejercitándose en el pastoral y virtuoso ejercicio; y que les suplicaba, si no tenían mucho que hacer y no estaban impedidos en negocios más importantes, quisiesen ser sus compañeros, que él compraría ovejas y ganado suficiente que les diese nombre de pastores; y que les hacía saber que lo más principal de aquel negocio estaba hecho, porque les tenía puestos los nombres, que les vendrían como de molde. Díjole el cura que los dijese. Respondió don Quijote que él se había de llamar el pastor Quijótiz; y el bachiller, el pastor Carrascón; y el cura, el pastor Curiambro; y Sancho Panza, el pastor Pancino.

Pasmáronse todos de ver la nueva locura de don Quijote, pero porque no se les fuese otra vez del pueblo a sus caballerías, esperando que en aquel año podría ser curado, concedieron con su nueva intención[18] y aprobaron por discreta su locura, ofreciéndosele por compañeros en su ejercicio.

—Y más —dijo Sansón Carrasco— que, como ya todo el mundo sabe, yo soy celebérrimo poeta y a cada paso compondré versos pastoriles o cortesanos o como más me viniere a cuento, para que nos entretengamos por esos andurriales donde habemos de andar[19]; y lo que más es menester, señores míos, es

---

[11] ‘que son muy perspicaces’, ‘que no se les oculta nada’.

[12] *más galán que Mingo*: comparación popular, que puede estar apoyada en la vestimenta que se da al personaje de este nombre en las *Coplas de Mingo Revulgo*.

[13] ‘arreglado’, ‘aliñado’.

[14] ‘con los pies maltrechos de tanto andar’.

[15] ‘a veces las apariencias engañan’; el refrán ya ha aparecido otras veces, pero en esta ocasión el sentido es el contrario del habitual por el cambio de lugar de la negación.

[16] ‘habilidad’, ‘astucia’.

[17] ‘sin esperar ni un momento’; *términos* es voz judicial que vale ‘plazo para comparecer ante el tribunal’.

[18] *concedieron*: ‘condescendieron’, ‘aceptaron’.

[19] *andurriales*: ‘lugares sin caminos ni senda, por donde se va uno descaminado’.

que cada uno escoja el nombre de la pastora que piensa celebrar en sus versos, y que no dejemos árbol, por duro que sea, donde no la retule y grabe su nombre, como es uso y costumbre de los enamorados pastores.

—Eso está de molde —respondió don Quijote—, puesto que yo estoy libre de buscar nombre de pastora fingida, pues está ahí la sin par Dulcinea del Toboso, gloria de estas riberas[20], adorno de estos prados, sustento de la hermosura, nata de los donaires y, finalmente, sujeto sobre quien puede asentar bien toda alabanza, por hipérbole que sea[21].

—Así es verdad —dijo el cura—, pero nosotros buscaremos por ahí pastoras mañeruelas[22], que si no nos cuadraren, nos esquinen[23].

A lo que añadió Sansón Carrasco:

—Y cuando faltaren, darémosles los nombres de las estampadas e impresas, de quien está lleno el mundo: Fílidas, Amarilis, Dianas, Fléridas, Galateas y Belisardas[24]; que pues las venden en las plazas, bien las podemos comprar nosotros y tenerlas por nuestras. Si mi dama, o, por mejor decir, mi pastora, por ventura se llamare Ana, la celebraré debajo del nombre de «Anarda», y si Francisca, la llamaré yo «Francenia», y si Lucía, «Lucinda», que todo se sale allá; y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta cofradía, podrá celebrar a su mujer Teresa Panza con nombre de «Teresaina[25]».

Rióse don Quijote de la aplicación del nombre, y el cura le alabó infinito su honesta y honrada resolución y se ofreció de nuevo a hacerle compañía todo el tiempo que le vacase de atender a sus forzosas obligaciones. Con esto se despidieron dél, y le rogaron y aconsejaron tuviese cuenta con su salud, con regalarse lo que fuese bueno[26].

Quiso la suerte que su sobrina y el ama oyeron la plática de los tres; y así como se fueron, se entraron entrambas con don Quijote y la sobrina le dijo:

—¿Qué es esto, señor tío? Ahora que pensábamos nosotras que vuestra merced volvía a reducirse en su casa y pasar en ella una vida quieta y honrada, ¿se quiere meter en nuevos laberintos, haciéndose «pastorcillo, tú que vienes, pastorcico, tú que vas[27]»? Pues en verdad que está ya duro el alcacel para zampoñas[28].

A lo que añadió el ama:

—¿Y podrá vuestra merced pasar en el campo las siestas del verano, los serenos del invierno, el aullido de los lobos? No, por cierto, que este es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos y criados para tal ministerio casi desde las fajas y mantillas. Aun, mal por mal, mejor es ser caballero andante que pastor. Mire, señor, tome mi consejo, que no se le doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad: estése en su casa, atienda a su hacienda, confiese a menudo, favorezca a los pobres, y sobre mi ánima si mal le fuere[29].

—Callad, hijas —les respondió don Quijote—, que yo sé bien lo que me cumple. Llevadme al lecho, que me parece que no estoy muy bueno, y tened por cierto que, ahora sea caballero andante o pastor por andar, no dejaré siempre de acudir a lo que hubiéredes menester, como lo veréis por la obra.

Y las buenas hijas (que lo eran sin duda ama y sobrina) le llevaron a la cama, donde le dieron de comer y regalaron lo posible.

---

[20] De acuerdo con la convención pastoril, más que literalmente, es posible que *riberas* deba entenderse aquí como 'tierras, comarcas'. Esta es la última vez que DQ menciona el nombre de su dama.

[21] 'aunque parezca que está por encima de lo verosímil'; *hipérbole*, aquí, es el nombre de una figura retórica.

[22] 'dóciles', 'mansas'.

[23] 'servirán igualmente bien'.

[24] Nombres pastoriles, de novelas o romances bien conocidos.

[25] Se corrige, dulcificándolo, el *Teresona* de II, 67, que se había prestado a comentarios no muy gentiles.

[26] 'tratarse lo mejor que pudiera'.

[27] Versos de un villancico.

[28] 'ya es viejo para cambiar'; el refrán es: «Duro es el alcacel para hacer zampoñas de él». La *zampoña de alcacel* es una pajita verde de cebada, el *alcacel*, con una incisión de abajo arriba, que vibra cuando se sopla.

[29] 'caigan sobre mi alma las consecuencias de mi consejo'.

Capítulo LXXIIII

De cómo don Quijote cayó malo y del testamento que hizo y su muerte

Como las cosas humanas no sean eternas[1], yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar a su último fin, especialmente las vidas de los hombres[2], y como la de don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya[3], llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba; porque o ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido[4] o ya por la disposición del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura que le tuvo seis días en la cama, en los cuales fue visitado muchas veces del cura, del bachiller y del barbero, sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza, su buen escudero.

Estos, creyendo que la pesadumbre de verse vencido y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea le tenía de aquella suerte, por todas las vías posibles procuraban alegrarle, diciéndole el bachiller que se animase y levantase para comenzar su pastoral ejercicio, para el cual tenía ya compuesta una écloga, que mal año para cuantas Sanazaro había compuesto[5], y que ya tenía comprados de su propio dinero dos famosos perros para guardar el ganado, el uno llamado Barcino y el otro Butrón[6], que se los había vendido un ganadero del Quintanar[7]. Pero no por esto dejaba don Quijote sus tristezas.

Llamaron sus amigos al médico, tomóle el pulso, y no le contentó mucho y dijo que, por sí o por no, atendiese a la salud de su alma, porque la del cuerpo corría peligro. Oyólo don Quijote con ánimo sosegado, pero no lo oyeron así su ama, su sobrina y su escudero, los cuales comenzaron a llorar tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fue el parecer del médico que melancolías y desabrimientos le acababan[8]. Rogó don Quijote que le dejasen solo, porque quería dormir un poco. Hiciéronlo así y durmió de un tirón, como dicen, más de seis horas[9]: tanto, que pensaron el ama y la sobrina que se había de quedar en el sueño. Despertó al cabo del tiempo dicho y, dando una gran voz[10], dijo:

—¡Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho! En fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres.

Estuvo atenta la sobrina a las razones del tío y pareciéronle más concertadas que él solía decirlas, a lo menos en aquella enfermedad, y preguntóle:

—¿Qué es lo que vuestra merced dice, señor? ¿Tenemos algo de nuevo? ¿Qué misericordias son estas, o qué pecados de los hombres?

—Las misericordias —respondió don Quijote—, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, a quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya libre y claro, sin las sombras caliginosas[11] de la ignorancia que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballerías[12]. Ya conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa[13] leyendo otros que sean luz del alma[14]. Yo me siento, sobrina, a punto de muerte: querría hacerla de tal modo[15], que diese a

---

[1] 'no pueden ser eternas'; el subjuntivo con valor modal puede usarse aún en construcción libre.

[2] Las primeras frases de capítulo recuerdan, muy adecuadamente, las fórmulas con que solían comenzar los testamentos. Así, por ejemplo, en el de Garcilaso de la Vega: «Porque la muerte es natural a los hombres, y es cosa cierta, y la hora y el día ha de ser incierta», etc.

[3] El antecedente de *suya* es *declinación* 'declive'.

[4] La medicina contemporánea creía que el maléfico humor melancólico lo generaba la tristeza prolongada, o viceversa.

[5] Además de las églogas incluidas en *La Arcadia*, su obra más conocida y modelo constante para la novela pastoril, a Sannazaro (1458-1530) se debe una serie de églogas en latín muy apreciadas entre los humanistas.

[6] Nombres usuales para los perros: *Barcino* 'de pelo canela y blanco, mezclados'; *Butrón* posiblemente 'de color leonado, como el buitre'.

[7] Quintanar de la Orden era también el pueblo de Juan Haldudo el rico.

[8] *desabrimientos*: 'penas', 'pesares'.

[9] La fiebre y el sueño profundo se consideraban señales de la recuperación de la salud mental.

[10] La expresión coincide con la de la Biblia Vulgata al referir la muerte de Jesús.

[11] 'tenebrosas'.

[12] *leyenda* ('lectura') es el sujeto de *pusieron*, en plural por contaminación de '*libros de las caballerías* leídos'.

[13] 'compensación'.

[14] Posible alusión a *Luz del alma cristiana*, el libro de fray Felipe de Meneses que DQ ve en la imprenta barcelonesa.

[15] *hacerla*: 'disponerla', 'prepararla'.

entender que no había sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco; que, puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, a mis buenos amigos, al cura, al bachiller Sansón Carrasco y a maese Nicolás el barbero, que quiero confesarme y hacer mi testamento[16].

Pero de este trabajo se escusó la sobrina con la entrada de los tres. Apenas los vio don Quijote, cuando dijo:

—Dadme albricias[17], buenos señores, de que ya yo no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de «bueno[18]». Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería; ya conozco mi necedad y el peligro en que me pusieron haberlas leído; ya, por misericordia de Dios escarmentando en cabeza propia, las abomino.

Cuando esto le oyeron decir los tres, creyeron sin duda que alguna nueva locura le había tomado, y Sansón le dijo:

—¿Ahora, señor don Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, sale vuestra merced con eso? ¿Y agora que estamos tan a pique de ser pastores, para pasar cantando la vida, como unos príncipes, quiere vuesa merced hacerse ermitaño? Calle, por su vida, vuelva en sí y déjese de cuentos[19].

—Los de hasta aquí —replicó don Quijote—, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte, con ayuda del cielo, en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo a toda priesa: déjense burlas aparte y tráiganme un confesor que me confiese y un escribano que haga mi testamento, que en tales trances como este no se ha de burlar el hombre con el alma; y, así, suplico que en tanto que el señor cura me confiesa vayan por el escribano.

Miráronse unos a otros, admirados de las razones de don Quijote, y, aunque en duda, le quisieron creer; y una de las señales por donde conjeturaron se moría fue el haber vuelto con tanta facilidad de loco a cuerdo[20], porque a las ya dichas razones añadió otras muchas tan bien dichas, tan cristianas y con tanto concierto, que del todo les vino a quitar la duda, y a creer que estaba cuerdo.

Hizo salir la gente el cura, y quedóse solo con él y confesóle[21].

El bachiller fue por el escribano y de allí a poco volvió con él y con Sancho Panza; el cual Sancho, que ya sabía por nuevas del bachiller en qué estado estaba su señor, hallando a la ama y a la sobrina llorosas, comenzó a hacer pucheros y a derramar lágrimas[22]. Acabóse la confesión y salió el cura diciendo:

—Verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno; bien podemos entrar para que haga su testamento.

Estas nuevas dieron un terrible empujón a los ojos preñados de ama, sobrina y de Sancho Panza, su buen escudero, de tal manera, que los hizo reventar las lágrimas de los ojos y mil profundos suspiros del pecho; porque verdaderamente, como alguna vez se ha dicho, en tanto que don Quijote fue Alonso Quijano el Bueno a secas, y en tanto que fue don Quijote de la Mancha[23], fue siempre de apacible condición y de agradable trato, y por esto no solo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocían.

Entró el escribano con los demás, y después de haber hecho la cabeza del testamento y ordenado su alma don Quijote, con todas aquellas circunstancias cristianas que se requieren[24], llegando a las mandas, dijo:

---

[16] Alejo de Venegas recomienda, como preparación para una buena muerte, hacer testamento, que los amigos, no los familiares, rodeen al moribundo, y el arrepentimiento de los pecados, seguido todo ello de la recepción de extremaunción y comunión.

[17] *albricias*: 'regalo o propina que se hace al que da una buena noticia'; en sentido amplio, 'felicitar, dar la enhorabuena'.

[18] Por *renombre* tanto se entendía 'sobrenombre' como 'fama'; el caballero, en este momento decisivo, enfrenta su personalidad literaria y su personalidad real. Es esta la primera vez que se da el nombre de pila de DQ, y también la primera que su apellido se presenta en la forma *Quijano*.

[19] 'abandone esas historias que cuenta'.

[20] Se creía que en el umbral de la muerte los locos recobraban el juicio.

[21] C. prescinde, guardando el secreto sacramental, del contenido de la confesión, mientras que desgranará el testamento.

[22] *pucheros*: 'muecas para evitar los sollozos'.

[23] *en tanto que... en tanto que*: 'tanto cuando... como cuando'.

[24] Tras el encabezamiento, en que se hacían constar las circunstancias del testador y su capacidad de testar y las de los testigos y su validez, acostumbraban a seguir *las mandas* ('legados, disposiciones testamentarias') para misas y oraciones, con detalles de cómo se debían decir, e incluso, algunas veces, abriendo devotamente el documento con el legado del alma a Dios.

—Iten, es mi voluntad que de ciertos dineros que Sancho Panza, a quien en mi locura hice mi escudero, tiene, que porque ha habido entre él y mí ciertas cuentas, y dares y tomares[25], quiero que no se le haga cargo dellos ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobrare alguno después de haberse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga; y si, como estando yo loco fui parte para darle el gobierno de la ínsula, pudiera agora, estando cuerdo, darle el de un reino, se le diera, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merece.

Y, volviéndose a Sancho, le dijo:

—Perdóname, amigo, de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo.

—¡Ay! —respondió Sancho llorando—. No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal a Rocinante le derribaron; cuanto más que vuestra merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros a otros y el que es vencido hoy ser vencedor mañana.

—Así es —dijo Sansón—, y el buen Sancho Panza está muy en la verdad destos casos.

—Señores —dijo don Quijote—, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño[26]. Yo fui loco y ya soy cuerdo; fui don Quijote de la Mancha y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno. Pueda con vuestras mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme a la estimación que de mí se tenía, y prosiga adelante el señor escribano.

»Iten, mando toda mi hacienda, a puerta cerrada[27], a Antonia Quijana mi sobrina[28], que está presente, habiendo sacado primero de lo más bien parado della[29] lo que fuere menester para cumplir las mandas que dejo hechas; y la primera satisfación que se haga quiero que sea pagar el salario que debo del tiempo que mi ama me ha servido, y más veinte ducados para un vestido. Dejo por mis albaceas al señor cura y al señor bachiller Sansón Carrasco, que están presentes.

»Iten, es mi voluntad que si Antonia Quijana mi sobrina quisiere casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho información que no sabe qué cosas sean libros de caballerías; y en caso que se averiguare que lo sabe y, con todo eso, mi sobrina quisiere casarse con él y se casare, pierda todo lo que le he mandado[30], lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pías a su voluntad.

»Iten, suplico a los dichos señores mis albaceas que si la buena suerte les trujere a conocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de *Segunda parte de las hazañas de don Quijote de la Mancha*[31], de mi parte le pidan, cuan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasión que sin yo pensarlo le di de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe, porque parto desta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos.

Cerró con esto el testamento y, tomándole un desmayo, se tendió de largo a largo en la cama[32]. Alborotáronse todos y acudieron a su remedio, y en tres días que vivió después deste donde hizo el testamento se desmayaba muy a menudo. Andaba la casa alborotada, pero, con todo, comía la sobrina,

---

[25] ‘deudas’, ‘*cuentas* pendientes’. A diferencia de anteriores ocasiones, en que amo y criado habían hablado de la remuneración del segundo y acordado que este cobraría «a mercedes» (II, 7, 681, n. 27; 28, 865, n. 20), ahora DQ, cuerdo y desconfiando de la promesa de la ínsula o de cualquier otra remuneración, quiere compensar a Sancho con dinero.

[26] ‘ya se acabaron las ilusiones, han cambiado las circunstancias’; refrán.

[27] ‘lego *mi hacienda* totalmente, sin enumerar uno por uno los bienes y sin dar cuenta a nadie’.

[28] Hija de una hermana de DQ. No era raro en la época que algún hijo adoptase el apellido de la madre o del abuelo, ni que un apellido tomara terminación femenina o masculina, según quien lo llevara.

[29] ‘de lo que sea más fácil de disponer’; *parar*: ‘prevenir’, ‘preparar.

[30] ‘lo que le he legado’, ‘lo que le he dejado en *las mandas*’.

[31] El título exacto del libro de Alonso Fernández de Avellaneda es *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, que contiene su tercera salida, y es la quinta parte de sus aventuras*.

[32] *de largo a largo*: ‘cuan largo era’, ‘a todo lo largo’.

brindaba el ama y se regocijaba Sancho Panza, que esto del heredar algo borra o templa en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto[33].

En fin, llegó el último de don Quijote[34], después de recebidos todos los sacramentos[35] y después de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallóse el escribano presente y dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente[36] y tan cristiano como don Quijote; el cual, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dio su espíritu, quiero decir que se murió[37].

Viendo lo cual el cura, pidió al escribano le diese por testimonio como Alonso Quijano el Bueno, llamado comúnmente «don Quijote de la Mancha», había pasado desta presente vida y muerto naturalmente[38]; y que el tal testimonio pedía para quitar la ocasión de que algún otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente y hiciese inacabables historias de sus hazañas.

Este fin tuvo el ingenioso hidalgo de la Mancha[39], cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenérsele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero[40].

Déjanse de poner aquí los llantos de Sancho, sobrina y ama de don Quijote, los nuevos epitafios de su sepultura[41], aunque Sansón Carrasco le puso este:

Yace aquí el hidalgo fuerte
que a tanto estremo llegó
de valiente, que se advierte
que la muerte no triunfó
de su vida con su muerte[42].
Tuvo a todo el mundo en poco,
fue el espantajo y el coco
del mundo, en tal coyuntura,
que acreditó su ventura
morir cuerdo y vivir loco[43].

Y el prudentísimo Cide Hamete dijo a su pluma: «Aquí quedarás colgada desta espetera y deste hilo de alambre[44], ni sé si bien cortada o mal tajada péñola mía[45], adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte. Pero antes que a ti lleguen, les puedes advertir y decirles en el mejor modo que pudieres:

—¡Tate, tate, folloncicos!
De ninguno sea tocada,
porque esta empresa, buen rey,
para mí estaba guardada[46].

---

[33] Que la alegría de la herencia es templanza del dolor es lugar común tradicional y muy antiguo.

[34] ‘el último fin’, se entiende; es zeugma.

[35] Los que preparan para la buena muerte: confesión, eucaristía y extremaunción.

[36] Se ha recordado que *en su lecho* también murió Tirant lo Blanc.

[37] En la definición de muerte que se hace en la época como separación de cuerpo y alma, el espíritu se entrega a Dios, la muerte queda en el cuerpo. Este es, posiblemente, el sentido del doblete semántico de C.

[38] ‘de muerte natural, por enfermedad’, en oposición a la muerte violenta.

[39] Es la única vez en que se le aplica a DQ el epíteto *ingenioso* dentro de la narración y no en los epígrafes, como en la Primera parte, por lo que es posible que C. se refiera, dialógicamente, al libro y al personaje. Véanse las notas a los títulos de I y II.

[40] La disputa de las siete ciudades griegas por ser patria de Homero es tradicional, como lo es su manifestación literaria. La frase recuerda y complementa la primera del libro.

[41] Recuérdese que la Primera parte se cerraba con los *epitafios* de los académicos de la Argamasilla.

[42] *de*: ‘sobre’.

[43] La copla, abruptamente, rompe con la solemnidad de la serena muerte de DQ.

[44] *espetera*: ‘soporte del que se cuelga el espeto o asador y otros utensilios de cocina’; *espeto* es también nombre despectivo para la espada.

[45] ‘mal cortada pluma mía’; a la *péñola* ‘pluma de ave’ tenía que afilársele la punta cuando se le gastaba por el uso; si no estaba bien cortada, hacía trazos irregulares y echaba borrones.

[46] Los dos últimos versos son adecuación de los de un romance del cerco de Granada. *Tate*: ‘cuidado’, ‘poco a poco’, exclamación; *tocar la empresa* (‘escudo emblemático del caballero, que se colocaba en el terreno de la justa’) se interpretaba como señal o aceptación de un desafío.

Para mí sola nació don Quijote, y yo para él[47]: él supo obrar y yo escribir, solos los dos somos para en uno, a despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco que se atrevió o se ha de atrever a escribir con pluma de avestruz grosera y mal deliñada[48] las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio[49]; a quien advertirás, si acaso llegas a conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de don Quijote, y no le quiera llevar, contra todos los fueros de la muerte, a Castilla la Vieja[50], haciéndole salir de la fuesa[51] donde real y verdaderamente yace tendido de largo a largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva: que para hacer burla de tantas como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las dos que él hizo[52] tan a gusto y beneplácito de las gentes a cuya noticia llegaron, así en estos como en los estraños reinos[53]. Y con esto cumplirás con tu cristiana profesión, aconsejando bien a quien mal te quiere, y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero don Quijote van ya tropezando y han de caer del todo sin duda alguna». *Vale*[54].

FIN

[47] Sigue hablando la pluma, mediante el tópico del amor recíproco.

[48] ‘con punta basta, incapaz de hacer una línea fina’, como corresponde al grosor de la pluma de avestruz.

[49] *resfriado*: ‘muy frío’, ‘sin gracia’.

[50] Alusión a unas posibles aventuras futuras y más ridículas que se esbozan al fin del *Q.* de Avellaneda; *fueros*: ‘leyes’.

[51] ‘fosa’, ‘sepultura’.

[52] ‘*las dos* jornadas’, en el sentido teatral (‘actos’) de la palabra, en referencia a los dos tomos en que se articula el *Q.* de C., excluyendo así el *Segundo tomo* de Avellaneda.

[53] En la dedicatoria al conde de Lemos (II, Dedicatoria, 622), se dice que llegó a conocimiento del emperador de la China.

[54] Fórmula clásica de despedida.